

#TanaLove

Bethany M. Winter

BMW

©#TanaLove

©Bethany M. Winter

Primera edición: Enero 2019

Diseño de cubierta: Bethany M. Winter

Imagen de cubierta: © Istockphoto

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecido en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Printed in Spain – Impreso en España.

#TanaLove

Bethany M. Winter

Querido/a lector/a quiero mostrarte una novela fresca, divertida y que pretende apartarte durante su lectura del mundo que te rodea. Como supondrás, todo es inventado, nada es real (o eso espero). Disfruta de la vida de Lindsey y sonríe hasta que te duela la mandíbula.

Para ti.

Índice de capítulos.

¡No tengo problemas de actitud, sólo tengo una personalidad que no puede manejar cualquiera!

Querida vida: Cuando digo “¿Hoy no podría ser peor?” se trata de una pregunta retórica, no un reto.

De las dificultades nacen los milagros.

No aguantes un pedo porque éste se te subirá al cerebro provocando ideas de mierda.

Trata de ser un arco iris en la nube de alguien.

Si cerráis las puertas a todos los errores, también la verdad se quedará fuera.

La vida no se trata de encontrar refugio en la tormenta. Se trata de aprender a bailar bajo la lluvia.

Se gana y se pierde, se sube y se baja, se nace y se muere. Y si la historia es tan simple, ¿por qué te preocupas tanto?

Debes hacer las cosas que piensas que no puedes hacer.

La curiosidad se atreve más contra lo que más se prohíbe.

La medida de lo que somos es lo que hacemos con lo que tenemos.

Es una enorme desgracia no tener talento para hablar bien, ni la sabiduría necesaria para cerrar la boca.

El secreto de la felicidad es darse cuenta de que la vida es horrible, horrible, horrible.

El dolor de ayer es la fuerza de hoy.

Cuando estés molesto cuenta hasta diez antes de hablar. Si estás muy molesto, cuenta hasta cien.

Una meta no siempre está hecha para ser alcanzada, muchas veces sirve como algo a

lo que apuntar.

La gente es infeliz con la incertidumbre.

Todo el mundo trata de realizar algo grande, sin darse cuenta de que la vida se compone de cosas pequeñas.

Todo gigante muere cansado de que lo observen desde fuera.

Las mejores cosas de la vida suelen ocurrir cuando no esperamos nada.

Nuestra mayor gloria no está en caer nunca, sino en levantarnos cada vez que caemos.

De una pequeña semilla un poderoso tronco puede crecer.

El destino mezcla las cartas y nosotros las jugamos.

Si no existiera el invierno, la primavera no sería placentera, y si no pasamos por la adversidad, la prosperidad no sería bienvenida.

No es que tengamos poco tiempo, es que perdemos mucho.

Quien se transforma a sí mismo, transforma el mundo.

Moraleja...

Agradecimientos...

**¡No tengo problemas de actitud, sólo
tengo una personalidad que no puede manejar
cualquiera!**

(Miss Borderlike)

Detroit, mayo de 2016. Aparcamiento de E & L Supermercado.

La lluvia no proporcionaba ni una pequeña tregua a la ciudad. Tal como indicaron los noticieros, Detroit sería azotada por una borrasca durante semanas. Y esta vez no se equivocaron. El asfalto no absorbía ni una gota más de agua y las calles se convirtieron en pequeños lagos que debían atravesar si se quería llegar al otro extremo de la acera. Lindsey miró hacia el cielo y suspiró. Lo único positivo que encontraba en un tiempo tan sombrío y húmedo era llegar pronto a su hogar, quitarse la ropa mojada, tomarse una taza de chocolate caliente y sentarse en el sofá para leer el último libro que había comprado. Acercó las cuatro bolsas de papel marrón a su cuerpo y, tras ser consciente de que la lluvia no le otorgaría la pausa que necesitaba para alcanzar su coche sin empaparse más de lo que ya estaba, tomó aire y corrió como si no hubiese un mañana.

—¡Mierda! —exclamó al echar todas las bolsas sobre el brazo izquierdo pues recordó, justo cuando estaba frente a su vehículo, que la llave

del coche la metió en el bolsillo derecho de la chaqueta.

Como era de esperar, al intentar abrir la puerta, una de las bolsas terminó en el suelo. Las manzanas, la mantequilla y un bote de mermelada de arándanos rodaron por el pavimento del parking hasta que encontraron un obstáculo que los frenó. Sin cesar de maldecir a su mala suerte, arrojó las bolsas mojadas sobre el asiento de atrás, cerró de golpe la puerta y, bajo esa desesperante lluvia, fue buscando su compra, cogiéndola como si estuviera recolectando la verdura de una huerta.

No podía creer que la mala suerte aún no se había cansado de perseguirla. Confiaba que, en algún momento, esta decidiera abandonarla para dejarla vivir en paz. Pero no fue así. Su desdicha duraba tanto que terminó por llamarla *Titanic*. Ciertamente, para Lindsey, su vida se asemejaba a ese barco que, pese a resultar indestructible, se hundía en el océano frente a las miradas sorprendidas de sus tripulantes. Sin contar que, como en la película, la música de la orquesta sonaba en sus oídos para ofrecerle la banda sonora de su desastre interminable. Tal vez ella no fuera la protagonista que salvaba su vida por la ayuda de su amado. Más bien su ex era quien se mantenía a salvo mientras ella, congelada, se arrastraba hacia las profundidades marinas.

¿Se había convertido en una mujer pesimista? ¿Quién no lo haría cuando las dos personas que creyó únicas y sinceras las pilló follando sobre su cama? En efecto. Su querido Caden, ese hombre con el que mantenía una

relación que duraba algo más de un año, se enamoró de la única mujer que Lindsey adoptó como a una hermana, su único familiar, su amiga Melinda.

La última de las manzanas que habían rodado por el suelo estaba en sus manos cuando su mente le ofreció de nuevo la imagen de ellos en la cama: desnudos, sudorosos por el esfuerzo del sexo y gritando como animales salvajes.

—¡Joder! —vociferó lanzando esa pieza de fruta hacia el frente, como si se tratara del balón de Rugby que necesita un jugador para anotar el último tanto y ganar el partido.

Odio. Lo único que ella sentía por las dos personas que respetó y adoró era odio. Si no hubieran huido como ladrones aquel día, no sin antes suplicarle que les perdonara por haberlos encontrado sobre la cama que ella misma había comprado días antes, se habría convertido en la sucesora de *Charles Manson*, el asesino más famoso y peligroso del mundo.

Desde ese momento, el estado de pesimismo se apoderó de ella. Olvidó sonreír, disfrutar de la vida e incluso en más de una ocasión rezó para hallar la muerte. Pero Dios estaba demasiado ocupado proporcionándole una abominable existencia como para levantar las nubes grises que revoloteaban sobre ella y permitirle ver el sol.

Lindsey caminó con todo lo que había recogido hacia su coche. La lluvia había empapado sus ropas, estropeado el peinado y el rímel vagaba

por su rostro para darle un aspecto aún más tenebroso. ¿Dónde estaba esa Lindsey que disfrutaba arreglándose a lo *pin up*? ¿Dónde habían quedado sus labios rojos, su cabello adornado con pañuelos, su ropa ajustada, sus zapatos de tacones altos y el descaro con el que solía caminar cada día que salía de su hogar? Posiblemente en la cama, donde aquellos dos follaron como bárbaros. Ahora no quería ni mirarse en el espejo, ¿para qué? ¿Para ver la sombra de la mujer que fue? Mejor apartarse de ellos como lo hacían los vampiros, así no sufriría más.

—¿Señora? —le preguntó una voz masculina haciéndola parar a dos pasos de su coche—. ¿Ha sido usted quien me ha lanzado la manzana al coche?

La lluvia se hizo más intensa. Se escuchaban las gotas golpear con fuerza las carrocerías de los coches que había a su alrededor y una voz de mujer brotó de los altavoces, que el supermercado tenía instalados en la gran fachada, pidiendo que el señor Pratt se presentara en el departamento de bricolaje.

—¿Cómo? —preguntó Lindsey, quien no podía ver con claridad el rostro del hombre que se había dirigido a ella. Parpadeó varias veces, esforzándose por descubrir la cara de la persona que le hablaba, pero salvo unos ojos negros como el carbón y una barba espesa, no logró averiguar nada más.

–La manzana –repitió señalando las piezas que ella sostenía en sus manos—. Le estoy preguntando si ha sido usted quién me ha lanzado esa dichosa manzana al cristal del coche.

–No –contestó Lindsey con rapidez. Lo último que le faltaba para su desastroso *Titanic existencial*, sería que aquel hombre la acusara de vandalismo. Ya podría añadir a esa larga lista de desastres el de *lanzamiento de manzana peligrosa*.

–¿Está segura? –perseveró él caminado detrás de ella –. Porque aquí no hay nadie salvo nosotros y, *extrañamente* –remarcó –, tiene usted en sus manos varias piezas de la fruta que me ha roto el cristal delantero de mi vehículo.

–Le repito –dijo con voz calmada –que yo no he lanzado nada hacia su coche. Ahora, si no le importa, déjeme que continúe con mis quehaceres. Como observará la lluvia ha empapado mi ropa y si continuó conversando absurdamente con usted terminaré enferma.

–Pero necesito que asuma su responsabilidad –insistió él.

Lindsey abrió la puerta trasera de su vehículo, lanzó las manzanas, el tarro de mantequilla y el bote de mermelada sobre el asiento de pasajeros, cerró bruscamente y se volvió hacia aquel hombre tan desesperante y grande...

–¿Es usted un acosador? ¿Me ha visto sola en este parking y ha

decidido asaltarme? –lo atacó –. ¿Le ponen cachondo las mujeres pequeñas y con aspecto demacrado?

–¡Jamás atacaría a una mujer! –exclamó él ofendido. Dio varios pasos hacia atrás y la miró con recelo –. ¿Cómo se atreve a acusarme de una cosa semejante?

–¿Cómo se atreve a acusarme de haberle lanzado una manzana bomba? –espetó ella alzando el mentón. Sí, en efecto. Aquel hombre era el más alto que había visto nunca.

–Porque, tras una rápida deducción, no puede discutir que estamos solos en el parking y que, de los dos, solo usted tenía manzanas en sus manos –manifestó el extraño con firmeza.

–Si me acojo a su absurda deducción, he de decirle que es usted el *único* hombre que está cerca de la *única* mujer que hay en este parking y que se siente acosada. Si no quiere que empiece a gritar y que aparezca la policía en breve, ¡márchese y déjeme en paz! –declaró antes de abrir la puerta del conductor y meterse dentro.

Una vez que presionó el botón que bloqueaba todas las puertas del coche, Lindsey conectó el vehículo y se dirigió hacia la salida. Pero antes de girarse hacia la derecha, para tomar la dirección que la llevaría hacia su hogar, miró a través del espejo retrovisor confirmando lo que ya había sospechado. Aquel hombre de traje oscuro y que parecía un emisario de la

Muerte, seguía inmóvil bajo la lluvia. Lindsey se apartó las gotas de lluvia de las pestañas y entornó los ojos para verlo mejor. En efecto, era moreno y bastante alto y, como había imaginado, tenía aquella mirada oscura clavada en su matrícula, reteniendo en su mente cada número.

—Espero que no vuelvas a cruzarte en mi camino —susurró Lindsey alejándose por fin—. Porque si eso ocurre te lanzaré otra manzana, pero esta vez no romperé el cristal de tu coche sino tu cabeza por haberme llamado señora—sentenció.

Querida vida: Cuando digo “¿Hoy no podría ser peor?” se trata de una pregunta retórica, no un reto.

(Autor/a sin concretar)

Detroit, diciembre de 2018.

–Señorita Tucker, ¿sigue usted ahí? –le preguntó la mujer que se encontraba respondiendo a su llamada telefónica.

–Sí, estoy aquí –contestó Lindsey mientras observaba cómo el señor Rob, su gato, saltaba de un lado a otro como si estuviera poseído por el mismísimo Lucifer.

–Le informo que no dispone de saldo suficiente para afrontar el pago de esa factura. Debe acudir, lo antes posible, a la oficina bancaria más cercana y hacer el ingreso pertinente. De lo contrario, se le devolverá dicho recibo en cuarenta y ocho horas.

–¿Solo cuarenta y ocho horas? No me pagarán hasta la semana que viene. ¿Puede retenerlo hasta entonces? Le aseguro que tendré suficiente para abonar la deuda –suplicó sin apenas tomar aliento.

–Lo siento, no puedo hacer nada. Como este retraso sería el sexto recibo que ha pospuesto en los últimos cuatro meses, la entidad bancaria no

le permite otra paralización.

–Está bien...–dijo resignada –. Haré todo lo posible para saldar ese déficit en dos días.

–Gracias, señorita Tucker. Espero haberla ayudado. A continuación, recibirá una llamada para realizarle una encuesta sobre el grado de satisfacción obtenido en esta conversación. Que tenga un buen día.

–Gracias, igualmente –comentó antes de finalizar la llamada.

Lindsey colocó el móvil sobre la mesa de la cocina, posó los codos en esta y se acarició el pelo con desesperación. Antes de poder pensar en cómo salvar aquel desastre, el teléfono empezó a sonar.

«Gracias por atendernos. Esto es un cuestionario sobre la satisfacción que ha encontrado tras ser atendido por uno de nuestros comerciales. Del cero al nueve, pulse la tecla que más se adecúe a su valoración. –Lindsey pulsó el nueve. Por lo menos la joven la había tratado con respeto y, aunque no pudo ayudarla, no era justo que pagara su mal humor con una pobre intermediaria –. Gracias por su valoración. Espero que la resolución de su problema haya sido provechosa para usted. Ya sabe que estamos a su disposición las veinticuatro horas...» Cortó la llamada.

Nada, ya no le quedaba ni un mísero dólar en la cuenta. Todo había desaparecido después de varios meses sin encontrar un empleo estable. Desde que abandonó el trabajo en el salón de belleza de Melinda, la amiga

que se follaba a su novio, nadie la había contratado más de tres semanas seguidas. Su último empleo fue el de recogedor de carritos en City Market y tras una discusión con un cliente, que se empeñó en llevarse el carro porque iba a construir un trineo para sus hijos, la echaron del supermercado sin escuchar la versión de los hechos. «El cliente siempre tiene la razón», le repitió una y otra vez el encargado tras pedirle que retirara sus pertenencias de la taquilla. Quizás ese había sido el motivo por el que no permanecía en una empresa más de veintiún días. Su carácter ácido como un limón le impedía doblegarse con tanta facilidad.

Antes no era así...

Según le había dicho Caden, más de un millar de veces, ella era una tierna florecilla en mitad de un bosque asustada por cómo el viento movía sus pétalos. Pero después de encontrarlo con su mejor amiga, aquella tierna y débil florecilla se había convertido en el cactus más grande de América y lanzaba púas más envenenadas que la mordida de una serpiente cascabel. De ahí que no superase las últimas entrevistas de trabajo. A pesar de poner cara de niña buena y responder a todas las preguntas con educación y sutileza, quienes la entrevistaban captaban con rapidez que su carácter no era dulce ni tierno, sino áspero como un estropajo de aluminio y que, tarde o temprano, daría problemas en la empresa.

—Tenemos que cambiar —le dijo al gato mientras se apartaba de la

mesa —. Y sé quién podrá ayudarnos a lograr ese cambio.

Segura de lo que iba a hacer, cogió el bolso, abrió la puerta de su, por ahora, apartamento y salió a la calle en busca de la única persona que podía indicarle qué camino debía elegir para que todo su mundo cambiase.

#TanaLove

—Esto es muy raro... —murmuró la adivina después de echar las cartas sobre el tapete.

Los amuletos que vendía y mostraba a los clientes permanecían sobre la mesa como adornos de vital importancia. Las velas, gastadas por el uso, iluminaban la pequeña habitación ofreciéndole un aspecto enigmático y sobrecogedor. Pero Lindsey sabía que Sabina utilizaba aquella decoración para aterrar a sus clientes. Tal vez también lo empleaba para que quienes requerían de sus servicios no intentaran contradecir sus predicciones. ¿Quién iba a negarse a aceptar la buena ventura de una mujer que estaba rodeada de patas de conejo, plumas de cuervos, cráneos de águilas y alguna que otra figura satánica?

—¿Qué significa... *esto es muy raro*? —preguntó alzando la voz y abriendo los ojos como platos.

—Hoy las cartas están alteradas y no dicen cosas coherentes — aseveró ésta extendiendo las manos sobre la baraja como si quisiera protegerlas de una posible ventisca.

–Pero... ¿esta qué quiere decir? –Lindsey señaló hacia la reina de corazones y clavó la mirada en la médium –. ¿Parece buena, no?

–No puedo interpretar el significado de una carta, sino de lo que indican en su conjunto –le explicó con calma.

–¿Y? –perseveró Lindsey.

–Y según esto, pronto aparecerá no solo la oportunidad laboral que deseas, sino también el hombre destinado a hacerte feliz –desveló tras buscar las palabras adecuadas para ella. Iba a enfadarse y lo sabía, pero no podía mentir sobre lo que vaticinaban sus cartas, aunque fuera a una persona como Lindsey.

–¿Un hombre? –vociferó Lindsey –. ¡Ahora entiendo por qué has dicho que no están muy coherentes! ¿Cómo se les ocurre decirme que aparecerá un hombre en mi vida? –masculló.

–A ver... serénate, por favor –le pidió–. Puedes olvidar lo del hombre por ahora y sentirte feliz porque, según ellas, encontrarás el trabajo ideal para ti. Uno muy bueno a pesar de que tiene algo que ver con el tema de los muertos.

–Bien, la cosa mejora por momentos... Ahora resulta que me convertiré en la líder de una banda que asesina a sus asaltantes –ironizó Lindsey, cruzándose de brazos por el pecho y reclinándose en el asiento de mala gana.

–¿Puedes olvidar, por un instante, ese pesimismo infernal? ¿No has venido aquí para que te hablara de tu futuro? ¿No tienes fe en lo que te cuento? –espetó enfadada.

–Solo si me dices algo sensato –farfulló.

–Bien, pues lo sensato es que pronto aparecerá la oportunidad laboral que estás esperando, aunque pronostican que no lo hallarás aquí. Tendrás que viajar a un lugar lejano y eso hará que, al fin, rompas con todos los vínculos negativos que te atan a esta ciudad.

–Continúa...–la animó sin reducir su enfado.

–Ellas me dicen que serás feliz en ese sitio y que tu corazón se despertará de esa oscuridad a la que lo tienes sometido. Pero sólo si él asume lo que siente por ti, podrás alcanzar esa...

–¿Lo dices en serio? ¿Después de visitarte durante estos meses y contarte la historia de mi vida, insistes en que volveré a ser una estúpida? –espetó levantándose del asiento –. Antes prefiero convertirme en una asesina y matar, con mis propias manos, a Eros, para impedir que me enamore de otro hombre.

–No me invento nada, Lind –comentó con resignación–. Insisto en que te estoy traduciendo sólo lo que ellas me comunican. Pero ya sabes que puedes aceptar su predicción o negarla –expuso con tranquilidad.

–La niego. Rotundamente niego cualquier cosa que tenga que ver

con el maldito sexo masculino –refunfuñó Lindsey cogiendo su chaqueta.

–Pero no se puede vivir sin amor... ¿No eres consciente de en quién te has convertido desde que te has negado a la posibilidad de encontrar una persona a la que amar?

–¿Desde cuándo has adoptado el papel de ayudante de Eros, Sabina? No necesito que me indiques qué debo o no debo hacer respecto a ese tema. Y para tu información, me he convertido en una mujer sensata y dispuesta a luchar por sobrevivir sin la presencia de un hombre. ¡De ninguno!
–clamó antes de caminar hacia la salida.

–¡Lindsey, no te vayas! Todavía he de decirte que...

–No quiero escuchar nada. Hoy, como bien has dicho antes, las cartas no expresan nada razonable. Tal vez decida aparecer otro día, uno en el que estén más tranquilas y no quieran reírse de mí, para intentarlo de nuevo.

–Ellas no se ríen, ¡no pueden hacerlo! – replicó.

–Eso es lo que tú opinas porque vives de esto, pero yo no cambiaré de opinión. Buenos días, Sabina. Disfruta del resto del día – dijo Lindsey antes de cerrar la puerta tras su salida.

–Buenos días...–susurró Sabina con tristeza.

Una vez que la paz regresó a la pequeña habitación, la médium miró las cartas y las leyó de nuevo. ¿Qué trabajo sería ese? ¿Por qué un hombre intentaría alejarla de ese empleo? Y, ¿por qué la mujer se enamoraría

de un hombre que es custodiado por la muerte? Pero lo que más le llamó la atención, y no pudo confesarle a Lindsey, fue el significado que dos cartas indicaban al estar una al lado de la otra. Sabina las miró atentamente, colocó las manos sobre estas y cerró los ojos.

—Por favor, no le haga eso a su hija...—susurró.

Pero antes incluso de tomar aire tras su petición, escuchó un sonido muy fuerte a su lado. Al creer que era Lindsey que regresaba para pedirle perdón por su comportamiento, abrió los ojos y se levantó. Aunque allí no había nadie. Pensando que había sido todo producto de su imaginación, empezó a recoger la baraja, pero sus manos comenzaron a temblar y las cartas que tenía en ellas se deslizaron hasta caer de nuevo sobre el tapete.

—¡Mierda! —exclamó Sabina al ver que la silla, donde había permanecido sentada Lindsey, se encontraba tirada en el suelo.

De las dificultades nacen los milagros.

(Jean de la Bruyère)

Lo primero que hizo, después de salir del establecimiento de Sabina, fue dirigirse a su antiguo trabajo y rogarle al encargado que le pagara esa misma mañana. Al principio se negó a dárselo porque, según citó, una de las normas de la empresa era finiquitar el trabajo de los antiguos empleados transcurridos diez días después de la finalización del contrato. Sin embargo, al contarle que el banco no le daría más tiempo y que antes de terminar la semana no tendría ni luz ni agua en su hogar, se apiadó de ella y atendió a su súplica. Y como le dijo a ese gerente piadoso, una vez que tuvo el cheque en la mano se dirigió al banco para hacerlo efectivo.

–Con esta cantidad, usted ha saldado sus deudas y tiene a su favor cincuenta dólares –le informó la chica de la ventanilla.

Lindsey sonrió a la amable empleada mientras pensaba en que todo su mundo se reducía a esa cantidad. Podía sacar la poca fortuna que poseía, regresar al supermercado y comprar algo de comida para Rob y para ella, pero decidió mantenerlo en la cuenta al recordar una de las frases que decía su madre, antes de que su enfermedad la dejara tan inerte que hasta le borró los recuerdos: «el dinero llama al dinero». Si era cierto, tal vez esos

cincuenta dólares atraerían a otros cincuenta y los futuros cien a otros nuevos cien. Sin borrar la sonrisa de su rostro, al pensar tal insensatez, firmó el último documento que le había dado la trabajadora, cerró la cartera y se marchó pensando en cómo podría sobrevivir con esa pequeña cantidad.

Sabina tenía razón. Desde que encontró a Melinda con Caden, su vida había ido de mal a peor. El hecho de que odiara al mundo entero le causó una ira hacia sí misma de la que no podía liberarse. Los únicos seres que aún no se habían apartado de ella eran la médium, porque sentía tanta lástima que, como mujer piadosa, le resultaba difícil separarse de ella y su gato. Bueno, Rob no lo hacía porque tenía una enorme deuda al haberlo recogido de la calle cuando aún llevaba en su barriga el cordón umbilical.

Y ese era el resumen de todo: Sabina, Rob y ella.

Mientras regresaba a su hogar, meditaba sobre su comportamiento en los pocos trabajos que había logrado. Esquiva, desobediente, instigadora, airada, todo eso podía describirla, además de mal carácter y huraña. Quizá, como decía Sabina, ya iba siendo hora de cambiar, olvidar el pasado y perdonarse a sí misma. Pero le resultaba tan difícil hacerlo... Quizá, si se hubiera dado cuenta de la relación que Caden y Melinda mantenían en secreto, ella misma habría puesto fin a todo y se hubiera evitado recordar aquel momento tan horrendo. Posiblemente lo habría pasado mal durante un tiempo, pero no se sentiría tan destruida y

airada. ¿Quién no ha sufrido el dolor de una ruptura que no se desea? Pero tras ese período de tristeza, ella habría resurgido como el ave Fénix. Sin embargo, al verlos, al hallarlos de esa forma, lo único que hizo fue volverse una persona enferma y dañina.

Autodestrucción. Ese era el término psiquiátrico que la definía. Sabía que necesitaba ayuda para abandonar ese episodio tan rencoroso de su vida, aunque lo peor de todo era que no se dejaba ayudar ni buscaba a quién pudiese sacarla de ese pozo sin fondo.

Mientras se calentaba una de las dos pizzas que su antiguo encargado le regaló al hablarle de su lamentable estado económico, pensaba en la segunda parte que le predijo Sabina. Un hombre... ¡Un hombre! ¿Cómo iba ella a enamorarse de nuevo? ¡Menuda gilipollez! Odiaba todo lo que procediera del sexo masculino. Hasta había eliminado a sus cantantes favoritos por serlo. En su lista de música solo encontraba voces femeninas quienes no le recordaban el daño sufrido, pese a que muchas de ellas hablaban de lo bonito que era el amor.

–Tengo que cambiar –se dijo –. He de hacerlo de una vez.

Pero no tenía ni la más remota idea de cómo encontrar esa salida que tanto necesitaba. En su vida pasada, antes de ser testigo de la infidelidad, su oficio era principalmente maquillar a esas mujeres que ansiaban verse guapas y atractivas. Lo hacía muy bien, o eso le decían sus clientas. Empezó

en un pequeño salón. Estaba contenta, muy contenta, porque el sueldo era bueno y la trataban como una princesa. Casi toda su clientela le pedía que les diera una imagen muy parecida a la que ella mostraba. Ese toque *pin up girl* era, sin duda, un reclamo muy importante. Después de varios meses trabajando en ese pequeño salón apareció una oportunidad que creyó ideal. Melinda, que era en aquel entonces una de sus compañeras, decidió abrir un salón por su cuenta con el dinero que había heredado de una tía abuela. Ella quiso participar en esa inversión, puesto que había ahorrado lo suficiente para poder ser una socia con el treinta por ciento de la empresa. Pero Melinda se negó en rotundo. Ahora entendía la negativa de quien fue su amiga... Esta se había enamorado de Caden desde el momento en el que lo vio. Y no la culpaba porque a ella le pasó lo mismo. ¿Quién no se enamoraría de un hombre con apariencia nórdica? Pese a haber nacido en Detroit, Caden parecía un vikingo. Su barba, su pelo, sus ojos y su gran corpulencia hacían suspirar a todas las mujeres que se cruzaban con él. Aunque si estas hubieran sabido que no creía en el amor para siempre, más de una habría apartado los ojos de ese Adonis pelirrojo.

El sonido del horno la despertó de ese ensimismamiento triste y agonioso. Con un paso más propio de un fantasma que de una persona que aún puede respirar, se dirigió hacia el horno, sacó la pizza y la puso en el plato.

–Esto no es para ti –le dijo al gato cuando comenzó a moverse entre sus piernas –. Debes comer el pienso que tienes en el cuenco. Y, si quieres dormir con la barriga llena, lo terminarás antes de que yo no tenga nada más con lo que alimentarme y decida probar tu comida.

Como si la entendiese, Rob salió corriendo hacia el plato, se sentó y se zampó hasta el último grano de pienso que le había echado.

–Eso está mejor –comentó ella sin poder borrar la sonrisa de su rostro.

Si había algo bueno en toda su existencia era Rob, su gato. Gracias a él nunca estaba sola y, cuando necesitaba un hombro en el que llorar, el lomo del animal siempre se colocaba bajo sus mejillas para recoger todas sus lágrimas en el pelaje.

Estaba dándole un bocado al último trozo de pizza, cuando el teléfono comenzó a sonar. Asombrada por tener al fin una llamada saltó de la banqueta y corrió hacia él. Quizás alguno de sus cientos de entrevistadores se había apiadado de ella y le ofrecían cualquier puesto, aunque fuera de limpiadora de retretes. Si le pagaban lo suficiente para poder saldar todas sus deudas y vivir dignamente, lo aceptaría gustosa.

–¿Señorita Tucker? –preguntó una voz masculina cuando aceptó la llamada.

–Sí, soy yo –respondió con tranquilidad, como si tuviese tantas

ofertas de empleo que podría rechazarla si no le agradaba.

–Soy Gad, el mecánico con el que habló hace un par de semanas, ¿me recuerda?

–Sí –respondió Lindsey frunciendo el ceño.

–He encontrado un comprador para su coche y quiere verlo esta misma tarde. Le he dicho que tal vez sea muy pronto para...

–¿A qué hora quiere que me presente? –preguntó rápidamente. No era la opción que había esperado, pero mientras buscaba ese idílico empleo, podría sobrevivir con las ganancias de la venta.

–¿Le parece bien a las cuatro? Hemos quedado a las cinco, pero me gustaría limpiarlo antes de que llegue el futuro comprador –le informó.

–Allí estaré sin falta –le aseguró tras mirar el reloj.

–Gracias, nos vemos a las cuatro –repitió la hora para que no se le olvidara –. Espero que esta compra le ayude a salir de esa miseria.

–Eso espero –dijo antes de colgar.

¿Miseria? ¿Así de fácil podía definir aquel mecánico su vida? Enfadada por tener que asumir esa palabra, dejó el teléfono sobre la mesa y caminó hacia la pequeña ventana del salón. Se sentó sobre la encimera de la cocina y observó el exterior. Supuestamente había llegado a una ciudad próspera y en la que se convertiría en la reina del mundo de la estética. ¡Hasta pensó que se haría maquilladora de las grandes estrellas de Hollywood! Pero

solo había logrado convertirse en la reina de la miseria. Lindsey apoyó la frente en las rodillas y suspiró. Su última propiedad, el único legado de su madre, estaba a punto de perderlo también y todo por no ser capaz de superar la ruptura de un hombre que no valía la pena. O cambiaba su actitud, como le había dicho Sabina, o terminaría en la calle.

—¿Señorita Tucker, está usted ahí?

Tras los rudos golpes con los nudillos, el señor Stillman, su casero, la llamó con su típica voz espesa. Despacio, sin proporcionar ni un minúsculo ruido, Lindsey bajó de la encimera y cogió a Rob entre sus brazos para caminar de puntillas hacia el baño. No era el momento de que el buen propietario descubriera que había infligido una de las normas que firmó en el contrato de arrendamiento: no tener animales domésticos.

—Solo serán unos minutos —le dijo al gato mientras lo metía en el baño—. No hagas ruido y te premiaré con el trozo de pizza que no me he comido.

Rob se sentó en mitad del baño y la miró con esos ojos verdes. Su cola no paraba de moverse, como si fuera un látigo.

—¿Señorita Tucker? Sé que está ahí. Abra, por favor. O me veré obligado a llamar a la policía —la amenazó.

—No te muevas y no maúlles —le ordenó al gato antes de encerrarlo.

Sin perder un solo segundo, Lindsey corrió hacia la puerta y, tras confirmar que se trataba del casero, se apartó los mechones de la cara, respiró hondo y abrió.

—¡Señor Stillman, me alegro de verlo de pie y con tanta vitalidad!
—exclamó cuando salió hacia el descansillo. Como no se fiaba mucho de Rob, entornó la puerta a su espalda.

—Señorita Tucker, me debe dos meses de alquiler —le dijo con firmeza—. He sido muy benevolente con usted porque en el pasado fue mi mejor inquilina, pero ya no puedo darle más tiempo para que me pague. Tengo varias ofertas interesantes por este piso y he de dar respuestas antes de que termine esta semana.

Y sus problemas aumentaban...

—Señor Stillman le prometo que esta misma tarde efectuaré el pago de esos dos meses.

—¿Esta tarde? ¿A qué hora? ¿Cómo me pagará si no tiene un trabajo estable? Ya sabe que una de las normas que firmó en el contrato fue que se necesita un empleo para vivir en mi edificio. Yo vivo de los alquileres y si mis inquilinos no me pagan, no puedo...

—Le prometo que antes de las siete le pagaré lo que le debo —comentó con tranquilidad—. Voy a vender mi coche y...

—¿Su coche? —preguntó el casero con los ojos abiertos como

platos.

–Sí –respondió Lindsey muy seria.

–¿Cuánto le han ofrecido? ¡Yo le pagaré más! –exclamó Stillman –. Sabe que siempre le he pedido que me lo venda. Es un ejemplar único.
¿Cuánto?

–No creo que deba decírselo –apuntó misteriosa.

–¿Cuánto? –insistió el arrendador.

–Cinco –dijo al fin Lindsey –. En efectivo –añadió.

–Bien, yo le daré seis –reveló después de hacer un sinfín de cuentas mentales. –Si divido esa cantidad por lo que cobro de alquiler tendría...

–No.

–¿No? –espetó Stillman arqueando las cejas.

–Si quiere el coche serían seis limpios y el pago de estos dos meses quedarían saldados. ¿Lo toma o lo deja? –perseveró Lindsey muy segura.

–¿Cuánto tiempo tengo para pensármelo? –le pidió.

–¿Va a pensarse esta oferta por quinientos dólares? –comentó ella asombrada.

–Quinientos dólares es mucho dinero –resopló el arrendador –. ¿Qué tal cinco quinientos y la deuda se quedaría saldada? –insistió

extendiéndole la mano para sellar el pacto.

–Cinco setecientos, los dos meses pagados y me dará veinte días para desalojar mis pertenencias –regateó Lindsey.

–¿No va a quedarse aquí? ¿Se marcha de Detroit o de mi apartamento? –quiso saber Stillman.

–Según me han aconsejado esta mañana, he de salir de esta ciudad si quiero que mi buena suerte regrese. Vivir aquí solo me produce dolor y agonía –confesó.

Stillman se acarició la barba canosa, meditó sobre el trato y, al llegar a la conclusión de que saldría ganando, pues el coche podía revenderlo por el doble y además ella le daría la oportunidad de ofrecer el piso a otros inquilinos, volvió a extender la mano hacia Lindsey.

–Trato hecho. Voy a coger el dinero. Prepare los papeles y recuerde que solo le quedan veinte días para marcharse –señaló antes de girarse hacia el pasillo –. Por cierto, ha recibido mucha correspondencia. La he dejado en el buzón porque no sabía si hoy estaría dispuesta a atenderme o me evitaría como ha hecho los días anteriores.

–Gracias por la información. La cogeré antes de buscar los papeles del coche –comentó cerrando la puerta tras ella.

–En una hora en mi apartamento –indicó Stillman al verla marchar.

–En una hora.

Con un nudo en la garganta, triste por haber perdido lo último que le quedaba de su madre, Lindsey bajó las escaleras hasta llegar al buzón. Como le había dicho el casero, estaba repleto. Pero no eran cartas sino un montón de publicidad. Mientras subía las escaleras, para regresar a su apartamento, fue leyendo una a una las octavillas. «Si viene, le regalamos la segunda sesión». «El mejor restaurante chino». «Le damos un préstamo con la comisión más baja que puede tener». Cada papel que leía, lo transformaba en una bola para luego tirarla al contenedor de reciclaje. Era muy triste ver que nadie se acordaba de ella, como si no existiera...

Tan enfadada estaba que estuvo a punto de hacer una gran bola con la publicidad, pero se quedó en un intento al ver un extraño panfleto.

«Necesitamos con urgencia a una esteticista. Se ofrece buen salario, horario flexible y la posibilidad de residir en la ciudad sin coste. Si estás interesada, ponte en contacto con nosotros lo antes posible».

Lo leyó varias veces. Luego, miró la fecha del anuncio y resopló. Dos semanas. Esa oferta de trabajo se había publicado dos semanas atrás. Seguro que ya habían encontrado a esa esteticista que necesitaban. Con esas condiciones, nadie se resistiría a dejarlo escapar.

Aunque suponía que el puesto ya estaba ocupado, no lo arrugó, como hizo con todo lo demás. Lo mantuvo en sus manos hasta que liberó al

pobre Rob del baño.

—¿Tú qué dices, Rob? ¿Le llamamos y escuchamos de nuevo que el empleo ya está ocupado? —le preguntó al gato mientras le ofrecía ese pedazo de pizza que le había prometido.

Dejó el anuncio sobre la mesa y buscó el teléfono. Debía llamar al mecánico para informarle que el coche ya no estaba en venta. Cuanto antes lo hiciera, antes podía evitar que ese posible cliente perdiera su valioso y costoso tiempo. Sin apartar los ojos del papel, marcó el número de teléfono del taller.

—Dans & Marroy, buenos días.

—Hola, soy la señorita Tucker, me ha llamado Gad hace unos minutos para vender mi coche esta misma tarde —explicó.

—Sí, soy yo quien ha hablado con usted. ¿Qué sucede? —preguntó el mecánico de malhumor.

—No lo vendo. Al final me lo quedo porque he recibido una oferta de trabajo y necesito el coche.

—¿Está segura? —insistió sin hacer desaparecer ese malhumor tan típico en una persona que no se sale con la suya.

—Sí, muy segura. Espero que tenga el tiempo suficiente para llamar al comprador y explicarle mi cambio de decisión —prosiguió Lindsey sin apartar la mirada del papel.

«Esteticista» «Buen sueldo»

Su mente solo retenía esas palabras.

—¿Y si aumentamos el precio? Podía llegar a los cinco mil—
persistió el mecánico.

—No, gracias. De verdad que me hace falta —volvió a afirmar.

—De acuerdo. Buenos días.

Y antes de poder despedirse, el buen trabajador finalizó la llamada.

Lindsey colocó el móvil frente a su boca mientras leía de nuevo el anuncio. No perdía nada en llamar y confirmar que el puesto ya estaba ocupado. Como decía su madre, «el no lo tenía por delante». Separó lentamente el teléfono y comenzó a marcar el número que ponía en el anuncio. Si la respuesta era negativa, no debía importarle, pues tendría veinte días para buscar otro apartamento más barato y sobreviviría con el dinero de la venta. Pero cuando empezó a sonar los tonos de llamada, quiso colgar. Tal vez no estaba tan preparada como ella se imaginaba para soportar otro rechazo. Quizá lo mejor para que todo marchase bien...

—¿Sí? —preguntó una voz de mujer casi en el momento que iba a presionar el botón de finalizar.

—Buenos días, disculpe si le molesto. He visto su anuncio y quería saber si aún está disponible la oferta.

–¿Eres esteticista? ¿Tienes experiencia? ¿Cuántos años tienes? ¿De dónde eres? ¿Qué sueldo has imaginado tener? ¿Estás casada? ¿Tienes hijos? –preguntó la mujer sin apenas tomar aire.

–Treinta. Tengo diez años de experiencia. Mi último trabajo fue en un salón de belleza, pero lo dejé después de encontrar a mi novio con mi mejor amiga en mi propia cama. Por desgracia, esa amiga también era mi jefa así que, como puede imaginar, me despedí al momento. No estoy casada y no tengo hijos. Pero tengo un gato del que no pienso desprenderme porque, por fortuna, él es lo único en este mundo que me hace feliz. Vivo en Detroit, acabo de vender mi coche y las ganancias que obtendré me darán para sobrevivir durante algún tiempo. ¿Responde eso a todas sus preguntas? – quiso saber.

–Lo resume –dijo antes de permanecer en silencio unos segundos –. Este trabajo es un tanto peculiar. Todas las personas no soportan con facilidad la presión que...

–Estoy desesperada y sea lo que sea, lo aceptaré –afirmó sin dudarle un segundo.

–Está bien. Anote mi dirección. Si ya no tiene vehículo propio imagino que vendrá en autobús –concluyó la mujer.

–Dígame hacia dónde he de comprar el billete.

–Hacia Monroe. Cuando sepa la hora y el día de llegada, me

llama y mi esposo irá a recogerla. Sobre el gato no se preocupe, tengo diez en casa. Yo tampoco sería capaz de abandonarlos.

Y eso fue por lo que la señora Dhal dedujo que la joven tenía buen corazón. Algo que no se pidió en el anuncio pero que se necesitaba para trabajar en su funeraria. La empresa no solo solicitaba que la esteticista fuera eficiente, sino que también tuviera cierta caridad por esas personas que ellos habían conocido y que, por desgracia, habían abandonado el mundo de los vivos.

–Me llamo Lindsey Tucker –dijo ella sin poder borrar la sonrisa de su rostro.

–Y yo Ava Dhal, aunque aquí todos me llaman Avi.

–Gracias por darme esta oportunidad, Avi. Seguro que no tendrá ninguna queja sobre mi trabajo.

–No me agradezcas nada todavía, Lindsey. Primero ven hasta aquí y luego opinas. Por cierto, tienes un mes de prueba, aunque las anteriores candidatas no han durado ni unas horas.

–Yo no soy como ellas. Le aseguro que aguantaré mucho más – aseveró Lindsey.

–Llámame cuando te falten unos minutos para llegar a Monroe. Como te he dicho, mi marido será quien te recoja y si está ocupado en la empresa, te enviaré un taxi.

–Gracias, Avi.

–A ti, Lindsey –respondió antes de colgar.

Una vez que su futura jefa no podía escucharla, empezó a dar gritos de alegría y saltos por todo su apartamento. ¡Al fin le sonreía la suerte! ¿Sería su actitud positiva? ¿Su forma de hablar? ¿Su sinceridad? Sea lo que sea, daba gracias a Dios de que por fin escuchara sus súplicas y alguien le daba la oportunidad de trabajar en lo que realmente quería.

–Señor Rob tenemos que hacer las maletas, esta misma noche nos marchamos hacia Monroe –le dijo al gato antes de cogerlo y bailar con él hasta que llegó la hora de llevar los papeles del coche al señor Stillman.

No aguantes un pedo porque éste se te subirá al cerebro provocando ideas de mierda.

(Mr. Puterful)

Después de un día y siete horas metida en el autobús, Lindsey por fin llegaba a Monroe.

El viaje había comenzado muy mal...

Una vez que llegó a la estación y habló con uno de los empleados, este le informó que debía pagar un incremento en su tarifa por llevar un animal en el trasportín y que tendría que ir en el piso inferior, justo en la zona donde guardaban el equipaje de los pasajeros. También añadió que, si le sucedía algo al animal durante el viaje, la empresa no se haría responsable de la pérdida. Resumiendo: si Rob moría aplastado por una maleta, solo podía sacarlo y enterrarlo en cualquier pedacito de tierra que encontrara en mitad del trayecto. Después de maldecir en su cabeza a todos los que habían elaborado unas normas tan salvajes, preguntó si, por un casual, podía llevarlo en el asiento de al lado, comprando otro billete, por supuesto. Tras escuchar durante media hora más de diez llamadas telefónicas que el trabajador realizó para confirmar si estaba prohibida dicha alternativa, este le informó que no había problema, pero que si en algún momento el gato no se portaba bien

tendría que ponerle remedio cuanto antes. Con una sonrisa que le cruzaba la cara, pagó esos dos billetes y subió al autobús con Rob en brazos. Todo parecía ir por el buen camino. No solo había evitado que su pequeño fuera aplastado por una maleta pesada, sino que también era la primera vez, desde lo ocurrido con Caden, que mantenía la calma y no se ponía a gritar ni a blasfemar sobre la madre de nadie. Aunque después de quince horas enclaustrados como sardinas en lata, la sonrisa desapareció.

Cuando se notó cansada y decidió dormir un rato, intentó reclinar el asiento hacia atrás pero no pudo moverlo. Por desgracia, el ocupante posterior a ella tenía las piernas tan largas que las puntas de las zapatillas rojas rozaban sus talones. Así que terminó por ocupar los dos asientos que había pagado, colocando a Rob sobre sus piernas, y dejar que el sueño la atrapara. Pero tras cerrar los ojos y sentir cómo su cuerpo empezaba a relajarse, uno de los pasajeros comenzó a roncar y Rob maullaba como si estuviera respondiéndole. Antes de que todo el mundo pagara su malhumor con ellos, le dio un sedante y media hora después este dormía como un bendito. Mientras Rob descansaba en el mundo de los gatos felices, los ronquidos continuaron y las conversaciones se hicieron menos íntimas, porque debían hablar en alto si querían sobrepasar esos ensordecedores ronquidos. Pero la cosa no quedó ahí. Además de los ronquidos y las voces altas también se empezó a escuchar flatulencias. Sí, aunque parecía algo

irreal, alguien había cometido el error de almorzar algún tipo de alimento que le causaba unas ventosidades pestilentes. Cuando se descubrió que la persona en cuestión no ponía remedio a la inacabable expulsión de gases apestosos, varios pasajeros se levantaron de sus asientos y rociaron el interior del autobús con perfumes que tenían en los equipajes de mano. Aun así, aquel horrible olor no desaparecía.

Viéndose en un estado de ira sin precedentes decidió que, antes de liberar su verdadero carácter y que la obligaran a bajar en cualquier lugar desconocido, la mejor opción era tomarse una de las pastillas de Rob y proseguir el viaje durmiendo. Tal como concluyó, trascurridos algo más de cuarenta minutos ella y el gato dormían plácidamente.

Cuando abrió los ojos, el sol aparecía detrás de las montañas del lugar por el que circulaban. Mientras escuchaba por los altavoces que faltaban veinte minutos para llegar a Monroe miró su reloj. Las ocho de la mañana. Una hora poco adecuada para llamar a Avi y comentarle que pronto estaría en la estación. La mejor idea era que, antes de aparecer frente a sus nuevos jefes, tomarse un café en la primera cafetería que encontrara y retocarse el maquillaje. Si su empleo se basaba en convertir rostros femeninos sin belleza en auténticas diosas del amor, lo más apropiado era que el suyo estuviese perfecto. Lindsey apoyó la cabeza en el cristal, observó ese bonito amanecer y pensó en Sabina. La había llamado para informarle de la

afortunada noticia después de efectuar la venta de su vehículo. Ella recalcó miles de veces que su mala suerte se marcharía si adoptaba la actitud correcta, que olvidara de una vez por todas el pasado y que dejara a su corazón latir de nuevo. Claro está ella le prometió las dos primeras peticiones, pero no hizo referencia a la tercera. Estaba tan ilusionada con la posibilidad de encontrar un trabajo estable que no quiso discutir sobre el tema prohibido: hombres. La predicción de las cartas era errónea en esa parte y se lo haría saber a la médium cuando hubiera transcurrido un tiempo. Una vez que ningún hombre se interesara por ella, al conocer su verdadero carácter, la llamaría para explicarle que su revelación no había sido efectiva al cien por cien.

El conductor del autobús interrumpió sus pensamientos sobre Sabina al apretar la bocina e increpar una mala actuación de otro conductor. Una vez que la tranquilidad volvió a reinar en el interior del autobús, Lindsey se concentró en la conversación telefónica que mantuvo con la señora Dhal. Hasta ese momento no se había dado cuenta la desesperación que transmitía en su voz al hablar sobre las anteriores candidatas. Ni tampoco la rapidez que empleó para hacerle tantas preguntas en menos de un minuto. ¿Tan ansiosa estaba en buscar una esteticista? ¿Por qué se habían marchado las demás en horas? Según el anuncio, ellos ofrecían un buen sueldo, una residencia gratuita y un horario laboral flexible. Eso era suficiente reclamo para

cualquier persona sensata, aunque todavía seguía dándole vueltas al tema del horario. ¿Qué significaba flexible? ¿Qué no tendría horas fijas? ¿La gente de esa ciudad necesitaba los servicios de una maquilladora en mitad de la noche? Ante esa pregunta, Lindsey soltó una pequeña risita. ¿Cómo iban a necesitar una esteticista pasadas las ocho de la tarde? Lo que intentaría explicar el anuncio era que quizás habría mañanas con más trabajo y algunas tardes no tendrían ni una sola cliente. O tal vez que se podría trabajar en el horario que más te conviniera. Fuera lo que fuera, mientras pudiera estar con Rob, ella aceptaría cualquier horario y no saldría huyendo como las demás.

–Estación de Greyhound –anunció el conductor a través de los altavoces –. La previsión del tiempo indica que no se alcanzarán los tres grados de temperatura. Pero, como pueden apreciar, el cielo está totalmente despejado. Les deseamos una buena estancia en la ciudad de Monroe, Luisiana. No se olviden de que nuestra empresa está a su entera disposición y que disponemos de descuentos especiales para los clientes que eligen viajar con nosotros. Que tengan un buen día.

Tras escuchar el mensaje *subliminal* sobre la empresa que pagaba cada mes su sueldo, el conductor aparcó el autobús en el andén número cinco. Lindsey sonrió al ver el número. Sin duda alguna el destino le seguía indicando que había elegido adecuadamente porque ese era su número preferido.

—Rob hemos llegado a nuestro nuevo hogar —le dijo al gato que aún seguía tumbado en el trasportín inconsciente por el sedante. —¿No te parece maravilloso? Aquí no nos sucederá nada malo. Auguro que seremos felices y que jamás tendremos que volver a Detroit. ¿No crees que el cielo es más azul en esta parte de América? ¿No escuchas el cantar de los pájaros? Porque estoy tan feliz que parezco una princesa dentro de un hermoso cuento. Y si todo nos sale bien, jamás volveré a enfadarme con...

—¿Qué desfachatez! ¡Qué poca vergüenza! —comentó el hombre que se había pasado todo el viaje soltando gases apestosos cuando pasó por su lado —. ¿Cómo se puede ser tan egoísta? ¿De verdad ha comprado un asiento, que podía ocuparse por otra persona, para llevar a un miserable gato? ¿Acaso no sabe que cualquier pasajero puede sufrir alergia por un animal semejante?

En ese momento, la sonrisa que Lindsey había mostrado en su rostro al sentirse tan feliz desapareció como por arte de magia. Muy despacio, sin prisa, fue subiendo la cabeza hasta encontrarse con la persona que le regañaba por haber salvado la vida a Rob.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Lindsey levantándose del asiento como si tuviera un erizo debajo del culo.

Su cara se había puesto roja como una amapola silvestre, su frente se había plegado como un acordeón y enseñaba los dientes como un perro

con rabia. Solo le faltaba la típica baba que estos mostraban antes de atacar a su presa.

–Que no debió comprar un asiento para un mísero animal. ¿No sabe qué significa solidaridad? ¡Menuda juventud!

–¿Cómo se atreve a hablarme de esa manera? –gritó tanto que las venas de su garganta se hicieron cuerdas de atar ganado –. ¿Solidaridad? ¿Habla de solidaridad la persona que ha soltado durante todo el trayecto gases apestosos? Si quiere ser solidario... ¡la próxima vez que viaje métase un tapón por el culo! –terminó chillando.

Ante ese comentario, los otros pasajeros comenzaron a aplaudirle. Lindsey, sin apaciguar la rabia que corría por sus venas, le señaló al susodicho con el dedo hacia lugar por donde debía salir y añadió:

–¡Váyase usted y su mal olor de una maldita vez! ¡Y no quiera enseñar normas de moralidad nunca más!

El hombre intentó decirle algo, pero como todo el mundo la aplaudía y le apoyaba con vítores, agachó la cabeza y salió sin parar de murmurar sobre el mal carácter de la soltera amargada que sólo podía soportarla un miserable gato.

Una vez que Lindsey se calmó, se giró hacia el asiento y, justo en el momento en el que iba a coger el asa del trasportín de Rob, miró al pasajero que no le había permitido reclinar el asiento y le dijo:

–¿Sabe que hay asientos especiales para personas de su tamaño?

El hombre de ojos negros y con una espesa barba del mismo color, la miró sin parpadear y esbozó una sonrisa tan seductora que Lindsey se quedó, por unos segundos, con la mente en blanco. Pero se recompuso con rapidez.

–Cuando no duerme bien... ¿se levanta así de feliz? –le dijo ese hombre mientras se levantaba despacio del asiento. Se colocó en el pasillo, al lado de Lindsey, alzó los brazos para coger su bolsa de equipaje, la colocó en el hombro y volvió a sonreírle.

–No me ha permitido reclinar hacia atrás –dijo al fin Lindsey intentando no mirar hacia ese cuerpo atlético y que, por suerte, olía demasiado bien –. Y según me dijeron al comprar mi billete, este era más caro porque podía recostar el asiento y descansar mejor.

–Pero usted ha descansado... La he visto tumbada sobre esos dos asientos y, como tiene las piernas pequeñas, las ha mantenido estiradas y relajadas todo el tiempo. Aunque si tanto le ha molestado no reclinar su respaldo, podría haberme pedido que encogiera las piernas. Seguro que le habría concedido el deseo por... solidaridad a los demás –ironizó.

–¿Perdona? –le preguntó confusa y colérica.

–Está perdonada, pero sólo por haber puesto en su sitio a ese cerdo. Que tenga una feliz estancia en Monroe, señora. Aunque mucho me

temo que la ciudad se le quedará pequeña con ese genio que se gasta.

Y sin decir nada más, aquel hombre que podía alcanzar las ochenta pulgadas de altura, que vestía con unos jeans de color oscuro, unas zapatillas Nike rojas y una camisa blanca, salió por la puerta trasera del autobús.

Trata de ser un arco iris en la nube de alguien.

(Maya Angelou)

Si los ojos de Lindsey pudieran disparar balas, como una ametralladora, aquel pasajero habría caído en mitad del estrecho pasillo con la espalda agujereada como un queso de Gruyère.

Una vez que el gigante de pelo oscuro y ojos negros desapareció de su campo de visión, respiró hondo, cogió el asa del trasportín de Rob y bajó las escaleras con orgullo. No podía pensar en lo ocurrido dentro del autobús, necesitaba apartar todo lo negativo de su vida porque, si no lo hacía, volvería a ser la Lindsey de Detroit y ahora deseaba convertirse en la Lindsey de Monroe: una mujer que luchaba por alcanzar su sueño olvidando todo lo que fue. Aunque esa afirmación no era del todo cierta puesto que su verdadero sueño había sido maquillar estrellas de Hollywood. Pero ese pequeño detalle no se lo iba a decir a su nueva jefa. Prefería centrarse en el tema de mejorar los rostros de las mujeres que pasaban por sus manos.

Después de recoger la maleta y dar gracias a la decisión que tomó, porque los equipajes se habían movido de un lado a otro apilándose

como granos de arena en una montaña, se dirigió hacia la cafetería que había en la misma estación.

–¿Seguimos con una actitud positiva? –le preguntó a Rob, una vez que lo colocó en la silla de al lado. Lógicamente, el gato no pudo responderle porque seguía adormilado en el interior de su caja de plástico verde oscuro.

–Buenos días –le saludó un camarero –. ¿Qué desea tomar?

–Buenos días. Un café solo con dos azucarillos, gracias.

–Disculpe señorita, pero he de informarle que no se admiten animales en el interior de este establecimiento. ¿No ha visto el cartel que tenemos pegado en la puerta?

Ese rostro agradable que Lindsey mostró al camarero al saludarla desapareció con rapidez. Nada, que el destino insistía en jorobarle su nueva vida.

–He visto un cartel, sí, pero no había ninguna señal que prohibiese la entrada a gatos metidos en un trasportín. Si mi vista no me engaña, había dibujado un perro. ¿He de deducir que ese cartel de mierda indica más de lo que dice?

–Pero... eso... ha... –intentó decirle él.

–¿Puede servirme el café, por favor? Le prometo que me lo tomaré en dos sorbos y cuando lo haga, mi gato y yo saldremos de esta

cafetería sin defecar en el suelo –comentó apretando la mandíbula en cada palabra.

–No se enfade conmigo –dijo el camarero con calma –, son normas del gerente, no mías.

–Estoy cansada de normas...–refunfuñó –. Desde que he decidido cambiar mi vida y comportarme con amabilidad, me he visto rodeada de normas absurdas. ¿Sabe qué norma debería acatar todo el mundo? La de honestidad. Si fuéramos honestos, este maldito planeta no se destruiría ante la depravación de una sociedad aniquiladora. Y...

–Ahora mismo le traigo su café con dos azucarillos –apuntó el camarero perplejo. Era cierto que trabajar al público tenía sus consecuencias y entre ellas servir a una chiflada filosófica.

Lindsey, al ver que al final tendría su café, dibujó una enorme sonrisa en su rostro. “La mejor defensa es un buen ataque”, pues resultaba cierta la frase. Pero si necesitaba atacar a todo el que se presentara en su vida para salir victoriosa de cualquier problema, su carácter agrio aumentaría hasta límites incalculables. ¿Por qué diablos había pensado que la gente de Monroe sería diferente a la de Detroit? Al fin y al cabo, eran eso, gente.

–Su café...–dijo el camarero después de poner el vaso sobre la mesa y apartarse varios pasos de ella.

–¿Tienen un baño donde pueda retocarme el maquillaje? –

preguntó Lindsey, colocando un billete de un dólar frente al esquivo camarero.

–La estación tiene dos amplios baños para los viajeros –comentó señalándole la salida –. Seguro que le permitirán el acceso a usted y a su gato.

–Gracias por esa información tan precisa –terminó de decir antes de clavar los ojos en Rob y beber el café, sin poder borrar la sonrisa de su cara.

Unos minutos después, salía de la cafetería llevando en una mano a Rob y en la otra su enorme y pesada maleta de color rosa. Aunque pareciese ilógico, antes le gustaba ese color, de ahí que casi toda su ropa tuviera tonos rosáceos. Sin embargo, desde lo ocurrido con aquellas personas que ya no quería recordar, todo a su alrededor se volvió negro.

–Bueno, Rob. Tenemos que llamar a nuestra nueva jefa para que nos recoja. ¿Cómo crees que será ese salón de belleza? ¿Habrá más empleadas? ¿Avi trabajará conmigo? Espero que tengan muchos secadores de pelo porque acabo de recordar que no me he traído el mío. Pero todo tiene solución –continuaba diciendo mientras se retocaba frente al espejo de un cutre y maloliente aseo de mujeres –. Si nos quedamos, que lo haremos porque no desaprovecharemos una oferta como esta, contrataremos una empresa de mudanzas y nos traerán todo lo que dejamos empaquetado en nuestro antiguo apartamento. ¿Crees que te gustará convivir con diez gatos

más? Eso fue lo que me dijo Avi, que en su casa también tenía gatos. En fin...—Se volvió hacia Rob y se puso las manos en la cintura—. ¿Qué tal estoy? ¿Te gustan mis labios rojos? Sé que me he pasado con *eyeliner*, pero me encanta. No me había arreglado de esta manera desde que...—suspiró—. ¡No pensaré en eso ni una vez más! —Se volvió hacia el espejo, se colocó mejor el pañuelo de la cabeza, se apretó el moño del pelo y se echó más colorete en las mejillas—. Es mejor que nos marchemos. Si sigo dos minutos más frente a este espejo, voy a terminar por pintarme como un payaso y... ¡soy una *pin up girl*! —exclamó palmeándose el culo.

Tras ponerse el abrigo de pelaje sintético, ese que había comprado en rebajas dos años atrás y que no se puso nunca a pesar de decir que lo necesitaba con urgencia, llamó al número de teléfono de Avi.

—Buenos días, ¿Lindsey? —le contestó una voz masculina.

—Buenos días, sí —respondió al tiempo que metía el neceser de cosméticos en la maleta.

—Soy el marido de Avi, Ronald. ¿Está llegando? ¿Sabe cuánto le falta?

En ese momento Lindsey se quedó en blanco. Era cierto que Avi le había pedido que la llamara cuando estuviese a punto de llegar y ella no lo había hecho.

«Mal, muy mal. Tal vez tu nueva jefa quería invitarte a desayunar

y tú ni lo pensaste. Si no quieres ser rechazada antes de salir de este baño asqueroso y mugriento, miente un poquito», pensó.

—Según nos ha informado el conductor, llegaré en diez minutos — respondió cerrando los ojos y suplicando piedad a Dios.

—¡Perfecto! Saldré de casa ahora mismo. Mi esposa está en la cocina preparando un succulento almuerzo.

«¡Bien!», exclamó haciendo un gesto victorioso con la mano que no sostenía el teléfono.

—Nos vemos en nada —dijo Ronald.

—En nada...—le respondió ella antes de colgar.

Después de hacer un pequeño baile por su buena suerte, cogió de nuevo la maleta y a Rob y salió disparada hacia la puerta de salida. Antes de que el señor Dhal decidiera recibirla dentro de la estación, ella prefería esperarlo fuera, para que no descubriese su pequeña mentira.

Una de las cosas que notó Lindsey mientras caminaba hacia el exterior fue que las miradas masculinas se centraban en ella. ¿Cuándo fue la última vez que un hombre la observaba con tanto descaro? ¡Ni se acordaba! Pero tenía que reconocer que estaba guapa. Su maquillaje era perfecto, sus tacones retumbaban al pisar, el pantalón ajustado marcaba sus piernas... «Pequeñas» La palabra que había utilizado aquel gigante para describirlas casi le hace perder el equilibrio. ¿Cómo pudo ser tan grosero? ¿Cómo se

atrevió a decirle que sus piernas eran pequeñas? ¡Pues no lo eran! Tenían el tamaño justo para levantar el pie y pegarle una patada en todas sus virtudes. Tal vez, si se lo encontraba en otro momento, lo haría. Seguro que cuando se encogiera por el dolor, sus piernas serían más largas que el cuerpo de aquel maleducado.

—¿Taxi? —le preguntó un hombre al verla varios minutos parada frente a la puerta de entrada de la estación.

—¡No, gracias! —le respondió en voz alta—. Vienen a recogerme.

—Una pena... para mí —añadió el taxista haciendo un gesto de tristeza.

Lindsey no contestó a ese comentario con una sonrisa o con una burla. Al contrario, se quedó pasiva, como si no le hubieran echado un piropo, y miró hacia otro lado. ¿Cómo sería el coche de sus jefes? ¿Tendría la publicidad del salón de belleza a ambos lados? ¿Descubriría al fin cómo se llamaba la empresa? Porque, si no recordaba mal, en el anuncio no indicaba el nombre del local.

«Quizá es tan importante que desean mantener cierta privacidad», se dijo.

Mientras esperaba la aparición de su futuro jefe, pensó en cómo tendría que hablarles y la actitud que debía presentar para que no la rechazaran en el primer minuto. Recordó toda su trayectoria laboral, por si le

pedían que hiciera un recuento de los lugares donde había trabajado y concluyó que lo mejor era hablarle del salón de belleza de Melinda, aunque no le hacía ninguna gracia. Pero, sin lugar a dudas, aquel fue el mejor momento de su carrera como esteticista. Ninguna de sus clientas salía de allí sin elogiar su buen trabajo. También podía contarles sobre la terapia que hacía a esas mujeres. Esa que, una vez que pasaban por sus manos y mantenían una conversación, nadie se acordaba de los problemas con los que habían entrado.

Justo cuando miró su reloj de pulsera para averiguar cuántos minutos habían pasado tras la llamada al esposo de Avi, un coche negro aparcó frente a ella. Lindsey abrió los ojos como platos al repasar visualmente aquel vehículo. Si su mente no le fallaba, podría describirlo como los típicos coches que utilizaban las funerarias para transportar los ataúdes de la iglesia al cementerio. Pero no había ninguna insignia, ni crucifijos, ni coronas de flores que confirmaran su deducción. Sin poder apartar la mirada de ese coche tan siniestro, observó cómo el ocupante salía del interior y se dirigía hacia ella.

Era un hombre alto, con el pelo canoso, con una complexión recia para su edad (ella estipuló que tendría unos sesenta años). Vestía con un traje a juego con ese coche. Es decir, de riguroso negro. Sin embargo, toda esa siniestralidad que mostraba se disipó al sonreírle. ¿Dónde y a quién le había

visto una sonrisa similar? Porque era tan seductora que olvidó el coche fúnebre, el traje oscuro y la posibilidad de hallarse frente a un ángel de la muerte.

–¿Lindsey? ¿Lindsey Tucker? –preguntó ese hombre acercándose a ella.

Por unos instantes, solo por unas milésimas de segundo, Lindsey pensó en si sería conveniente responderle de manera afirmativa, pero las palabras del anuncio aparecieron en su cabeza obligándola a contestar con sinceridad.

–Sí...–dijo sin apenas aire.

–Buenos días, soy Ronald. Sé que esperabas que Avi te recogiera, pero precisamente hoy ha llegado nuestro hijo y, como madre sobreprotectora que es, ha alterado todos sus planes. ¿Solo tienes este equipaje? –espetó mirando la maleta–. Me gusta el color rosa, expresa vitalidad.

–Y mi gato –respondió después de aceptar la mano para saludarla.

Bueno, no era un ángel de la muerte porque su cuerpo estaba caliente. Pero seguía pensando que su apariencia no era muy adecuada para ser el jefe de un salón de belleza.

«Seguro que viste así porque algún pariente cercano y querido ha fallecido recientemente – pensó –. Aunque se ha perdido la costumbre de lucir un luto tan riguroso, puede que aquí, en Monroe, existan familias tan

tradicionales».

—¿Llevas piedras en el interior de la maleta? —preguntó bromista Ronald al colocarla dentro del maletero, ese que Lindsey describió como el adecuado para transportar un ataúd.

—No, solo mis productos de maquillaje —le respondió con media sonrisa.

Sonreír de oreja a oreja como que no podía. Seguía con la incertidumbre de por qué aquel hombre vestía de negro y conducía un vehículo tan poco... convencional.

—¡Tienes un humor muy especial! —exclamó Ronald después de cerrar el maletero—. Esa actitud es un punto a tu favor, Lindsey. En nuestro hogar se valora mucho el sentido del humor. Tal vez porque, en contadas ocasiones, podemos reírnos.

—Si le soy sincera, llevo mucho tiempo sin reírme y estaré encantada de convertirme en un bufón, si está dentro de mis funciones en el trabajo —dijo mientras se colocaba al lado del extraño vehículo.

Al escuchar ese comentario, Ronald se carcajeó con tantas ganas que tuvo que apoyarse en el techo del coche. Tras apartarse las lágrimas brotadas por esa risotada le señaló a Lindsey la puerta del copiloto, para que pudiera ocupar ese lugar.

—Abóchate el cinturón. En nuestra familia le damos mucha

importancia a la seguridad. Te puedo prometer que hemos visto muchos muertos que olvidaron ponérselo antes de conectar el motor.

Después de colocar a Rob sobre sus rodillas y de cerrar la puerta, Lindsey encajó la clavija del cinturón con fuerza.

—Avi me dijo que tenías un gato y que serías incapaz de desprenderte de él —comentó Ronald al ver que su acompañante estaba muy callada desde que salieron de la estación—. Me alegro de que no lo hicieras porque es precioso y parece bastante dócil.

—Y blanco —enfaticó Lindsey. El pelaje de su gato y los colores que había elegido para vestir contrastaban con lo que veía, porque todo era negro. No solo la pintura de la chapa del vehículo sino también el interior. Allá dónde pusiera los ojos, solo encontraba ese tono oscuro.

—Y blanco —repitió Ronald esbozando una gran sonrisa—. ¿Me permites una pregunta, Lindsey?

—Sí —respondió expectante y sin apartar los ojos de la carretera.

—¿Cómo describes tu forma de vestir y de maquillarse? Porque, permíteme que te diga, que me encanta. Al igual que tu maleta, radias muchísima vitalidad y vistes de manera tan divertida como los protagonistas de la película Grease.

¿Podía permitirse ella la imprudencia de declarar que la de él le recordaba más a la del marido de Lily, la esposa vampiro de la serie la familia

Munsters?^[1] No, no era apropiado...

–Es *pin up*, señor Dhal –terminó por decir–. Y me la enseñó mi madre. Ella fue una chica de calendario. ¿Recuerda aquellos anuarios que se hacían y que los mecánicos colgaban en sus talleres? –Ronald asintió –. Betty Tucker, la modelo más famosa en el mundo hasta que... murió.

–Lo siento. Sé el dolor que has debido padecer ante una pérdida tan importante –comentó Ronald con empatía.

–Pero ella sigue vive en mí. Yo soy su legado y, como tal, fui, soy y seré una *pin up girl*. Y he de revelarles que también me gusta *Grease* –añadió dibujando una pequeña sonrisa de complicidad –. Por lo menos la he visto cien veces.

–Tu madre estaría muy orgullosa de usted y de la herencia que dejó antes de marcharse. He de confesarte que tienes un ángel muy adecuado para el puesto que ofrecemos. Nosotros no sólo procuramos en que nuestros clientes muestren un rostro hermoso y vital antes de marcharse, sino que también requerimos que la empleada que los atiende ofrezca algo de humanidad. Aunque mucho me temo que no todos estarán muy conformes con que les pintes los labios con ese color tan...sensual. –Y le guiñó.

Ya no podía abrir más los ojos, si lo hacía, caerían estos sobre la caja de Rob. ¿Su nuevo jefe coqueteaba con ella? ¿Ese era el motivo por el que las candidatas anteriores duraban tan poco? ¿Avi sabía que su esposo era

muy cariñoso con otras mujeres? No. Seguro que la pobre estaba tan tranquila creyendo que la apariencia de su marido, la de Frankenstein en la serie los *Munsters*, sería un muro infranqueable para la seducción. Y por cierto... ¿qué tipo de mujer era Avi para vivir con un hombre tan fúnebre?

—No me malinterpretes —señaló Ronald al ver cómo ella se tapaba el escote de la camisa de cuadros con el abrigo—. Amo a mi esposa desde el momento en el que la vi y te aseguro que no he puesto mis ojos en ninguna mujer, salvo a nuestras clientas.

¿Podía empeorar? ¿Podía Ronald hablar sin meter más la pata?

«Tranquila —se dijo—. Espera a conocerlo un poco más. Tal vez la gente de aquí sea muy cariñosa y no estás acostumbrada a tanta cordialidad».

—Como bien dice, me gusta maquillarme con colores muy vivos. Pero he de confesarle que cuando me levanto por la mañana y me miro al espejo tengo la misma cara que la de una muerta —comentó a modo de broma.

Ronald volvió a carcajearse.

—Por favor, no pierdas nunca esa gracia —le pidió sin poder dejar de reír—. Pero tendrás que reprimirla en ciertas ocasiones. Muchos de los clientes que contratan nuestros servicios no quieren bromas sino consuelo.

—¡De eso entiendo mucho! —exclamó algo más relajada.

Quizás el hecho de que Ronald entendiera su humor sombrío empezó a relajarla, o tal vez se había quedado en blanco al dirigirle aquella

sonrisa tan bonita. ¿Cómo un hombre con aquel aspecto tan tenebroso podía sonreír como un niño? ¡¿Y dónde diablos había visto esa sonrisa antes?!

—¿De verdad? —se interesó él—. Creo que Avi me dijo que solo habías trabajado como esteticista. No me comentó nada sobre que también eras psicóloga.

—No soy psicóloga, pero es cierto que capto con rapidez las emociones de las personas. Sé cuándo necesitan una sonrisa, un abrazo y... una patada en el culo.

—Entonces mi esposa no se confundió contigo —reflexionó Ronald mirando hacia el frente—. Ella predijo que eras la candidata perfecta para el empleo.

Ante esa conclusión, Lindsey se quedó en silencio, respirando con tranquilidad. Dos predicciones le indicaban que había hecho lo correcto, que su vida iba a cambiar y que por fin hallaría el lugar en el mundo en el que sería feliz.

—Hemos llegado —le anunció Ronald—. Esa de ahí —le señaló con el dedo a la casa que había a su izquierda— será tu nuevo hogar hasta que decidas marcharte.

—No tengo la intención de irme, salvo que consideren que no cumplo con todos los requisitos que necesiten para el puesto de trabajo —afirmó Lindsey sin poder apartar la mirada de la vivienda que le indicaba el

señor Dhal.

¿Podía chillar de alegría? ¿Podía dar palmaditas como una niña que le hacen una fiesta sorpresa de cumpleaños? Porque quería hacerlo al ver cómo era su nueva casa. Se había imaginado que, al ser gratuita, la familia Dhal le ofrecería una especie de trastero viejo y mugriento. Sin embargo, aquello era un lugar tan bonito que ni en sus sueños habría visto algo así.

—Rob, despierta. Hemos llegado —le dijo al gato cuando Ronald salió del coche. Pero como seguía inconsciente, Lindsey abrió la puerta, puso el trasportín en el suelo, salió y respiró un aire tan fresco que se le congelaron las venas.

—Imagino que Avi no tardará en aparecer. Axel suele regalarle una hora maternal al día como máximo —explicó mientras sacaba la maleta del largo maletero.

—¿Axel? —preguntó una vez que se colocó a su lado agarrando el asa del trasportín de Rob.

—Mi hijo —aclaró—. Él es el dueño de esta casa.

—¿No reside aquí? —se extrañó ella.

Cualquier persona cabal desearía vivir en un pequeño paraíso como aquel: casa de planta baja, con un cuidado jardín, un porche de madera pintado todo de blanco y una chimenea de ladrillo que... ¡echaba humo!

—No. Pero de ese tema ya te hablará Avi —comentó tirando de la

maleta hacia la entrada –. Imagino que ha sido él quien ha prendido la lumbre. Como puedes comprobar, aunque brilla el sol, aquí hace un frío increíble.

–El conductor del autobús nos dijo que tendríamos tres grados, pero...

–Ten cuidado, Lindsey. Esos tacones no son muy adecuados para este camino. Le diré a Axel que lo arregle, si decides quedarse con nosotros – le aconsejó, tendiendo una mano para que se apoyara en ella.

–Si las condiciones siguen siendo las que leí en el anuncio, estoy segura de que me quedaré toda la vida –dijo al tiempo que evitaba otros hoyos que pudieran romperle sus caros zapatos.

–Espero que sea cierto –apuntó Ronald colocándose frente a la puerta y sacando de uno de los bolsillos de su pantalón negro una llave. Se la extendió hacia ella y una vez que la aceptó le dijo: –Disfruta de tu estancia en Monroe. Es una ciudad muy bonita y entrañable.

–Gracias, señor Dhal. Ha sido muy considerado conmigo.

–No es consideración sino afabilidad. Estamos en este mundo de paso y si no nos portamos bien entre nosotros mismos... ¿para qué hemos nacido entonces?

–Tiene razón...–murmuró sin dejar de mirarlo.

Ya había averiguado el motivo por el que Avi se había

enamorado de aquel hombre: por su humanidad. Una vez que se daba a conocer, su aspecto físico y su forma de vestir desaparecían para mostrar a una persona encantadora.

«Cierto como el sol... que nos da calor... No hay mayor verdad, la belleza está... en el interior...», canturreó mentalmente la banda sonora de la película de Disney: *La Bella y la Bestia*.

—Nuestra casa es esa —señaló la vivienda que había justo en frente—. Como puedes ver, toda la calle es para nosotros. Nadie ha querido construir un hogar a nuestro lado, cosa que no entiendo muy bien porque somos una familia muy tranquila —comentó con diversión.

—La gente es muy rara. Yo habría comprado el terreno que hay frente a ese edificio negro y me habría hecho una residencia de lujo.

Y Ronald volvió a carcajearse al escuchar que a ella no le importaría vivir frente al tanatorio.

—Si quiere —empezó a decir Lindsey cuando el señor Dhal dejó de reír—, cuando deshaga el equipaje, me acerco a su casa para presentarme a su esposa y que me lleve hasta el lugar en el que trabajaré —comentó depositando el trasportín en el suelo.

—Puedes estar tranquila, Avi vendrá en cuanto Axel se canse de escucharla. Y sobre el trabajo no te preocupes. En primer lugar, no tendrá que caminar demasiado y, en segundo, gozaremos de un tiempo de tranquilidad.

Según nos han informado los directores de las cuatro residencias de la tercera edad con las que trabajamos, por ahora no hay clientes que requieran con prontitud nuestros servicios.

–¿Trabajan para unas residencias? –espetó Lindsey entusiasmada.

–¡Pues claro! ¡Son nuestros clientes VIPS! –exclamó Ronald divertido –. Prométeme que no perderás nunca ese buen humor, Lindsey Tucker.

–Se lo prometo –le aseguró extendiendo su mano para despedirlo.

–Descansa antes de que aparezca mi mujer porque luego no tendrás ni un minuto de tranquilidad.

–Gracias señor Dhal.

–Ronald, por favor. Llámame Ronald –le pidió mientras atravesaba la calle para llegar a su hogar.

Lindsey se quedó mirando al señor Dhal hasta que entró en su casa. Luego echó un vistazo a su alrededor y sonrió. Tal como le había dicho, aquella zona de la ciudad era muy tranquila y se respiraba una extraña paz. ¿Por qué la gente no había apreciado la belleza de aquel lugar? ¿Tanto les apetecían vivir rodeados de ruidos, bullicio e insufrible contaminación? Porque, sin lugar a dudas, ella habría elegido esa zona para residir el resto de su vida. Pero, como siempre había dicho, la gente actuaba de manera extraña.

Lindsey miró la casa de los Dhal, muy parecida o casi exacta a la

que sería suya. Después miró hacia el otro edificio y frunció el ceño al verlo enlosado en mármol negro. ¿Qué empresa sería? ¿Qué función tendría y quienes trabajarían en un edificio tan espeluznante?

Tras encogerse de hombros, se giró hacia la puerta, cogió a Rob, metió la llave en la cerradura y, cuando abrió la puerta, gritó:

—¡Rob, abre los ojos de una vez! ¡Estamos en el cielo!

**Si cerráis las puertas a todos los errores,
también la verdad se quedará fuera.**

(Rabindranath Tagore)

Lindsey cerró la puerta cuando entró y se quedó allí parada varios minutos. Si el exterior la había cautivado, el interior la dejó perpleja. Se notaba que había sido diseñada para que allí viviera un hombre, de hecho, el perfume de su dueño se olía por todo el interior. Aun así, era perfecta.

La chimenea, situada en mitad de aquel gran salón, ofrecía un ambiente tan acogedor y cálido que se quitó con rapidez el abrigo y los zapatos. Sin borrar la sonrisa de su cara se dirigió hacia el enorme *cheslong*, que, pese a ser negro, la manta blanca que había doblada sobre él le daba un toque relajante. ¿Los hombres que componían la familia Dhal no habían descubierto otros colores salvo el negro? Bueno, eso tenía remedio. Si al final lograba el empleo, con su primer sueldo compraría un sofá con un tono más acorde a su personalidad. Quizá rojo, como el color de su barra de labios. Muy despacio, tocó el respaldo del *cheslong*. Su tacto suave la tentaba a tumbarse frente a esa lumbre y descansar hasta que apareciera Avi. Pero no podía sentarse tan pronto, primero debía liberar a Rob de esa cárcel de plástico verde y después continuaría descubriendo qué escondía cada rincón

de su nueva casa.

—¿Te gusta lo que ves? ¿No te parece maravillosa? Abre de una vez los ojos y contempla lo que hay a nuestro alrededor. ¿Soñaste alguna vez con calentarte frente a una lumbre? ¿Con una casa tan bonita? Porque yo no — le dijo al gato una vez que lo sacó y lo colocó sobre esa manta de color blanco.

Cuando Rob sintió la suavidad de la manta, bostezó, estiró las patas delanteras y, después de mirar a su dueña, continuó durmiendo.

—La próxima vez que viajemos te daré una dosis más pequeña. Creo que esta era la justa para tumbar elefantes —comentó acariciándole el lomo.

Al ser consciente de que Rob no la acompañaría en la pequeña excursión, Lindsey avanzó por el salón hasta llegar al único pasillo que había en el hogar. Si había una palabra adecuada para describir lo que contemplaba era cuadrado. Sí, además del color negro, que por suerte para ella las paredes eran blancas, la forma de todo lo que observaba era cuadrada, incluso ese pasillo en el que encontró tres puertas: una a su derecha, otra a su izquierda y la última en frente.

Decidió abrir la que tenía a su derecha y halló allí la cocina. Con la barbilla tocando el suelo, por la sorpresa que obtuvo el ver la primera habitación de la casa, se colocó en mitad y repasó con la mirada los muebles,

la encimera de mármol gris, la nevera, el microondas y hasta el pequeño horno. Perfecto. Todo estaba colocado de forma perfecta. Como si no hubiera vivido nadie desde que se compró. ¿Pero el señor Dhal le dijo que era la casa de su hijo, verdad? ¿No había vivido en ella? ¿Se pasaría los días metido en el hogar familiar? «Tal vez la construyó para que otros ciudadanos de Monroe se animaran a vivir en este lugar», pensó mientras tocaba con las yemas de sus dedos las puertas de madera. Al igual que había concluido al principio, el tallado, el lacado y la terminación de aquellos muebles color miel era... perfecta. «Demasiada perfección para mi gusto. Esto solo puede indicar que el hijo de los Dhal es tan sobrio como la apariencia física de su padre», concluyó. Con una sonrisa burlona dibujada en la cara, abrió la nevera y se puso la mano en la boca para no chillar de alegría.

—¡Santo Dios! —exclamó estupefacta—. ¡Avi se ha pasado todo el día preparándome comida. ¡No me falta ni leche!

Diez fiambreras. En las baldas del frigorífico había diez grandes recipientes herméticos con todo aquello que podría comer durante una semana. Hasta le había comprado arándanos, manzanas, uvas y... una botella de vino.

«De aquí no me muevo en la vida», afirmó entusiasmada.

Tras la exploración en la cocina, continuó con la siguiente puerta: el dormitorio. Al igual que hizo cuando vio la nevera, tuvo que taparse la

boca para no gritar de entusiasmo. ¿Por qué el hijo de los Dhal era tan meticuloso con la madera? ¿Sería una de sus obsesiones? ¿Los tallaría él? «Quizá no siguió la tradición familiar y desarrolló su experiencia en el salón de belleza de su madre para embellecer un tronco de madera», pensó.

El cabecero de la enorme cama, porque podía dormir con los brazos extendidos y seguiría sobrándole colchón a ambos lados, era de roble claro y, al igual que los muebles de la cocina, sus dibujos tallados eran exactos, perfectos y hermosos. Lindsey se sentó sobre la colcha de color beis y, tal como había hecho en el respaldo del sofá, tocó con suavidad los grabados de la madera. No eran flores comunes, aunque no tenía conocimientos suficientes en botánica para describirlas así, su instinto le decía que eran tan raras como un unicornio. Cuando terminó con el cabecero, alargó la mano hacia la mesita que tenía a su derecha y abrió los cajones. Al no encontrar nada, se enfadó. Le hubiera gustado hallar algo del hijo de los Dhal, aunque fuera un miserable calzoncillo, para confirmar que nadie podía ser tan perfecto y controlador. Pero echó por tierra su teoría, pues no halló nada allí, ni el armario. Uno que, por cierto, podía colocar en una percha el vestido de novia más largo del mundo y la cola no tocaría el suelo. ¡Por Jesús Bendito! ¿Además de maníaco por el color negro y por la madera también lo era de la altura? ¿Cómo iba a colocar algo en las baldas de arriba? ¡Tendría que llamar a los bomberos y que extendieran la escalera! Sin contar que el

fondo era tan amplio que, para encontrar un pantalón, debía dibujar un mapa.

«Vamos, continúa, que solo te falta una cosa por ver...», se dijo mientras salía del dormitorio.

Sólo le quedaba, por mera deducción, el baño. Así que se paró frente a la puerta, alargó la manivela y rezó para no encontrarse el wáter más grande del mundo. ¿Cómo iba a sentarse a hacer pis tranquila si podía tragársela si erróneamente se caía dentro? Con otra sonrisita tonta al pensar tal insensatez, Lindsey abrió la puerta despacio... muy despacio...

—¡Joder! ¡Esto sí que es bueno! —exclamó dando saltitos.

Por suerte para ella, el wáter era de un tamaño normal, pero lo que hizo que Lindsey saltara como una rana fue descubrir un enorme jacuzzi al lado de una cristalera.

—¡Gracias Señor! ¡Mil gracias! —exclamó juntando sus manos como si quisiera ponerse a rezar—. ¡Me acabas de hacer la mujer más feliz del mundo!

Ya sabía dónde iba a tomarse una copa de aquella botella de vino y qué haría después de una intensa jornada laboral: cubrirse de espuma y sentir cómo las burbujas masajeban su cansado cuerpo mientras apaciguaba su sed con esa exquisita bebida.

«¡Menuda pieza estás hecho, Axel! —exclamó mientras cerraba la puerta del baño—. Esto no es un hogar para vivir sino para disfrutar de tus...

Y en ese preciso instante, arrugó la frente y entornó los ojos. ¿El hijo de los Dhal utilizaría aquella hermosa casa como nidito de amor? ¿Cuántas mujeres habrían disfrutado de aquel jacuzzi? ¿Y de la cama? ¿Y tumbado en el salón? ¿Habría practicado sexo por toda la casa? Una repentina repulsión le recorrió desde la punta de los pies a la cabeza. Desinfectante. Antes de meterse en aquel hidromasaje gigante, vertería varios litros de desinfectante industrial. Una vez que todo estuviese purificado y sin secreciones sexuales, podría bañarse sin imaginarse que algún que otro diminuto espermatozoide tocara su blanca piel.

—¡Qué asco! —exclamó en voz alta mientras sacudía su cuerpo al venirle esa imagen a la cabeza.

Cuando ya no le quedó nada por revisar, regresó al salón para observar el torpe caminar de Rob.

—Tengo que buscarte un lugar donde poner tu arenero —comentó mientras caminaba hacia él—. Aunque no sé si abrirte la puerta y que tú mismo encuentres un lugar fuera de la casa. Como has podido apreciar, andamos escasos de vecinos gruñones —ironizó.

Pero en el momento en el que había decidido sentarse sobre la alfombra que había frente a la chimenea, una estantería repleta de trofeos llamó su atención. Con los ojos abiertos como platos y ansiosa por averiguar si eran de la persona que creía, se acercó tanto que su nariz chocó contra el

cristal de la vitrina.

«Primera posición. Marathón Hap, año 1999» «Ganador. Tiro al Arco, 1998» «Mención honorífica, generación 95–99» «Ciudadano del año» «Por tu labor, por tu esfuerzo, por no rendirte jamás. 2001» «Primera posición en el torneo de ajedrez. 1993» «Por tu valentía. 2005»

Y así, hasta veinte trofeos más en los que tenía grabados un primer puesto o una mención honorífica por alguna labor peculiar. ¿Tan especial era el hijo de los Dhal? ¿O es que no se había presentado nadie a esas competiciones salvo él? *Perfecto*. La palabra que había utilizado antes para describir todo lo que observó, regresó a su cabeza. ¿Podía existir alguien así? «A ver, Lindsey, reflexiona bonita –se dijo al tiempo que daba un paso hacia atrás –. No hay en el mundo hombres perfectos. Todos aquellos que has encontrado tienen defectos. El único al que puedes considerar de esa manera es a Lows, tu amigo de la infancia. Y, ¿qué pasó con él? Pues que al final no les gustaban las mujeres...», pensó sin dejar de mirar todos los trofeos. Quizás era cierto. Tal vez el hijo de los Dhal era gay y de ahí que no estuviera casado y que construyera su nidito de amor en un lugar tan apartado. Sus padres lo habrían aceptado, de eso no le cabía duda porque la humanidad de Ronald no le permitiría rechazar la condición sexual de su hijo. Así que resumiendo: Axel vivía con sus padres y solo aparecía en aquella casa para llevar a sus amantes masculinos.

Cuando estuvo a punto de alejarse de la estantería descubrió que abajo, justo donde no se debía mirar porque se necesitaba inclinar tanto la espalda que se podría romper, había una foto. Ansiosa por averiguar el aspecto físico de ese hijo, se agachó hasta que sus ojos se colocaron frente a ella. Allí estaba el señor Dhal, la que creyó ser Avi y un joven imberbe situado entre ambos. No había duda de que era el hijo de Ronald. Axel había heredado su color de pelo, de ojos y su gran corpulencia, pero por suerte era tan guapo como su madre. Lindsey calculó que no tendría más de quince años cuando se hizo la foto. Tal vez fue el momento en el que ganó alguno de aquellos trofeos. Los tres parecían tan felices que le dio envidia. Esa edad tenía ella cuando murió su madre y, como pudo comprobar, allí donde se debía vivir una adolescencia feliz, la suya fue caótica hasta que ese padre ausente decidió meterla en el correccional en contra de su voluntad. Sin embargo, pese a que en aquel momento lo odió aún más, ella era consciente de que gracias a él se había convertido en una mujer con un oficio digno. Ahora solo le quedaba que Avi la contratara para que su mala suerte desapareciera del todo.

Pese a que estuvo tentada en coger la foto y colocarla en un lugar más visible, para que el hijo de los Dhal no se sintiera como un ave que le han usurpado su nido, no lo hizo. Si este había decidido esconderla en la última balda y detrás de todos aquellos trofeos, tendría un motivo.

«¿Qué has descubierto con el paso de los años? –se preguntó mientras se dirigía hacia la alfombra –. Que todo cambia, ¿verdad? Pues seguro que Axel ha guardado esa foto para no asimilar la cruda realidad. Allí donde antes había un joven atlético, guapo y con una mata de pelo que cualquier peluquera desearía peinar, en la actualidad se habrá convertido en un hombre calvo, rechoncho y con una barriga tan grande que no se podrá ver la punta de los pies».

Con una sonrisa que le cruzaba la cara, al pensar en el antes y en el después como si fuera el anuncio de un detergente, Lindsey se sentó sobre la alfombra, cogió a Rob, se lo puso en su regazo y comenzó a acariciarlo.

–¿No te parece que todo esto es demasiado perfecto para nosotros? ¿No tienes la sensación de que se nos está escondiendo algo? Todavía no sé el nombre de la empresa, ni cuándo comenzaré a trabajar, ni el sueldo. Aunque en el anuncio decía que sería bueno...–reflexionó sin apartar los ojos del fuego y de manosear al gato –. ¿Crees que será una estafa? Porque es lo único que me falta para dar por concluida la vida de mierda que tengo... ¿Tú que piensas? ¿Te ha parecido una buena persona el señor Dhal? Vale, a mí también –le dijo cuando Rob empezó a ronronear, como si eso fuera suficiente respuesta para ella.

Cansada, relajada por esa calidez que le proporcionaba el fuego, Lindsey echó la cabeza sobre el sillón y se quedó dormida.

–¡No! ¡Rotundamente no! –exclamó Avi al escuchar las palabras de Axel –. ¡Ni se te ocurra acercarte a ella! ¿Quieres que se marche, como han hecho las anteriores después de conocerte?

–Se irá cuando le digas que tiene que trabajar en nuestra funeraria –respondió con tranquilidad. Se apoyó sobre la encimera de la cocina, alargó la mano sin mirar hacia el frutero y cogió una pieza de fruta. Cuando le dio el primer bocado y descubrió que era una manzana, casi la escupe.

Hacía tiempo que no se comía una. Dos años y medio, para ser exactos. Desde que aquella mujer le rompió el cristal del coche y lo culpó de acosador. ¡¿A él?! ¿Cómo se le había ocurrido una majadería semejante? ¿Acaso tenía pinta de ir acosando a mujeres? ¡Las odiaba a todas! Menos a su madre, claro está... Pero no, la enana, porque no medía más de un metro y medio, con una pinta horrorosa y completamente empapada por la lluvia, tuvo la osadía de enfrentarse a él y soltarle aquella barbaridad... Si no hubiera tenido el don de la oportunidad, se habría enfrentado a ella sin ninguna consideración. Pero no pudo hacerlo. No sólo porque la notó más desesperada que él, sino porque gracias a ella aquel pensamiento tan irracional desapareció con rapidez. ¿Cómo se le había ocurrido tal majadería? Tal vez porque no había encajado tan bien como se esperaba la negativa de Theresa. Aún así, la mujer lo liberó, sin querer, de seguir con aquella sandez

mental. ¡Lástima que no la encontrara de nuevo! No sólo deseó darle las gracias por haberle lanzado la manzana, sino que quería demostrarle que no era un acosador, pese a que merodeó buscándola por el parking durante tres días seguidos...

—Tu madre tiene razón —intervino Ronald apaciguando como siempre las conversaciones entre los dos—. La señorita Tucker me ha parecido una muchacha maravillosa. No solo tiene un gran sentido del humor, sino que se maquilla perfectamente. Si esa destreza que posee la expresa en los rostros de nuestros clientes, parecerán más vivos que muertos.

—¿Hablas en serio? —le preguntó Axel volviéndose hacia su padre—. ¿Crees que los familiares querrán ver a sus amadas difuntas con los labios pintados de rojo como si fueran prostitutas de un burdel?

—¿Cómo sabes tú que las prostitutas de los burdeles tienen los labios de color rojo? —le atacó su madre.

—Jamás he ido a uno, si eso es lo que estás pensando —se defendió rápido—. Pero recuerda que en nuestra sala de espera tenemos muchas revistas y más de una vez he leído en ellas que las mujeres utilizan ese color de labios para atraer a los hombres.

—¿Revistas? ¿Te defiendes de esa acusación tan absurda poniendo como excusa las tonterías que se publican en algunas revistas de la prensa rosa? —bramó Avi.

–Pues yo no me he sentido atraído por sus labios rojos – apuntó Ronald con voz tranquila y serena –. Creo que Lindsey es capaz de seducir a cualquier hombre con esa personalidad tan amable, tierna e inocente que posee. ¡Si la hubierais escuchado decir que se levanta con la cara de muerta!
–Se carcajeó de nuevo al recordarlo –. Os prometo que no he podido parar de reír durante todo el trayecto –añadió divertido.

–¿Inocente? ¡Ninguna mujer es inocente! –tronó Axel enfadado. Tiró la manzana al cubo de la basura y se cruzó de brazos.

–Que hayas tenido mala suerte con Theresa, no significa que... – intentó decir Ronald.

–¡Theresa no era una mujer para ti! –exclamó Avi –. ¡Y tú lo sabías! –Acusó a su hijo señalándolo con el dedo –. ¿Cuántas veces te dije que no te convenía? ¿Cuántas veces me senté a tu lado y te expliqué que una mujer enamorada no hacía lo que ella estaba haciendo contigo?

–No cambiéis de conversación, por favor –volvió a mediar Ronald –. Theresa, por suerte, ya es pasado. ¿No es así? –dirigió la pregunta a Axel.

–Sí –afirmó este –. Desde que firmé ayer la sentencia de divorcio, ya no existe para mí.

–¡Siete años y medio! –tronó Avi desesperada –. ¡Tu calvario ha durado siete años y medio! ¡Y no he contado los años que pasaste en la

guerra! Pero como bien dice tu padre, esto se ha acabado de una maldita vez.

–¿Sí? ¿Eso crees? –espetó Axel enfadado.

–¡Sí! –respondió Avi señalándole otra vez de forma amenazante.

–¿Podemos centrarnos en la joven que acaba de hacer un viaje de más de treinta horas? ¿Cuándo y cómo le vas a decir que su trabajo consistirá en maquillar a difuntos? –intervino otra vez Ronald.

–No sé cómo voy a hacerlo. Tal vez le pediré primero que me cuente algo de su vida, luego le hablaré de las condiciones que ofrecemos, de lo maravilloso que es vivir en este lugar, del sueldo y, cuando halla firmado el contrato de prueba, le digo que ha de preparar a nuestros clientes antes de que aparezcan sus familiares para velarlos.

–Sigues sin ser concreta. Lo mejor es que me presente en *mi* casa y le explique que su trabajo lo realizará en un tanatorio –comentó Axel –. Así evitarás sentir la vergüenza que te supondrá verla cómo agarra su *maletita rosa* y sale de aquí corriendo hacia la estación.

–Te he dicho que no te acerques a ella –masculló Avi –. Si lo haces, te echaré de esta casa a patadas.

–¿Y dónde me iré, a la casa que no tengo? –ironizó Axel –. ¿O me siento en *mi* jardín hasta que salga la señorita Tucker? Quizá no permanezca fuera ni una hora, después de que entres tú para hablarle de su nuevo empleo.

–Relajaros los dos...–les pidió Ronald.

–Tú no vas a hacer nada. Seré yo quien le hable a Lindsey de las funciones que tendrá en el tanatorio y, si decide marcharse, le pagaré el billete de ida y algo más por las molestias –comentó Avi sin apaciguar su ira.

–Si le hubieras explicado antes de que partiera de Detroit sobre su verdadera función, posiblemente no habría perdido ni su tiempo ni su dinero –la acusó Axel –. Pero no... ¿Para qué decirle algo tan importante? Es mejor hablar de ello cara a cara. ¿Total? Si sufre un infarto y se muere, nosotros podemos ofrecerle el mejor entierro que podría soñar –ironizó de nuevo.

–¿Vas a permitir que *tu hijo* me hable de esta forma? –se dirigió a Ronald, que no se había movido de la silla y los miraba sin parpadear.

–Axel, no le hables así a tu madre –le dijo con voz cansada.

–¿Por qué Dios no me regaló una hija? –vociferó mientras salía de la cocina y los dejaba solos –. ¿Era tanto pedirte, Señor? ¡Una hija que no heredara el carácter de los padres de mi esposo! ¿Cómo pude estar tan ciega para enamorarme de este hombre? ¿Cómo no me di cuenta de que tendría un hijo tan desesperante? ¡¿Cómo?!

–Porque te cegó mi sexapil...–señaló Ronald, apoyándose en el marco de la puerta de la cocina y observando cómo Avi cogía el abrigo del perchero para ir en busca de Lindsey.

–No bromees, Ronald Dhal. Ahora no es momento de tonterías –

refunfuñó Avi.

–No bromeo sobre mis encantos, cariño, porque son muy escasos
–añadió caminado hacia ella –. Anda, dame un beso. Que sé que mis labios te calman.

–¡No digas tonterías! –bramó.

–Si no me lo das, no te relajarás y... ¿qué pensará ese dulce ángel cuando aparezcas con esa cara roja por la rabia y le digas que tiene que trabajar en un tanatorio? Yo creo que no se lo pensará... Cogerá a su precioso gato blanco y lo dos correrán sin parar hasta que lleguen a Detroit.

–Me desespera...–suspiró Avi –. La actitud de nuestro hijo me destroza el alma. Sé que ha sido muy duro para él la traición de Theresa, pero ha de cambiar su actitud. No puede seguir siendo una persona tan cruel. ¿Sabes qué le dijo a la última chica para que se marchara?

–Viniendo de él, cualquier cosa –respondió Ronald. Se colocó detrás de Avi y la abrazó.

–Que el perfume que se había echado olía peor que veinte cuerpos en descomposición –le dijo.

–Vaya... Eso tuvo que fastidiarla...

–Fastidiar no es la palabra exacta para describir lo que esa chiquilla padeció las dos horas que trabajó para nosotros. Le advertí que no se acercara después de lo que sucedió con Thas, pero... ¿me hizo caso? ¡No!

–Bueno, debes admitir que Thas era un tanto peculiar y a mí tampoco me parecía correcto que los pintara como si fueran una copia de *Marilyn Manson*.^[2]

–Quizá, si le hubiéramos dado algo de tiempo, ella habría aprendido que la función principal del maquillaje no era darles una imagen macabra sino dulce –explicó Avi con más calma –. Pero eso no justifica que nuestro hijo le dijera esas cosas tan horrendas. Cuando se marchó, el rímel había dibujado en sus mejillas unas manchas que le llegaban al cuello.

–Seguro que está más feliz trabajando con ese tatuador que con nosotros –consideró Ronald –. O quizá, todo eso debía pasar para que ese ángel apareciera. Si Thas o esa muchacha se hubieran quedado, pese a la actitud de nuestro hijo, la señorita Tucker no estaría aquí.

–En eso tienes razón... –suspiró hondo.

–¿Estás más tranquila? ¿Se te ha pasado el enfado? –le preguntó volviéndola hacia él –. Me debes un beso por la terapia, señora Dhal.

–Te lo daré si me prometes que mantendrás a Axel alejado de ella hasta que firme el contrato de prueba –le pidió.

–Lo que me pidas por un beso –comentó divertido.

–¡Promételo! –ordenó poniendo las manos en sus anchas caderas.

–Prometido –respondió haciendo una cruz en su pecho.

Avi se apoyó en la punta de los dedos de los pies y le dio un beso

en los labios.

–Recuerda, cariño, que nuestro hijo tiene que salir ahora mismo hacia Denver para traer los ataúdes que encargamos al señor Dexter hace unas semanas y eso hará que permanezca alejado de esa joven casi dos días. ¿Tienes tiempo suficiente para hacer que la señorita Tucker acepte el trabajo y firme el contrato?

–Has jugado con desventaja porque sabías que debía marcharse – manifestó Avi enarcando la ceja izquierda.

–Por un beso de mi mujer, soy capaz de hacer cualquier cosa – aseguró antes de besarla de nuevo.

–¡Por el amor de Dios! ¿Queréis dejar de besuquearos como si fuerais adolescentes? –dijo Axel al verlos en aquella actitud tan cariñosa.

–No lo escuches, Avi. Le envenena la envidia...–susurró Ronald sin apartar los labios de los de su mujer.

–Recuerda lo prometido –le dijo separándose de él y abrochándose el abrigo.

–Axel...

–¿Sí? –le preguntó él.

–No deshagas la maleta porque el señor Dexter espera tu llegada antes de las diez de la mañana –le informó mientras observaba cómo su esposa atravesaba la calle.

—¿Tan pronto? —espetó asombrado—. ¿Cómo has conseguido que tengan todo preparado en menos de un mes?

—Recuerda, hijo mío, que la única forma de lograr algo es pagando en metálico lo que te piden —comentó Ronald con tono misterioso.

—¡Así no prosperaremos nunca! —exclamó Axel girándose sobre sí mismo y dirigiéndose hacia el salón para coger la maleta y ponerse de nuevo en camino.

La vida no se trata de encontrar refugio en la tormenta. Se trata de aprender a bailar bajo la lluvia.

(Sherrilyn Kenyon)

Escuchaba un ruido lejano, muy lejano... Pero cuando fue consciente que ese sonido que oía entre sueños no era una alucinación sino real, se levantó de un salto.

–Lo siento Rob, lo siento –le dijo al gato al caer panza arriba, como si fuera una cucaracha –. Pero creo que es nuestra jefa y tenemos que arreglarnos antes de que la dejemos entrar. No podemos dar una imagen de perezosos antes de haber firmado el contrato.

Mientras caminaba hacia la puerta, se arregló el pelo, dio varias sacudías a la camisa hacia abajo, para quitarle las arrugas que habían aparecido al apoyarse sobre el sofá, se colocó bien el pañuelo y sonrió.

–¿Señora Dhal? ¿Avi? –preguntó detrás de la puerta –. ¿Es usted?

–La misma –le respondió ella –. No suelen visitarnos muchos vecinos por aquí, te lo aseguro –anunció sarcástica –. ¿Podemos hablar? ¿Es un buen momento?

–¡Por supuesto! –exclamó en el instante en el que abrió –.

Tenemos muchas cosas de las que hablar como para perder más tiempo.

Y allí estaba su futura jefa, con los brazos abiertos para que aceptara un cálido saludo. Sin pensárselo dos veces, se acercó y la abrazó con la misma intensidad que le ofreció Avi. Si en algún momento del viaje había tenido dudas de cómo sería tratada en aquel lugar, Ronald y ella le borraron todas. En efecto, aquel matrimonio parecía tan amable y bondadoso que, en el minuto que duró aquel abrazo maternal, envidió a ese hijo gay, gordo, calvo y soltero de los Dhal.

—Gracias por venir —le dijo la señora Dhal cuando se separaron—. Creí que al final cambiarías de opinión.

—¡Para nada! —respondió Lindsey invitándola a entrar en la casa—. No podría rechazar una oferta de empleo tan irresistible —añadió mientras cerraba la puerta—. Siéntese, por favor, está en su casa.

Avi caminó hacia el sillón, se sentó en la parte del sofá más cercano al fuego y miró al gato.

—¿Tú eres el pequeño minino que Lindsey no abandonaría por nada en el mundo? Como bien me ha dicho Ronald, eres tan blanco como la nieve virgen y pareces tan dócil como tu dueña.

—Se llama Rob —apuntó Lindsey acomodándose a su lado—. Y suele ser muy activo, pero desde que le administré el tranquilizante, parece que le cuesta recobrar la normalidad.

–¿Lo has tenido que sedar? –le preguntó al tiempo que se inclinaba para cogerlo y posarlo en su regazo –. Pobrecito... Ha tenido que ser muy duro para ti viajar tantas horas, ¿verdad? Pero ya no tendrás que pasar por otro calvario semejante. Si tu dueña acepta trabajar para nosotros, te prometo que aquí serás tan feliz como los míos.

–Lo hice por obligación –se defendió Lindsey al ver cómo Avi lo acariciaba con tanto mimo –. Uno de los pasajeros, al quedarse dormido, empezó a roncar y Rob maullaba como si respondiera a los alaridos de una gata en celo –explicó irónica.

–Habéis pasado muchas horas ahí metidos... –reflexionó Avi con calma, sin dejar de manosear al gato, quien ya se había puesto a ronronear, aceptando las caricias y su presencia –. Y os lo agradezco.

–¿Desea tomar algo? He visto que dentro de la nevera tengo todo lo que pueda desear, muchas gracias por ese detalle. No debió molestarse – comentó Lindsey sin apartar los ojos de ella.

Guapa. Era una mujer muy guapa, tanto como descubrió en aquella foto escondida. El paso de los años le había sentado bastante bien. Salvo unas pequeñas arrugas alrededor de sus ojos y las canas en su pelo, apenas había cambiado. Eso solo podía significar que la vida la había tratado muy bien y que la cosmética que utilizaba en el salón de belleza era de muy buena calidad.

—No ha sido ninguna molestia. Es lo mínimo que podía hacer después de que decidieras abandonar tu vida en Detroit y te trasladaras hasta aquí —comentó mirándola.

Tal como había dicho Ronald, Lindsey tenía un ángel en el rostro que expresaba serenidad y amabilidad. Aunque algo le decía que no era tan inocente como él pensaba. Sus rasgos faciales, pese a estar bajo una capa de maquillaje perfecta, le indicaban que aquella mujer había perdido la inocencia años atrás. ¿La eliminaría en el momento que vio a su mejor amiga con su ex? ¿O cuando murió su madre, como le dijo a su esposo? Pero a pesar de esa pequeña discrepancia, ambos estaban de acuerdo en algo, ella era sin duda la mujer que esperaban.

—Estoy algo nerviosa...—dijo Lindsey frotándose las manos —. Quiero hacerle mil preguntas y no sé si serán adecuadas.

—Para eso estoy aquí. Tenemos que hablar de todo antes de que te diga cuál será tu empleo, si lo aceptas —recalcó de nuevo.

—Le puedo asegurar que, salvo convertirme en una espía americana en territorio ruso, aceptaré cualquier cosa.

Y Avi sonrió.

—¿Por qué no empezamos hablando un poco de tu carrera como esteticista? ¿Desde cuándo la ejerces? ¿Cuál fue tu último empleo? ¿Te hace feliz? ¿Serías capaz de adaptar tu habilidad en el maquillaje a cualquier

situación? ¿Qué comportamiento mantenías con los clientes? ¿Te gustan que sean callados o conversadores? ¿Cómo actúas en situaciones difíciles y complicadas? ¿Eres una persona empática? ¿Qué sueldo te imaginas tener?

Lindsey se reclinó en el sofá, miró hacia la chimenea, que aún seguía encendida, pese a que las llamas ya no alcanzaban la altura que tenían cuando entró, y suspiró.

—¿La verdad?

—Nosotros somos y seremos muy sinceros, Lindsey. Así que también pedimos ese requisito para trabajar a nuestro lado. Las mentiras ensombrecen la vida y te puedo asegurar que, en muchas ocasiones, es breve, bastante breve... —le explicó sin dejar de acariciar a Rob, que seguía cómodo sobre su regazo—. Puedes cerrar los ojos antes dormir y... no abrirlos más.

Ese comentario erizó el vello de Lindsey. Su apariencia física no tenía nada que ver con Lily, la esposa de Herman de la familia Munsters, pero su forma de hablar y el tono que empleó para expresarle esas frases eran tan típicos de la protagonista de la serie que, si cerraba los ojos, podía sentir a la vampira clavando sus colmillos en el cuello y absorbiendo su sangre.

—Tras la muerte de mi madre —comenzó a decir—, que como le dije a su marido era una modelo de calendario, todo mi mundo se derrumbó. Mi padre, hasta ese momento, no se había encargado de mí. Lo conocía, sí, pero se mantenía distante porque él era...

–¿Era? –la interrumpió Avi al observar cómo arrugaba la frente.

–Un hombre muy importante en EE.UU. Ya le he dicho que mi madre era muy famosa. Su descaro, su estilo *pin up* girl y su belleza no dejaba impasible a nadie... –Soltó todo el aire que había guardado en los pulmones al recordar de nuevo a su madre–. Para seguir manteniéndome en secreto, porque también era un hombre casado, decidí encerrarme en una residencia donde, a base de castigos, nos enseñaron un oficio. Aclaro que no todos los que estábamos allí dentro solían ser azotados, solo los más rebeldes, entre ellos... yo –. Hizo una pausa y prosiguió –: Mi vida cambió el día que me ofrecieron maquillar a un grupo de alumnas que debían presentarse a un concurso. Cuando las tuve en mis manos, creí escuchar la voz de mi madre repitiéndome todos sus consejos: «Si tiene los ojos redondos, necesita un eyeliner de punta fina y la línea ha de tocar la ceja». «Si su piel no es blanca, la base de maquillaje ha de ser suave. Con un leve toque, tendrás suficiente». «Labios rojos, Lind. Los labios siempre rojos y no te olvides de hacer que sus pestañas parezcan grandes y espesas. No hay mirada que pueda resistirse a unas pestañas así» –recitó con tristeza –. Desde ese día, mi vida cambió... No me importó que se quedaran en un segundo puesto, o que todo el mundo alabara mi trabajo, o que aquellos que habían sostenido un cinturón en su mano para golpear mis espaldas, me hablaran con respeto. Lo único que me devolvió las ganas de luchar y convertirme en quien soy fue escuchar de

nuevo a mi madre y sentirla tan viva, que la idea de su muerte desapareció de mi cabeza.

—Esas percepciones, a las que todo el mundo denomina sueños o revelaciones extrasensoriales, son más normales de lo que te imaginas — comentó Avi quitando su mano derecha del lomo de Rob para colocarla sobre las de ella —. Alucinarías si te contara la de cosas que he visto desde que estoy trabajando en la empresa que fundaron los padres de Ronald... Aunque te advierto que todo el mundo no tiene esa capacidad.

—A día de hoy, nada puede sorprenderme ni dejarme alucinada, se lo aseguro —le dijo con media sonrisa.

—No creas...—apuntó Avi mirándola sin parpadear —. Continúa con la narración de tu vida, por favor. Quiero saber qué ocurrió en ese salón de belleza en el que trabajaste y por qué no has encontrado otro lugar adecuado para ti en Detroit —le pidió al tiempo que se reclinaba también sobre el respaldo.

—¿Le apetece una copa de vino? —le preguntó levantándose con rapidez. Si tenía que hablar de la infidelidad, de su mal carácter, de su autodestrucción y de la venta de lo único que había heredado de su madre, necesitaba beber algo para que la garganta no se le secara en mitad de la conversación.

—¡La acepto! —afirmó Avi al percibir que lo próximo que le iba a

contar le produciría tal nudo en la garganta que tendría que beber para no asfixiarse –. A las dos nos vendrá bien un poquito de alcohol corriendo por nuestras venas.

Mientras Avi miraba las llamas de la lumbre y pensaba en cómo iba a decirle a Lindsey que su trabajo sería un tanto especial, ella cogió la botella de vino, dos copas que había visto en uno de los armarios y regresó sin hacer ni un minúsculo ruido.

–Ha sido todo un detalle que su hijo encendiera la chimenea antes de que llegara. Cuando lo conozca, le daré las gracias por haberme cedido su hogar y cuidar de mi salud –indicó mientras posaba las copas sobre la mesa baja de cristal que había sobre la alfombra –. Ha de ser un hombre excepcional y estará muy orgullosa de él –añadió al tiempo que descorchaba la botella y servía la bebida.

–Excepcional... sí que lo es. Pero no sé si debo sentirme muy orgullosa del hijo que Ronald y yo engendramos –declaró con sarcasmo.

–A mi parecer, por todos esos trofeos que he visto en la vitrina – comentó señalando con la mirada la estantería –, ha debido ser un muchacho increíble.

–Lo fue –dijo con rapidez –. Pero después de que Theresa apareciera en su vida, las buenas cualidades de Axel desaparecieron.

–¿Un desamor? –preguntó al tiempo que se sentaba.

–Una agonía, más bien.

–¡Brindemos por esas desilusiones! –exclamó levantando la copa.

–¡Por ellas! –le respondió Avi.

Y de un trago, Lindsey se bebió la suya. Sin embargo, la señora Dhal solo le dio un pequeño sorbo.

–¿Eso fue lo que te ocurrió? –quiso saber.

–Más o menos –dijo inclinándose para coger la botella y volver a llenar su copa–. Mi historia es la siguiente: Conocí a Melinda en el salón en la que ambas trabajábamos. Un día, como por arte de magia, recibió una herencia y decidió invertirla en su propia empresa. Transformó un horrible local en un salón de belleza sin precedentes. Todo marchó de maravilla entre nosotras y eso se reflejaba en la afluencia de clientes que teníamos a diario. Por aquel entonces, conocí a un muchacho guapísimo –. Paró de relatar para dar un gran sorbo a su segunda copa–. Un vikingo.

–¿Vikingo? –espetó Avi enarcando las cejas.

–Sí, así lo definí yo por su apariencia: pelirrojo, alto, musculoso... ya me entiende.

–Ajá. Una tentación para cualquier mujer que pusiera los ojos en él –resumió Avi.

–También es cierto. ¿Ve? Esa desventaja no la medité... –Otro sorbo para eliminar la presión en la garganta –. Pero las mentiras y los

engaños salen a la luz tarde o temprano... –Suspiró –. Algunas veces maldigo a la pobre madre que murió, la de esas dos clientas que debía atender antes de cerrar, por fallecer ese día. Si sus hijas no hubieran cancelado la cita conmigo, no habría descubierto la infidelidad entre mi mejor amiga, y jefa, y el hombre de mis sueños –declaró antes de beberse todo lo que tenía y servirse otra.

–Lo siento por ellas...–reflexionó Avi.

–Y por mí, señora Dhal. Porque cuando aparecí en mi antiguo apartamento y los descubrí desnudos y jadeando sobre mi colchón nuevo, la tristeza de aquellas mujeres se quedó a la altura de mis pies.

–¿Qué hiciste? ¿Les agrediste? Porque si llego a estar en tu situación, ellos no salen vivos del apartamento –aseveró como si fuera la líder de un grupo de Amazonas.

–Le prometo que lo pensé –aclaró dibujando una sonrisa maléfica –. Pero... no lo hice. Ellos salieron corriendo, después de vestirse y pedir perdón, claro está. A Melinda no la vi más, le envié un burofax con mi renuncia laboral y Caden aprovechó mis desapariciones para recoger sus pertenencias del apartamento.

–Espero que la vida los castigara por esa traición –masculló Avi.

Y Lindsey soltó una gran carcajada al escucharla. Aunque ya no sabía muy bien si lo hizo por lo bien que se encontraba tras la ingesta del

vino, de ver la cara de p rfida de Avi, asemejándose aún más a la esposa vampira de Herman, o porque no fueron castigados sino premiados.

–Son padres de un hermoso niño. El negocio continuó generando tantos beneficios que ha tenido que abrir tres locales más y, según he sabido, Caden terminó como gerente en la empresa de publicidad que deseaba. Si a eso le llama castigo...  yo quiero el mío! –exclamó antes de rellenar su copa otra vez.

–Todo ocurre por un motivo...–comentó Avi con cierta cautela.

– S ! Eso mismo decía una de las frases del libro de autoayuda que me compr . Pero no, no lo tiene. –Colocó los pies en el sofá y se sentó cómodamente.

– Qu  pasó después, Lindsey?  Conseguiste superar ese trauma? Porque mi hijo no. Esta misma mañana ha regresado de firmar los papeles del divorcio y sigue con esa mirada rabiosa.

–El sentimiento de tristeza siempre se queda aquí –señaló hacia su pecho–. Porque no cesas de preguntarte qué has hecho mal para que todo el mundo sea feliz menos t . Así que su hijo, que por cierto pens  que era gay por cómo ha decorado esta casa, tardar  en recuperarse, si es que algún día lo consigue.

– Axel, gay? –espetó Avi abriendo los ojos como platos –.  Por qué has llegado a esa conclusión, Lindsey? –continuó con una mezcla de

asombro y diversión.

–Porque, tras una breve excursión por la casa, no he hallado otra palabra que lo defina. Todo lo que he encontrado denota perfección y un poquito de obsesión...– confesó.

–No estás equivocada al definirlo como obsesivo, pero Axel no es, para nada, perfecto –declaró después de dar otro pequeño sorbo a la bebida. En cuanto regresara a su hogar, hablaría con Ronald de la conversación y ambos se troncharían de risa cuando llegara a la parte de *la perfección de Axel*.

–La obsesión por la madera y sus tallados debería preocuparle un poco, Avi. Nunca había visto un hombre tan meticuloso. Parece que no tiene otra función en el mundo que el de cuidar, hacer brillar y embellecer todo lo que provenga de un árbol –dijo algo divertida.

–Bueno, es cierto que Axel es muy quisquilloso con todo lo que tenga madera, pero también he de explicar, y que esto no sirva como disculpa, que en su trabajo necesita esa precisión y meticulosidad. Todos nuestros clientes desean que su último adiós sea perfecto y, lógicamente, en ello se incluye una belleza inaudita en los productos de madera que vendemos.

–Puede que sea por el vino o el cansancio mental que me ha producido el viaje, pero disculpe que no la entienda muy bien. ¿Qué tiene que

ver la madera con un salón de belleza? ¿Su hijo no trabaja para ustedes? ¿O es que poseen varios negocios? –preguntó Lindsey alargando la mano hacia la mesa baja para posar la copa. No, no era adecuado que siguiera bebiendo. Su mente estaba algo confusa...

–¿Por qué no has vuelto a trabajar, Lindsey? –quiso saber Avi. Apartó a Rob de sus rodillas, lo puso en el sofá, se levantó, depositó la copa en la mesa baja y se volvió hacia Lindsey. Había llegado la hora....

–Porque mi carácter amable se volvió agrio después del terrible descubrimiento y no he sido capaz de soportar a más gente hipócrita – respondió sin mover ni una pestaña.

–¿Prefieres a unos clientes que no hablan o los que pueden reprochar tu trabajo? ¿Te gusta trabajar con plena libertad o te basas en las normas de la empresa que te contrata?

¿A qué venía eso? ¿Qué quería decir con clientes *que no hablan*? ¿Su puesto se basaría en maquillar a personas mudas? Ronald le había informado que gran parte de su negocio lo adquirirían ofreciendo sus servicios a residencias de la tercera edad. Entonces, ¿también se dedicarían a personas de este tipo? ¿Sería conveniente explicarle que ella no conocía el lenguaje de signos?

«Buen sueldo» «Horario flexible» «Vivienda gratuita»

Recordó de nuevo Lindsey.

—Para serle sincera, sería mi trabajo ideal. Evitaría así escuchar cotilleos absurdos y me centraría en mi trabajo. Aunque me puedo adaptar a todo —manifestó con sinceridad—. Después de abandonar el trabajo en el salón de Melinda, no he sido capaz de mantener otro empleo ni diez días. Tal vez esa nueva experiencia laboral sea suficiente para hallar la paz espiritual que no encuentro en ningún lado. Pero antes de aceptar, necesito saber de qué sueldo estamos hablando...

—¿Te parece bien mil dólares mensuales? Además de vivir en esta casa gratuitamente y de, como expliqué en el anuncio, gozar de un horario flexible.

—Le juro por mi vida —comentó Lindsey levantándose con rapidez—, que acepto y aceptaré el trabajo sin alegar ni una sola cláusula.

—¿Lo juras, Lindsey? ¿Juras que, al menos, estarás con nosotros el mes que se te pide y que nada... ni nadie, te impedirá marcharte hasta que pase ese tiempo?

—¡Lo juro! ¡Lo juro por el recuerdo de mi madre, por todo lo que tengo y por el honor de ella! —exclamó a viva voz extendiendo la mano hacia Avi para sellar el pacto.

—Gracias Lindsey —respondió aceptando ese contrato verbal—. Muchas gracias. Sé que eres la persona que estábamos esperando —añadió abrazándola con fuerza.

–Me siento muy afortunada al convertirme en esa empleada que buscaban y que todas las demás candidatas se marcharan en unas horas – aseveró apretándola con fuerza.

¿Podía ser más feliz? ¿Cómo podía tener al fin algo de suerte? No solo iba a vivir con gente maravillosa, sino que también tendría un sueldo impensable, una casa gratuita y... ¡clientes que no protestarían! ¿Estaba soñando? ¿No se despertaría de aquella ilusión mágica, verdad?

–Lindsey Tucker –empezó a decir Avi retirándose de ella para ver la reacción que mostraría su rostro –, bienvenida a la funeraria Dhal, aunque nosotros le llamamos cariñosamente tanatorio.

Y en ese momento, Lindsey se desplomó sobre el sofá.

Se gana y se pierde, se sube y se baja, se nace y se muere. Y si la historia es tan simple, ¿por qué te preocupas tanto?

(Facundo Cabral)

–No está muerta, de eso estoy seguro –comentó Ronald después de acudir a los gritos de socorro de su mujer y de tomarle el pulso a Lindsey.

–No bromees con esas cosas, Ronald. Esto es muy serio –le regañó Avi, que se había arrodillado junto a la cabeza de la joven y le acariciaba la mejilla con el anverso de su palma.

–He de confesarte que se lo ha tomado mejor de lo que esperaba. Te juro que pensé que saldría corriendo con su gato en los brazos –prosiguió él divertido.

–Estaba tan feliz... Se había entusiasmado tanto al decirle el sueldo... Me abrazó con tanta fuerza... Que ya la vi trabajando a nuestro lado durante años –claudicó Avi triste.

–Pues mucho me temo que se marchará y esta vez no podrás culpar a Axel. Lo siento cariño, sé que querías que ella fuera la elegida, pero necesitas un milagro para que, cuando abra los ojos, acepte el puesto –afirmó Ronald antes de darle un beso en la frente y dirigirse hacia la salida.

Aunque se moría de ganas por saber cómo se enfrentaría al problema, no quería estar allí cuando la joven se despertara y su esposa tuviera que repetirle la palabra que le había generado el síncope. Era una verdadera lástima que Axel ya estuviera de camino hacia Denver, porque ambos disfrutarían muchísimo de lo que acaba de pasar, siempre que su mujer no estuviera presente, claro está.

—Pero me lo ha jurado por el recuerdo de su madre —aseveró Avi sin dejar de acariciarla—. Me ha prometido que estará el mes entero —añadió en voz tan baja que parecía un susurro.

—¿Antes o después de explicarle que trabajaría en el tanatorio? —preguntó Ronald abriendo la puerta.

—Antes —respondió mirándolo sin pestañear.

—Como te he dicho, necesitas un milagro...—terminó de decir antes de cerrar tras salir.

Avi se quedó allí, de rodillas, a su lado, apartándole los mechones del cabello que ocultaban su precioso rostro maquillado. Tal vez su esposo tenía razón y solo un milagro podría hacer que se quedara, pero ella creía en los milagros. Su hijo Axel era uno y, aunque naciera con más sangre de la familia de su marido que de la suya, debía reconocer que era, como había dicho Lindsey cuando habló sobre él, prácticamente perfecto.

Pues si Dios había escuchado sus ruegos para que Axel viniera al

mundo, ahora, treinta y cinco años después, le suplicaría otro...

Aunque la palabra *tanatorio* no le resultó tan maravillosa como *salón de belleza*, y hasta su querido Ronald ya daba por sentada la negativa de la joven, Avi confiaba en su corazonada. Esa que le indicaba que la muchacha había llegado hasta allí por un motivo. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que publicaron el anuncio y la llamada de Lindsey? ¿Dos semanas? ¿Cuántas mujeres les habían llamado? Unas veinte al día, como mínimo. Entrevistaron a más de treinta, eligieron a seis y ninguna de ellas, pese a parecer encantadas con el puesto que le ofrecían, había soportado ni unas miserables horas la presión de ver un cadáver o la presencia de su hijo. Pero Lindsey era diferente a todas ellas... Tenía mucho valor al haber dejado atrás su ciudad y viajar con su gato en un autobús durante un día y medio. Esa actitud, la de luchadora, debía significar algo...

—Señor —comenzó a rezar Avi sin dejar de mirar a la muchacha —, ayuda a tu sierva en este problema. Te suplico que intercedas en esta situación y que me dejes alcanzar lo que te pido. Sabe que mi familia vela por sus ángeles y que ninguno sube hasta donde se encuentra sin esa paz que necesitan. Solo le pido que se apiade de nosotros y que ella se quede, por lo menos, el mes que me ha prometido. Si no se adapta, si le crea tristeza ver el cuerpo que dejan esas almas cándidas que se acercan a ti, la dejaré libre, como dejas libre a quienes no confían en tu palabra. —Terminó de rezar, se

persignó y cuando abrió los ojos, Lindsey empezaba a mover las manos.

—¿Lindsey? ¿Te encuentras mejor? ¿Quieres que te ayude a incorporarte? —le preguntó levantándose y extendiendo una mano.

—Lo... siento...—comentó aturdida—. Siento haberle ofrecido este espectáculo tan bochornoso.

Con la ayuda de la señora Dhal, se sentó en el sofá y lo primero que miró fue la botella de vino. ¿Cuántas se había tomado? ¿Cinco, seis? ¿Sería de una calidad tan mala que le había provocado una alucinación tan disparatada? ¿Tanatorio? ¿Funeraria? No, no podía ser cierto. Esas palabras no las había oído bien porque, si eran ciertas, aquello se convertiría en la mayor locura que podría realizar en su miserable vida.

«Otro obstáculo que te pone el destino para que no olvides nunca en quién te has convertido», pensó.

—Debí decírtelo antes de que me colgaras el teléfono —comenzó a explicar Avi—. Pero estaba tan ilusionada al oír tus respuestas que decidí retrasar, hasta tu llegada, ese pequeño detalle.

Lindsey la miró de reojo y frunció el ceño. ¿Pequeño detalle? ¿Trabajar en un tanatorio ella lo denominaba pequeño detalle? ¡Era lo primero que debió explicarle antes de soltar aquellas interminables preguntas! Ahora entendía el motivo por el que las anteriores candidatas habían durado horas. ¿Quién, en su sano juicio, se colocaría al lado de un cadáver y lo

maquillaría como si fuera algo tan normal como ver las hojas caer de los árboles? Además, esa palabra, *tanatorio*, explicaba la razón por la que nadie había decidido construir una vivienda por los alrededores. Era cierto que se respiraba paz, pero era una paz mortal.

—Lo siento Avi, pero no creo que sea la mujer que esperaban...— dijo Lindsey mirando de nuevo hacia la etiqueta de la botella. Se apretó la cara con las manos e intentó apaciguar ese vaivén causado por el desmayo.

—¡Oh, sí que lo eres! —exclamó Avi sentándose a su lado—. No me cabe duda de ello. Eres especial. Lindsey. Lo he notado nada más verte.

—Pues yo no he notado nada salvo silencio y el olor a mentira...— ironizó.

Se levantó despacio del sofá, caminó hacia la chimenea y se acarició los brazos, como si tuviera mucho frío.

—Si quieres un aumento de sueldo... podría ofrecerte...—intentó decir Avi sin apartar la mirada de ella.

—¡No es eso! —exclamó alzando la voz. En ese momento, justo cuando fue consciente del tono que empleó para hablarle a una mujer que solo había hecho cosas buenas por ella, suspiró—. Lo siento. No era mi intención hablarle de ese modo. Pero ha de entender que la información que me ha dado me ha alterado bastante.

—Lo entiendo —comentó la señora Dhal levantándose del sofá—.

Al igual que comprendo que debes tomar con calma una decisión.

—Ya he decidido qué voy a hacer —murmuró Lindsey.

—No lo pienses tan a la ligera. Recapacita las ventajas y las desventajas que te ofrece esta oportunidad. Seguro que hallarás más cosas buenas que malas. Sé que no debería recordarte esto, pero ahora mismo, para que no te vayas sin comprobar mi propuesta, he de mencionarte que me juraste que te quedarías el mes de prueba —se atrevió decir.

—¿Jurar? ¡Ja! ¡Eso fue antes de que me explicara que tenía que maquillar a muertos! ¡A muertos, señora Dhal! Tal vez usted esté acostumbrada a verlos y ya no le produzca repelús, pero en estos momentos a mí, solo de pensarlo, tengo escalofríos hasta en las pestañas —le respondió sin sosegar su enfado.

—Lo sé... —comentó Avi muy despacio—. Pero te prometo que yo estaré ahí la primera vez que tengamos un cliente. No te dejaré sola porque sé que esa situación es muy dura.

—No sería la primera vez —susurró Lindsey mirando las llamas del fuego—. Recuerde que mi madre murió cuando yo tenía quince años y, aunque las personas que vinieron a despedirla intentaron que no la viese en aquellas circunstancias, no pudieron hacer nada para evitarlo. Y, ¿sabe qué? Hubiera preferido no verla porque tengo esa imagen grabada en mi cabeza.

—¿Cómo fue? —preguntó sin moverse.

–¿El qué? –espetó Lindsey volviéndose hacia ella como si no diera crédito a lo que escuchaba.

–Ese momento. ¿Cómo fue? –concretó Avi.

–¿Cómo cree que puede ser, señora Dhal? ¿Acaso no ha perdido a alguien a quien usted amaba?

–Sí.

–¿Y? ¿Cómo fue para usted?

–Doloroso, muy doloroso. Pero me sentí feliz al comprender que no sufriría más, que sus gritos de dolor habían acabado y que por fin su alma descansaría –apuntó triste.

–¿También fue su madre? –soltó mordaz.

–No, mi hermano –respondió antes de sentarse de nuevo. Colocó las manos sobre sus rodillas, agachó un poco la cabeza y prosiguió: –Su enfermedad se lo comía por dentro. Aunque cada mañana intentaba levantarse con la esperanza de superarla, los dolores aumentaban tanto que lo escuchaba gritar pidiendo su muerte. Rezamos. Toda la familia rezó para que su calvario finalizara y, por suerte para él, Dios atendió nuestras súplicas y lo liberó de ese sufrimiento.

–Lo siento. No quería recordarle una cosa así. Estaba enfadada, aún sigo estándolo, pero eso no me da derecho a...

–La visión que tenemos de la muerte y la vida es confusa,

Lindsey –continuó diciendo –. A veces la muerte es una salvación. No estoy diciendo con ello que evitemos luchar para vivir dignamente esta vida, no es así. Pero cuando sabes que el siguiente paso es la muerte, se desea más que a nada en el mundo.

–Mi madre luchó por sobrevivir, como lo hizo su hermano –dijo Lindsey regresando al sofá–. En sus últimos días, como bien dice, lo único que pedía era cerrar los ojos y no abrirlos más.

–Si crees en Dios, la muerte es solo un paso más para llegar a una vida eterna.

–¿Y si no se cree en él? –preguntó mirándola con los ojos entornados.

–Entonces nos convertimos en carne sin alma y lo único que nos queda es saber que alguien piadoso tratará nuestro cuerpo con respeto – declaró solemne.

–¿Piensa que ese es mi cometido en este empleo? ¿Respetar a los que ya no respiran? Porque si es así, no estoy muy conforme con esa reflexión. El respeto hay que tenerlo durante la vida y, una vez que morimos... ¿Qué nos importa lo que hagan con nuestro cuerpo inerte?

–Debe importar –aseguró Avi indignada –. ¡Incluso más que antes! ¿Por qué, entonces, las personas buscan un lugar como nuestra empresa, Lindsey? Si no servimos, si los cuerpos son solo un trozo de carne

que pronto se descompondrá... ¿para qué contratar a una funeraria? Según tu deducción, podemos cavar un agujero en cualquier pedazo de tierra que encontremos y meter allí esos cuerpos sin vida.

–Pero no sería humano... Eso resulta tan indignante... – reflexionó Lindsey con tristeza.

–¡Exacto! ¡Tú misma lo acabas de decir! Necesitamos que se nos trate con dignidad en ese último adiós.

–Aun así, sigo pensando que no soy la persona que esperaban. Yo no tengo la facilidad que tiene usted para dejar a un lado mis emociones y mirar a un cadáver de la manera con la que ustedes lo observan –indicó mirándola fijamente.

–Yo tampoco tenía esa capacidad que piensas que debes tener. Aunque con los años se adquiere. ¿Cómo crees que puede enfrentarse un médico a todo lo que le sucede en un hospital?

–Se llama vocación y le prometo que yo no tengo ninguna para realizar este empleo –alegó con rapidez.

–Cuando murió mi hermano –comenzó a decir regresando al sofá –, estaba destruida y miraba a la vida con repulsión y dolor. Nadie era capaz de hacerme entrar en razón, y eso que sabía que fue lo mejor para él. Estaba dispuesta a no presentarme a su funeral, a negar la creencia en Dios y permitir que mi corazón se ennegreciera por la oscuridad. Sin embargo, algo

dentro de mí me obligó a darle el último adiós a la persona que había amado tanto... –Avi extendió la mano hacia la copa que había dejado a medias y se la bebió de un sorbo –. Entré pisando las baldosas de la capilla como si quisiera destruirla en cada pisada. Mis ojos no lloraban por el dolor sino por la rabia. Necesitaba venganza, calmar esa ira de alguna forma. Entonces, al lado del ataúd de mi hermano encontré un hombre que le hablaba con ternura. Le decía que su calvario había finalizado, que todo había quedado atrás, que sus seres queridos lo añorarían pero que entendían que su sufrimiento solo se calmaría al aceptar la mano de Dios.

–Sin duda alguna habla de su marido Ronald. Me ha parecido un hombre muy humano y he escuchado en mi cabeza esas palabras con su tono de voz –intervino Lindsey mirando a Avi. Sus ojos brillaban por las lágrimas y por esas llamas avivadas.

–No notó mi presencia hasta que se giró para salir. Cuando me vio de aquella manera extendió sus enormes brazos para acogerme entre ellos. «Es duro, pero ha sido lo mejor. Ahora descansa en paz y vosotros tenéis que luchar por sobrevivir, como lo hizo él antes de marcharse», me dijo.

–¿Así fue como conoció a su esposo? –se interesó Lindsey tanto que empezó a olvidar el enfado que tenía.

–Así fue –afirmó Avi.

—¿Qué sucedió después?

—Aunque te parezca macabro, Ronald, que estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones, me cogió de la mano, me llevó hasta mi hermano y me animó a que le comentara si su madre, que por aquel entonces era la maquilladora del tanatorio, lo había dejado bien. «Tú, mejor que nadie, sabes cómo fue y, en su último adiós, debéis recordarlo como la persona que era, no como quien se marcha».

—He de aclarar que no me parece extraña esa primera cita con su esposo. Cuando lo vi, me dio una impresión muy siniestra...

—Esa no fue mi primera cita con Ronald. Él me llevó a bailar —apuntó Avi sonriendo al fin—. Pero es cierto que fue nuestro primer contacto y, pese a no ser muy habitual, sentí, desde que me cogió esa mano firme y serena, que era el hombre de mi vida —declaró Avi levantándose del asiento.

—Me alegro por usted. Pero eso no tiene nada que ver con la decisión que debo tomar. Lo que me propone es que cambie la persona que soy y...

—¡No! ¡Te equivocas! No quiero que cambies, Lindsey. ¡Te quiero a ti! ¡Eres perfecta!

—Yo no estoy tan segura...—murmuró inclinándose hacia Rob que, presintiendo que a su dueña le hacía falta un cálido abrazo, había aparecido de algún lugar de la casa.

–Piénsatelo, por favor. Medita las cosas buenas y las malas. Date una oportunidad y si de verdad terminas por confirmar que no eres la persona perfecta para este puesto, regresa a tu antiguo apartamento, a tu antigua vida, con la cabeza bien alta porque lo intentaste. Pero si te marchas sin luchar, sin poner a prueba tus capacidades, algún día te preguntarás si tomaste la decisión correcta –aseguró Avi caminando hacia la puerta. Era el momento de dejarla sola para que recapacitara. Aunque por la cara que tenía, Ronald estaría en lo cierto: solo un milagro la haría quedarse –. Estaré en mi casa, puedes venir cuando quieras y aceptaré la decisión que elijas. Buenos días, Lindsey. Ha sido un placer conocerte.

–Buenos días, Avi. Lo mismo le digo –le respondió antes de que ella cerrara la puerta.

Debes hacer las cosas que piensas que no puedes hacer.

(Eleanor Roosevelt)

Lindsey se reclinó en el asiento, miró el fuego y continuó acariciando a Rob. No podía ser real lo que le sucedía. En cualquier momento abriría los ojos y se despertaría de la pesadilla, entonces se encontraría en una nueva: la que vivía desde tres años atrás. Sin dejar de acariciar a Rob y escuchando su típico ronroneo al sentirse feliz, Lindsey se relajó hasta el punto de olvidar el enfado que le había producido la revelación de Avi. Algo más serena, recordó la conversación que habían mantenido y, por mucho que ella insistió en que tenía las cualidades adecuadas para trabajar en el tanatorio, seguía negándose a ello. Era cierto que la propuesta era interesante: mil dólares mensuales, un lugar donde vivir sin tener que pensar en cómo hacer frente al pago del alquiler y un horario flexible...

Dejó a Rob sobre el sofá y se levantó. Ahora todas las piezas del puzle encajaban a la perfección. Hasta podía responder a la pregunta que se había hecho sobre ese rarísimo horario. Lógicamente, estaría veinticuatro horas de guardia, pero solo tendría que presentarse en el edificio enlosado negro, cuando alguno de aquellos pobres ancianos de las residencias dejara

de respirar. Otro dato que no había añadido Avi cuando le preguntó si le gustaban los clientes parlanchines o mudos. Si le hubiera dicho que tampoco respiraban no habría pensado que su cordura había desaparecido a causa del vino o al cansancio del viaje.

Caminó hacia el fuego y al ver la pila de troncos que había quemándose dentro dedujo que Ronald habría avivado la lumbre mientras ella permanecía inconsciente sobre el sofá. ¿Qué habría pensado al verla desparramada en aquel cheslong negro? Bueno, no le importaba mucho qué había pensado. Lo principal era averiguar cuándo podía coger el próximo autobús hacia Detroit y salir huyendo de allí.

—No puedo...—se dijo mirando al gato, que parecía muy cómodo en su nueva vivienda.

Ella también lo había estado hasta descubrir la verdad...

¿Por qué no le había dicho Avi dónde trabajaría la primera vez que hablaron? Se habría ahorrado el gasto de los billetes y el tiempo que transcurrió metida en aquel autobús infernal.

—No te acomodes Rob. Si mañana hay prevista una salida hacia Detroit, no utilizamos ni la enorme cama que he visto en el dormitorio —determinó Lindsey girándose sobre sí misma.

Quería salir de aquella casa y, aunque fuera una idea un tanto macabra, después de saber qué se hacía en aquel lugar, necesita sentir algo de

frío recorriendo su cuerpo. Solo así podría apaciguar las ideas que tenía en su cabeza. Porque, por mucho que se decía que no podía hacer lo que se le pedía, algo en su interior le gritaba que debía intentarlo, que no debía ser tan cobarde y que, por una vez en su vida, debía enfrentarse a sus miedos, esos que no le habían permitido evolucionar desde que descubrió el engaño de las dos personas en quienes confió.

Con la cara tan larga que la barbilla podía tocarle el suelo, se puso los zapatos, el abrigo y salió de aquel lugar que no le dejaba razonar por la calidez y el bienestar que sentía al encontrarse en un hogar tan cómodo y caliente. En su apartamento, como no podía pagar el gas para mantenerlo caldeado, su cerebro estaba en una alerta continua y tomaba decisiones con rapidez. Muchas de ellas malas, erróneas, pero asumía con entereza todos los riesgos. Sin embargo, allí no era capaz de tomar una decisión tan fácil. Si respondía que sí, su sueño de trabajar en aquello que había imaginado se quedaría atrás y si decía que no, regresaría al pasado que decidió olvidar.

En cuanto puso un pie fuera, el frío la recibió y tuvo que abrocharse todos los botones del abrigo para impedir que su cuerpo se congelara.

«Es el clima ideal para mantenerlos fríos. No necesitan neveras», meditó mientras comenzaba a alejarse del acogedor hogar.

Con las manos en los bolsillos y escuchando tan solo el

repiqueteo de sus tacones, caminó hacia aquel edificio oscuro. ¿Cómo había sido tan tonta al decirle a Ronald que edificaría junto al tanatorio un residencial de lujo? ¡Por eso no paraba de reír! ¿Cómo hacerlo si cada vez que hablaban sobre sus clientes, ella pensaba que saldrían andando y respirando después de ser arreglados? Por supuesto su visita a Monroe sería una anécdota para contar el día de Navidad, cuando la familia Dhal al completo se reuniera para cenar...

«¿Os he contado lo que me dijo una joven que apareció para trabajar en el tanatorio? ¿No? ¡Pues que ella construiría su grandiosa vivienda frente a la funeraria!». Y todos se morirían de la risa. No, mejor que no se muriese ninguno. No era justo para Ronald trabajar en un día tan señalado...

Se levantó las solapas del abrigo hasta que sus orejas empezaron a calentarse. Se paró delante de ese lugar tan sombrío y se quedó mirándolo. No solo podía responder a esas preguntas que había pensado mientras viajaba sino también las que se hizo en la casa. Ahora entendía la obsesión del hijo de los Dhal por la madera. Él sería quien revisaría los ataúdes destinados a sus clientes. Y también comprendía el motivo por el que su esposa se había separado de él. ¿Quién, salvo Avi y los padres de Ronald, podrían soportar que su marido fuera un hombre que dedicara su vida a algo tan espeluznante? Aunque Axel fuera un buen hombre... ¡Nadie! El amor no era eterno, ni tampoco te proporcionaba la fuerza necesaria para afrontar ciertas

situaciones. Solo el cariño, como el que parecían tenerse los Dhal, podía salvar un matrimonio en el que su futuro dependía de la gente que moría...

Mientras reflexionaba sobre la vida de Axel y el motivo por el que había acabado separado de su esposa, Lindsey subió las escaleras principales del edificio negro y abrió la primera puerta. ¿Se estaba poniendo a prueba? ¿Quería confirmar, como le había dicho Avi, que tenía la actitud que requerían? Tal vez... O quizás esa voz que oía en su cabeza la incitaba a caminar hacia un escarpado acantilado donde solo debía saltar para que todo desapareciera. Fuera lo que fuese aquello que la impulsó a acceder al interior, allí se encontraba, dentro de la sala en la que los familiares velarían el cuerpo del ser perdido y amado.

Despacio, muy despacio, anduvo por el pasillo central, en el que colocarían ese ataúd sobre una inmensa mesa repleta de flores. Sin poder evitarlo, sin intentarlo tampoco, Lindsey recordó el funeral de su madre. No había mucha gente, pero no faltó nadie que la quiso, salvo su padre. Si es que este la amó en algún momento de aquella relación. Continuó avanzando hasta llegar al altar. Uno muy pequeño en el que algún párroco oficiaría la triste ceremonia antes de que todo acabase. Sin saber por qué, se arrodilló y cerró los ojos. La imagen de aquel día, el peor de su vida, y eso que había tenido muchos, resurgió. Jamás había llorado tanto, ni había sentido cómo su corazón se partía en mil pedazos. Su madre, la única persona que amó tanto

que habría dado su vida por salvarla, estaba dentro de una caja de madera oscura. Recordó cómo apartó las manos de aquellas personas que deseaban impedirle que la viese por última vez, oyó sus gritos pidiendo que la dejaran en paz y los llantos de quienes, consternados por la situación, no eran capaces de mantenerse de pie. Cuando al fin se liberó de esas manos, corrió hacia el féretro, observó el rostro de su madre, colocó sus manos en el cristal que le impedía tocarla, y lloró al descubrir que aquel rostro no podía ser el de su bella madre. ¿Dónde estaba la mujer que se levantaba maquillada? ¿Por qué la habían dejado tan pálida? ¿Nadie sabía quién era y qué le gustaba?

En cierto modo Avi tenía razón. Si la persona encargada en atenderla hubiera tenido una mínima consideración, le habría pintado sus labios rojos, esas líneas sobre sus ojos que le ofrecían una mirada tan gatuna y salvaje como ella lo había sido en vida.

Notó el calor de las lágrimas recorrer sus mejillas. Con lentitud se las apartó, sintiendo daño al quitarlas de su rostro. Dolor, esa palabra definía toda su vida. No miseria, como le había dicho aquel mecánico cuando intentó venderle el coche, sino dolor por la pérdida de todo lo que había amado. Y sola... Se sentía tan sola. Pese a que Rob se había convertido en un pilar donde apoyarse, estaba sola en el mundo. Nadie preguntaría dónde se encontraba en aquel momento y nadie intentaría averiguarlo. Solo ella y Rob, porque hasta Sabina se había quedado lejos...

«¡Sabina!», pensó.

¿Las cartas se referían al empleo que estaba a punto de rechazar? ¿A eso le llamaban encontrar el trabajo ideal? No habían acertado en esta ocasión, al igual que habían errado al predecir que encontraría el hombre que la haría feliz. Porque aquel trabajo no era, para nada, perfecto. ¿Cómo iba a ser ideal pasarse el resto de sus años maquillando a gente sin vida? ¿Acaso esas dichas cartas no eran conscientes de lo que eso supondría para ella? Se convertiría en una persona fría, insensible, apática y no sería... humana.

«Pronto aparecerá, no solo la oportunidad laboral que deseas... – recordó la predicción de Sabina mientras observaba una gran cruz iluminada por la luz que entraba en las ventanas –. Encontrarás el trabajo ideal para ti...»

¿Esto era ideal? ¿De verdad? Lindsey agachó la cabeza y suspiró profundamente, como si no hubiera respirado desde que entró.

–Has escogido el mejor lugar para meditar –comentó Ronald al acceder en la sala y encontrársela arrodillada frente al pequeño altar –. Yo vengo muy a menudo.

–¿De verdad? –le preguntó Lindsey sarcástica y sin mirarlo.

–No solo por trabajo –respondió sonriente –. Aquí se respira tranquilidad y...

–Aquí todo es tranquilo, señor Dhal –alegó levantándose –.

Cualquier zona de este lugar puede servir para meditar o... para rezar.

–Pero no es lo mismo, Lindsey –añadió acercándose a ella –. Esto es diferente y especial.

–Yo lo defino más bien como tético –comentó volviéndose hacia él.

–Tético, tranquilo, oscuro, calmado... Pueden ser sinónimos – dijo sin eliminar la sonrisa de su anciano rostro –. ¿Cómo te encuentras después de ese desmayo?

–¿Sinceramente? –preguntó Lindsey mirando de nuevo hacia esa iluminada y grandiosa cruz.

–Sí –respondió Ronald posando una mano sobre su hombro.

–Me encuentro muy confusa –reveló aceptando ese gesto cariñoso.

–Es normal. Si estuviera en tu lugar, también me sentiría confundido. Has hecho un gran esfuerzo para llegar hasta aquí y encontrarte con esto...–resumió –. Pero en defensa a *esto* –apuntó dirigiendo su barbilla hacia el altar –, he de comentar que no será el trabajo con el que se sueña cuando uno es joven, sin embargo, yo no lo cambiaría por nada en el mundo.

–Si ha vivido aquí desde que nació, lo verá como algo normal, aunque no lo es –intentó rebatir.

–¿Qué es normal, Lindsey? –le preguntó separándose de ella –.

¿Has vivido en Detroit algo normal?

—Tampoco lo definiría como normal, señor Dhal. De ser así, no habría venido.

—Ronald —le corrigió mientras se dirigía hacia una de las puertas que había a su derecha.

—Ronald —contestó sin apartar los ojos de él —. ¿Se marcha? ¿Me deja sola? —espetó un tanto alterada.

—¿No has venido a tomar una decisión? No quiero interrumpirte — alegó sin mirarla.

—¿No era ese su propósito? ¿Hablar conmigo a solas? Seguro que me ha visto salir de la casa y...—indicó caminando detrás de él.

—No —negó rotundamente—. No sabía que estarías aquí. El motivo por el que he venido ha sido para confirmar que las ventanas estaban bien cerradas. La última vez que se nos olvidó cerrarlas, los dichosos gatos de mi esposa entraron y destrozaron los ramos de flores que compré el mismo día que nos contrataron un servicio. Los muy traviesos arrancaron los pétalos y dejaron la sala como si fuéramos a celebrar una boda en vez de un velatorio. Aunque, por suerte, todo salió bien porque Avi les explicó a esos familiares estupefactos que había sido un gesto en honor a la mujer. —Ronald sonrió al ver que Lindsey caminaba detrás.

—Cuando estaba viva... ¿había trabajado en una floristería? —

preguntó expectante.

—No.

—¿Entonces? ¿Por qué se le ocurrió a Avi esa idea? —insistió.

—Porque la muchacha murió el mismo día de su boda. Un infarto, según dictaminó el forense que le hizo la autopsia.

—¡Mierda! —exclamó Lindsey colocándose las manos en la boca —.

No debí preguntar.

—No siempre se encuentra cosas buenas...—declaró Ronald abriendo la puerta que había frente a él —. Si lo piensas bien, ninguna puede ser buena, porque contemplas la parte más triste de nuestras vidas, la muerte.

—Bien, ya veo que no ha venido a persuadirme para que me quede —refunfuñó Lindsey accediendo a la habitación donde él se dirigía.

—Ya te he dicho que solo quiero comprobar las ventanas —afirmó él sin poder borrar la sonrisa de sus labios —. Pero es cierto que me apenaría si no te quedaras. Mi esposa asegura que eres la persona que hemos estado esperando y que te adaptarías perfectamente.

—He notado su deseo por hacerme cambiar de opinión al ofrecerme, como salario mensual, mil dólares —ironizó ella.

—¿Mil dólares? —preguntó volviéndose con rapidez —. ¿Cómo se le puede ocurrir una locura semejante?

Pero por la burla que mostraba su rostro, Lindsey entendió que

estaba de broma. Sin saber muy bien por qué, miró a su alrededor y notó un ligero escalofrío.

—Tendré que hablar con mi esposa —comentó Ronald girándose hacia la ventana que había en la pared—. No puede ofrecer tanto.

—¿Qué se hace en esta habitación? —consultó Lindsey sin dejar de observar todo aquello que tenía cerca. Parecía un taller de trabajo. Había dos armarios metálicos colocados en la pared de enfrente, una cómoda también metálica a su derecha, un ventilador sobre ella y cuatro lámparas de pie, de esas que había utilizado en el salón de Melinda.

—Una vez que el médico confirma la muerte de una persona, los familiares se ponen en contacto con nosotros. Axel y yo recogemos el cuerpo en el coche que viste esta mañana, lo traemos directamente hasta aquí, lo colocamos sobre la mesa y lo preparamos —explicó con mucha calma.

—¿Aquí es donde amortajan a los difuntos? —espetó abriendo los ojos como platos.

En efecto, aquellas palabras aseguraban que Ronald no había aparecido allí para convencerla a que aceptara el empleo. Le hablaba con tanta sinceridad que se le ponían los pelos de punta.

—Sí, aquí es —respondió sereno—. ¿Quieres salir corriendo? La puerta está abierta —la animó—. Nadie te detendrá...

—No —dijo muy segura—. Quiero que siga hablándome. Aunque

parezca extraño, escucharle me relaja, pese a que ahora mismo tengo el vello más erizado que mi gato cuando lleno la bañera de agua.

–¿Estás segura? –le preguntó sin apartar los ojos de la ventana –. No soy la persona adecuada para conversar sobre qué se hace en este lugar, como comprobarás, no embellezco nada. Quizá porque para mí, que he crecido aquí, todo esto es natural y no utilizo la palabra espeluznante. Sin embargo, para una chica de ciudad que solo ha trabajado con personas que respiran, puedo resultarte algo siniestro.

–Según parece, esta chica de ciudad desesperada empieza a adaptarse a todo –murmuró centrando toda su atención en la mesa que había en mitad de la habitación.

–Tu función, si es que decides quedarte, consistiría en darle el aspecto que tuvieron esas personas antes de que les llegara su hora –comentó Ronald tras encajar la cerradura de la ventana –. Mi hijo y yo haremos el resto –aseguró de nuevo –. Imagino que, si terminas aceptando, Avi hará que vacíes todo lo que hay en esa cómoda y compres los materiales que necesites.

–Y... ¿cómo sabré si los preparo de manera correcta si no los conocí? ¿Alguien hablará conmigo? ¿Me contarán su vida? –preguntó dando un paso hacia atrás.

–¿Intuición? –respondió Ronald dirigiéndose hacia la salida. Dejó que ella saliera primero y luego la siguió no sin antes cerrar la puerta.

—No todo el mundo tiene esa intuición...—reflexionó Lindsey al recordar cómo habían preparado a su madre.

—Podría aconsejarte que los visitaras antes de que aparecieran por aquí, pero sería bastante macabro que la maquilladora del tanatorio, al que irán cuando les llegue lo que muchos temen, les visite para preguntarles qué aspecto quieren tener cuando mueran —comentó gracioso.

—Bastante macabro, pero me serviría de ayuda...—meditó entornando los ojos, reflexionando sobre esa posibilidad.

Y Ronald soltó una enorme carcajada al observarla barajar esa opción.

—¿Cómo prepararon a tu madre? Según Avi, pudiste verla —le preguntó al acceder a otra sala. La que usaban para que los familiares cansados pudieran tener un momento de tranquilidad.

—No le dieron el aspecto que ella se merecía —comentó tras mirar a los sillones que había en aquella sala.

—¿No la prepararon a lo...?

—¿*Pin up girl*? ¡No! —exclamó enfadada—. Quién la preparó no se preocupó en averiguar cómo había sido en vida. Así que cuando la vi, no parecía mi madre sino una desconocida. Quizá, si le hubieran pintado sus labios rojos y esos delineados interminables que ella se dibujaba sobre sus párpados, mis recuerdos de aquel día no serían tan tristes —explicó.

–Lo siento.

–Yo también. Tal vez, si hubiera esperado un poco más, justo el tiempo que necesité para comprender qué haría con mi futuro, yo misma la habría maquillado como se merecía –respondió con tristeza y sin alejarse de Ronald ni tres pasos –. Imagino que esto es el salón de descanso, ¿verdad?

–Sí. Muchos familiares terminan agotados después de pasarse largas temporadas en los hospitales y necesitan unas horas de descanso para continuar hasta el final –apuntó cerrando esa nueva puerta –. ¿Cuál era tu sueño, Lindsey? Porque imagino que una chica como tú tendría cientos.

–Convertirme en una esteticista de las estrellas de Hollywood –se sinceró. Hasta el momento, él había sido muy franco con ella y la mejor manera de corresponderle era siéndolo ella también.

–¿Qué te impidió serlo? –prosiguió mientras se dirigía hacia la salida.

–¿La vida? ¿Un desamor? ¿No hallar esa posibilidad? ¿Mi carácter?

–Tal vez no era tu verdadera vocación, porque si lo hubieras querido de verdad, lo habrías intentado –declaró cerrando la puerta del tanatorio.

–¿Su vocación era trabajar aquí? –se defendió ante esa audaz acusación.

–Sí. Siempre supe que yo debía permanecer en este lugar. Por eso, cuando mis padres fallecieron y escuché a mis hermanos que iban a venderlo, decidí comprarles la parte que les correspondía –aseguró con firmeza –. Lo que para otras personas puede ser horrendo, para mí es maravilloso. –Al observar la cara de asombro de la joven, prosiguió –: Mi función, mi vocación es ofrecer el respeto que se merecen todos aquellos que han vivido y luchado en este mundo. ¿No esperas que hagan lo mismo contigo?

Lindsey no supo responderle a eso. ¿Qué podía decirle? Nada. Ronald tenía razón al admitir que todo el mundo buscaba respeto no solo en vida sino también tras fallecer. No eran unos cuerpos fríos, inertes. Para sus familiares eran las personas más importantes, más queridas y que jamás olvidarían.

–Las anteriores candidatas, esas que según su esposa no duraron ni dos horas... ¿no fueron capaces de soportar la presión del empleo? – decidió preguntar.

–¿Has trabajado alguna vez con un maniquí? –preguntó metiendo la llave en el bolsillo de su abrigo.

–Sí.

–¿Te generó presión estar frente a ese muñeco frío, inmóvil y mudo? –perseveró.

–No –contestó un tanto asombrada.

–A ellas tampoco –respondió Ronald.

–¿Entonces? ¿Qué les hizo marcharse? –insistió.

–No fueron los muertos, Lindsey, sino un vivo –dijo con tono misterioso.

–¿Un vivo?

–Sí, mi hijo Axel –confesó caminando hacia el hogar donde ahora residía la joven.

–¿Todas se marcharon por él? ¿Qué les hizo? ¿Es un acosador? –preguntó sin respirar.

–¡Oh, no! Mi hijo no es un acosador, tan solo odia a las mujeres después de vivir con Theresa –determinó pensando si eso no sería motivo suficiente para que Avi le hiciera dormir en los sofás del tanatorio.

–Bueno... yo odio a los hombres. Así que estaríamos empatados –comentó con acritud –. Su hijo no sería el motivo por el que rechazaría el empleo. Seguro que, cuando me conozca, evitará hablarme y verme –continuó mordaz.

–Si tú lo dices...–dijo Ronald pensativo parándose frente a la entrada de la casa de Axel.

–¿Qué es eso que huele tan bien? –preguntó Lindsey tras cerrar los ojos e inspirar con fuerza.

—Avi prepara un pastel de arándanos. Cuando algo le preocupa, se mete en la cocina y hace todas las recetas de pasteles que tiene memorizadas. Y te prometo que algunas veces podríamos estar alimentándonos a base de dulces durante un año entero —comentó divertido Ronald—. Puedes pasar si quieres probarlo.

—Me lo pensaré —dijo Lindsey levantando de nuevo las solapas de su abrigo.

—Como quieras, pero si luego tengo que llamar a un médico porque he comido demasiado, caerá sobre ti el sentimiento de culpa —añadió dirigiéndose hacia su hogar.

Con una leve sonrisa, Lindsey lo observó caminar. Esa apariencia tétrica que le causó al verlo en la estación había desaparecido, al igual que había eliminado esa repulsión por hallarse frente al edificio enlosado negro. Sin darse cuenta había recorrido el interior de la funeraria sin pensar en nada extraño ni malvado. Al contrario, gracias a Ronald se había sentido en paz, hasta se había reído al escucharle hablar. Tal vez todo no era malo. Quizá podía darse una oportunidad. ¿Qué perdería? Solo tiempo porque, si no se adaptaba, Avi le pagaría los días y podría regresar a su patética vida.

«¡Inténtalo! ¡Hazlo! —gritó una voz en su cabeza—. ¿Qué te retiene? ¿Miedo? No debes temer... Nadie te hará daño. Solo quieren que les ayudes... ¡Hazlo, Lindsey!»

Confundida por la insistencia de esa voz, que en aquel momento era muy parecida a la de su madre, Lindsey respiró hondo y gritó:

—¡Ronald!

—¿Sí? —preguntó volviéndose hacia ella.

—¡Me encantan los arándanos! —exclamó corriendo con esos tacones de vértigo—. Y no sería capaz de sobrevivir a ese sentimiento de culpa —terminó de decir respirando entrecortada por la carrera.

—Pues entra en casa y compartamos ese pastel que huele de maravilla.

Y sin pensar más en si iba a cometer el mayor error de su vida, se lanzó hacia el gran hombre y lo abrazó.

—Bienvenida, Lindsey Tucker —le dijo Ronald emocionado porque, salvo su esposa, ninguna otra mujer lo había abrazado de esa forma tan cariñosa.

La curiosidad se atreve más contra lo que más se prohíbe.

(Diego de Saavedra Fajardo)

–Me habéis convertido, desde que llegué, en el chico de los recados. Como sigáis así, voy a terminar por pensar que estáis evitando mi presencia –comentó Axel mientras sostenía el extremo superior del ataúd que había escogido la familia.

–¿Solo lo piensas? Porque yo creo que nuestra postura está bastante clara –determinó Ronald después de que ambos colocaran el féretro sobre la mesa en la que prepararían al nuevo cliente.

Desde que Lindsey firmó el contrato de prueba, su esposa y él hicieron todo lo posible para que su hijo no coincidiera con la muchacha. Lo primero que se les ocurrió fue llamar al señor Dexter para encargarle cinco unidades de los dos nuevos modelos de ataúdes que, tal como supusieron, no tenían en stock y tuvieron que pedir. Por este motivo Axel tuvo que permanecer cuatro días más en Denver. Pese al mal humor que el hijo mostró cuando les llamó para pedirles una explicación por ese cambio tan repentino en el pedido, se calmó al contarle Ronald que le había reservado una buena habitación en el *Kimpton Hotel Born*. Durante esos cuatro días, todo fue

como la seda... Pero cuando llegó, ambos lo enviaban a hacer todo aquello que se les ocurría, manteniéndolo alejado del hogar familiar y de Lindsey. Pero, por las palabras y actuaciones de Axel, parecía que no había entendido la indirecta e intentó acercarse varias veces a su antigua casa para conocer a la muchacha. Por suerte, como Ronald y Avi lo espiaban, pudieron impedir que se presentara frente a la puerta de Lindsey.

—¿Estáis retrasando el momento de encontrarnos? ¿Tan fea es? Puedo soportar cualquier cosa...—expresó con mordacidad.

—No es fea. Lindsey es una muñequita —respondió con firmeza—. Pero es cierto que no queremos que la conozcas, ni que hables con ella, ni que os miréis. Aunque te parezca extraño, esa joven ha hecho que tu madre vuelva a sonreír y soy capaz de hacer cualquier cosa para que continúe esa felicidad.

—No seré tan descortés —refunfuñó—. Además, he de darle la enhorabuena por haber soportado su primer cadáver.

—¡No hables así de nuestros clientes! —le reprendió Ronald—. Hemos hecho mucho hincapié a Lindsey en que se les debe tratar con respeto, como para que ahora hables así delante de ella. Es más... ¿que no te acerques! —aseveró en voz alta.

—¿No puedo darle ni una pequeña felicitación? Es lo mínimo que puedo hacer después de todas las alabanzas que recibimos por parte de los

Cambrig –continuó mordaz.

–Ya se las dimos nosotros y se quedó muy satisfecha al ver que su primer trabajo fue elogiado.

–Claro... Aprovechasteis que no estaba para prepararle una cena sorpresa en *mí* casa, mientras que vuestro hijo, *único hijo*, se encontraba de viaje –recalcó un tanto malhumorado.

Y así fue. Justo dos días después de la firma de ese contrato, el hijo mayor de los Cambrig, una familia que había dedicado toda su vida al transporte de mercancías, apareció para contratar los servicios que ofrecía la funeraria Dhal. Avi se puso tensa cuando Ronald le dio la noticia y él no sabía cómo afrontaría Lindsey su primera vez. Pero la actuación de la joven fue impresionante. ¡Y eso que raras veces él se impresionaba! Agarrada de la mano de Avi, Lindsey entró en la habitación sin apenas respirar. Su esposa le contaba todo aquello que sabía del anciano: que se había enamorado muy joven de su esposa, que había trabajado mucho en su vida, que tenía cinco hijos, que era una familia muy querida y apreciada por ellos. En fin, todo aquello que se le ocurrió para que la joven no sintiera miedo. Cuando se colocó frente al señor Cambrig, las manos le temblaban y apenas podía respirar. Sin embargo, tras asumir su labor y coger algo de fuerzas, sacó la maleta, que ella y su esposa habían comprado la tarde anterior, y, sin moverse ninguno de los dos de su lado, la muchacha comenzó a prepararlo.

–¡Como un ángel! –exclamó con despecho Axel –. Eso fue lo que todo el mundo me ha dicho. ¿Un ángel, de verdad?

–Así fue –respondió tosco Ronald mientras abría un cajón del armario para comenzar con el ritual –. El mismo que ella posee en su rostro.

–¡No me lo puedo creer! –exclamó airado –. ¿También has sucumbido a sus encantos? De mi madre me lo esperaba, porque siempre ha querido una muñeca con la que jugar, ¿pero de ti?

–Si no tienes pensado ayudarme, ¡márchate! –dijo Ronald enfadado.

–¿Qué me marche? –repitió atónito.

–Con tanta charla absurda, estás retrasando el trabajo y Lindsey tiene que venir a maquillarlo antes de que la triste familia se reúna para rezar por su alma.

Después de resoplar y maldecir, Axel dejó de hablar sobre el tema tabú de su hogar y ayudó a su padre. Sin embargo, mientras trabajaba no paraba de pensar en esa misteriosa mujer que no había visto y que se había convertido en un succulento tema de conversación. ¡Hasta en el bar que había ido a tomar una cerveza hablaron de ella! «Es muy cariñosa con la familia». «No parecía muerto». «¡Yo quiero morir solo por estar a su lado!» «¡Menudos globos!» Y así unas cuantas frases más que él no podía confirmar ni negar porque *sus padres evitaban un encuentro entre los dos*.

–Tienes que salir a comprar más flores –le informó Ronald cuando finalizaron. Era lo mejor, mantener a su hijo alejado de Lindsey y sabía que, en cuanto abandonaran el edificio, ella aparecería para realizar su trabajo.

–¿Más flores? ¿Qué deseas esta vez? ¿Negras, amarillas o... rosas? ¿No era ese el color de la maletita de la señorita Tucker? –espetó mordaz.

–Como sigas en ese plan, te enviaré a España a comprarlas –refunfuñó el padre.

–¡Olé! –exclamó Axel haciendo el típico gesto que hacen las bailaoras de flamenco con las castañuelas –. ¿Me vais a pagar un viaje tan caro por tal de alejarme de ella?

–Sería la mejor inversión, si queremos que Lindsey se quede –masculló Ronald.

–¿Tan perfecta es? –preguntó enarcando sus cejas oscuras.

–Lo es. Como predecía tu madre, esa joven tiene una habilidad especial y nos encantaría que permaneciera con nosotros bastante tiempo – señaló el padre repasando con meticulosidad el cuerpo.

–¡No me fastidies! ¿Estáis haciendo esto para que no pueda acercarme a ella? ¿De verdad pensáis que todas las anteriores se marcharon por mi culpa? –solicitó confundido.

–No lo pensamos, Axel, lo afirmamos. Por eso quiero que te mantengas...

–Alejado de ella –claudicó enfadado –. Pero llegará el día en el que nos conozcamos, que interactuemos y no podréis evitarlo.

–Sí, si te mando para España –masculló Ronald desesperado por la insistencia de Axel.

–¿Y si os prometo que no haré ni diré nada que pueda incomodarla? Es que la curiosidad me está matando. Me he convertido en un figón. Cada vez que puedo mirar por la ventana, lo hago para saber si está fuera o dentro de *mi* casa.

–Habla con tu madre. Si ella consiente en que la conozcas, yo no me opondré –aseveró saliendo de la habitación.

–Lo dices porque me lo negará incluso antes de que termine la pregunta–refunfuñó.

–Por eso mismo te lo he dicho –declaró antes de abandonar el edificio.

#TanaLove

Otro. Tenía que asistir a otro cliente. No llevaba allí ni una semana y ya tenía que enfrentarse otra vez al miedo. ¿No le había dicho Ronald que estaría tranquila durante un tiempo? Pues falló en su predicción, porque en menos de siete días llegaron dos.

Lindsey se desplomó sobre el sofá y resopló. Por mucha fe que los Dhal tenían en ella, mucho se temía que no se acostumbraría a esos momentos. Aún no había salido de la casa y ya estaba temblando.

—¿Tú qué piensas, Rob? ¿Lo lograré? ¿Seré capaz de hacerlo de nuevo?

Pero el gato estaba tan feliz frente a la chimenea y tumbado en el pequeño colchón de colores que le había comprado Avi, que ni abrió los ojos al escuchar la voz de su dueña.

Lindsey extendió sus manos hacia delante y confirmó que le temblaban. ¿Cómo iba a serenarse? ¿Cómo iba a permanecer tranquila? Estaría otra vez al lado de una persona sin vida... Cerró los ojos y respiró hondo. Tenía que calmarse, hallar algo de paz para hacer un buen trabajo. ¿No fue así cómo lo describió la familia del anciano señor Cambrig? Aunque no podía mantenerse de pie, cuando apareció en el interior del edificio, el hecho de que el hijo mayor se acercara a ella y le pidiera que hiciese un buen trabajo para que los nietos de aquel buen hombre pudieran verlo por última vez sin asustarse, le proporcionó la fuerza necesaria para enfrentarse a lo que tenía que hacer. Lógicamente el apoyo que obtuvo de los Dhal fue otro pilar a tener en cuenta. No solo le relajó la información que Avi le ofreció sobre el cliente, sino que la presencia de Ronald le sirvió para serenarse y prepararlo adecuadamente. Sin embargo, en esta ocasión era diferente...

No por el cuerpo, porque sería otro buen anciano que le había llegado su hora, más bien era un sentimiento extraño que emanaba desde su interior. ¿Estaría presagiando que el pobre difunto se elevaría cuando ella estuviera a su lado?

—¡Tonterías! —exclamó levantándose de un salto—. Solo piensas tonterías.

Tras eliminar las arrugas de su pantalón de cuero negro, se dirigió hacia la cocina. Necesitaba tomar un café bastante cargado si no quería terminar en el suelo frente al ataúd. Si todo marchaba como la vez anterior, Ronald lo arreglaría para que solo pudiera verle la cara. Un escalofrío la zarandó al recordar el momento en el que ella puso sus dedos en aquella piel fría y tersa. Gracias a Dios, Avi estaba a su lado y, tras frotarle la espalda para darle ánimos, pudo terminar lo que empezó. Luego, cuando se apartó y observó aquel rostro tan hermoso que parecía vivo, se sintió muy satisfecha. Pero lo que la sorprendió no fue la entereza que obtuvo para realizar el trabajo sino los agradecimientos que recibió por parte de la familia. La abrazaron como si la conocieran de toda la vida, le dieron millones de gracias y, pese a que estaban tristes por la pérdida, se sentían muy felices por el trato que ella le había dado a un familiar tan querido.

Todo fue perfecto hasta que cerró la puerta de lo que empezaba a llamar hogar. Una vez que se quedó sola comenzó a llorar hasta quedarse sin

lágrimas. El motivo de ese agónico llanto no fue el fruto de la presión que había sentido, sino la tristeza que apareció al recordar el funeral de su madre. Quizá, si ella hubiera podido maquillar a su madre, esa punzada de dolor que tenía en su corazón habría desaparecido con el tiempo. Pero en aquel momento no sabía qué haría con su vida...

Después de relajarse al pensar en su madre, decidió meterse en la cama y descansar, pero antes de llegar al dormitorio alguien tocó la puerta. Con el atizador de la lumbre en la mano, porque no tenía ni idea de quién se presentaría a aquellas horas, abrió muy despacio. Una enorme sonrisa apareció en su rostro y tiró esa arma letal al suelo al encontrarse el matrimonio Dhal con la cena que había preparado Avi. Se habían acercado para celebrar el éxito de su primera *misión* y para animarla, por si estaba un tanto triste. Cosa que ellos mismos dedujeron al verle los ojos hinchados.

—Todo pasará —le dijo Ronald en mitad de un fuerte abrazo —, te lo prometo.

Al final terminó por comer tanto que aún tenía en su estómago restos de aquella cena. Al lado de los Dhal lo imposible se hacía posible, como el dormir plácidamente esa noche. Cuando se despertó al día siguiente y vio que el reloj indicaba las once de la mañana, sonrió, estiró las piernas y se volvió a dormir sin pensar en nada salvo en la felicidad que sentía al hallar por fin una vida carente de preocupaciones.

Todo era muy diferente, demasiado. Hasta empezó a suavizar ese carácter agrio que la había acompañado desde... Bueno, ya ni se acordaba muy bien el motivo de su acidez mental. Tal vez porque los Dhal se mostraban tan cariñosos con ella que empezaba a olvidarse de quién fue en Detroit y lo que había sufrido en la ciudad.

Tras tomarse el café se dirigió hacia el salón y observó que el móvil parpadeaba. Tenía el mensaje de Ronald confirmándole que ya podía aparecer por el tanatorio para trabajar. Eso era algo que no entendía muy bien pero que admitía sin más. El matrimonio se había propuesto la exhausta misión de evitar que su hijo y ella se conocieran y lo hacían bastante bien. Durante los siete días que llevaba en la casa, no lo había visto. Cada vez que les preguntaba por Axel ellos le respondían que estaba comprando algo muy importante o que había tenido que marcharse para arreglar ciertos papeles urgentes. No insistió en averiguar el motivo por el que deseaban apartarlo de ella, lo aceptaba sin más.

De repente sonrió divertida. Quizá temían que aquel hijo, al igual que hizo con las demás, le haría la vida imposible hasta que renunciara al empleo. Pero no le resultaría tan fácil... Si él no tenía un comportamiento adecuado con las mujeres, tal como le había dicho Ronald, ella no lo tenía con los hombres así que... ¡quedarían en tablas!

«OK»

Respondió al mensaje del señor Dhal, cogió su abrigo y, tras confirmar que todo estaba en orden, respiró hondo, salió de la casa y se dirigió hacia el edificio enlosado en mármol negro.

La medida de lo que somos es lo que hacemos con lo que tenemos.

(Vince Lombardi)

Como habían pactado, Avi la esperaba frente a la escalinata del edificio.

En aquellos momentos, la señora Dhal era la viva imagen de una institutriz viuda que velaba por la educación de las hijas de algún aristócrata londinense del siglo XVIII. Solo faltaba, para esa horrible visión, que ella extendiese la mano para que Avi se la golpeará con una vara de madera.

Llevaba puesto el vestido negro, ese que utilizaba solo cuando contrataban un servicio en la funeraria, y, como en la ocasión anterior, recogió su cabello negro en un moño bajo. Por suerte, el día que la vio por primera vez no vestía de esa forma porque, si lo hubiera hecho, le habría dado un patatús después de que la recogiera con aquel coche Ronald.

Lindsey echó un vistazo a sus ropas y arrugó la frente al ser consciente de que se había puesto una camisa de color amarillo. Tal vez no había sido muy apropiada la elección porque, según le indicó su madre, evocaba a la mala suerte. Pero ella no era supersticiosa, como todos aquellos que creían en la leyenda del dramaturgo Molière^[3]. Al contrario, no pensaba que un color incitara a la mala suerte, y eso que había padecido un verdadero

calvario durante tres años de su vida. Sin embargo, aquel horrendo día no llevaba nada amarillo sino rosa, como todas las prendas que guardaba en el armario por aquel entonces...

—¿Todo bien? —le preguntó Avi cuando Lindsey se colocó a su lado. Instintivamente le tendió una mano y, cuando se la aceptó, la apretó con fuerza para darle apoyo y cariño.

—Sí. Aunque parezca extraño, me encuentro bastante tranquila — aseguró mientras subían las escaleras —. ¿Debería preocuparme?

—No, en absoluto —respondió abriendo la puerta del edificio.

Lindsey esperó a que la señora Dhal entrara en primer lugar y luego la siguió hasta llegar a la sala principal. El matrimonio la había adornado para la ocasión: La cómoda central, donde se mantendría el arca fúnebre, ya tenía a su alrededor varias coronas de flores. Una enorme foto del difunto se había puesto sobre un caballete. Por suerte, el rostro del señor Reed aún estaba oculto bajo una tela negra. El pequeño altar relucía y los asientos, colocados para atender la misa que oficiaría el párroco al que había ido a buscar Ronald, brillaban como si alguien les hubiera untado cera.

—¿Por qué en esa corona hay escrito *de tus esposas*? —preguntó Lindsey al caminar junto a las flores y leer lo que se había grabado en la cinta que rodeaba una de las tiaras.

Hasta ese momento solo había leído «De tu esposa, que no te

olvida». «Tus hijos siempre te querrán». «De tu familia». «Aquellos que te han amado en vida seguirán haciéndolo tras tu muerte». «Tu hija jamás te olvidará...» Pero se extrañó al leer en esa cinta blanca: «Tus esposas te han querido y te querrán siempre».

—Porque el señor Reed ha tenido dos mujeres —comentó Avi después de arrodillarse frente al pequeño altar y santiguarse.

—¿Cómo dice? —perseveró Lindsey tras imitar el gesto de la señora Dhal—. ¿No está prohibida la poligamia aquí?

—Sí, está prohibida aquí y en muchos países del mundo. Pero no fue poligamia lo que mantuvo el señor Reed durante su vida porque no se casó con las dos a la vez. Tuvo una esposa y una amante con las que vivió y amó al mismo tiempo —comentó Avi justo cuando se dirigía hacia la habitación donde el difunto les esperaba.

—Sé que puedo parecerle algo macabra en estos momentos, pero necesito que me explique qué vida ha tenido el señor Reed. Me vendrá estupendo conocer su historia para hacer un buen trabajo —indicó a modo de excusa. Aunque la verdad era otra muy diferente: la curiosidad por saber qué había ocurrido para que aquel hombre tuviera dos mujeres, que cada una supiera la existencia de la otra y que además se aceptaran, aumentaba en cada segundo.

—Fue cosa del destino, imagino...—meditó Avi caminando hacia el

cajón en el que guardaban los productos de maquillaje. Arrastró la mesa donde las colocaría y lo posicionó cerca de la cara del buen señor Reed.

—¿Qué hizo? ¿Cómo ocurrió? ¿Por qué tuvo esa vida? ¿Cómo pudo sobrevivir con dos mujeres? ¿Con las dos se casó? ¿Este es de verdad el señor Reed? —preguntó al ver un féretro de dimensiones algo pequeñas para un varón.

—Sí, es él —afirmó Avi apartándose lo suficiente como para que Lindsey se acercara y lo viera.

—¿Si es un amor! —exclamó al verlo tan quietecito, tan blanquito y con una expresión de paz y serenidad que la dejó perpleja.

—Eso mismo dirán sus esposas después de vivir tantos años con él —ironizó Avi tomando al fin asiento.

—¿Puede contarme qué ocurrió, por favor? —Terminó por pedirle al tiempo que cogía un bote de base de maquillaje.

— En aquella época supongo que todo se vivía de otra manera, ya sabes, después del ataque a Pearl Harbor —aclaró. Hizo un silencio, como si le doliera recordar aquella barbaridad y prosiguió —: Bobbi era una profesora de literatura y decidió acudir a uno de los entrenamientos de Rugby que realizaban todos los sábados sus alumnos. Imagino que los chiquillos se lo pedirían con insistencia, o tal vez el destino intercedió en esa decisión porque fue allí donde conoció al señor Reed. El guapo, sonriente y esbelto,

entrenador de ese equipo. Deduzco que lo que hubo entre ellos fue un flechazo porque dos meses después se casaron.

—Ajá —comentó Lindsey cogiendo otra esponjilla para utilizar el siguiente producto —. He visto muchas películas sobre ese tipo de amores románticos en la década de los cuarenta. Según he comprendido, todo se vivía con gran intensidad y menos lógica. Por cierto... ¿ha dicho esbelto? Porque ahora mismo el señor Reed no tiene nada de esbelto.

—El tiempo y la vida que ha llevado han tenido que consumirlo... —determinó Avi cerrando con suavidad los ojos para recordar mejor la historia de Jeff —. Parecía un matrimonio perfecto, pero nada más lejos de la verdad. No sé muy bien si fue el paso de los años, la rutina, el nacimiento de los hijos, el trabajo..., lo que hizo que Bobbi le pidiera a Jeff que se alejara durante un tiempo del hogar familiar. —Avi suspiró, miró hacia el ataúd y continuó: — Él no se lo tomó bien, al contrario, empezó una autodestrucción sin límites: lo echaron del trabajo, comenzó a beber, dormía en las calles, rebuscaba en los contenedores de basura, en fin, de la noche a la mañana, el guapo entrenador, por el que todas las madres acudían a los entrenamientos y a los partidos de sus hijos, se transformó en un desastre. Pero gracias a Dios...

—¿Conoció a su segunda mujer y ella le salvó del caos? —La interrumpió Lindsey que estaba tan atenta a la historia del pobre hombre que

no pensó ni un solo instante en que ya no respiraba.

—¡Para nada! —exclamó Avi levantándose del asiento.

—¿Qué ocurrió? Por favor, no pare de contarme la historia que esto es mejor que una telenovela —perseveró la joven levantando las manos del rostro de Jeff, para no estropear lo que había hecho, al girarse hacia la señora Dhal.

—El padre de uno de los chiquillos que entrenó se apiadó de él. Después de verlo tirado en la puerta de un supermercado pidiendo algo de comida, compró dos boletos y le dio uno a Jeff deseándole algo de suerte.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó alucinada—. ¿Y le tocó? ¿Y su esposa le ordenó que regresara porque había ganado mucha pasta? ¿Se encontró a la otra mujer? ¡¿Qué?! —añadió desesperada.

—Cuando Jeff descubrió que su boleto estaba premiado, en vez de huir y comenzar una nueva vida, regresó a su antiguo hogar y le explicó a su esposa lo que le había pasado. Sin embargo, ese retorno no le proporcionó toda la felicidad que él se esperaba porque había sucedido algo mientras mendigaba por las calles.

—¿El qué? ¿Su otra mujer? —insistió sin poder apaciguar su ansiedad.

—Jeff le pidió el divorcio al descubrir que ya no estaba enamorado de ella porque, como bien dices, otra mujer había conquistado su corazón

mientras dormía arropado con cartones. Sin embargo, Bobbi se negó a darle el divorcio y le recordó que tenía dos hijos bajo su cargo.

—¡Menuda arpía! —dijo enfadada—. Espero no verla porque seré incapaz de darle consuelo —aseveró volviendo a su trabajo—. Pobrecito...—le susurró—. ¿Has tenido que vivir bajo el mandato de una bruja? ¡Pero qué cosita más buena, por favor!

—¿Termino la historia? —preguntó Avi caminando hacia la estantería para rociar la habitación con el perfume que había comprado Lindsey, el mismo que usaba ella. Según le había dicho al comprarlo, le aportaría más serenidad si la habitación olía a su colonia que a cualquier otro líquido que utilizara Ronald para prepararlo.

—¡Por supuesto! Mucho me temo que esto solo acaba de empezar, ¿verdad? —espetó dirigiendo los ojos hacia la señora Dhal.

—Si —respondió pulverizando dos veces.

—¡No se corte! ¡Quiero oírlo todo! —la animó. —Por mi trabajo... ya me entiende...

—Claro... Claro... —dijo Avi volviéndose hacia el armario para guardar el frasco mientras sonreía de oreja a oreja—. Pues como iba diciendo le tocó la lotería, su esposa le reprochó que tenía una familia a la que atender y él se enamoró de una joven que, cada vez que vagaba por su calle, le ofrecía una cesta con la comida que ella misma había preparado.

—¡Oh, Dios mío! —la interrumpió de nuevo—. ¿De qué color tenía el señor Reed los ojos? Es que Ronald se los ha pegado...

—Verdes y debe de hacerlo para que no se abran —afirmó—. ¿Sigo?

—¡Claro! —gritó entusiasmada mientras elegía un tono para ese rostro que había enamorado con su mirada verde a dos mujeres.

—Cuando Jeff se recuperó física y económicamente apareció por el hogar de esa joven solidaria. Al principio no lo reconoció, pero terminó por confirmar que era él cuando este le enumeró todo lo que ella le había preparado durante los días que permaneció vagando sin rumbo. Imagino que al principio el propósito de Jeff era agradecerle aquel acto tan humanitario y regresar a su vida anterior, aunque, tal como termina la historia, no solo se quedó en unos meros agradecimientos...—comentó con cierto halo de misterio—. Durante algo más de un año mantuvieron su romance en secreto, pero Jeff decidió hacerlo público cuando Holly se quedó embarazada.

—¿Y?! —preguntó ansiosa.

—Y habló con un abogado para que le indicara qué debía hacer al respecto para que nadie saliera perjudicado —explicó.

—¿No le recomendaría que se convirtiera a cualquier religión que aceptara la poligamia, verdad? Porque estamos celebrando un funeral cristiano... —comentó asombrada.

—No. La suerte de Jeff fue que su mujer, antes de casarse, le hizo

firmar un acuerdo prematrimonial. Es decir, que cada uno se quedaba con lo que ganaba y, mientras permanecían en el mismo hogar, ambos aportaban partes iguales para subsanar gastos y vivir cómodamente.

—¡Joder con la profesora! —exclamó Lindsey poniendo los ojos en blanco.

—El abogado le aconsejó que, acogiéndose a ese acuerdo pactado, viviera fuera de su hogar aportando tan solo la cantidad que sus hijos necesitaran para vivir. Pero Jeff se negó en rotundo. Los amaba por encima del dinero, su matrimonio o incluso de la relación que ya mantenía con Holly. Así que ideó un plan para poder estar con sus hijos mayores, la nueva mujer y ese bebé que estaba a punto de nacer.

—¿Qué plan?

—Compró dos casas tan pegadas que compartían el mismo jardín. En una vivía Bobbi con sus hijos y en la otra Holly con Jeff y el bebé.

—¿Y su esposa aceptó esa idea?

—No le quedó más remedio. Si deseaba disfrutar de ese premio, tuvo que hacerlo.

—Ha sido usted un verdadero rey Salomón, señor Reed —comentó divertida Lindsey—. Yo le habría pegado una patada en el culo a esa sinvergüenza.

—Bueno... —carraspeó Avi—. Esa sinvergüenza tuvo dos hijos más

con él –añadió con suavidad.

–¿Cómo? ¿Pero qué me está contando? ¿El señor Reed se metía en la cama de esa arpía? ¿La perdonó? ¿Qué pasó con la encantadora Holly? Me está produciendo ansiedad la vida de este hombre... –dijo llevándose las manos al pecho.

–Con el tiempo las heridas se curan y donde hubo fuego quedaron ascuas. Así que las llamas se reavivaron con el paso de los años –declaró Avi, cruzándose de brazos y apoyándose ligeramente en la pared.

–¿Qué pasó con Holly y el pequeño? –se interesó abriendo los ojos como platos.

No podía terminar su trabajo. Le temblaba el pulso de la emoción que sentía en aquellos momentos y era incapaz de concentrarse en su labor. ¿Aquel hombre de talla media–baja había vivido con dos mujeres? ¿Había decidido alternar sus noches en cada casa? ¡¿Qué?! ¡¿Quéé?!

–Holly también le dio cuatro hijos y aceptó aquello que le propuso Jeff: vivir junto a su esposa y a sus otros hijos. Con lo cual, durante todos estos años, el señor Reed ha mantenido a dos esposas, a ocho hijos y dos casas, sin contar las inversiones que hizo con el resto del premio –concluyó Avi.

–Ahora no puedo ni mirarlo...–comentó Lindsey refiriéndose al señor Reed.

–¿Por qué? –preguntó Avi descruzándose de brazos y acercándose a ella.

–Porque ya no lo puedo maquillar como un angelito sino como un diablillo. Lo único que me falta es ponerle una diadema con cuernecillos luminosos –manifestó burlona.

Al descubrir la señora Dhal que estaba de broma soltó una carcajada.

–¿Te imaginas a este hombre tan pequeño haciendo un trío con sus dos mujeres? –preguntó Avi sin parar de reír.

–¡No hay infidelidad! ¡Y es el sueño de todo hombre casado! –respondió Lindsey con el mismo tono de voz que ella. –Una noche con una, la siguiente con la otra y la tercera... ¡con las dos! ¡Así lo han dejado de chiquitillo! ¡Esas mujeres lo han consumido! –hipó de risa.

–¡El pobre descansaría alguna vez, ¿no crees?!

–¡No! ¡Ja,ja,ja! ¿Cómo le iban a dar una tregua? ¡Tenía dos mujeres! –bramó graciosa. –¡Dos! Como no era suficiente con una... ¡se queda con dos! ¡Y ocho hijos!

Tras permanecer varios minutos sin aminorar ese carcajeo, Lindsey se secó las lágrimas que le habían producido el ataque de risa, intentó respirar con tranquilidad y... ¡volvió a reírse! No podía parar porque, cuando lo hacía, se imaginaba aquel pequeño cuerpecito entre dos arpías

sexuales, dos viudas negras adictas a noches de pasión interminables y su risa se prolongaba, al igual que las lágrimas producidas por las carcajadas.

Al final solo pudieron calmarse cuando escucharon, a través de los megáfonos, que el teléfono de la casa de los Dhal estaba sonando.

—No me marcharé... Ya llamarán en otro momento si es importante —comentó Avi colocando sus manos en el vientre porque le dolía de tanto reír.

—No se preocupe, atienda esa llamada. Estaré bien. Seguro que el señor Reed no se levantará para ofrecerme un cuarteto con sus esposas —dijo antes de desternillarse de nuevo.

—¿Estás segura? —le preguntó la señora Dhal apaciguando ese interminable algarabío.

—Sí, de verdad. No se preocupe. Estaré bien —repitió—. Responda al teléfono, tal vez sea otra esposa del señor Reed que pregunta si de verdad ha fallecido —indicó con tono entrecortado, como si hubiera corrido un maratón.

—Si en algún momento necesitas salir y buscarme, ya sabes dónde... —intentó decir Avi.

—De verdad, no me pasará nada. Este hombre ya no puede hacer nada y mi honradez quedará intacta —añadió a sus palabras un ligero gesto con la mano para acentuar lo que afirmaba.

–Bueno, pues atiendo la llamada y vengo lo más rápido que me sea posible. No tardo, te lo prometo –aseguró antes de dejarla sola.

Y en efecto, cuando salió la señora Dhal, Lindsey no sintió miedo, ni escalofríos, ni nada que le provocase horror. Estaba tan ensimismada repasando en su cabeza la vida del señor Reed y todo lo que habría disfrutado con sus dos esposas, que no descubrió que se había abierto la puerta y que había entrado en la habitación otra persona. Una que, supuestamente, debía estar muy lejos de allí...

Es una enorme desgracia no tener talento para hablar bien, ni la sabiduría necesaria para cerrar la boca.

(Jean de la Bruyère)

Tenía un plan...

Desde que su padre le dijo que debía comprar más flores, la cabeza de Axel no paró de buscar la manera de terminar pronto ese nuevo encargo y conocer al fin a la misteriosa mujer. ¿Tan especial era para que se convirtieran en los guardaespaldas más eficaces del planeta? Porque así actuaban desde que él llegó de Denver. Cada vez que tenía la ocasión de acudir a su antigua casa y llamar a la puerta para averiguar cómo era, pues la curiosidad lo estaba desquiciando, su madre o su padre salían de donde se encontraban gritando desesperadamente que necesitaban su ayuda en ese preciso momento. Así que debía retroceder todo aquello que había avanzado, ofrecer una sonrisa más falsa que la que presentó el día que firmó su divorcio y acudir a esa llamada de socorro. La última vez, su madre se inventó una excusa tan absurda que hasta ella misma se avergonzó al pedírselo. ¿No llevaba años sin la menstruación? Entonces, ¿por qué le pidió que le

comprara todo aquello que necesitó cuando la tuvo? ¡Hasta Tampax! Le ofreció como pretexto que los quería guardar en el botiquín de emergencia por si alguna mujer los necesitaba durante un funeral. Como era lógico, no discutió sobre el tema, se quedó mirándola sin parpadear, cogió las llaves del coche y compró en el supermercado tres unidades de cada cosa que le había pedido, no fuera a ser que se les acabara los accesorios menstruales en una semana y volviera a utilizar aquella descabellada evasiva para hacerlo desaparecer de nuevo.

Todo estaba preparado y marchaba según lo había ideado: su padre había salido a buscar al párroco que oficiaría la misa, que sería una tarea bastante difícil después de la vida que mantuvo el señor Reed, la empleada se habría encerrado en la habitación donde prepararía el rostro del buen difunto y su madre... Ella estaría al lado de la muchacha como si fuera un hongo clavado en la tierra húmeda. La única forma que halló para sacarla de allí vivía a siete horas de distancia en coche y llevaban años sin verse. Sabía que cuando su madre aceptara una llamada de tía Ellen, ambas pasarían algo más de una hora conversando sobre todo lo que había ocurrido desde la última vez que hablaron. Pero mientras meditaba de nuevo sobre aquel plan, las dudas comenzaron a aparecer. ¿Y si su madre retrasaba esa conversación? ¿Y si desconfiaba de él? ¿Y si sucedía algo que le impidiera salir del tanatorio? «Y si... Y si... –pensó Axel—. Como siga con los *y si* pasarán

años hasta que averigüe cómo es esa dichosa mujer». Una vez que autodeterminó que debía hacerlo o su salud mental se vería en peligro, miró por la ventana para asegurarse de que no había nadie fuera. Sin poder borrar una maléfica sonrisa presionó los números de teléfono de Ellen, esperó a que aparecieran varios tonos de llamada, colgó y salió corriendo de la cocina para que su madre no lo descubriera. Si todo salía según lo planeado, Ellen no tardaría en responder.

—Cinco... cuatro... tres...dos... uno... —contó hacia atrás en el momento que se colocó en la puerta trasera de su hogar, donde nadie lo vería correr desesperado hacia su funeraria.

¡Ver para creer! ¡Se estaba comportando como un ladrón en su propia casa! ¡A eso lo habían llevado por no permitirle verla! ¿Qué pensarían que iba a hacer? ¡Nada! Solo quería averiguar cómo era y darle las gracias por su primer trabajo.

Y, de repente, el silencio sepulcral que mantenían se rompió al escucharse las llamadas del teléfono a través de los megáfonos que él mismo había instalado en el exterior.

Las esperanzas de Axel empezaron a esfumarse cuando la puerta del tanatorio no se abría. Tal vez su madre había decidido no responder a esa insistente llamada o no la habría oído.

«Espera...», se dijo mientras sus ojos seguían clavados en ese

punto del edificio. La sonrisa perversa apareció de nuevo cuando observó a su madre salir disparada de allí. «¡Ahora!», exclamó mentalmente. Al tiempo que Avi accedía a su hogar, él salía corriendo hacia el edificio. Abrió la puerta con tanta fuerza que tuvo que sujetarla para que no impactara contra la pared. Caminó deprisa por la sala y se dirigió hacia la habitación sin apenas respirar. No podía perder el tiempo en confirmar que todo había quedado en perfecto estado, ya lo haría después, cuando la conociera y la saludara con el debido respeto. Posó su gran mano derecha en la manivela, abrió despacio y se quedó de piedra al oler la fragancia que emanaba del interior. Fresca, suave y con un toque tan delicado como divino. ¿Qué diablos era eso? ¿Por qué se había quedado inmóvil al inspirarla? ¿Dónde la había olido antes? Porque, aunque pareciera algo ilógico, le resultaba bastante familiar. Mientras su cabeza intentaba averiguar en qué momento de su vida él había percibido esa fragancia tan exquisita, clavó la mirada en el cuerpo de la joven. Pequeña. No era muy alta, o quizás a él no le parecía muy alta porque su estatura era descomunal. Se sostenía sobre unos zapatos de tacón rojos y sus piernas permanecían apretadas en un estrecho pantalón de cuero negro. Axel quiso apartar los ojos de ese trasero respingón y glorioso que marcaba la atrevida prenda, pero le resultó imposible. Sentía la misma atracción que un imán al metal: Pegado, unido, incapaz de evitar esas caderas tan seductoras. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, que necesitó muchas, alzó la mirada hacia la

espalda de la mujer que, por ahora, no tenía rostro. No era grande, como la que podía tener una nadadora, ni pequeña, como sus piernas. Seguramente tenía el tamaño ideal para ese cuerpecito que se inclinaba hacia el señor Reed. Fue entonces cuando frunció el ceño y sintió recorrer por sus venas una tórrida ira. ¿Por qué diablos había puesto sus pechos sobre el rostro del señor Reed? ¿Acaso no sentía algo de respeto por ese hombre? «¡Menudos globos!», recordó aquella afirmación que alguien dijo mientras tomaba una cerveza. ¿Cómo podía ser tan fresca? Si el señor Reed se incorporara, podría abrir la boca y devorar esas dos manzanas. «No, manzanas no. Las odiamos al igual que odiamos a las mujeres», dijo una voz en su cabeza. Conteniendo toda su ira, inspirando ese olor tan delicioso, dio dos pasos hacia la mujer que, debido a esas pequeñas risitas que realizaba mientras arreglaba al difunto, no lo había escuchado llegar. Se colocó tras ella, a menos de cuatro baldosas de distancia, abrió la boca y dijo:

—¿No le parece una falta de respeto colocar sus tetas sobre el rostro del muerto?

Lindsey abrió los ojos como platos al escuchar la voz de un hombre detrás de ella. Pero en vez de girarse y soltar todas las barbaridades que le pasaron por la cabeza, inspiró hondo, pues ya se había imaginado quién podría ser, y se mantuvo en calma. Estaba tardando demasiado... Pese a que sus padres habían hecho todo lo posible para que no se encontraran, él,

como si fuera un ansioso criminal, esperó el momento idóneo para asaltarla. Sin embargo, eso no la enfadó, al contrario, le causó una gran satisfacción personal. Nadie, hasta el momento, había tenido tanto interés por conocerla y cuando lo hacían se arrepentían de haberlo hecho. Lo mismo que le sucedería a Axel tras mantener la conversación que deseaba empezar. Como si no le inquietara su presencia, cogió la esponjilla que había intentado alcanzar de la mesa, apartó despacio su pecho del rostro del bueno de Jeff, sonrió y le respondió con retintín:

—No creo que al señor Reed le importe tener un hermoso busto sobre su rostro. Según me ha explicado su madre, la vida de este hombre ha sido muy especial y se merece un colofón semejante antes de que se le incinere.

—¿Sarcasmo, señorita Tucker? —preguntó dando un paso más hacia ella.

Ese olor, esa fragancia... ¿dónde la había oído y a quién? Porque en cada paso que daba hacia delante, en cada inspiración, su mente intentaba concretar el lugar y descubrir el rostro de la mujer que lo había llevado en otra ocasión. Pero no era capaz de lograrlo. Había pocos momentos en su vida en los que se había topado con una mujer puesto que las evitaba desde que conoció a Theresa. Dos de los cuales no quería ni recordarlos de nuevo: el día que aquella arpía le lanzó la manzana al cristal de su coche y lo trató de

acosador, y siete días antes, cuando aquella loca, que había viajado con un gato, tuvo el descaro de gritarle que, debido a su altura, no había podido descansar. Salvo esos dos horribles momentos... ¿dónde había estado y con quién para que ese perfume le resultara tan familiar?

—Para nada... Axel —respondió al fin.

Dejó la esponjilla sobre la mesa, se sacudió las manos y se giró muy despacio hacia el hombre que había hecho todo lo que encontró a su alcance para espantar a las otras empleadas. Sin embargo, no le resultaría tan fácil con ella. Después de haber comprobado que podía realizar un buen trabajo y que su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, no solo por descansar en una cama sin preocupaciones sino porque también había encontrado un matrimonio que la trataba como a una hija, ningún *Axel* le haría regresar a la miseria anterior.

—¡Tú! ¡Eres tú! ¡La loca del gato! —exclamó horrorizado cuando al fin se volvió hacia él y pudo verle el rostro—. ¿Qué diablos haces aquí? ¿No les dijiste a mis padres que habías tomado el autobús siguiente? ¡Les engañaste! ¿Por qué?

—Encantada de verlo de nuevo, Axel —comentó Lindsey intentando mantener la calma y mostrando un trato impersonal pero cortés.

Y en ese momento, recordó las palabras de su madre cuando hizo referencia al color amarillo. Bien, tenía razón. Aquel maldito color evocaba a

la mala suerte. Por ese motivo aquel gigante de ojos oscuros y con la barba más negra que su cabello, estaba frente a ella recordándole que había engañado al cariñoso matrimonio Dhal. Pero no se saldría con la suya. Si pretendía arruinarle lo poco que tenía por ese ligero desliz, ella se lo impediría con todo aquello que se le ocurriera y, ciertamente, se le estaba ocurriendo miles de cosas...

—Debido al estrés que me supuso no descansar en ese asiento tan cómodo, que podía reclinar hacia atrás y no lo hice porque sus piernas me lo impidieron, me bajó la menstruación y tuve que cambiarme de bragas y de pantalones en el servicio que hay en la estación. Como comprenderá, no era adecuado explicarle a su querido padre que un desgraciado me había hecho enfurecer hasta ese punto tan hormonal, al igual que no quise manchar la tapicería de su respetuoso coche.

—¿Menstruación? —preguntó atónito Axel.

¿Dos veces en una semana él tenía que escuchar esa palabra? ¿La habría utilizado su madre porque ella le confesó lo que le había ocurrido en realidad? Qué otra cosa podía ser si en su casa no se hablaba de ese tema desde que su madre sufrió los bochornos de la menopausia.

—Período, regla, la roja, la mensualidad...—enumeró Lindsey sin bajar ni una pulgada su barbilla. Y la tenía bien alzada porque su frente solo podía alcanzar el pecho de aquel *bigfood*. ¡Menos mal que se había puesto los

tacones! Eso le proporcionaba cuatro pulgadas más para enfrentarse al cretino.

Guapo. Sí. Tal como había visto en la foto, era muy guapo. Ni gordo, ni calvo, ni barrigón ni...gay. Axel podía posar como modelo para los diseñadores de lencería masculina y ver su cuerpo semidesnudo en banners enormes. Seguro que alguno podría acabar en la fachada de algún centro comercial y todas las mujeres fijarían sus ojos en sus anchas espaldas, en sus brazos fornidos, en esas piernas largas y duras, y en ese culo tan prieto que podría aplastar nueces si se sentara sobre ellas. ¡Si hasta el traje realzaba su grandioso cuerpo! Y eso que hasta la corbata era negra... Sin embargo, su rostro, agrio como el sabor de una fruta amarga, le restaba toda la belleza que su madre le había dado al engendrarlo.

—¿Por qué no me dijo que trabajaría aquí? —soltó sin pensar.

Preciosa, como le había dicho su padre. Bueno, la describió como una muñequita y no se equivocaba. Lindsey era la imagen real de la Betty Boop que había visto millones de veces en la tele. Su estilo *pin up* girl realzaba su cuerpo y el maquillaje era tan perfecto que le proporcionaba un rostro de porcelana. Sin hablar de esos ojos tan grandes como dos estrellas. Sin embargo, la mirada desafiante que le mantenía eliminaba todo el encanto que podía causarle y la convertía en la malvada madrastra de Blancanieves.

—¿Se piensa que además de esteticista soy adivina? —espetó dando

un paso hacia atrás, porque estaban tan próximos que no le podía ver bien los ojos, y extendió las manos hacia ambos lados—. ¡Yo que iba a suponer que el capullo que me había impedido disfrutar de un cómodo viaje era el hijo de mis futuros jefes!

—¡Oh, claro, claro...! —masculló Axel sintiendo que la primera batalla estaba perdida. Tenía que pensar en algo con rapidez, algo que le aportara cierta superioridad ante ella. Aunque si seguía con los ojos clavados en ese escote tan terriblemente sugerente, mucho se temía que su cerebro se quedaría en blanco y un miembro, que llevaba dormido durante bastante tiempo, se despertaría hambriento tras la larga hibernación —. ¿Por qué no preguntó al conductor del autobús? Él me conoce y le hubiera indicado que...

—¿Está buscando una razón, causa, motivo para lograr algo que ni sabe qué será? Porque, hasta este momento, solo ha dicho tonterías. Sí, soy la loca del gato. Sí, soy la empleada que han contratado sus padres. Sí, me han protegido de su presencia porque le temen. Sí, a la pregunta que se está haciendo mentalmente sobre si me voy a quedar y no.

—¿No? —espetó Axel enarcando las cejas.

—No me voy a ir por su culpa. Quiero dejarle bien claro que he tenido muros más altos que usted y los he trepado con facilidad.

—¿Está segura? —insistió dando un paso hacia la descarada mujer.

¿Qué era eso que sentía recorrer su cuerpo? ¿Adrenalina? ¿La

pequeña mujer lo estaba desafiando? ¿Por eso notaba cómo su sangre arañaba las venas al transitar por ellas? Y... ¿no se estaba comportando como aquella engreída que lo denominó acusador? Solo le falta una manzana en la mano y que su cuerpo estuviera completamente empapado para creer que eran la misma persona. «No es adecuado pensar, en estos momentos, en ese cuerpecito mojado –se dijo–. No te viene bien para la salud... Es demasiado tentadora como para imaginártela con esa camisa amarilla pegada a ese busto generoso».

«Buenos globos». El que había dicho aquello se había quedado corto...

–Estoy muy segura –masculó Lindsey sin bajar la guardia.

–Ya lo veremos, señorita Tucker. Espero que disfrute de su estancia en *mi* casa porque auguro que será más breve de lo que piensa – aseveró dándose la vuelta y caminando hacia la salida.

Necesitaba salir de allí antes de hacer una locura como besar aquellos labios pintados de rojo. No había duda, los consejos que daban en las revistas femeninas tenían razón: no existía nada más sensual que los labios de una mujer pintados de rojos y si además se apretaban para enfrentarse a él, más seductores le parecían. ¿Por qué se había excitado tanto al verla luchando contra él? ¿Por qué no había sido capaz de superarla en algo tan sencillo y en lo que se autoproclamaba como experto? ¡Nadie lo había

derrotado en una pelea verbal! Pero al igual que le pasó en las tres veces que se encontró con una dura rival, dos de ellas eran la misma mujer, su derrota le ocasionó una erección tan grande que no tenía dos piernas, sino tres. Menos mal que quien le denominó acusador no miró hacia abajo, porque si lo hubiera hecho, habría gritado desesperada.

–Cierre después de salir, por favor. No quiero que vuelva a molestarme ese insensato moscardón vestido de negro.

Y Axel dio un portazo que los cristales de las ventanas de todo el edificio se movieron y sonaron. Lindsey se giró hacia el señor Reed, tranquila y risueña por haber ganado el primer raund al hijo de los Dhal, solo esperaba que el siguiente no fuera ella la que perdiese. Pero esa sonrisa desapareció y sus ojos se abrieron como platos al ver el rostro del señor Reed. ¿Se estaba riendo? ¿Aquel hombre podía sonreír?

«Tonterías –se dijo–. Todo esto se debe a la tensión que te ha producido el repelente, pero guapo, el irrespetuoso, pero seductor, el odioso, pero extremadamente irresistible, hijo de los Dhal».

–Bueno, señor Reed. Continuemos con la labor de dejarlo perfecto y no sonría, que los muertos deben permanecer muy serios –comentó antes de darle un cálido beso en la frente y elegir el tono idóneo para ese rostro sonriente.

El secreto de la felicidad es darse cuenta de que la vida es horrible, horrible, horrible.

(Bertrand Russell)

Avi hablaba con Ellen sobre la nueva empleada y el trabajo que había realizado cuando apartó ligeramente la cortina de la ventana. Llevaba mucho tiempo pegada al teléfono y necesitaba confirmar que todo permanecía tranquilo en el exterior. Sin embargo, al observar que Axel salía con rapidez del edificio dio un grito sordo. ¡Ahora lo entendía todo! ¡Fue él quien telefoneó a Ellen y le colgó para que su cuñada respondiera! ¡Había planeado aquello para conocer a Lindsey y ella había caído como una mosca en la tela de una araña! De repente las manos comenzaron a temblarle y era incapaz de escuchar lo que contaba Ellen sobre su hija pequeña. Tenía que zanzar la conversación para correr hacia la muchacha y evitar que se marchara porque, después de la aparición de Axel, no le cabía la menor duda de que metería todas sus cosas en la maleta rosa, Rob volvería a su transportín y ambos regresarían a Detroit ese mismo día.

Buscaba una forma considerada de concluir la conversación cuando algo llamó su atención. La actitud que mostraba su hijo no era la que solía tener después de hablar con las empleadas. Daba largos pasos hacia su

casa, murmuraba sin parar y su rostro no sonreía como siempre. Al contrario, parecía enfadado con el mundo y desesperado, como un gladiador antes de pisar la arena del circo. ¿Qué había pasado para que Axel no mostrara una actitud victoriosa? ¿Lindsey habría sido capaz de encararse a él?

–Ellen, he de colgarte. Han venido algunos familiares del señor Reed y tengo que atenderlos porque Ronald aún no ha llegado –mintió.

–Bien, espero que la próxima vez podamos hablar algo más sobre esa joven. Me has dejado muy intrigada –comentó Ellen.

–Lo haré, te lo prometo. Muchos besos a los niños.

–Se los daré de tu parte –alegó antes de colgar.

Una vez que finalizó la llamada, Avi caminó hacia la puerta principal. Meditaba mil formas de regañar a su hijo, uno que había alcanzado la edad de treinta y cinco años. No podía enviarlo directamente a su dormitorio, ni castigarlo sin paga durante varios meses y la opción de dejarlo sin comer también estaba descartada. Entonces... ¿qué podía hacer? ¿Cómo podía impartir algo de justicia en su hogar? Había desobedecido una orden, había realizado una sucia treta para conocerla y... ¿No había forma alguna de castigarlo?

Esperó en la entrada del hogar esa aparición enfurecida, se colocó las manos en la cintura, acentuando su disgusto, respiró hondo, levantó la barbilla y...

—¡Maldita sea! —exclamó Axel al verla—. ¿Cómo habéis elegido a una persona como esa? ¿No había más candidatas? —gritó señalando con el dedo el edificio—. ¡Está loca! ¡Loca! —repitió airado.

—¿Por qué? —preguntó Avi mirándolo sin pestañear.

Bien, era la primera vez que Axel no sonreía de oreja a oreja y que no le informaba de que la empleada se marcharía en breve. Eso debía tranquilizarla, pero no lo hizo. Su hijo estaba fuera de sí. Sus ojos negros se habían enrojecido. Hasta podía jurar que le habían aparecido un centenar de canas en aquella espesa barba negra. ¿Qué habría pasado entre ellos para que presentara un comportamiento tan desquiciado?

—¿Por qué? ¡¿Por qué?! —tronó tocándose la mata de cabello negro—. ¡Porque lo digo yo! —manifestó con firmeza. Al ver cómo la rabia lo estaba apartando de la sensatez, se volvió hacia su madre, quien lo miraba asombrada y desconcertada, se llevó la mano derecha hacia la barba, se la acarició como un pirata al atisbar tierra después de cien días en alta mar, y prosiguió: —¿Sabes que llegó en el mismo autobús que yo? ¡Os mintió! ¿Eso no es motivo suficiente para echarla? Que yo sepa, en nuestra familia no se admiten las mentiras. ¿O estoy confundido? —preguntó mordaz.

—Tendría una buena razón para hacerlo —la excusó Avi—. Las mujeres somos muy diferentes a los hombres. Tal vez necesitaba algo de tiempo para asimilar el cambio que había realizado o quizás debía

adecentarse un poco después de tantas horas metida en ese horrible autobús. Tú mismo nos contaste que fue un viaje espantoso, que no pudiste dormir porque un pasajero no controlaba sus ronquidos y que, además, hubo otro que apestó el interior del vehículo. Después de eso... ¿no crees que se merecía unos minutos de descanso antes de enfrentarse a su nueva vida?

—¿La defiendes? —bramó abriendo los ojos como platos—. ¿Estás defendiendo a esa loca?

—Sí, la defiendo y lo haré mientras esté bajo mi protección. Lo que no puedo defender es la ira que posees. ¿Estás enfadado porque no has conseguido tu propósito? Porque, conociéndote como lo hago, habrás estado toda la mañana planeando cómo encontrarte con ella a solas y hacerle una entrevista sorpresa...—dijo Avi con tranquilidad.

—¡No tenía ningún plan! He terminado el último encargo y quería informarte de que por fin había llegado, por si debía ayudarte en algo. Aparecí en la casa y, al ver que no estabas, me dirigí hacia el edificio. No pretendía, ni por un segundo, encontrarme con esa arpía con lengua viperina. Pero el destino ha sido caprichoso y me ha obligado a conocerla...—mintió, apretando los dientes.

—¿Y? —perseveró.

—Y solo he confirmado lo que ya me temía, ¡que es una bruja! —aseveró Axel entornando los ojos.

–Bien, pues a nosotros nos ha parecido una joven encantadora y, como seguimos siendo los dueños de esta funeraria, se quedará el tiempo que desee. Así que he de informarte que aquí se acaba tu relación con Lindsey. No quiero que vuelvas a acercarte a ella mientras esté con nosotros –claudicó Avi con firmeza.

–No sabes lo que estás haciendo...–refunfuñó él –. Esa mujer no es quien dice ser. Tiene mal carácter, es ácida como un limón y no es tan tierna y débil como habéis creído. ¡Es una bruja! –clamó fuera de sí –. Si la hubieras visto en el autobús, enfrentándose con aquel hombre por haberle recriminado que había comprado un asiento para su gato, tu opinión sobre ella sería diferente.

–Hay mucho imbécil libre en este mundo y seguro que no le vino mal que lo pusieran en su lugar. Pero insisto en una cosa... ¿Te ha quedado claro que no hablarás con ella y que no te acercarás de nuevo? –perseveró –. Porque si lo haces, te juro por lo que más quiero, que te envío a otro país– continuó Avi molesta.

–¡Por supuesto que la evitaré! ¡Esa mujer no tiene sangre sino veneno corriendo por sus venas! –añadió airado –. Pero quiero dejarte claro una cosa, madre. Le permitiré que viva idílicamente hasta que termine el contrato que ha firmado y, ese mismo día, cogerá a su dichoso gato y se largará de aquí –dictaminó encolerizado al tiempo que se giraba sobre sus

talones dando por finalizada la conversación.

—Dudo de eso porque la muchacha tiene un don y nos hace falta que...

—¡Se marchará! —manifestó mientras subía las escaleras que lo conducían a su dormitorio —. ¡O haré todo lo que encuentre a mi alcance para que lo haga! —afirmó antes de cerrar la puerta mediante un portazo.

Avi se quedó inmóvil. ¿Qué habría pasado entre ellos? ¿Por qué Axel actuaba de esa forma? ¿Por qué utilizaba la palabra *loca*? Era cierto que el carácter de su hijo no era muy cortés desde lo de Theresa, pero hasta el momento jamás había descrito de esa forma a una mujer: débil, inapropiada, blandengue, insegura..., esas palabras siempre acompañaban a la palabra empleada. Entonces... ¿por qué estaba fuera de sí? ¿Se habría enfrentado Lindsey a él? Una sonrisa le cruzó la cara al pensarlo. La joven era tan pequeña, tan aparentemente delicada, que no podía imaginar que se hubiera encarado a un hombre que le sobrepasaba más de ocho palmos. Sin embargo, si Axel tenía razón y se había enfrentado con un pasajero, por haberse metido con su adorado gato, podría confrontarse a todo el que se pusiera en su camino, incluyendo al maleducado de su hijo.

Intrigada por averiguar qué había sucedido entre los dos, abrió la puerta y caminó hacia el edificio sin mirar atrás. Cuanto antes llegara, antes conocería la verdad, si es que Lindsey se la contaba...

Sus padres estaban confundidos al pensar que aquella arpía debía quedarse. No conocían, como él, quién era en realidad. Los había engatusado con aquellos grandes ojos. Los había ablandado con aquellos labios rojos y no habían sido capaces de descubrir su verdadera personalidad tras observar la figura tan pequeña y aparentemente frágil. Pero ella no era, para nada, frágil. Al contrario, era una arpía que se había valido de la amabilidad de sus padres para quedarse bajo su protección. Una que, si no estaba equivocado, los conduciría a la ruina.

Desesperado, se quitó la chaqueta, la corbata, la camisa, el pantalón... Todas las prendas quedaron esparcidas sobre el suelo. Caminó desnudo hacia la ducha y abrió el grifo de agua fría. Necesitaba relajarse, calmarse después del encuentro con aquella bruja. No podía mantener ese estado de agitación ni de cólera por culpa de una mujer como ella. Sin contar la reacción que había tenido su cuerpo al enfrentarse y salir derrotado. ¡Era increíble! ¡Un misterio de la naturaleza! ¿Cómo podía sentirse así? ¿Por qué diablos se había excitado tanto? Solo faltaba que Lindsey sacara un látigo y él se postrara ante ella como si fuera una divinidad. ¿En qué pensaba para que su sexo se endureciera de esa forma? ¿Es que era masoquista?

Mientras el chorro de agua fría impactaba sobre su piel

causándole incluso dolor, Axel cerró los ojos y la visualizó de nuevo. Esos pantalones ajustados, esa camisa amarilla, ese escote generoso, esos labios seductores...

—¡Putra mierda! —exclamó golpeando con el puño derecho una de las baldosas de la pared—. ¡Me cago en el *pin up*, en la Betty Boop y en todo lo se refiera a ella! —continuó enfadado.

Cerró el grifo de agua fría, porque no le había dado el resultado que deseaba, y giró la llave del agua caliente. El cambio de temperatura fue terrible para él porque, en vez de centrarse en ese baño, el estado de calidez que recorrió su piel provocó que la imagen de Lindsey se hiciera más fuerte y nítida, tanto que parecía estar delante de él. Sus ojos cerrados recorrieron de nuevo aquel sugerente escote, ese que había gozado el señor Reed y que lo habría hecho regresar al mundo de los vivos si no hubiera aparecido para interrumpir el erótico regreso. Repasó de nuevo las caderas en su pantalón de cuero negro: voluptuosas, firmes, seductoras, increíbles... Luego prosiguió con la mirada de la mujer: fría, guerrera, desafiante, pero a la vez tan cálida como el agua que ahora limpiaba su piel. ¿Cómo sería la de ella? Blanca, estaba seguro de ello, porque su cuello, ese que invitaba a besarlo hasta que se arrodillara ante ella, mostraba una dermis blanquecina. Y sus manos... pequeñas, manejables, útiles, cuidadas, preciosas...

Enfadado por la descripción tan precisa que había hecho de

Lindsey al permanecer frente ella apenas unos minutos, abrió los ojos e intentó centrarse en Theresa, pero le resultó imposible recordarla. Se había convertido en una imagen tan lejana, que no podía ni recordar el color de los ojos con los que había convivido durante siete años. Su mente la había olvidado tras encontrar a Lindsey, al igual que había dejado atrás ese odio hacia cualquier mujer. Esa muñequita irreal de la que hablaba su padre, esa joven que sin quererlo ni pretenderlo, le había impactado no solo por haberle vencido en un combate verbal sino también por ese físico tan espectacular, lo había descontrolado, alterado y lo había transformado en un hombre con anhelos pasionales. Sus piernas, largas y fuertes, se quedaron rígidas como un bloque de hielo. Su espalda se enderezó y su pecho comenzó a respirar de forma brusca. Todo él estaba tenso y presentaba una imagen tan temible que ni él mismo podía mirarse. Si su altura y su vestimenta, apropiada para el trabajo que realizaba, pero incómoda para la vida cotidiana, ya era razón para tenerle miedo, permanecer de esa forma tan rígida podía causar un pavor mundial.

Pero lo único que deseaban sus músculos, sus tendones e incluso sus huesos era una liberación. Un anhelado placer porque, aunque no quería admitirlo, Lindsey había despertado en él algo que no había tenido en años: deseo.

Abatido, rendido por el placer que añoraba su cuerpo, se llevó la

mano derecha, enjabonada, hacia su sexo: duro, elevado y listo para caminar entre las pequeñas pero torneadas piernas de Lindsey. Tras colocar la otra mano sobre la pared se acarició despacio, sintiendo ese tacto sobre sí mismo, disfrutando de ese roce. El agua caliente seguía chocando contra su cuerpo, el vapor de agua le proporcionaba una intimidad mayor de la que ya le ofrecía su dormitorio. Abrió lentamente los labios, inspirando por la boca, dejando que su nariz respirara el perfume de la arpía que lo había derrotado: suave, delicado, con esa combinación tan exquisita que ofrecía la mezcla de ese aroma sobre la blanquecina piel. Respiró hondo mientras seguía acariciándose el sexo. ¿Cómo podía dejarse llevar? ¿Cómo podía masturbarse por ella? ¿Cómo no hacerlo si lo había puesto a tres mil por hora? Lento... Primero fue lento... Se apretó con fuerza, simulando a ese sexo femenino que, según habían dicho sus padres, llevaba tres años sin mantener una relación. Meterse en su interior sería igual que introducirse en un paraje de rocas estrecho: doloroso, impensable, seductor y... maravilloso. Su mano comenzó a masturbarlo con rapidez, llevándolo a ese estado de frenesí y tranquilidad que le urgía. Echó la cabeza hacia atrás tanto que podía sentir cómo el cabello mojado tocaba su espalda y abrió aún más su boca. La mano recorría su sexo de arriba abajo, veloz, con prisa, con necesidad. Su corazón latía desenfrenado. Su pulso se había convertido en un tren descarrilado. Cerró de golpe la boca, apretando con fuerza los labios, abrió los ojos y... se

corrió.

Todo lo que guardaba en su interior brotó con tanta energía, con tanta desesperación, que su mano fue testigo de esa grandiosa cascada de fluido viscoso. Axel notó cómo los escalofríos causados por esa eyaculación lo movían hacia delante y hacia atrás sin control. Apoyó la frente en la pared, recogió con la palma todo lo que había soltado, la colocó bajo el chorro de agua y, mientras su semen caía al suelo para ser devorado por el desagüe, se dijo que, desde aquel momento, toda su vida se centraría en buscar el punto débil de Lindsey. Una vez que lo averiguara, lucharía contra ella para que abandonara ella misma el trabajo y regresara a su querido Detroit porque, si no lo hacía, no le cabía la menor duda de que no sería la última vez que se masturbaría pensando en aquella pequeña mujer.

El dolor de ayer es la fuerza de hoy.

(Paulo Coelho)

Tenía que haber regresado a su hogar, haberse metido en el jacuzzi y reflexionar sobre el giro que había dado su vida tomando una copa de vino. Sin embargo, allí se encontraba, muerta de curiosidad, escondida entre las sombras que ofrecía la pared de la entrada y observando a los familiares del señor Reed.

Como le dijo Avi, después de preguntarle qué había sucedido con su hijo y responderle con evasivas, porque no quería explicarle lo grosero que fue con ella, las dos viudas se encontraban en el mismo banco llorando la pérdida. Permanecían abrazadas, compartiendo el mismo dolor, la misma tristeza, mientras su prole, con sus respectivas parejas e hijos, se situaban en los asientos contiguos. Si no se equivocó al contar, el número exacto era treinta y cinco. El pequeño don Juan había creado en vida una familia numerosísima y se palpaba la afinidad que existía entre ellos. De haberlo conocido antes de llegar a la funeraria, le habría dado la enhorabuena por alcanzar una proeza que muy pocas personas podían lograr. Lindsey respiró hondo y contestó «Amén» cuando el párroco, un hombre joven y el único que había acudido para salvar el alma corrompida de Jeff, lo pidió a los asistentes.

En ese momento, Ronald y Axel se colocaron a ambos lados del arca, esperando a que los familiares le dieran el último adiós. Según le explicó Avi, estos decidieron incinerarlo y repartir sus cenizas en dos urnas iguales: Una para cada hogar y esposa.

La primera en dirigirse hacia el féretro fue una mujer de pelo blanco, vestida de negro. Lindsey supuso que ella había sido la primera esposa, de ahí que le concedieran el honor de despedirlo en primer lugar. Avanzó despacio hacia el señor Jeff, acarició el cristal, le dio un beso, le susurró algo y se volvió hacia su asiento. Le siguieron dos mujeres, de unos cincuenta años, y dos hombres más jóvenes que ellas. Cuando terminaron, la otra mujer hizo lo propio. Esta segunda esposa tendría unos quince años menos que la anterior y se notaba sin dificultad esa diferencia de edad. Allí donde la primera mostraba un aspecto estricto, severo, propia de una mujer entrada en los ochenta, la segunda no lo era tanto porque, pese a llevar un traje de falda negro, un pañuelo blanco rodeaba su cuello. Tal como había hecho la anterior, ella también tocó el cristal con la punta de los dedos, lo besó y, sostenida por dos de sus hijos, regresó a su asiento, donde fue abrazada y consolada por la otra mujer: Dos esposas y ocho hijos... ¡Todo un logro para un hombre tan pequeño! Aunque el mayor éxito del señor Reed fue hacer que ambas familias se trataran con tanto amor y respeto.

Cuando los familiares y amigos finalizaron la despedida, Ronald

miró a su hijo y, tras este asentir, cerraron el ataúd para dirigirlo hacia ese enorme fuego que lo transformaría en cenizas. Lindsey miró a Axel. El rostro de este expresaba tal seriedad que congelaría los icebergs del Polo Norte. Su aspecto, acorde con la situación, solo enfatizaba su sobriedad. Tan alto como su padre, tan fuerte como este y, sin embargo, los ojos oscuros de Ronald emanaban ternura, los de su hijo, frialdad. ¿Qué le habría sucedido con su ex esposa para convertirlo en un témpano de hielo? ¿Sería algo parecido a lo que ella sufrió? Lindsey se negó a pensar sobre ello. No le interesaba lo más mínimo qué le habría ocurrido. Quizás, hasta se lo mereció, por ser una persona tan desagradable.

Desde que sus padres hablaron de él, había imaginado un centenar de situaciones en las que ambos se encontrarían por primera vez, pero ninguna tan horrible como la real. ¿Cómo diablos se le ocurrió regañarle por colocar el pecho sobre la cara del señor Reed? ¡Ni que fuera el dueño de sus tetas! Además, no lo había hecho aposta. El motivo por el que se colocó sobre el rostro del bueno de Jeff fue alcanzar la esponja con la que extendería el maquillaje y que Avi alejó sin querer.

Había arrugado la frente al recordar las horrendas palabras del hijo de los Dhal cuando notó una presencia cercana. Despacio se giró hacia la persona que se había colocado tras ella y descubrió que se trataba de uno de los hijos de la segunda esposa.

–Buenos días. ¿Es usted la mujer que ha preparado a mi padre? –
le preguntó tendiéndole la mano.

–Sólo lo he maquillado, es mi única misión en esta empresa–
respondió aceptando el saludo.

–Pues quiero felicitarla en nombre de todos. Ha hecho un trabajo
excelente. Mi padre ha presentado la misma imagen que tuvo en vida. Hasta
parecía que seguía respirando. Le prometo que cuando he ido a despedirlo
pensé que se levantaría –continuó.

–Muchas gracias. Creo que se merecía este bonito final y le
aseguro que me siento muy orgullosa al escuchar que lo he conseguido –dijo
mirándolo fijamente.

Pese a que era bastante alto, aquel hombre era la viva imagen de
Jeff. Si los ojos del hijo se asemejaban a los del padre, entendía el motivo por
el que había seducido a dos mujeres. No solo expresaban afecto, ternura o
amor, sino que también tranquilidad, serenidad y calidez. Todo lo opuesto a
los de Axel.

–Eso pienso yo. De nuevo, gracias en nombre de mi familia –
claudicó extendiendo de nuevo la mano hacia ella para despedirse.

–Mi más sentido pésame y espero que sigan así de unidos –
finalizó Lindsey estrechando esa mano.

–Lo haremos –afirmó él antes de reunirse con los demás.

Lindsey se giró hacia el exterior para observar a los Reed. Todos se habían colocado en la explanada que había frente al edificio, el lugar en el que ella deseó construir su residencia de lujo. Los varones se apoyaban sobre la carrocería de los coches mientras que las mujeres cuidaban de sus hijos o consolaban a las viudas. Se quedarían allí hasta que Ronald apareciera con las urnas. Luego, todo volvería a permanecer en silencio, como si no hubiera sucedido nada.

Un enorme escalofrío le recorrió desde la punta de los dedos de los pies hasta la cabeza. Se acarició los brazos, como si así pudiera alejarlo de ella, pero no lo consiguió. Su vello seguía alzado, en estado de alerta, como si fuera a pasar algo inesperado y la pusiera en aviso.

Tras suspirar, se volvió hacia el altar, donde el joven párroco recogía todo lo que había traído. ¿Sería correcto darle las gracias por acudir? ¿Era adecuado hablarle de lo complacida que estaba al hacer descansar el alma del señor Reed? Seguramente ya se lo habrían dicho los Dhal, pero no quería regresar a su hogar sin haberlo hecho ella. Una hazaña semejante era digna de elogio.

Mientras caminaba hacia él pensaba en los años que habían pasado desde que se confesó por última vez. Podían haber pasado décadas, puesto que, según recordaba, lo hizo agarrada de la mano de su madre. Con el leve sonido que emitían sus zapatos, se colocó frente a la escalera, esperando

a que el sacerdote advirtiera su presencia e hiciera una leve pausa para escucharla, sin embargo, no la descubrió hasta que decidió hablar.

–Padre...–susurró.

–Buenos días, hija. Perdona que no haya notado su presencia, he de recoger todo lo que traído para acudir a otra misa.

–No se disculpe, lo entiendo.

–¿Eres un familiar del estimado señor Reed?

–No. Soy una empleada de los Dhal, la persona que ha maquillado al difunto –desveló sin apartar la mirada de ese hombre que aún lucía una sotana blanca.

–¿Qué desea? ¿Necesita confesión? ¿Una consulta, quizás? – preguntó sin poder apartar los ojos del escote de Lindsey. Hecho que ella no percibió porque agachó la cabeza ligeramente mientras se frotaba las manos.

–Me gustaría darle las gracias por...

–¡Seyfried! –intervino, desde la puerta del crematorio, una voz que le resultó endiabladamente conocida.

Y Lindsey maldijo en su cabeza esa repentina aparición. ¿No debía permanecer en la sala con su padre? Entonces... ¿por qué había regresado? Antes de lanzarle una mirada asesina, él ya se había colocado delante de ella, como si no existiera.

–Axel –le respondió el sacerdote, olvidando que Lindsey se

hallaba detrás de aquel muro de carne y huesos.

—Como siempre, has estado increíble —le dijo extendiendo la mano para saludarlo—. Cuando mi padre me dijo que oficiarías la misa, me quedé sin habla. Aunque debí imaginar que nadie, salvo tú, tendría el valor de hacerlo —alegó extendiendo su espalda como si fuera un escudo antibombas. Uno que protegía a Lindsey como si estuviera en mitad de una batalla entre dos eternos rivales.

Gracias a Dios, había llegado antes de que entablaran una conversación. De lo contrario, tendría que presenciar un diálogo de elogios hacia la mujer tan insoportable como repugnante. Y ya había tenido bastante con el hijo menor del señor Reed. Quien, además de agradecer el trabajo de la señorita Tucker, admiró el descarado escote que ella exhibía sin vergüenza. Sin duda alguna, un punto importante a discutir con sus padres sería la vestimenta de la empleada. Para su entender, no podía marcar curvas ni presentarse con ese tipo de escotes a los funerales porque ningún hombre, como había sucedido esa misma mañana, estaría atento a la ceremonia sino a sus enormes pechos.

—Todo el mundo merece ser perdonado y el difunto señor Reed, pese a haber llevado una vida bastante pecaminosa, también —expuso con tranquilidad el párroco.

—¿Qué tal lo llevas? ¿Has encontrado la felicidad? ¿Te trata bien

tu permisivo Dios? ¿Buscarás al final una esposa con la que compartir tu nueva vida? –perseveró Axel sin moverse ni una pulgada.

–Dios me ayudó a descubrir mi verdadera vocación y, desde ese momento, la paz y la felicidad me dieron la mano –explicó, moviendo la cabeza hacia un lado para observar a la mujer que se había acercado antes de la llegada de su viejo amigo y que ahora, debido a la inmensidad de aquel cuerpo, no era capaz de ver –. Aunque por ahora no he encontrado la mujer que desee compartir mi vocación.

Cuando Axel advirtió que Seyfried deseaba encontrar a Lindsey, se volvió hacia ella y sonrió al descubrir la ira que expresaban sus grandes ojos. Bien, en aquel momento no esperaba ningún agradecimiento por su parte, aunque cuando su padre le informara de quién era en realidad aquel bendito hombre de Dios, le daría las gracias. O tal vez no...

–Señorita Tucker –le dijo sin borrar una sonrisita –. Mi padre quiere verla en la sala.

–¿A mí? –preguntó ella abriendo los ojos tanto que podrían salirse de las cuencas –. ¿Por qué?

–No me lo ha dicho –alegó con calma –. Pero debe ir. Recuerde que es su empleada y si le pide que acuda, debe hacerlo.

–¿No me había dicho que le han contratado como maquilladora?
–se entrometió el cura, dando un paso hacia la derecha para poder observar

con claridad el cuerpecito menudo, pero sugerente, que intentaba esconder Axel.

—Sí, padre. En efecto, soy la nueva esteticista. Aunque, por lo que puedo entender, parece que mi labor no solo consiste en eso, sino que *debo obedecer las órdenes* —indicó con retintín— del hijo de la persona que sella mis nóminas.

—Bueno, si lo desea, podemos hablar antes de que averigüe qué desea el señor Dhal. Tengo la sensación de que iba a decirme algo importante justo cuando Axel nos ha interrumpido —comentó bajando un peldaño.

Sin embargo, al lado del hijo de los Dhal parecía que había bajado una colina. Su cabeza apenas tocaba los hombros de la chaqueta negra y aunque la sotana le proporcionaba una figura voluminosa, al lado de Axel parecía bastante escuálido y enano.

—Tiene razón, padre. Quería darle la enhorabuena por la ceremonia tan bonita que ha celebrado. Me he sentido muy feliz al escucharle hablar con esa amabilidad y cariño—dijo Lindsey apartándose de ese gigantesco cuerpo para aproximarse al cura.

—Lo he hecho de corazón. Como le he dicho a mi amigo, pese a la vida que mantuvo, es católico y necesitaba obtener el perdón para que su alma descanse en paz —apuntó añadiendo una leve sonrisa—. ¿Es usted de aquí, señorita Tucker? No la había visto antes. De ser así, le juro que no me

habría olvidado de una mujer tan...empática con los sentimientos de los demás.

—De Detroit —contestó Axel recortando la distancia que Lindsey había puesto entre los dos —. Pero volverá pronto. Sobre todo, si no responde a la petición de mi padre, quien la espera desde que he salido de la habitación—añadió enarcando las cejas y taladrándola con la mirada.

—Pues acuda lo antes posible. No me gustaría ser el motivo por el que un ángel es despedida de este apacible lugar —señaló Seyfried extendiendo la mano.

—Más bien una pequeña diabla —volvió a inmiscuirse Axel —. Que está tardando demasiado —alegó tocando varias veces la esfera de su reloj.

—Nos veremos en otro momento, si le permiten algo de tiempo libre —comentó el cura agarrando la mano que Lindsey le ofreció —. Como bien ha dicho mi buen amigo —dijo mirándolo de reojo —, ando buscando una esposa que comprenda mi nueva vocación y que empatice con los hijos de nuestro Dios.

—No me importaría tomar una copa, pero ha de colgar la sotana. No quiero que todo el mundo piense que estoy corrompiendo a un hombre santo —manifestó Lindsey con sarcasmo intentando no mirar a Axel, quien abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua.

—¡Hecho! —exclamó Seyfried subiendo sin mirar el peldaño que

había bajado.

–Que tenga un buen día, padre –respondió ella antes de alzar la barbilla hacia Axel, resoplar y dispararle con la mirada las balas que deseó lanzarle aquel día en el autobús.

Mientras sus tacones pisaban el suelo, produciendo un repiqueteo muy similar al que hacen las gotas de agua en un grifo sin cerrar del todo, Lindsey murmuraba miles de maldiciones hacia el cretino de Axel. ¿Qué demonios había pasado? ¿Por qué se había plantado frente a ella y había evitado una conversación cordial con aquel buen hombre? ¿Es que pensaba que se iba a lanzar sobre él y, tras levantarle la sotana, se pondrían a follar bajo el altar? Y si lo hiciera... ¿qué le importaba a él?

«¡Joder! –pensó –. Este tío es idiota, además de grosero, maleducado, estúpido, engreído y frívolo. ¡Ni que en mi contrato existiera una cláusula donde me exijan castidad!»

Sin poder calmarse, entró desesperada en la sala del crematorio y buscó con la mirada a Ronald. Cuando lo vio, se le congeló la sangre. Este permanecía sentado en uno de los sillones leyendo un periódico. ¿Cómo podía estar tan tranquilo? ¿Acaso no era consciente de lo que sucedía a su izquierda? ¡Para nada! Ni se inmutó. Permanecía calmado y sin apartar los ojos de los papeles. Parecía un visitador médico aguardando su turno mientras se entretenía con las revistas de la sala de espera, en vez de

encontrarse cerca de un horno que convertía en cenizas al pobre señor Reed. Despacio, intentando no interrumpir esa tranquilidad, caminó hacia él, pero el sonido de sus tacones la delataron. Antes de colocarse frente a Ronald, este apartó la mirada del periódico, enarcó sus oscuras cejas y le preguntó:

—¿Qué haces aquí, Lindsey? ¿Ha sucedido algo? ¿Necesitas mi ayuda?

—No. Soy yo quien ha de preguntarle qué desea.

—¿Yo? —inquirió sorprendido.

—Su hijo me ha dicho que debía presentarme rápidamente aquí porque me tiene preparada una tarea —explicó confusa.

—¿En absoluto! —respondió depositando el periódico detrás de su espalda —. En realidad, a quien espero es a Axel. Supuestamente ha salido para realizar un recado muy urgente —refunfuñó.

—Pues creo que ese recado urgente consistía en apartarme de la gente como si tuviera una enfermedad mortal y él se autoproclamara el salvador del mundo —masculló mientras se sentaba al lado de Ronald.

—Te pido mil disculpas, Lindsey. Este hijo mío no tiene remedio — señaló moviendo la cabeza de derecha a izquierda —. Hemos hecho todo lo posible para que no lo conocieras, pero, según me ha comentado Avi, él tramó un plan para conseguirlo. ¿Fue desagradable? ¿Se comportó como un cretino?

—Totalmente —afirmó Lindsey dibujando una leve sonrisa—. Pero salí victoriosa de esa primera guerra. Supongo que su hijo, hasta ahora, no ha tenido una seria rival y huyó con el rabo entre las piernas.

—¡Estupendo! —exclamó Ronald golpeándose la pierna derecha con la mano—. ¡A ver si aprende de una vez!

Podía darle las gracias por su apoyo y asegurarle que ganaría el próximo ataque, pero se mantuvo en silencio. ¿Para qué prometer algo que no podría cumplir? Quizá, la siguiente lucha verbal entre los dos sería más dura porque, si no se equivocaba, Axel indagaría la manera de enojarla hasta que perdiera el control y, cuando se olvidara del significado de respeto, lo mandaría a la mierda, dándole el motivo que buscaba para echarla del trabajo.

Dejando a un lado esa futura guerra, miró con cierto temor hacia el horno, luego clavó los ojos en el suelo y respiró con profundidad. ¿Por qué diablos la había enviado a allí? ¿En eso consistía su nuevo plan para fastidiarla? Pues si se trataba de otra artimaña para que firmara los papeles de renuncia, no iba a salirse con la suya. Pese a que tenía unas ganas increíbles de correr hacia la puerta, aguantaría el tiempo suficiente para reírse en su cara cuando se lo encontrara de frente.

—He visto que toda la familia Reed estaba muy satisfecha por tu trabajo —declaró Ronald, haciendo desaparecer el eterno y sepulcral silencio—. Hasta han aproximado a los niños al féretro para que lo despidieran.

–Sí, me he dado cuenta de eso... –suspiró—. El señor Reed creó una familia increíble. Hasta uno de los hijos de Jeff se ha acercado a mí para agradecerme lo que he hecho por su padre –le informó ella con satisfacción.

–Tienes un don, Lindsey. No todo el mundo consigue lo que tú logras sin darte cuenta. Te aseguro que nadie, hasta que has llegado, ha podido dar ese toque de calidez a nuestros clientes.

–Maquillar es muy sencillo, Ronald. Lo difícil es hacerlo en ellos –objetó sin utilizar la palabra que ya empezaba a odiar.

–Pero tu bondad y tu ternura es la clave de ese éxito –le desveló –. Si no fueras capaz de sentir empatía por esas personas, serías una más.

–Bueno, según he descubierto, no soy la única que puede empatizar...

–¿Por qué lo dices? –preguntó volviéndose hacia ella.

–Porque el sacerdote que ha oficiado la misa también posee esa afinidad –indicó con cierta intriga. Esperaba que aquel inciso fuera suficiente para que Ronald hablara de ese párroco bondadoso y de la relación que mantenía con su hijo. Este debía conocerlo bastante bien para no recriminarle el comportamiento tan grotesco.

–Seyfried es un buen hombre de Dios y es incapaz de juzgar a las personas –dijo levantándose despacio del asiento –. Quizá porque él fue un alma descarriada hasta que encontró a ese Dios que adora y venera.

—¿El párroco era una mala persona, un criminal? —espetó alzando la barbilla hacia el señor Dhal.

—No —negó con rapidez—. Su corazón siempre ha sido bueno, pero hace tiempo fue un hombre sin un rumbo adecuado —añadió antes de caminar hacia el horno.

—¿Qué le sucedió? Porque supongo que tuvo que ocurrirle algo para que ese buen hombre olvidara continuar por el buen camino —perseveró.

—Una guerra —declaró tras tomar aire Ronald—. La del Golfo. Axel y él se alistaron en el dos mil diez y cuando regresaron, ninguno de los dos fue el mismo.

—¿Por ese motivo su hijo se divorció? ¿Por la transformación que sufrió? —soltó sin pensar.

—No. Lo de Theresa no tuvo nada que ver con eso. Ellos no se entendieron desde el principio. Avi le advirtió que el matrimonio tendría los días contados, pero él insistió porque pensó que la amaba, pero lo único que le unía a ella fue el deseo de tener a una mujer. Aunque con el tiempo, si en una pareja solo un miembro lucha por seguir adelante, termina por romperse.

—Vaya... Lo siento, tuvo que ser duro para él —comentó sin perderse el inciso de Ronald sobre *pensó que la amaba, pero lo único que le unía a ella fue el deseo de tener a una mujer.*

—Sí. Por eso se ha convertido en la persona que es y, por mucho

que su madre lucha para reconducirlo, no lo conseguirá al menos que encuentre una salvación, como la halló Seyfried.

—Permítame que le diga que no veo yo a su hijo vestido con una sotana e impartiendo amor y ternura hacia los demás —señaló con sarcasmo.

—Yo tampoco —aseveró antes de soltar una carcajada—. Pero no podemos perder la esperanza, ¿verdad?

—Si fuera madre, pensaría como usted. Sin embargo, reitero en que le costará encontrar ese camino, porque él mismo no lo desea —manifestó levantándose del asiento.

—Quizá deba marcharse de nuevo. Las posibilidades para él son muy escasas...—reflexionó.

—Sí, tal vez sea lo mejor porque no le auguro un buen futuro...

—¿No? —preguntó Ronald enarcando la ceja izquierda.

—No.

—Bueno, tú lo has conseguido después de tres años, así que no perderemos la esperanza...

—¿Qué le sucedió al cura? —desvió Lindsey rápidamente el tema. No quería hablar de las pocas posibilidades, o ninguna, que aquel engreído tenía para ser feliz. Prefería centrarse en saber cómo aquel párroco había logrado su felicidad. Era mejor aprender de los errores que habían superado los demás a mantenerse preso en ellos.

–Seyfried, como tantos soldados, sufrió un shock postraumático. Todo el mundo pensó que terminaría muerto en cualquier momento, sin embargo, la llamada de Dios lo salvó.

–Pero es protestante... Según he escuchado, busca esposa – comentó sin darle mucha importancia a ese tema.

–¿Qué hombre de este mundo desea alejarse de los placeres que se obtienen al vivir en pareja? –respondió Ronald mirando el cristal del horno –. Todos tenemos necesidades y ha de ser muy cruel mantener un obligado celibato, ¿no crees?

–Uno se acostumbra a todo...–murmuró agachando la mirada. ¿De verdad que iba a hablar sobre eso con Ronald? ¡¿Con un hombre?! Si había dudado, en algún momento de su vida, sobre su cordura, aquello confirmaba que no la tenía.

–¡No me lo puedo creer! –exclamó Ronald sorprendido –. ¿Después de la ruptura con ese estúpido no has mantenido otras relaciones? ¿Aunque solo fueran para un rato?

–No –negó con la cabeza –. Odio a los hombres, ¿no se lo dije? Así que llevo tres años sin... eso.

–No deberías culparte por lo que sucedió –dijo Ronald mirándola con la misma ternura que desprendería un padre al hablar con su hija del tema –. Él fue un imbécil por no darse cuenta de lo maravillosa que eres. Así que

te aconsejo que olvides lo sucedido y te des una oportunidad. ¿No querrás convertirte en otro Axel, verdad? Creo que mi esposa y yo tenemos más que suficiente con uno...

–Me lo pensaré...–respondió mientras se dirigía hacia la salida –. Pero no le prometo nada.

–Lindsey, si te encuentras con Axel, ¿puedes decirle que el señor Reed está listo y que lo necesito de inmediato? –le pidió Ronald al ver que ella se marchaba.

–No le aseguro nada, porque voy a evitarlo a toda costa. Pero si el destino me obliga a encontrármelo cuando salga de esta sala, se lo diré – declaró antes de cerrar la puerta y escuchar cómo Ronald volvía a carcajearse.

Cuando estés molesto cuenta hasta diez antes de hablar. Si estás muy molesto, cuenta hasta cien.

(Thomas Jefferson)

Axel la observó hasta que ella cerró la puerta al entrar en el crematorio, luego, muy despacio, clavó sus ojos en Seyfried, quien también la había seguido con la mirada. Intentó aguantar un gruñido, un quejido de protesta al ver que el cura había contemplado el glorioso trasero de Lindsey, pero no se controló, como había hecho siempre que estaba enfadado. Así que, en la sala, por culpa del silencio y del eco, esa ira que guardaba en su interior se escuchó con más claridad de la que deseada.

–Bonita... Muy bonita –comentó Seyfried dándole la espalda a su amigo sin preguntarle porqué había emitido aquel gruñido tan inadecuado. Si solo se trataba de una empleada y entre ellos, por lo que había observado, no había nada. ¿Por qué actuaba de esa forma? –. ¿Desde cuándo dices que está con vosotros?

–No cuento los días que lleva aquí sino los que le queda para marcharse –refunfuñó Axel. ¿Qué sucedería una vez que Lindsey descubriera que le había mentado? ¿Saldría del crematorio vociferando como una loca? Si

actuaba de esa forma, haría lo ideal para que Seyfried admitiera que, pese a tener un cuerpo digno de admiración, era una mujer inapropiada para cualquier hombre sensato.

—¡Una verdadera lástima! —exclamó el cura tras chasquear la lengua y regresar a la tarea que realizaba antes de ser interrumpido por Lindsey—. Espero que tu padre le permita un día libre para que me acepte la invitación. Me encantaría tener una charla con ella, si a ti no te parece mal...— añadió con ironía.

—¿Crees que soy la niñera de esa dichosa mujer? Tiene edad suficiente para ser mi madre —masculló.

—¿De veras? —preguntó al tiempo que se quitaba la sotana—. Pues yo no le hubiera echado más de treinta años. Si es tan mayor, he de decir que se conserva divinamente.

—Claro... Es una divinidad de mujer. Eso lo dices porque no has hablado con ella el tiempo suficiente para descubrir que no es tan perfecta como parece...—declaró al tiempo que le ayudaba a recoger todo lo que había traído.

Cuando antes se marchara, antes dejarían de hablar de aquella dichosa mujercita con pecho prominente. Mucho se temía que Seyfried se había quedado prendado de Lindsey y, si era así, estaba cometiendo un grave error. Por suerte, él estaba allí para que eso no sucediera. No permitiría que

un buen amigo se pusiera en peligro por una elección incorrecta, ¿verdad?

—Quizá, si no hubieras aparecido de esa forma tan brusca y maleducada, podría juzgarla por mí mismo en vez de contentarme con tu opinión—aseveró sin dar crédito a lo que hacía Axel.

No era la primera vez que celebraba una misa en el tanatorio de la familia Dhal, pero sí que era la única en la que su amigo le ayudaba a recoger sus pertenencias. ¿Intentaba echarlo de allí? ¿El motivo del extraño comportamiento se debía a su interés por la empleada? Porque, si se trataba de eso, tendría que cerrar la funeraria si no quería ver cómo todos los hombres, que visitarían el lugar para despedirse de algún difunto, insistieran en conocer y charlar con el pequeño bomboncito.

—No te pierdes nada —le aseguró metiendo en el bolso negro, que había en el suelo, la sotana que acababa de dejar Seyfried sobre una silla—. Te lo aseguro. Es más, deberías de darme las gracias por esa interrupción.

—¿Y eso? —espetó enarcando las cejas y observando con asombro cómo Axel cerraba la cremallera de la bolsa, la cogía con la mano y se la ofrecía.

En efecto. Algo pasaba con aquella jovencita. Pero no estaba seguro de si Axel era consciente de lo que ocurría en realidad. Quizá necesitaba una pequeña ayuda para hacérselo saber. Aunque, conociéndolo como lo hacía, era mejor pedir un milagro. Axel, el soldado que se enfrentó a

la muerte cada vez que abrió los ojos, se había derrumbado tras su divorcio. Nada ni nadie había logrado recuperar al joven que fue antes de la ruptura con Theresa. Sin embargo, aquella mujer estaba consiguiendo algo que, pese a no ser un milagro, sí que era bastante inverosímil.

—Una vez. Sólo he hablado con ella una sola vez y salieron de su boca palabras que no voy a repetir en un lugar tan sagrado —masculló Axel—. Es mejor que no la invites a nada, que te mantengas alejado de ella, porque más temprano que tarde saldrías perjudicado. Te lo digo yo, como amigo, que esa mujer no te interesa.

—¡No voy a casarme con la señorita Tucker! —exclamó divertido—. Pero sí me gustaría tomar una copa y descubrir quién es. Parece una mujer de mundo, con experiencia y no puedes negarme que también es preciosa. Además, el hecho de que me insistas en que no la vea de nuevo, me provoca más interés.

—¿Le has mirado algo más aparte del escote? —gruñó Axel. Sus ojos ya no eran negros sino rojos por la indignación y sus manos se habían transformado en dos duros bloques de cemento. Como continuara hablando de ella, aunque fuera un hombre de Dios, lo sacaría arrastras de la sala.

—Tiene unos ojos grandes y expresivos —comentó Seyfried divertido—. Y creo que he escuchado un tono de voz aterciopelado. Estoy seguro de que, cuando hablemos con tranquilidad, seremos más compatibles

de lo que supones.

—¿No tenías que celebrar una misa? Porque, como sigas entreteniéndote, vas a tener serios problemas —le atajó de malhumor Axel—. Según cuentan, a los feligreses no se les puede hacer esperar porque se alteran hasta alcanzar el nivel demonio.

—Cierto. Gracias por recordármelo. Pero antes de marcharme quiero pedirte un favor —respondió echándose el bolso negro sobre la espalda, como solía hacer cuando llevaba el macuto militar.

—¿Qué favor? —apuntó Axel enarcando las cejas negras.

—Dale mi número de teléfono y dile que estaré esperando su llamada. Este jueves estoy libre por la noche y, como bien sabes, en el bar de Hans tienen la oferta de la cerveza. Posiblemente, cuando bebamos tres o cuatro birras, no nos preocuparemos de la edad, de las actitudes incorrectas o de si en mi trabajo he de llevar una sotana —apuntó sin borrar la sonrisa de sus labios.

—No creo que pueda. Este mismo jueves ha de acompañar a mi madre a una revisión rutinaria —puso como excusa.

—¿Aún no se ha recuperado del resfriado? Me ha parecido que estaba bastante recuperada... —expuso sin mirarlo mientras se dirigía hacia la salida.

—No. Según le ha informado el médico, ese resfriado se

caracteriza por una larga duración. Puede que llegue primavera y aún siga con él –aseguró con firmeza.

–Bueno, en fin. De todas maneras, dáselo a la señorita Tucker. Ya concertaremos otro día que nos venga bien a los dos.

–Lo intentaré –señaló Axel con resquemor.

–¿Lo intentarás? –espetó, volviéndose hacia su amigo.

–Tengo mucho trabajo, Seyfried, y suelo olvidarme de bastantes cosas. Como comprenderás, no puedo estar en todo –apuntó extendiendo la mano para despedirlo de una vez.

–En ese caso, la llamaré yo –afirmó aceptando ese apresurado despido –. Que tengas un buen día, Axel.

–Lo mismo te deseo, amigo –respondió él con retintín.

Parado en la entrada, no se movió de allí hasta que Seyfried se montó en su coche y se largó. Tenía que confirmar que no regresaba, en cuanto él desapareciera, para hablar con Lindsey. No podía permitir que aquella mujer convirtiera la funeraria en un local de citas. Por eso mismo había despedido a su amigo con tanta rapidez. Sus ganas de sacarle los ojos, cuando observó las voluptuosas caderas de ella, o el deseo de arrancarle la lengua, cuando le dijo que le diera su número de teléfono, solo se debían al término respeto. Ese que ella debía mantener mientras permaneciera bajo la protección de sus padres.

«Seyfried no va a dejar de pensar en ella», concluyó dándose la vuelta, regresando a la sala. Ese pensamiento, absurdo pero lógico, le causó una tensión tan grande en el cuerpo que le dolieron hasta los tendones de las piernas al caminar.

—¡Que no se le ocurra hacer eso o lo mato! —vociferó.

Cuando el eco le devolvió esa dura promesa, se quedó parado, extendió las manos hacia el respaldo del banco que tenía justo en frente, agachó la cabeza y respiró hondo. Si él lo había hecho... ¿qué impediría que otro hombre lo hiciera?

Lindsey era una mujer fascinante y radiaba tanta sensualidad que cualquier hombre la desearía y, al no alcanzarla, aparecería como amante erótica en muchos sueños masculinos. No podía impedir que imaginaran qué había bajo aquellas camisas con escotes inapropiados, ni cómo sería aquel pequeño cuerpecito sin ropa. Quizá, algún familiar del señor Reed ya estaría escondido en alguna habitación, o se habría metido en el baño, para masturbarse pensando en la seductora maquilladora de los Dhal. Tal vez hasta Seyfried, antes de officiar su próxima misa, se daría placer con la imagen de Lindsey en su cabeza.

Enfadado, más de lo que podía soportar, Axel alzó la mirada hacia el enorme crucifijo que tenían en el altar, suspiró y dijo:

—¡Haz que se marche! Te lo suplico. Haz cualquier cosa para que

no permanezca el mes de prueba. Es más, ayúdame a encontrar su punto débil, así podré hacerlo yo mismo. Pero no me sometas a este calvario. No puedo pensar ni sentir nada por esa mujer. Ya me hiciste sufrir con Theresa...—suspiró—. ¿No tuve suficiente dolor?

Y justo en ese momento, la puerta del crematorio se abrió. Con rapidez, Axel se agachó, intentando esconderse detrás de ese banco. Si era su padre, le regañaría por haberle mentido a su mimada empleada y si era Lindsey... No estaba preparado para enfrentarse a ella tras sentir aquel absurdo ataque de celos. Lo mejor era apartarse de la mujer hasta que lograra averiguar cuál era su punto débil. Sólo así, se sentiría con la fuerza necesaria para no desear, como hacían todos los que la observaban, de nuevo ese cuerpo que lo enfurecía y lo endurecía por partes iguales.

Cuando escuchó el repiqueteo de los tacones abandonar la sala, se levantó despacio, sin hacer apenas ruido. Se colocó en mitad del pasillo y la vio marcharse. Tentación. Aquella mujer solo desprendía tentación y, por desgracia, llevaba mucho tiempo célibe para no dejarse tentar...

—¿Qué diablos haces hay parado? —le regañó Ronald cuando salió de la sala.

—¿Me necesitas? —le preguntó después de hallar algo de calma.

—¿Tú qué crees?

—Que sí —afirmó caminado hacia él.

–¿Por qué narices le has dicho a Lindsey que debía entrar en la sala del horno? ¿Querías que se sintiera incómoda? –espetó cuando se colocó a su lado –. Porque he de informarte que no lo has conseguido. Al contrario, hemos mantenido una charla bastante divertida e interesante.

–No pretendía incomodarla sino apartarla de Seyfried. No me ha gustado cómo la ha mirado –le confesó –. Él, como hombre de Dios, debería tener algo de respeto cuando su Señor está presente y, por lo que he comprobado, cuando hay una mujer frente a sus ojos, incluso llevando la sotana, se olvida de quién es.

–Pues te recomiendo que te acostumbres a ese comportamiento masculino. A Lindsey la miran y la mirarán siempre de esa forma porque es una mujer muy atractiva. Y ningún hombre que tenga ojos en la cara los apartará de ella –declaró sin titubear.

–Eso ya lo veremos –masculló para sí antes de entrar y dar un portazo.

**Una meta no siempre está hecha para ser
alcanzada, muchas veces sirve como algo a lo que
apuntar.**

(Bruce Lee)

¿Qué narices se había propuesto? ¿En qué pensaba? ¿No pararía hasta que se marchara?

Lindsey, una vez que regresó a su hogar, llenó el jacuzzi, vertió un buen chorro de gel aromático, se sirvió una copa de vino y se metió en el interior para relajarse. Pero fue incapaz de hacerlo porque su maldita cabeza no paraba de pensar en Axel y en sus maléficos planes para que abandonara el trabajo. ¿Era idiota? ¿Es que jamás se daría por vencido? ¿Nada lo frenaría? ¿Cómo se le había ocurrido mandarla a un lugar tan espeluznante? Aunque gracias a Ronald, el bueno y tierno Ronald, todos los miedos que le causaron aquella habitación desaparecieron con rapidez.

Al recordar la conversación que había mantenido con el señor Dhal, echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse. El muy cretino había pensado que después de aquel momento recogería sus cosas y regresaría a Detroit, pero se equivocó. No solo descubrió que al lado de Ronald todos sus miedos desaparecían, sino que, con su actuación, lo único que consiguió fue

que decidiera quedarse más tiempo del que se había planteado. ¡Eso sí que lo enfurecería! ¿Actuaría como un niño consentido cuando no lograra lo que pretendía? ¿Se pondría a patallar? Si lo hacía, tenía que ser testigo y verlo con sus propios ojos. De este modo, mientras él sobrellevaba un severo berrinche, ella se partiría de risa.

—Si te parecieras a tu padre, no solo serías un hombre sexy sino también encantador, y seguro que tendrías a todas las mujeres que quisieras suspirando por ti —dijo antes de darle un sorbo a la copa—. Pero no, tenías que ser un impertinente, un asqueroso y molesto mosquito sediento de sangre. Pues lo siento, no vas a lograrlo, no sólo me voy a quedar el tiempo de prueba, sino que aguantaré hasta la primavera para fastidiarte —aseveró sin poder borrar la sonrisa de sus labios.

¿Había algo en el mundo que le divirtiera más que incordiar a un cretino? No. Rotundamente no. Nada le producía más placer que ver la cara de espanto que Axel mostraba cada vez que se le acercaba. Eso empezaba a generarle más satisfacción que un orgasmo.

—Bueno, tanto como eso, no lo creo... Aunque ya no recuerdo ni cómo eran... —murmuró al tiempo que terminaba la copa.

Una vez que la depositó en el gran borde de porcelana blanca que rodeaba el jacuzzi, se sumergió en esa agua caliente y espumosa. Cuando salió, respiró con prisa porque había permanecido más tiempo del que

debiera, miró hacia la ventana y, de golpe, abrió los ojos como platos. ¿No le dijo alguien que, si se evoca al diablo tres veces, aparece? Pues era cierto. Allí estaba satanáas, en la explanada frente al tanatorio, abriendo la puerta de un coche. ¿Qué tenía pensado hacer esta vez? ¿Se marchaba de verdad? ¿Se habría dado por vencido y ponía tierra de por medio entre los dos? ¿O habría discutido con Ronald por haberla engañado?

Lindsey apoyó los antebrazos en el grueso alféizar de la ventana y lo observó en silencio. Se había cambiado de ropa. Seguro que lo había hecho una vez que terminara su misión, que consistía en dar las urnas a la familia Reed. Estaba vestido con ropa muy similar a la que llevaba el día que viajaba en el autobús: un pantalón vaquero, de esos que se vendían con el nombre de *Slim Fit*, de color azul marino y una camiseta blanca de manga larga. Por desgracia, esta se ceñía a su pecho y a sus grandes brazos tanto que mostraba ese cuerpo generoso que le habían regalado sus queridos padres. Una cosa era cierta: Axel era muy, pero que muy guapo. No el hombre más guapo del mundo, pero sí el segundo. Como ya pensó con anterioridad. Cualquier diseñador de lencería masculina le ofrecería un pastón por tenerlo como modelo. Pero su carácter agrio aniquilaba cualquier magnetismo que pudiera desprender. Axel era de esos hombres que debían mantener la boca cerrada para no romper su encanto.

Sin apartar los ojos de él, observó cómo apoyaba la espalda sobre

el coche, se cruzaba de brazos y miraba hacia la ventana. Lindsey se apartó, asustada ante esa pose tan solemne y ruda. ¿Podría verla a través del cristal? ¿La estaría espiando?

«No –se dijo –. Esto solo permite la visión desde el interior hacia el exterior, no al contrario».

Entonces... ¿qué hacía allí parado? ¿Estaría tramando otro malvado plan para espantarla? ¿Pensaría que se daría por vencida? Una enorme sonrisa le cruzó la cara. Una travesura, una diablura más propia de una adolescente con las hormonas revueltas que la de una mujer con tres décadas de vida, se le pasó por la cabeza.

«Posar en público es más fácil de lo que crees –comentó su madre cuando ella le preguntó cómo era capaz de no salir corriendo cuando los fotógrafos, la esteticista, la peluquera y los organizadores de la sesión fotográfica se arremolinaban alrededor de ella –. Solo me centro en divertirme y te aseguro que todas las personas desaparecen. Ya no hay fotógrafos, ni gente indicándome cómo debo colocarme, ni jefes que miran el reloj porque el tiempo se está alargando. Solo estoy yo, divirtiéndome con lo que hago. Disfrutando al sentirme tan sexy, tan deseada, admirada y notando cómo el poder crece en mí. Te prometo que me siento tan fuerte que nada ni nadie puede arruinar un momento tan perfecto».

Con las palabras de su madre en la cabeza y decidida a sentir ese

poder del que ella hablaba, Lindsey se incorporó, acomodó la toalla que había bajo su cuello sobre la superficie enlosada entre el marco de la ventana y el jacuzzi y, muy despacio, se fue levantando. Una vez que se colocó delante del cristal, comenzó a sacar la lengua y a hacer pequeños bailecitos. Se burlaba de aquel aspirante a rey de las tinieblas. Aquel gesto tan infantil y absurdo, era una manera de celebrar su nueva victoria y de notar esa fuerza de la que habló su amada madre y que no encontró los dos peores días de su vida: el día que ella murió y cuando descubrió el engaño entre su amiga y su ex.

—¡No te saldrás con la tuya, cretino! —gritó moviendo su cuerpo desnudo—. Esta pequeña mujer te va a destrozar. ¿Qué no te gustan mis escotes? —vociferó pegando su pecho en el cristal—. Pues mis tetas son maravillosas y si quiero enseñarlas... ¡lo haré! ¡Y ni tú ni nadie va a impedir que lo haga! ¿No conoces la frase: que disfruten los humanos lo que se comerán los gusanos? ¡Pues todos los que vengan a despedirse de un difunto se llevarán un premio! ¡Mi enorme escote! —sentenció antes de volver a sacarle la lengua—. ¡Imbécil! —exclamó al ver que seguía en la misma postura, mirando hacia la ventana como si pudiera verla.

Iracunda, tras observar la pasividad de un hombre tan arrogante, se volvió a meter en el jacuzzi, se sumergió durante un buen rato, salió tomando aire con desesperación, cogió la botella de vino y le dio un trago.

–Si no fueras tan engreído hasta me pensaría darte un revolcón. Seguro que es lo que necesitas para borrar esa cara de amargado que tienes – murmuró antes beber otro largo sorbo y colocar la botella lo más alejada de ella posible.

Intentó hallar algo de calma cuando cerró los ojos, pero al abrirlos, su rabia seguía latente. Odiaba a aquel hombre. Lo odiaba tanto que lo único que deseaba era estrangularlo con sus propias manos. Pero había algo que, aunque pareciera ilógico, le despertaba un interés que no había tenido en años.

Al entender que esa obstinación negativa le resultaba fascinante, que empezaba a gustarle ese rostro avinagrado y que adoraba ese olor tan masculino que desprendía, se le congeló la sangre. No podía aceptar que, en el fondo, se sintiera atraída por un ser tan oscuro, pese a que era el hombre más sincero que había encontrado en su vida.

Era cierto que Axel no intentaba aparentar otra persona. Axel era tal cual. Y ese tal cual significaba irrespetuoso, cabezón, frívolo y bastante capullo. Sin embargo, esas cualidades lo hacían aún más atractivo. Cualquiera otro hombre, en su lugar, habría cambiado su actitud para llevársela a la cama. Pero él no. Axel era tan áspero como una roca volcánica y le importaba un pimiento su físico, ese por el que muchos hombres giraban la cabeza para mirarla.

Esa actitud tosca y distante causó en Lindsey algo inesperado. Atónita, y sin encontrar las palabras adecuadas para describir lo que le sucedía, empezó a notar cómo la temperatura de su cuerpo aumentaba y la razón de ello no era el agua, sino un irracional deseo que brotó entre sus piernas....

Aquellos ojos negros ya no le parecieron tan tenebrosos sino enigmáticos y seductores. Aquellos labios rojos y esponjosos, que se torcían hacían un lado en señal de desagrado al verla, le resultaron muy eróticos. Hasta los pliegues de su frente, que la arrugaba como un acordeón al estar junto a ella, eran dignos de Eros, el Dios del amor. ¿Cómo se comportaría Axel en la cama? ¿Sería tan apasionado como lo era para echarla de la empresa de sus padres? ¿Lucharía para hacerla gritar lo mismo que luchaba por alejarla de allí? ¿Y sus labios se pegarían a los de ella como ventosas? ¿Qué tacto le causaría en su piel aquella oscura barba? ¿Le haría cosquillas o la volvería loca de pasión?

Al pensar en eso, al tener en su cabeza las imágenes del mayor deslenguado que había conocido tocando y besando su cuerpo, salió con rapidez del jacuzzi, horrorizada, espantada consigo misma. ¿Cómo diablos podía pensar en ese tipo de tonterías? ¿Es que se había vuelto masoquista? ¿Le ponía cachonda un hombre tan brusco?

—¡Para nada! —exclamó mientras caminaba hacia su dormitorio —.

Lo único que sucede es que llevo mucho tiempo sin utilizar a *Kong* y creo que va siendo hora de sacarlo de la caja.

¿Qué o quién era *Kong*? Su consolador. Ese que no había usado desde que había llegado a Detroit porque le daba cierto reparo encenderlo en una casa que no era suya. Sin embargo, a grandes males, grandes remedios, y a ella le urgía un grandísimo remedio, de lo contrario, no pensaría en aquel hombre como un posible amante.

Con la firme idea de darse todo el placer que necesitara hasta que Axel desapareciera de su cabeza, abrió el cajón de la mesita, sacó a Kong de la caja y se tendió sobre la cama.

—Dame mucho placer —susurró—. Relájame para que no piense más en ese imbécil. Quiero borrarlo de mi vida sexual para siempre... —dijo mientras pulsaba el botón de encendido.

Sin embargo, mientras se acariciaba los pechos, mientras aquel consolador vibraba próximo a su sexo húmedo, la única imagen que apareció en su cabeza fue la que no deseaba.

¿Estaría loca? ¿Cómo pensaba en un hombre tan abominable? ¿Acaso le daba morbo ese comportamiento tan grosero? Porque, hasta ese momento, Kong había sido Kong, un simple objeto, no un hombre en particular.

—Debe ser eso...—murmuró antes de cerrar los ojos, de meter el

consolador en su sexo y dejarse llevar, pese a que Axel fue el autor de todos sus orgasmos.

#TanaLove

La odiaba. Ya no le cabía duda de eso. Por su culpa, su padre le había regañado como a un niño de diez años. Y su madre... ¡Su madre estaba buscando un billete de avión económico para sacarlo de la ciudad! ¿Cómo podía ser tan malvada? ¿Cómo había sido capaz de engatusar a sus padres con tanta facilidad? ¡¡A sus padres!! Esos que le habían dado la vida, que lo habían criado y que lo apoyaron sin condiciones durante sus treinta y cinco años. Sin embargo, allí se encontraba. Enfadado por la reprimenda, por el ultimátum que le dieron las dos personas más importantes para él, mientras ella gozaba de la tranquilidad que le proporcionaba su casa. ¡Su casa! La que construyó con sus propias manos, la que diseñó con mimo y en la que soñó vivir en un futuro.

La pequeña mujer se había convertido en un hueso duro de roer, en un belcebú que no sacaría de allí ni aunque le gritara. Con las demás había sido muy fácil. Un par de comentarios impertinentes, un par de miradas coléricas y salían corriendo como gacelas asustadas. Sin embargo, la señorita Tucker no era como las otras. Se enfrentaba a él con descaro, despropósito y autoridad. Y para fastidiarlo aún más, se había convertido en el objeto de deseo de todos los hombres que la miraban. No solo Seyfried cayó bajo su

encanto, sino que hasta los hijos del señor Reed giraron el cuello para observarla. ¿Es que no tenía vergüenza? ¿No podía ser menos llamativa? ¿No entendían sus padres que eso ocasionaría un grave problema?! Si se corría la voz de cómo era la nueva empleada de los Dhal, aquel apacible lugar pronto se vería alterado con un sinfín de coches, de los que saldrían cientos de hombres para confirmar las medidas de esa pequeña pero seductora mujer.

Sin poder aguantar en su habitación ni un segundo más, se cambió de ropa, bajó las escaleras y se marchó sin despedirse de sus padres, quienes hablaban sobre el buen trabajo y lo contentos que quedaron la familia Reed. ¡Por supuesto que estaban felices! ¡Si no apartaron los ojos del pecho de Lindsey! Los muy cretinos hasta se olvidaron de que su padre estaba muerto. Solo deseaban calcular las dimensiones de los generosos pechos.

No podía tolerar esa situación. No podía soportar a la mujer. No quería tenerla cerca. No...

Ese siguiente pensamiento negativo se disipó cuando se apoyó sobre la puerta de su coche. Miró hacia la ventana y se cruzó de brazos. Tenía que buscar la manera de echarla. Debía tener un punto flaco. Algo que la destrozara tanto que fuera incapaz de soportar un día más de vida.

«No seas tan cruel –se dijo –. Con que decida despedirse, tienes suficiente».

Sin apartar los ojos de esa ventana, pensó en qué estaría haciendo

aquella hija de satán en su hogar. Si estuviera en su pellejo, satisfecha al enfrentar a un padre con su querido y único hijo, habría llenado el jacuzzi, se habría metido dentro y, mientras tomaba una cerveza, se reiría de la nueva victoria.

Cerveza...

¿Cuántas había dicho Seyfried que se beberían antes de perder la consciencia y llevársela a la cama?

Ese recuerdo lo puso tenso. ¡Nadie se la llevaría a ningún sitio! ¡Nadie debía imaginarla de ningún modo! Y, por supuesto, ningún hombre debía masturbarse pensando en ella. Salvo él, claro está. Que había sido el primero y tenía todo el derecho de hacerlo.

«¿De verdad que tienes ese derecho? –pensó, al tiempo que contemplaba cómo los últimos rayos solares impactaban sobre el cristal de la ventana –. Pues no deberías. Eso es un problema muy serio. Cuando un hombre se transforma en el guardián de una mujer, abandona con rapidez el deseo de que se marche para que aparezca otro muy diferente... ¿No querrás averiguar qué esconde bajos sus ropas? ¿Te da morbo ese comportamiento? Porque, cada vez que estás a su lado, te pones tan duro como el hierro. Además de olfatear ese suave perfume que desprende...»

Y no se equivocaba. La conclusión a la que había llegado su inconsciente era cierta. Cada vez que estaba cerca de ella su cuerpo se

tensaba, su nariz intentaba capturar ese olor tan fresco y seductor y debía controlar que sus manos no la tocaran. Loco. Sin duda alguna, aquella mujer lo estaba volviendo loco. Tal vez fuera el resultado de tanto tiempo sin acostarse con una mujer o quizás, el hecho de que le presentara cara, la hacía más seductora. Fuera la razón que fuese, tenía que alejarla de allí o su estado mental, hasta ahora centrado y firme, cambiaría drásticamente.

Sin apartar los ojos de esa enorme ventana, observó cómo esos rayos casi apagados la iluminaban. Era el momento idóneo para averiguar qué estaba haciendo, si es que había decidido darse un baño en su jacuzzi. Aquel cristal solo dejaba ver el interior cuando la luz de sol impactaba sobre él. Axel quiso avanzar hacia esa parte de su hogar, pero se quedó parado, inmóvil y sin poder dar crédito a lo que capturaban sus ojos. Aquello era una pesadilla, un producto mental inverosímil. Su mente ya debía estar trastornada porque sólo así podía justificar la imagen que tenía frente a él. Sin poder respirar, puesto que no era capaz ni de hacerlo, dejó clavados sus ojos en la ventana, mientras se decía una y otra vez que nada de aquello era real. ¿Cómo iba a estar ella desnuda detrás del cristal? ¿Bailando? ¿Estaba bailando sobre las cenefas? Al tiempo que obligaba a su mente a centrarse en otra cosa, porque no podía ser cierto, su sexo, ese que se endurecía cada vez que la señorita Tucker estaba a su lado, volvió a convertirse en una barra de hierro. ¡Hasta le dolía por lo dura que se le ponía!

Pese a ese acto reflejo, la parte lógica de su mente no cesaba de hacerse preguntas: ¿Cómo era posible? ¿Estaba desquiciada? ¿No entendía que podía resbalarse y matarse? Pero esas cuestiones, sensatas como lo había sido él, se esfumaron de su mente cuando Lindsey pegó los grandes pechos en el cristal. ¡Podía visualizar a la perfección aquellas aureolas marrones!

Con los brazos cruzados, porque no era capaz de mover ninguna parte de su cuerpo salvo la que no necesitaba una orden de su cerebro, apretó los puños, arrugó la frente e intentó respirar, porque si seguía así podía desmayarse por la falta de oxígeno.

—¡Menuda bruja! ¿Qué diantres estás haciendo? ¿Me estás provocando? ¡Pues no lo conseguirás! He vivido sin sexo durante mucho tiempo y nada...

Su monólogo se cortó en el momento que ella desapareció de su vista. Intrigado, Axel avanzó hacia el cristal, pegó la cara en él y, cuando descubrió que ella estaba sumergida y no salía, se asustó.

—¡Joder! —exclamó aterrado—. ¿Te has caído? ¿Te has dado en la nuca?

Golpeó el cristal, para llamarla, para que saliera de ese jacuzzi cubierto de agua y espuma, pero ella seguía dentro, sin contestar. Rodeó la casa con rapidez, con miles de pensamientos tenebrosos sobre lo que podía estar pasándole. Quería que se marchara de allí, pero no en una caja de

madera. Le bastaba con que cogiera a su gato, su maleta y regresara a Detroit... viva.

Una vez que se colocó frente a la puerta, se giró hacia la casa de sus padres. ¿Sería apropiado avisarles de lo que había ocurrido? No, lo más rápido, lo más eficiente, era actuar él y luego dar las explicaciones pertinentes. Sin pensárselo dos veces, levantó una piedra que había en el jardín, donde guardaba una llave de emergencia. Sin embargo, esa llave no estaba.

—¡Joder! —gritó al recordar que la había metido en la guantera del coche antes de que la última empleada se marchara.

Thas, la siniestra, esa que al final encontró su verdadera vocación tatuando calaveras y símbolos maléficos, parecía tenérsela jurada y como sabía dónde guardaba la otra llave, él decidió quitarla de allí para no encontrarse algún día el interior de su casa con pintadas insultantes.

Regresó al coche. Tenía el corazón a mil, sus manos le temblaban tanto que dio gracias a que la puerta se abrió con el mando. Cogió la llave, dio un portazo y corrió otra vez hacia su hogar.

¿Cómo se le había ocurrido esa locura? ¿Acaso no era consciente de que la suma de una superficie plana, agua y jabón daban como resultado un grave problema? No, la señorita escotes grandes no era tan sensata ni juiciosa como decían sus padres. Era una loca. Una trastornada que había

ideado una tontería como bailar desnuda y mojada sobre una superficie resbaladiza.

Una vez que abrió la puerta de su hogar, observó el interior. Las ropas que ella había llevado para el funeral del señor Reed estaban tiradas de manera descuidada sobre el sofá. Los zapatos, esos de tacón alto y que emitían unos pequeños ruidos cuando caminaba, descansaban uno al lado de otro, como si se los hubiera quitado nada más entrar. El sujetador blanco yacía sobre el respaldo de una silla y el tanga....

Axel apartó la mirada de esa pequeña prenda que había llevado y se centró en el motivo por el que estaba invadiendo la intimidad de Lindsey. Pero cuando sus ojos alcanzaron la mesa baja que había frente a la chimenea, tuvo que aguantar un gran insulto hacia la mujer. Había colocado todos sus productos de maquillaje sobre esta y no había puesto nada para proteger aquel cristal de murano. ¡Terminaría rallado, sucio y roto! ¿No había calculado el valor de aquella mesa? Pues él lo sabía perfectamente: mil quinientos dólares. Ese fue el precio que pagó por ella porque era una pieza única de colección. Centrándose de nuevo en su misión, observó por el rabillo del ojo al gato blanco. Este dormía plácidamente sobre un colchón de colores. Al notar su presencia, se desperezó, lo miró y... ¡se le encrespó!

—¡Ni se te ocurra o te prometo que te muerdo! —le advirtió al ver que se colocaba en posición de ataque.

Como si lo entendiese, el señor Rob se calmó, masajeó con sus patitas delanteras el mullido colchón y volvió a tumbarse.

–Buen chico –le dijo mientras caminaba hacia el pasillo.

Su corazón seguía latiendo a un ritmo desenfrenado, su ansiedad regresó y el deseo de hallar a la posible ahogada se acentuó. Como si fuera un salvador mundial, corrió hacia el jacuzzi y se frenó al ver que ella no estaba. ¿Dónde diablos se había metido? ¿Por qué no la había visto salir? ¿Qué sucedería si lo encontraba en la casa? ¿Gritaría? ¿Aparecerían sus padres al escucharla gritar? Esa ansiedad que había tenido por encontrar a la mujer, cambió. Necesitaba salir de allí antes de ser descubierto y que su madre, además de sacarlo arrastras tirándole de una de sus orejas, lo enviara al continente más alejado que encontrara en la bola del mundo.

De puntillas, para no hacer ruido, regresó al pasillo. La puerta del dormitorio estaba abierta... Y escuchaba algo... Ese algo no eran gritos de socorro sino...

–¡Me cago en la puta! –susurró mientras intentaba asimilar lo que sucedía.

No. Su mente volvía a ofrecerle ideas distorsionadas, muy distorsionadas. Porque eso que alcanzaban sus oídos no podían ser gemidos, ¿o sí?

«¡Sal de aquí... ya!», le ordenó su mente. Pero no lo hizo. Estaba

hipnotizado, embobado y sumido en un estado de atolondramiento tan profundo que no era capaz de salir, aunque lo deseara con todas sus fuerzas.

Inconscientemente, dio varios pasos hacia la entrada del dormitorio. Mal. Eso estaba muy mal. Pero ese instinto primario masculino y obsceno que guardaba en lo más profundo de su cerebro, brotaba de ese escondite para incitarlo a ver lo que no debía.

Sin apenas respirar, sin ningún tipo de control, se colocó en el lugar de ese pasillo en el que podía admirar lo que sucedía dentro de la habitación y poderse esconder si lo descubrían.

Entonces todo su mundo, toda su sensatez, todo lo racional que guardaba desapareció para dar paso al hombre troglodita, primate e irracional que era.

Lindsey permanecía sobre la cama, desnuda y masturbándose con un consolador. Sus piernas abiertas, descaradas, mostraban sin pudor lo que hacía y sus gemidos eran el resultado de ese acto impúdico. Axel cerró los ojos y se obligó a no presenciar aquel acto tan íntimo, pero su cerebro envió una orden distinta y volvieron a abrirse para admirarla al completo. La mano izquierda, tocaba sus pechos, su abdomen, su cuello, sus labios, su rostro, sus ojos cerrados, mientras que la derecha metía y sacaba aquel artilugio a pilas.

¿Por qué no salía de allí? ¿No era consciente de lo que podía suceder? ¡Podían culparlo de acosador, como hizo aquella mujer en el

parking del supermercado! ¡Podía ir a la cárcel por eso! ¡Sus padres lo odiarían, repudiarían al hijo que habían criado con tanto mimo!

«¡Sal de aquí! ¡Sal de aquí!», insistió esa voz mental que apenas podía escuchar porque el ruido que producía el consolador y los gemidos de placer de Lindsey eran más poderosos que los que realizaba su conciencia razonable.

Sin embargo, ese instinto sexual primitivo, ese que era controlado por la racionalidad humana, se hizo poderoso, fuerte, enérgico, brutal.

—¡Puta mierda! —susurró sin poder apartar los ojos de esos pechos que ella movía y tocaba, de ese absurdo sucedáneo de sexo masculino, de ese...

Instintivamente, como todo lo que estaba haciendo al quedarse allí, se desabrochó el botón del pantalón, se bajó la bragueta y sacó su miembro duro, grueso y preparado para apartar aquel dichoso aparato y disfrutar con ella de todo lo que hacía. Con la mirada clavada en Lindsey, Axel comenzó a masturbarse. Sus gemidos de placer se hicieron mudos al apretar sus labios con fuerza. No estaba bien. ¡Claro que no estaba bien! Pero lo deseaba y lo iba a hacer...

Apoyó una mano en la pared, dejó que sus ojos retuvieran esa escena tan erótica y provocativa, mientras que con la otra se daba placer, el mismo que ella se estaba regalando.

Su corazón volvió a latir con urgencia, en esta ocasión por lujuria, deseo y perversión. Sí, era perverso, inmoral, irracional lo que estaba haciendo, pero en el fondo, le gustaba más de lo que alguna vez supuso. Si es que lo había hecho...

Apretó con los dedos su glande y lo mantuvo firme mientras bajaba y subía. Notó cómo los testículos se endurecían, cómo empezaba a vibrar, cómo añoraba sentir un calor tan íntimo, agradable y sensacional. Entornó los ojos al notar el placer, el gusto, el deleite de esa masturbación tan inmoral. Si alguna vez pensó que Lindsey era una tentación de la que debía huir, en ese momento, tocando su sexo, escuchando sus gemidos, observando cómo ella recorría su cuerpo desnudo, lo afirmaba con rotundidad.

Echó ligeramente la cabeza hacia atrás, apretó aún más los labios y se masturbó con rapidez. El orgasmo estaba empezando: su piel se había erizado, las piernas temblaban, su corazón palpitaba tan rápido que pronto saldría disparado de su pecho como un misil soviético y la temperatura de su cuerpo le quemaba.

Ella era... Ella era... Ella era peligrosa, muy peligrosa.

«¡Lindsey!», susurró sin voz cuando su semen salió disparado, cuando no sólo su mano se calentó con la temperatura de esa secreción, sino que ese corazón atravesó su tórax y alcanzó la cama donde ella permanecía.

Cerró los ojos, maldiciéndose por lo que había hecho, por lo que

había sentido, por haberla visto desnuda tras el cristal, por pensar que se había golpeado en la bañera, por coger la llave y por entrar a un lugar que ya no le pertenecía...

Pero los volvió a abrir al escuchar algo que lo dejó aún más confuso que esa inadecuada masturbación. No, no podía ser. Sus oídos se confundían, ella no había dicho aquello. Era una alucinación, como todo lo anterior.

—¡Oh, sí, Axel, sigue! —dijo de nuevo Lindsey.

Esa repetición confirmó que no se trataba de una ilusión, que sus oídos escuchaban perfectamente y que él, pese a que su ego se agrandó tanto que ocupó todo el territorio que les rodeaba, no debería estar allí.

Desesperado, limpió el semen que tenía en la mano en el pantalón, se metió ese sexo, que seguía rígido al oír el susurro de Lindsey, en el calzoncillo, se subió la bragueta, se abrochó el pantalón y caminó hacia atrás muy despacio. Al llegar al salón se giró hacia la puerta, corrió hacia esta y cerró sin hacer ruido.

Cien cervezas. Él necesitaba cien cervezas para olvidar lo que acaba de hacer, de escuchar y de sentir. Eso, o no volver a su hogar hasta que aquella tentación se marchara...

La gente es infeliz con la incertidumbre.

(Timothy Ferriss)

Dos noches habían pasado desde que vio por última vez al hijo de los Dhal. Eso, en vez de mantenerla tranquila, le causaba muchísima inquietud. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no se enfrentaba a ella? ¿Habría tramado otro plan en el que su principal objetivo era ponerla de los nervios? Porque así se encontraba: al borde de alcanzar la histeria más grande que podría sufrir una persona.

Lindsey miró de nuevo hacia la casa de los Dhal y suspiró. El coche de Axel estaba aparcado frente a la puerta, indicándole que, por lo menos, seguía vivo y que merodeaba por la casa de sus padres. Sin embargo, cada vez que los visitaba o recogía a Avi para ir de compras, *extrañamente*, él acaba de salir. Pero sabía que no era cierto. De serlo, lo habría visto, porque llevaba dos días pegada a la ventana espiando al tenebroso Axel. Lo único que descubrió, y lo averiguó el día anterior cuando los tres compraban en el supermercado, fue que la misma tarde que ella bailó frente a la ventana, él se marchó, se emborrachó y Ronald tuvo que ir a recogerlo al bar en el que se encontraba.

–No quiero que pienses que mi hijo es un alcohólico –le aclaró la

señora Dhal mientras metía una caja de cereales en el carrito de la compra –. Si no estoy confundida, esta es la segunda vez que bebe tanto que no puede ni mantenerse en pie. Ronald tuvo que ayudarlo a subir las escaleras, meterlo en la cama y acudir a su habitación cada vez que le escuchábamos vomitar.

–No pienso en nada. Además, soy la menos indicada para hacerlo –le respondió al tiempo que empujaba un dichoso carro en el que las ruedas no rodaban hacia el lugar que ella deseaba.

¿Es que los dueños de los supermercados adquirirían para sus clientes carros embrujados? Porque ninguno se dirigía hacia el lugar que necesitaba. Parecía que estaban programados para que el cliente tropezara con la estantería que jamás miraría, salvo cuando el dichoso artefacto metálico impactaba con ella.

–Creo que todavía está conmocionado por el divorcio –continuó Avi mientras Ronald permanecía callado, más de lo que solía estar cuando se trataba de Axel. Quizás se encontraba inquieto tras presenciar el segundo derrumbe. A ningún padre le agradaba ser testigo de la destrucción de su único hijo –. Aunque no entiendo por qué le dura tanto la pena si todo el mundo sabía que no terminarían envejeciendo juntos.

–Quizás él sí que lo esperaba –le dijo mirando hacia esa balda contra la que tropezó la rueda.

Giró con fuerza el carrito, lo posicionó en la dirección que quería,

lo empujó y volvió a dirigirse hacia otra zona diferente. Poseídos. Sin duda alguna estaban poseídos por el diablo de las compras absurdas. Ni necesitaba tiritas, ni condones, ni gel para disfrutar de una relación sexual. Hasta ahora le bastaba con Kong y la lubricación que ella misma producía al excitarse. Aunque claro, después de la última sesión con su consolador, Kong había desaparecido de su vida y fue suplantado por un imbécil que no daba señales de vida.

—En eso tienes razón. Axel ha luchado hasta el final por su matrimonio, pero no se puede obligar a nadie a continuar algo que está muerto. Theresa es y será una buena mujer, pero no la ideal para mi hijo.

—¿Cree, de verdad, que existe una mujer que pueda soportarlo? — preguntó agarrando el carro con tanta fuerza que sus mejillas se sonrojaron por el esfuerzo.

—En el fondo es una buena persona y estoy segura de que Dios le tiene destinado una mujer que lo comprenda, que lo ame y que acepte la vida que le ofrecerá —explicó mientras metía una barra de chocolate blanco en el carro.

—¿Se refiere a trabajar en la funeraria? —Enfadada, al no controlar el dichoso carro, se paró, posó los codos en la barra para empujar y miró a Avi.

—Sí. A eso mismo me refiero. Theresa amaba al Axel que fue

durante su juventud, quien soñaba con salir de Monroe y trabajar en una multinacional. Pero no a la persona que continuaría con el tanatorio familiar.

–Vaya... Tuvo que ser muy duro para él descubrir que la persona a quien amaba no permanecería a su lado al cambiar sus planes futuros – admitió con más veracidad de la que deseó mostrar.

–Lo fue, aunque por lo que puedo observar, sigue siéndolo...

No volvieron a hablar de Axel ni después, ni por la noche, ni al día siguiente mientras desayunaban, ni en el almuerzo. Parecía que cualquier tema sobre él les incomodaba, así que se dedicó a mantener esa distancia que ellos conservaban. Además, estaba más preocupada por el extraño comportamiento de Ronald. Hasta el momento, siempre que podía, hablaba de todas las artimañas que su hijo había utilizado para que sus empleadas se marcharan, lo hacía para avisarla. Pero durante esos días, su mutismo era alarmante. Ese silencio, ese secretismo, esa incertidumbre la tenía preocupada. ¿Qué habría ocurrido? ¿Tan fuerte fue la discusión entre padre e hijo? ¿Axel estaría tan dolido que no quería ni verla?

Mientras sus padres evitaban el *tema Axel*, ella no paraba de pensar en aquel gigante de ojos oscuros y cuerpo de vértigo. ¿Su ego estaría herido? ¿Se habría dado por vencido después de la regañina de Ronald? ¿O tal vez pensaba que haciéndole el vacío ella terminaría por marcharse? Si era ese el motivo por el que no la atacaba con aquella lengua afilada y con el

rostro airado, de nuevo se confundía.

Después de correr la cortina de color gris por la barra de forja negra, se giró hacia el salón y observó a su gato. Rob, como ya era habitual en él, se tumbaba frente a la chimenea, durmiendo y mostrando una actitud despreocupada. Sólo se levantaba de allí para que le abriera la puerta y para que le diera de comer. Ese era el plan de vida feliz de su gato: pasear por los alrededores, trepar por los árboles, llamar a las gatas de Avi, llegar a casa cubierto de suciedad, alimentarse y dormir. Ella, al contrario, tenía una agenda muy apretada. Desde que alguien propagó que la nueva empleada de los Dhal maquillaba a los difuntos con tanto mimo que parecían vivos, muchos ancianos o futuros clientes, como los denominaba Ronald, se pusieron de acuerdo con los directores de las residencias para que ella pudiera visitarlos algún día. ¿Cuál era el objetivo de esa propuesta tan rara? Pues nada más y nada menos que averiguar en vida la cara que tendrían una vez que les llegara la hora. Algo bastante macabro y espeluznante, pero como los Dhal se lo pidieron como favor personal, no se pudo negar después de todo lo que hacían por ella. Así que, en menos de una hora, Ronald se presentaría frente a la puerta para llevarla a la primera de esas residencias. Solo esperaba no ponerse a llorar y que esos futuros clientes se quedaran satisfechos con el pre-trabajo.

Lindsey se dirigió hacia el sofá, se sentó y miró los botes de

pintauñas que colocó sobre la mesa baja. Quería elegir un nuevo color, pero no se decidía por cuál. El rojo... ya era suficiente con los labios. El rosa... demasiado pálido para un momento como el que iba a vivir. Amarillo... ¡Después de lo ocurrido con Axel el día que se puso la camisa amarilla tenía que haber tirado el frasco a la basura! El azul... demasiado triste para unas manos que serían observadas por un centenar de ojos.

Tras resoplar varias veces, se inclinó hacia la mesa, abrió el bote de color rojo, sacó la pequeña brocha y... se le cayeron varias gotas sobre el cristal. Sin pensárselo dos veces, cogió una esponjita desmaquilladora e intentó quitar esas manchas, pero lo único que consiguió fue extenderla por la zona.

—¡Joder! —exclamó enfadada—. ¡Quitaesmalte!

Cogió el bote de quitaesmalte, lo roció en el algodón manchado y frotó la mesa con desesperación. Sin embargo, no logró lo que se proponía. La mancha de laca de uñas se eliminó y una capa blanca, como si hubiera pulverizado un spray quita polvo para madera, ocupó su lugar al frotar.

—¿Cómo narices hago desaparecer esto? —se preguntó levantando ambas manos y observando el destrozo que había hecho—. Bueno, compraré una planta y la colocaré ahí mientras viva en esta casa. Cuando me marche y me pregunten qué ha sucedido, les diré que no sé nada sobre el tema porque ya estaba al llegar. Además, no será muy cara. Seguro que Axel también es

un miserable tacaño, *como el tío Gilito*^[4], y la habrá comprado en cualquier rastrillo, porque, a simple vista, no parece muy valiosa...

Después de concluir qué haría si le preguntaban por aquel estropicio, prosiguió con la tarea de pintarse las uñas. Agitó las manos cuando las cubrió con laca de tono rojo, porque al final decidió que era el más apropiado, apoyó las puntas de los dedos de los pies en el cristal, aparentemente barato, y se reclinó en el sofá.

—¿Qué te parece mi nueva vida, madre? —preguntó en voz alta —. ¿Esperabas que tu hija aparecería en un lugar como este? ¿Qué dirías si pudiera contarte que he terminado en Monroe maquillando muertos? ¿Estarías orgullosa de mí? No, no lo creo...—suspiró al tiempo que cerraba los ojos —. Seguro que soñaste con una vida muy diferente para tu pequeña y adorada hija. Pero, por lo que puedo comprender, este ha de ser mi futuro...

Con los ojos cerrados y notando cómo las lágrimas empezaban a brotar, al recordar a su madre, Lindsey acercó sus manos a la boca y sopló para que se secase cuanto antes la pintura. El calor del fuego calentaba su lado izquierdo, dejando el derecho completamente gélido. Los pies, al estar apoyados sólo por las puntas, empezaron a temblarle, como si perdiera las fuerzas. Finalmente, abrió los ojos, apartó las manos de sus labios, posó los pies en el suelo y respiró hondo. No podía pensar en cosas que le provocaran dolor, aunque se tratase del recuerdo de su madre. Necesitaba mantener una

actitud positiva, puesto que pretendía mostrar un carácter amable y tierno a esos posibles clientes, y no debía rememorar el pasado que deseó tener y el presente que había alcanzado. Seguro que, con el tiempo, todo cambiaría...

—¿Lindsey, estás preparada? —le preguntó Ronald después de tocar a la puerta.

—¡Un minuto! —le pidió dando un salto para incorporarse—. ¡Oh... Mierda! —exclamó al ver que no había cerrado el bote de pintura roja y que se había derramado por el sucio cristal. Cogió un puñado de esponjas y prosiguió en su afán de limpiarlo. Pero, como minutos antes, la mancha se extendía cada vez más y más.

—Lindsey, mejor te espero en el coche —explicó Ronald—. Avi ha metido ya el maletín que vas a necesitar.

—¡Gracias! ¡No tardo, se lo prometo!

Mientras el señor Dhal se alejaba, Lindsey vertió un buen chorreón de quitaesmalte sobre la mesa, cogió otro puñado de esponjas desmaquilladoras e intentó limpiar.

—¡Joder! ¡Esto no desaparece! ¡Necesito un puñetero milagro! —comentó enojada, mientras tiraba los dos puñados de algodones manchados sobre la mesa y los que rebotaron sobre la alfombra—. Ya terminaré cuando regrese.

Se apartó de allí, se puso las medias, los zapatos, agarró ese

abrigo que se compró y que nunca lo había utilizado hasta que salió de Detroit, miró a Rob y salió de allí sonriendo, como si no supiera nada sobre el desastre que acababa de hacer.

–Relájate y no te preocupes por nada –comentó Ronald al verla tan callada –. Sólo quieren que les ayudes.

–Lo sé...–murmuró mirando a la carretera –. Pero tiene que estar de acuerdo conmigo en que lo que me piden es bastante macabro.

–A ti te parecerá macabro, a ellos una respuesta a una pregunta – contestó.

–Y... ¿cuál es la pregunta exactamente? –espetó volviéndose hacia el señor Dhal que la miraba de manera diferente, como si tuviera un secreto sobre ella que no podía desvelar.

–Averiguar qué rostro tendrán cuando sus seres queridos se acerquen para darles su último adiós –aclaró Ronald volviendo la mirada hacia la carretera y recordando las palabras que dijo su hijo inconscientemente cuando lo llevó a su casa tras esa grandiosa borrachera.

#TanaLove

Axel se apartó de la ventana tras verla marchar con su padre. Llevaba escondiéndose durante dos días, en los cuales, su mente no era capaz de pensar en otra cosa que no fuera ella y en las palabras que expresó mientras se masturbaba.

Caminó hacia los pies de la cama, se sentó, se llevó las manos a la cara, se la frotó y se las apartó con rapidez al sentir una terrible quemazón. Todavía le dolía el puñetazo que recibió la noche que decidió entrar en aquel dichoso bar, sin contar el estrago que había sufrido su orgullo al actuar de aquella manera tan salvaje. Todo lo que había pretendido hacer se eliminó al sentarse y pedir la cerveza. ¿Acaso era tan difícil proseguir con el plan que se marcó? Tres pasos. Sólo eran tres sencillos pasos que debía ejecutar para regresar a su casa de una pieza...

El primero, emborracharse para olvidar que Lindsey existía. Pero, ¿qué ocurrió? Que la veía con más nitidez que cuando permaneció escondido en el pasillo. El segundo paso consistía en mantener la sensatez. Cosa que tampoco logró. Bebió tanto que tuvo que recogerlo su padre, porque él no era incapaz de dar dos pasos seguidos sin tambalearse. El tercer paso, y esto sí que lo había sacado de sus casillas, pretendió actuar como hasta el momento: beber una jarra de cerveza tranquilo, alejado de todos y disfrutar de esa soledad. Sin embargo, no consiguió ser el hombre que siempre fue. Si en aquel momento hubiera metido en sus oídos dos servilletas de papel, tal vez, solo tal vez, no habría recibido una paliza. Pero no pensó ni un sólo instante que saldría herido del enfrentamiento, actuó por instinto y ese impulso solo le confirmó que Lindsey empezaba a ser más importante para él de lo que deseaba.

Irracional. Sí, eso mismo concluyó al abrir los ojos, ver la luz del sol entrar por el cristal de la ventana y no tener ni una sola gota de alcohol por sus venas. El Axel irracional había brotado de su interior para apartar bruscamente al sensato, cuerdo y racional. ¿Por qué diablos actuó de aquella forma? ¿Por qué no se quedó sentado en el taburete y dejó de prestar atención a la conversación que mantenían aquellos hombres? Quizá porque sus oídos se agudizaron al escuchar su apellido, o al escuchar el nombre de ella...

Fuera lo que fuese, mientras sus ojos negros se fijaban en las etiquetas de las botellas que había en el expositor de enfrente, sus orejas se dirigieron, como haría un gato al oír su nombre, hacia la mesa en la que se hablaba de Lindsey. Uno de los clientes, antiguo compañero de instituto y con el que no había hablado desde que se graduó, no paraba de burlarse de la mujer. Entre las palabras que captó se encontraban: buen cuerpo, follar como animales y unas tetas enormes. Esas expresiones tan grotescas hicieron que se girara hacia ellos, se bebiera de un trago toda la cerveza que aún tenía la jarra, levantarse y caminar con demasiada tranquilidad hacia la mesa. Entonces, aquel que expresaba lo que deseaba hacer cuando la conociera se llevó las manos hacia su torso e intentó calcular el tamaño del pecho de Lindsey.

—¿Serán así o así? —preguntó a sus compañeros colocando sus manos separadas de su torso—. Porque según comentan, son enormes, como

sus escotes –añadió antes de carcajearse por su comentario.

–¿Te estás divirtiendo? –dijo él, una vez que se puso frente a ellos.

–¡Axel! ¡Apareces en el mejor momento! –exclamó divertido al tiempo que se levantaba para recibirlo –. Estábamos hablando de tu nueva empleada. Siéntate con nosotros y acláranos, de una vez por todas, la duda que tenemos todos –expuso mirando a los demás –. ¿Qué tamaño de tetas tiene? ¿Así? –Volvió a llevarse las manos al pecho –. ¿O así?

–Deja de hablar de ella –le advirtió.

–¿Dejar de hablar de esa mujer? ¡Imposible! –declaró burlón –. ¡Es el tema del año! Todo el mundo quiere saber qué talla de sujetador esconde bajo esos escotes. ¿Crees que mis manos abarcarán sus tetas o necesitaré ayuda?

Y en ese momento comenzó su irracionalidad. Su sangre se calentó tanto que le salieron ampollas en la piel. Su corazón palpitó desenfrenado y sus manos se transformaron en dos puños, de los que uno, duro y fuerte, impactó sobre la cara de aquel charlatán con tanta potencia que cayó hacia atrás. Lógicamente, aquellos que les acompañaron a sus comentarios burlones, se levantaron, lo agarraron y su antiguo compañero de instituto le propició una paliza que, pese a los días transcurridos, aún le dolía el estómago. Cuando todos los clientes descubrieron qué estaba sucediendo, el

tabernero abandonó la barra y puso orden. Pero ya era tarde. Había recibido una buena tunda por meterse en una conversación que no le incumbía. Una vez que todo volvió a la normalidad, regresó al asiento, pidió otra cerveza y no se contentó con una más, sino con varias.

Lo siguiente que recordaba era ver a su padre sentado a su lado. Aún seguía sin saber quién le había llamado para explicarle qué había sucedido y en qué circunstancias se encontraba. Fuera quien fuese, resultó más sensato que él porque, a pesar de que balbuceaba que todo estaba bien, lo cierto fue que no podía ni subir las escaleras para llegar a su dormitorio. Necesitó la ayuda de su padre para tumbarse sobre la cama y, durante la noche, cuando el alcohol empezó a hacer estragos, él fue quien limpió sus vómitos.

—Esto no es bueno...—le dijo una y otra vez—. Tú no eres así. ¿Qué diablos te ha ocurrido? ¿Alcohol y peleas? Si vas a comportarte de esa forma, ya sabes dónde está la puerta —aseveró con firmeza Ronald mientras lo sujetaba para que no terminara cayéndose sobre aquel líquido agrio y pestilente.

Y tenía razón. No podía actuar así. Debía poner remedio a la situación y de ahí que se escondiera. Pero... ¿había servido de algo aquel encierro? No. No había dado el resultado que él esperaba. Al contrario. Sus ganas de verla, de escucharla, de estar tan cerca de ella que pudiera oler de

nuevo aquel suave perfume, aumentaron. ¿Y qué hizo su mente con las imágenes de Lindsey sobre la cama, desnuda y masturbándose mientras gritaba su nombre? No sólo aumentaron, sino que aparecían con tanta frecuencia que empezó a enloquecer.

Debía marcharse de allí. Como ella ya le había dejado claro que no abandonaría su trabajo por nada en el mundo, debía hacerlo él. Quizá su padre podría programarle un viaje para contactar con otros proveedores de ataúdes, de flores, o de lo que fuera, pero necesitaba que su estancia durara días, semanas e incluso meses. Sin embargo, cada vez que proyectaba un distanciamiento hacia ella, aparecía con más fuerza la necesidad de mantenerse cerca. ¿Cuándo y cómo se convirtió en un imbécil? Porque no hallaba otra palabra para describirse. ¿En qué momento aquella pequeña mujer se hizo tan importante? ¿De verdad que le gustaba el rifirrafe que había entre ellos? ¿Esa era la causa por la que no podía quitársela de la cabeza? ¿Y ella? ¿Le sucedería lo mismo? ¿Por qué dijo su nombre cuando se masturbaba? ¿Acaso era él quien le producía mentalmente aquellos orgasmos? Al recordar ese momento, su sexo reaccionó de nuevo. Otra vez se puso rígido, duro, elevado. Axel se levantó de golpe de la cama y apaciguó un grito desesperado. Tenía que poner remedio de inmediato. En cuanto llegara su padre hablaría con él para pedirle, no, más bien suplicarle, que lo enviara a la China, si así podría olvidarse de ella. Enfadado por la reacción de

su cuerpo, se quitó el pijama, que llevaba puesto durante los dos días, se cambió de ropa y bajó las escaleras. Necesitaba salir de allí. Dar un paseo mientras ella estuviera fuera. El aire fresco lo relajaría y le haría pensar la mejor forma de abordar su problema. Uno que solo tenía un nombre: Lindsey.

—¡Por supuesto! Seguro que estará encantada. No. Sólo me ha acompañado para... Sí. En la residencia de Laurence. Ajá. Imagino que estará allí hasta las seis.

Axel escuchó la conversación telefónica que su madre mantenía en la cocina. Muy despacio, intentando no llamar su atención, bajó las escaleras y se dirigió hacia el salón. De allí, saldría disparado hacia la calle, se metería en su coche y conduciría hacia cualquier lugar tranquilo donde no pudiera empezar otra pelea por culpa del tamaño de las tetas de Lindsey. Pero sus pies se pegaron al suelo y su gran cuerpo se giró hacia la zona donde se encontraba Avi cuando escuchó el apellido del cura.

—Pero no la traigas muy tarde, Seyfried. Por ahora no tenemos trabajo, aunque tú, mejor que nadie, ya sabes cómo funciona esto —prosiguió hablando Avi sin percibir que su hijo estaba presente—. Bien. Se lo diré a Ronald en cuanto llegue. Buenas tardes a ti también —colgó.

—¿Quién era? —preguntó Axel, aún sabiéndolo. Se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos.

–¡Por Dios bendito, qué susto me has dado! –exclamó Avi llevándose las manos al pecho –. ¿Por qué caminas de manera silenciosa? ¿Querías provocarme un infarto?

–¿Quién era y qué quería? –repitió tosco.

–Ya veo que sigues de malhumor –comentó, depositando con tranquilidad el auricular sobre el teléfono –. Al igual que perduran tus marcas en la cara. ¿El golpe te sirvió de algo? Porque tu padre dice que no te abofeteó porque el suelo te dio suficiente escarmiento...

Bien. Eso significaba que tenía el apoyo de su padre. Pero no quería decir que su ultimátum había desaparecido.

–No supe andar correctamente –refunfuñó sin relajar la postura que mantenía –. Por favor, dime con quién hablabas.

–Ese tema no te incumbe, Axel. Así que no necesitas...–intentó decir. Sin embargo, al mirar a los ojos de su hijo, Avi advirtió que algo no iba bien. No sabía con exactitud qué ocurría, pero su instinto materno le gritaba que fuera sincera y respondiera a esas preguntas porque cambiaría la vida de Axel.

–Mamá...por favor.

–Seyfried –dijo al fin–. Ha llamado preguntando por Lindsey. Como no se encuentra aquí, le he explicado el lugar donde estará y le he sugerido que puede recogerla a las seis.

–¿Por qué le has dicho eso? –protestó –. ¿Es que no sabes qué pretende ese dichoso cura?

–Por eso mismo se lo he dicho. Lindsey es una mujer joven y necesita divertirse. Además, si mantiene una relación con Seyfried será más fácil que se quede con nosotros durante más... ¡Axel! ¿A dónde vas? ¿Qué estás haciendo? –gritó desesperada al verlo correr hacia su coche –. ¡No le hagas nada! ¡Olvida que existe! ¿Me escuchas? ¡Deja a Lindsey tranquila! ¡La queremos aquí, con nosotros! ¡Axel! ¡Axel!

Pero Axel no la oyó, ni se volvió para mirarla, ni le explicó qué pensaba hacer. Se metió en el coche, encendió el motor y se dirigió, sin dudarle un sólo segundo, hacia la residencia. No iba a permitir que Seyfried la llevara a ningún lado, ni que la recogiera, ni... ¡nada de nada! Si su madre estaba en lo cierto y ella necesitaba diversión, él estaba más que dispuesto a dársela, pero esta vez sin consolador de por medio.

Todo el mundo trata de realizar algo grande, sin darse cuenta de que la vida se compone de cosas pequeñas.

(Frank Clark)

Lindsey echó la cabeza hacia atrás y soltó otra carcajada.

Aquello era una locura. Desde que llegó, todos los posibles clientes de la familia Dhal le rodearon y le asaltaron con un sinfín de preguntas, de comentarios e incluso notó algún que otro leve roce en su trasero. Pero en ningún momento se encontró agobiada, triste o infeliz. ¡Todo lo contrario! ¡Se estaba divirtiendo muchísimo! No sabía que, llegados a una edad, las personas perdían toda la vergüenza que habían mantenido adoctrinada durante sus años pasados. Literalmente, se soltaban el pelo. Los hombres le pedían que les inyectara botox, para que las arrugas no fueran tan acentuadas, que lograra una imagen masculina y que les rociara con el último perfume que había comercializado un actor llamado Antonio Banderas. Y las mujeres... no sólo se sumaban a la petición del botox, a la elección del perfume femenino más caro, sino que también querían que utilizara para ellas el mejor maquillaje del mercado, que les pintara los labios con colores llamativos y que sus pestañas fueran tan largas que tocaran el cristal del

ataúd.

Todo aquello que pensó antes de llegar, que prácticamente se había imaginado un lugar tenebroso repleto de brujas con verrugas en la nariz, fue erróneo. Allí no había nada terrorífico, ni cruel, ni tampoco se respiraba el olor de la muerte. Al contrario, muchos de ellos tenían más vida que ella. ¿De verdad que esa era la última etapa? Pues quería vivirla tal cual. Bueno, si se parecía un poco a la señora Zheran, la última *posible cliente* que se había puesto en la fila para que le hicieran las pruebas de maquillaje, firmaba el contrato antes de salir de la residencia.

—¿No estoy en lo cierto? —le preguntó Charlize, la anciana de ochenta y cuatro años y que atendía Lindsey—. A ti te queda de maravilla y estoy segura de que a mí también.

—Y... ¿qué dirán sus seres queridos cuando se acerquen para verla y descubran que tiene sobre sus ojos unas líneas negras tan grandes como una autopista?

—No olvides los labios rojos —le recordó la anciana.

—¿Rojos? Me está poniendo en un compromiso, señorita... —comentó divertida mientras colocaba sus manos en la cintura, adoptando la postura de una madre al regañar a su hijo—. ¿No quiere mostrar un rostro menos... escandaloso? —le sugirió.

—¿De verdad crees que, cuando muera, me va a importar lo que

digán o piensen de mí? –le respondió la anciana.

–Esa pregunta no tiene debate posible. Llegado ese momento, que espero sea muy tarde, le haré todo lo que me pide y, si sus familiares se enfadan, que resuelva el problema el señor Dhal, ¿qué le parece?

–¡Estupendo! –afirmó Charlize. Alargó su mano derecha hacia la muñeca de Lindsey y se la apretó con cariño–. No te olvides de maquillarme el cuello. La esteticista que nos visita los viernes, no tiene consideración con nosotras. Va tan deprisa que no recuerda algo tan importante como repasar nuestra garganta. Por eso, cada vez que se marcha, todas parecemos galletas tostadas.

Y otra vez tuvo que parar de maquillar el rostro de la señora Zheran para reírse ante un comentario tan sagaz y divertido.

–Yo le arreglo todo lo que me pida. Seguro que, cuando la observen tan guapa, sus familiares deciden ponerle un vestido con un escote de vértigo. Como los que llevaba en su juventud.

–Eso me gustaría...–susurró Charlize como si de verdad estuviera barajando esa posibilidad –. ¿Sabes? De joven, mis tetas eran tan grandes y firmes como las tuyas. Pero ahora, después del paso de los años y de la maldita gravedad, mis pezones pueden tocar las rodillas de la persona que se acerque a mi silla de ruedas –expuso Charlize antes de cerrar los ojos y facilitar el trabajo de la joven.

–¿Le gustaban?

–¿El qué? –preguntó la señora Zheran, sin mover apenas los labios porque la joven estaba extendiendo el maquillaje y no quería que se olvidara de tapar todas las arrugas.

–Su pecho. ¿Le gustaba que fuera tan grande? ¿No le causó ningún problema?

Charlize colocó las manos sobre las ruedas, echó muy despacio la silla hacia atrás y miró a Lindsey sin pestañear.

–Yo no he tenido ningún problema. Los hombres son quienes lo han tenido. ¿Sabes cuántos botones de pantalones han salido disparados cuando agitaba mis tetas al bailar?

–¿Cientos? –preguntó burlona.

–¡Y más! El hecho de tener un pecho voluminoso no es un problema, salvo el dolor de espalda que te genera con la edad. Pero mientras permanezca firme y en su sitio, ¡muéstralo! ¿Sabes cuántas mujeres sueñan con tener un pecho como el nuestro?

–De ahí que existan las operaciones...

–¡Siempre igual! –La interrumpió moviendo las ruedas hacia delante. Levantó un poco la barbilla y esperó a que la joven continuara con su trabajo –. Las rubias quieren ser morenas. Las morenas, rubias. Las altas, bajas. Las bajas, altas. ¿Es que no nos damos cuenta de que el físico cambia

con el tiempo? Lo que importa, lo que debe priorizar en esta sociedad, son los valores humanos, no el físico. Todos y todas terminaremos con arrugas, volveremos a usar un pañal y... bueno, no te voy a explicar qué puede suceder cuando nos sienta mal aquello que comemos.

—No, mejor no. Prefiero descubrirlo dentro de muchos años...—le dijo regresando a su trabajo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, muchacha? —se interesó la anciana después de mantenerse tan quieta que los músculos ancianos de su piel se endurecieron—. Según he escuchado, has venido desde muy lejos.

—¿Quiere un resumen corto o extendido? —Le ofertó mientras repasaba la sombra de los ojos.

—Corto. Por si no te has dado cuenta, para mí, el tiempo es oro —comentó con sarcasmo.

—Bien... Veamos... Mi madre se quedó embarazada de un hombre importante y quien evitó como pudo la responsabilidad de...

—¿Empezar por el momento en el que fuiste engendrada es corto para ti?

—Tiene razón. Abrevio un poco más. Entonces... Mi madre muere, yo me siento perdida, el padre que no quiere saber nada de mí decide meterme en un internado, que para él era una especie de hotel de cinco estrellas. Los profesores que me conocían y me habían castigado en más de

una ocasión me piden un favor, lo hago y descubro que mi vocación es convertirme en una esteticista. Hago cursos y estudio muchísimo para ser la primera de mi promoción. Lo consigo. Trabajo en un salón de belleza donde encuentro a Melinda. Esta, después de convertirse en mi mejor amiga, recibe una herencia inesperada. Compra un local y construye su propia empresa. Mientras tanto, conozco a Caden, mi ex. Me despido de mi antiguo trabajo y empiezo en el salón de belleza de mi amiga. Y un día...

–Descubres que tu maravilloso hombre se está acostando con tu amiga –concluyó Charlize.

–¿Cómo lo ha sabido? –le preguntó perpleja.

–Porque habías dicho *ex* y porque has comentado con tono despectivo *mi mejor amiga* –aclaró.

–Veo que no se le escapa ni una... Pues sí. Los pillé en mi casa, en mi nuevo colchón –precisó Lindsey.

–¿Qué hiciste? Porque yo los habría encerrado y habría prendido fuego al apartamento.

–Sí... esa era una opción a tener en cuenta... –comentó dibujando una gran sonrisa –. Pero no fui capaz de reaccionar. Me dirigí a la cocina mientras ellos se vestían en mi dormitorio. Luego, aparecieron frente a mí, agarrados de la mano y me pidieron perdón. Melinda lloraba, Caden se mantenía serio. Les grité que se marcharan, que no quería escuchar nada. Lo

hicieron y, cuando cerraron la puerta, me sumí en una profunda depresión. Tres años he estado autodestruyéndome. Pensé que jamás sería la persona que fui antes de encontrarlos. Sin embargo, por lo que puedo observar, esa depresión o maldición ha desaparecido desde que estoy trabajando con el matrimonio Dhal.

—¿De dónde has venido?

—De Detroit.

—No hay duda, tenías una enorme depresión si abandonaste esa magnífica ciudad para aparecer en Monroe y dedicarte a maquillar muertos — declaró Charlize sin apenas mover un solo músculo facial.

—Es que no sabía cuál iba a ser mi nueva función —desveló después de tomar aire.

—¿Nadie te informó de que trabajarías en una funeraria? ¿Los Dhal te engañaron?

—¡No, no, no, no! —respondió Lindsey apartándose con rapidez de la anciana —. Ellos han sido sinceros desde el primer momento que he llegado. Pero yo, cuando hablé con Avi y me informó que el puesto aún seguía libre, me entusiasmé tanto que no le pregunté en qué consistiría el trabajo. Compré dos billetes, porque mi gato ocupó otro asiento, y me vine aquí sin dudarle un solo segundo.

—¿Y? —perseveró Charlize enarcando las finísimas cejas blancas.

–Y, salvo por la aparición de su hijo, todo ha sido perfecto.

–¿Axel? –Lo nombró como si lo conociera de toda la vida –. ¿Qué ha hecho esta vez ese muchacho? Porque, según he escuchado, hasta ahora ha conseguido espantar a todas las chicas que quisieron trabajar con sus padres.

–Lo ha intentado, se lo aseguro. Pero ha tropezado con una mujer que sabe defenderse de hombres como él –explicó recordando los dos momentos en los que habían estado juntos.

–¡Bien hecho! Tú mantente firme y que no te avasalle. Ese diablo de ojos negros piensa que puede intimidar a todo el mundo.

–Bueno, puede que su enorme cuerpo le ayude bastante a esa intimidación –apuntó divertida la joven.

–Torres más altas han caído, muchacha, y él es uno más –aseveró la anciana –. Si estuviera en tu lugar, me prepararía para todas sus posibles batallas. Estúdialo, investigalo, busca su punto débil y, cuando se acerque, ¡atácalo sin compasión! Ningún hombre te asustará si sabes cómo se comportará en cada momento.

–No sé si lograré descubrir qué esconde bajo esa mirada oscura, y sobre su comportamiento... ¿cómo podría definirlo para ser lo más exacta posible?

–Cretino, tosco, huraño, monstruoso, ¿le parecen bien esas

palabras para definirme, señorita Tucker? –intervino Axel de repente.

#TanaLove

Si el recorrido, normalmente, duraba veinte minutos, Axel lo hizo en diez. Las curvas las tomó a una velocidad inapropiada, en las rectas aceleró tanto que podía escuchar el cristal delantero vibrar. Pero nada lo frenaría hasta llegar a la residencia y comprobar que Seyfried no se había presentado antes que él. ¿Cómo se le había ocurrido llamar? ¿No le quedó claro que no debía hacerlo?

Encolerizado, por el atrevimiento del cura, aparcó el coche ocupando dos plazas, salió de él, cerró la puerta de un portazo y subió los peldaños, que lo dirigían a la entrada principal, de cuatro en cuatro. Una vez que entró en recepción, preguntó a la empleada dónde se encontraba la señorita Tucker.

–Ahora mismo está en el salón de recreo. ¿Se la va a llevar? Su padre nos dijo que podía quedarse hasta las seis –señaló con cierto pesar. Como si Lindsey la salvara de alguna situación que le provocara mucho cansancio.

–Tan sólo vengo para confirmar que está bien y atenderla, por si necesita cualquier cosa –le informó.

–Quizás le venga bien algo de paz porque, desde que ha llegado, no le han permitido ni un segundo de tranquilidad –expuso como si

empatizara con el cansancio de ella.

—Seguro que se ha convertido en una magnífica distracción —dijo Axel mirando hacia las dos enormes puertas blancas del salón donde ella se encontraba.

—¡Oh, claro que sí! Pero le aseguro que todo el mundo se ha comportado de manera respetable. Aunque no sé si han podido controlar al señor Stack —apuntó la trabajadora.

—¿El señor Stack? —preguntó frunciendo el ceño.

—Ese anciano tiene las manos bastante largas y más de una trabajadora se ha quejado de él porque, al parecer, suele tocarles el trasero cuando le dan la espalda. Pero hemos puesto remedio. Nuestro celador Raymond vigila el salón desde...

Axel no permaneció ni un segundo más delante del mostrador central escuchando a la recepcionista. Dando unas grandes zancadas se colocó frente a la puerta, la abrió despacio, porque no quería alterar a todos los ancianos con su brutal presencia, y, cuando la vio, sonrió. Estaba con la señora Zheran, su antigua profesora de narración. Se inclinaba hacia ella para maquillarla. De repente, se apartó de la anciana que permanecía en una silla de ruedas y comenzó a reírse. El sonido de su risa se extendió por el salón y todos la miraron absortos, embrujados al oír aquella jovial y divertida sonrisa. Lindsey destacaba ante los demás. No solo por su forma de vestir, que por

suerte había elegido una camisa con un escote prudente, o por esa falda entubada que acentuaba sus caderas. Era toda ella... Su figura, su sonrisa, la luminosidad de su rostro, la expresión tan tierna, su actitud cariñosa... Actuaba igual que cuando se reunía con sus padres. Nunca los había escuchado reír tanto, ni disfrutar de una visita. Pero cada vez que Lindsey aparecía en su hogar, todo cambiaba para los Dhal.

«¡Mierda! —exclamó mentalmente—. Como siga así, adulándola en silencio, observándola sin pestañear, comenzaré a pensar que ese sentimiento primitivo de protección significa mucho más que lograr un simple respeto hacia mi familia».

Él no podía dejarse llevar por emociones, sentimientos ni tonterías de esas. Él era un hombre que había asumido que estaría solo, trabajando en la empresa de sus padres y sin ninguna mujer a la que dañar. Eso fue lo que le dijo Theresa, que le hacía daño, que no entendía sus sufrimientos y que, mientras él asumía que todo era normal, ella moría ante tanta anormalidad.

Tras tomar aire, caminó lentamente hacia ellas, sin querer molestarlas o hacerse notar. Deseaba escuchar sus conversaciones, sus risas. ¿Hablarían de él? ¿Aparecería Axel Dhal en algún momento? Era egoísta pensar en ello. Él no podía ocupar la mente de Lindsey salvo cuando se daba placer, aunque eso tampoco debía saberlo porque jamás estuvo en su hogar

aquella tarde. Se apoyó en la columna que había detrás de ellas. Los demás seguían observándole, murmurando sobre el motivo por el que el hijo de los Dhal, el fantasma, se presentaba en un lugar como aquel. ¿No quería escuchar su nombre en alguna conversación? Pues ya lo hacía. Pero no era ella quien movía los labios y susurraba su nombre, sino los ancianos que lo miraban esquivos.

Entonces ocurrió un milagro...

—¿Axel? ¿Qué ha hecho esta vez ese muchacho? Porque, según he escuchado, hasta ahora ha conseguido espantar a todas las chicas que quisieron trabajar con sus padres.

Axel abrió los ojos y sonrió satisfecho. Se mantuvo inmóvil apoyado en esa columna, se cruzó de brazos y agudizó el sentido del oído para no perderse ni una palabra. Sin embargo, al observar cómo ella arrugaba la frente al hablar sobre él, se sintió el hombre más cretino del mundo. No pretendía hacerle daño, como le había hecho ese ex del que habló. Ni deseaba que huyera de nuevo a esa ciudad en la que se autodestruía. No, ya no. Si gracias al trabajo ella había logrado salir de la depresión y comenzar una etapa feliz, lo mejor era dejarla tranquila.

«¡Idiota! Lo que ocurre es que tú tampoco quieres que se vaya tan rápido. Ha crecido en ti las ganas de saber cómo es en realidad y la atracción por ella ha aumentado tanto como la erección que tienes de nuevo en tu

pantalón», concluyó su *YO* racional. Pero no era esa toda la razón por la que su corazón latió con tanta prisa. ¿Había escuchado bien? ¿Sus oídos no habían capturado palabras irreales? Porque parecía que ella se sentía feliz de trabajar en el tanatorio. ¿Podía ser la primera mujer en el mundo, después de su madre, que no le importara trabajar con personas muertas? ¿Sería cierto o solo se trataba de una falsa apariencia? Y justo en aquel segundo, ese sentimiento de protección hacia Lindsey, se transformó en otro aún más peligroso: posesión. Si ella podía soportar la vida que él llevaba, si no mentía, nada le haría frenar su cambio de pensamiento, que no era otro salvo el de conocerla un poco más.

—No sé si lograré descubrir qué esconde bajo esa mirada oscura, y sobre su comportamiento... ¿cómo podría definirlo para ser lo más exacta posible? —comentó Lindsey mientras cogía el rímel negro para pintar las pestañas de la señora Zheran.

Axel no aguantó más, dio los cinco pasos que lo separaban de ella, se colocó a su lado y se inmiscuyó en la conversación.

—Cretino, tosco, huraño, monstruoso, ¿le parecen bien esas palabras para definirme, señorita Tucker?

—Si hubieras hecho una descripción tan exacta de ti mismo cuando fuiste mi alumno, no habrías suspendido la asignatura de narración —salió a la defensa Charlize al ver la cara de la joven tan blanca como la suya

–. ¿Qué haces aquí, muchacho? ¿Has venido para recogerla? Pues todavía no ha llegado la hora –aseguró mirando el reloj de pulsera –. Son las cuatro y cuarto y el director nos ha prometido que Lindsey se quedará con nosotros hasta las seis.

–No voy a llevármela. El motivo por el que estoy aquí es confirmar que la querida y adorada empleada de mis padres se encuentra sana y salva. Me ha comentado la mujer de recepción que el señor Stack puede hacer de las suyas... –indicó Axel mirando de reojo a Lindsey.

La había impresionado. Era la primera vez, desde que la conoció, que su boca no se abría para gritarle o reprocharle que no debía estar allí. Eso podía significar dos cosas: que rememoraba el momento en el que se daba placer pronunciando su nombre, cosa que él sí que hacía de nuevo, pese a que no debió ser testigo de un acto tan íntimo, o dos, que no quería mostrar su verdadero comportamiento delante de la señora Zheran. Esta opción no le parecía muy posible...o quizás prefería la otra.

–Vete por donde has venido y cuando hables con tu padre le cuentas que Lindsey está perfectamente –refunfuñó la anciana –. ¿No has visto que han colocado a Raymond en la entrada? Él vigila que ese desarmado no la toque.

–Guarde sus uñas, señora Zheran. Me marcharé de aquí en cuanto la señorita Tucker me diga si necesita algo. Aunque no me iré lejos. Me

sentaré en alguna de las sillas que permanecen libres –respondió muy amable a la anciana. –¿Necesita algo? –le preguntó volviéndose hacia Lindsey—. ¿Café, agua, zumo?

El aroma de su perfume regresó a su nariz. ¿Cómo podía oler tan bien? ¿Por qué podría quedarse allí parado una eternidad? ¿Por qué no era capaz de girarse y regresar a su casa, meterse en la habitación para no salir de allí nunca? La respuesta era muy sencilla: porque estaba donde quería estar, con ella.

–No gracias –le respondió Lindsey antes de continuar con la señora Zheran, como si la presencia de él no le causara temblor, malestar o algo tan inquietante como intriga. ¿Qué hacía allí? ¿No le había dicho Ronald que la recogería? ¿Por qué había mandado a su hijo? En aquel momento, regalaría todo lo que había obtenido para que Axel regresara al zulo, en el que se había escondido los dos días anteriores, y que no saliera de allí jamás.

–¿Ha sido suficiente respuesta para ti? –intervino Charlize –. Ahora vete a dar una larga vuelta por el salón. El señor Brewster estará encantado de volver a verte. En realidad, creo que será el único ser en el mundo que se alegre de hacerlo –apuntó mordaz.

–¿El señor Brewster... está aquí? –preguntó sorprendido y confundido.

–¿Dónde crees que terminamos, muchacho? Cuando estorbamos a

nuestras familias, porque tienen tantas cosas que hacer que no pueden cuidar de nosotros, nos regalan un viaje sin retorno –aclaró con el mismo sarcasmo.

–Voy a buscarlo, pero no saldré del salón –respondió antes de mirar otra vez a Lindsey e inspirar aquel perfume que, pese a tenerlo en sus pulmones, deseaba que recorriera cada parte de su cuerpo.

Todo gigante muere cansado de que lo observen desde fuera.

(Luis Alberto Spinetta)

Lindsey contuvo la respiración hasta que Axel se alejó lo suficiente para perderlo de su campo de visión. Luego, intentó calmarse y atender de nuevo a la señora Zheran, quien la observaba con aquellos grandes ojos verdes.

–¿Qué? –le preguntó la anciana cuando cruzaron sus miradas.

–No entiendo a qué se refiere –respondió mojando el cepillo de rímel otra vez para pintarle las pestañas. Se inclinó sobre Charlize y juntó los labios para que su aliento no tocara el rostro.

Ni mucho menos iba a confesarle que se había quedado pasmada al verlo aparecer de aquella forma. Ni tampoco deseaba explicarle que su consolador había dejado de llamarse Kong para tener otro nombre que empezaba por a, le seguía una equis, luego una e y finalizaba con una ele. ¡Es que no podía asumir el cambio ni ella misma! ¿Cómo había permitido que él se convirtiera en el autor de sus orgasmos? ¡¿Cómo?!

–Lo he visto, soy vieja pero no ciega –declaró con cierta diversión.

–Es mejor que no hable y que no se mueva. Sus pestañas son tan finas que puedo meterle, sin querer, el cepillito en el ojo. Entonces, sí que se quedará ciega.

–Está bien...–susurró la anciana.

Mientras separaba las pestañas e intentaba no dañarla. El tema *Axel* aparecía nuevamente en su cabeza. ¿De verdad que Ronald lo había enviado? ¿A él? Prefería montar en bici, pese a llevar aquella estrecha falda de tubo rosa y tacones, a estar con aquel hombre dos minutos encerrada en el interior del mismo coche.

Al apreciar que arrugaba la frente, tras imaginarse qué sucedería entre los dos en un lugar tan pequeño, se centró en la mujer que suspiraba profundo y recordó qué le había dicho ella y cómo la nombró Axel.

–¿No me había comentado que fue una bailarina? Entonces... ¿por qué impartió clases de narración?

–No puedo hablar, ¿recuerdas? –ironizó la señora Zheran.

–Entonces, haremos un descanso. –Miró hacia el celador que permanecía inmóvil frente a la puerta y señaló con el dedo una de las botellitas de agua que tenía a su lado. Por supuesto, el hombre la comprendió y la atendió con rapidez. –Gracias –le dijo cuando se la ofreció.

–Lo que me pida, señorita Tucker –comentó Raymond con una gran sonrisa.

—Yo que tú dejaría de reírme, si no quieres que tu boca tenga menos dientes que la de la señora Sparroung —le aconsejó Charlize al celador —. Anda, regresa a la puerta, protégenos de ese viejo verde que le gusta tocar los culos de los demás y deja de manchar el suelo de babas.

—¡Señora Zheran! —exclamó Lindsey.

En ese momento, que había tragado un poco de agua, comenzó a toser. Todos se giraron hacia ella, hasta Axel. Cuando vio que el celador pretendía golpearle la espalda para ayudarla en esa tos, voló. Literalmente, llegó volando hasta Lindsey.

—Ni se te ocurra ponerle un dedo encima —le advirtió colocándose al lado de ella —. ¿Está bien? ¿Quiere que la saque de aquí? ¿Necesita respirar un poco de aire fresco? ¿Llamo al médico? —consultó mientras le cogía la mano que ella había colocado frente a sus labios rojos, para no esparcir el agua por todos lados, y se la agarró con fuerza.

—No dramatices tanto, muchacho —respondió Charlize aguantando la sonrisa —. Déjala que tosa un poco, para que el agua que ha tomado se dirija a su lugar, y se calmará. Por cierto, ¿no has encontrado a tu profesor de ajedrez? ¡Corre! ¡Vete! ¡No le hagas esperar que está muy solito sin tu compañía!

—Si desea salir de... —intentó decir Axel mientras su otra gran mano tocaba la espalda de ella muy despacio. Lindsey negó con la cabeza esa

opción. Respiró hondo e intentó recomponerse no solo de esa tos, sino de sentir también aquellos cálidos dedos recorrer su espalda –. ¿Me promete que está bien? –insistió cuando ella se incorporó y lo miró a los ojos.

Azules. Sus ojos eran muy azules y en el flequillo, ese que había enrollado bajo un pañuelo de color negro, tenía un mechón pardo.

–Se lo prometo –le aseguró Lindsey sin poder apartar los ojos de esa camiseta negra, de esa barba espesa y de esas pupilas oscuras que recorrían su cuerpo buscando algún daño.

–No me moveré de aquí –afirmó solemne –. Si se encuentra mal, puede llamarme en cualquier momento. –Y, sin ser consciente de lo que hacía, apartó dos lágrimas, que caminaban libremente por las mejillas de Lindsey, con las yemas de sus pulgares.

–Lo haré –respondió ella sin voz. Quedándose traspuesta ante esa extraña muestra de ternura.

¿Cuál sería el siguiente paso? ¿Hipnotizarla para que se marchara sonámbula de su casa? ¿Le invitaría a una cerveza con tanto tranquilizante en su interior que un rinoceronte podría dormir durante años? Porque la actitud que mantenía hacia ella la confundía.

Dos días antes de su desaparición, era Axel, el capullo. Hoy, aparecía corriendo hacia ella sin apenas tocar el suelo, como Superman, al preocuparse por un leve atrancamiento. ¿Pensaba que no sospecharía de él?

¿Qué olvidaría sus ganas de echarla del trabajo? Esos dos días en los que había estado escondido tuvo tiempo, más que suficiente, para idear otro plan maléfico. Pero esta vez estaría preparada.

Sin embargo, lo que ocurrió a continuación, volvió a desordenar sus pensamientos.

Axel se giró hacia Raymond, caminó los dos pasos que les mantenía separados y le dijo:

–No vuelvas a acercarte a ella, ni tan siquiera la mires. Si tiene otro problema, estaré aquí para solventarlo, ¿entendido?

–El director quiere que...

–¡Me importa una mierda lo que quiera tu director! –tronó –. ¡Que no la mires! ¿Ha quedado claro?

–Sí, señor Dhal. Cristalino.

Alto. Raymond era un hombre muy alto y bastante fuerte, debido al esfuerzo que realizaba levantando y transportando ancianos. Sin embargo, Axel le sobrepasaba unas dos pulgadas de altura. No era tan fuerte como el celador, pero esa maldita camiseta de color negro, muy apropiada para la ocasión, destacaba ese cuerpo de infarto.

El hijo de los Dhal esperó a que Raymond regresara a la puerta y no se movió de allí hasta que el empleado miró hacia el lado contrario de donde se encontraba Lindsey. Una vez que confirmó que el trabajador había

escuchado y entendido su orden, se marchó de nuevo.

Las manos le temblaban. Fue consciente de ello cuando intentó dejar la botella sobre la mesa y observó que no conseguía hacer algo tan simple. ¿Por qué Axel había actuado así? ¿Por qué tenía que confundirla tanto? ¿La gente podía cambiar tan rápido? ¿O quizás siempre fue así, como le dijo Avi?

Sin frenar ese temblor, esa inquietud, esa intranquilidad que recorría cada partícula de su cuerpo, Lindsey cogió el botecito de rímel e intentó pintar las pestañas que le faltaban.

—¿No íbamos a darnos un descanso? —le recordó Charlize cuando advirtió la intención de la joven y cómo le temblaba el pulso. Si agarraba en ese momento unas maracas, ganaría el festival mundial de instrumentos idiófonos.

—Creo que será mejor que termine cuanto antes. No es conveniente que el hijo de los Dhal esté merodeando por aquí. Como ha comprobado, no tiene desarrollada la habilidad de relacionarse con la gente — comentó a modo de excusa.

Pero lo cierto era que se encontraba tan nerviosa que deseaba sentarse en su sillón, taparse con aquella mantita blanca y permitirle a Rob que ronroneara sobre sus faldas mientras buscaba los posibles motivos por los que Axel había actuado como un marido celoso.

—Ha hecho lo correcto —le aseguró retirando despacio la silla para que la muchacha tomara asiento y se recompusiera —. Recuerda que trabajas para sus padres y que estás bajo su protección. Si te ocurriera algo, los Dhal padecerían esa tragedia durante el resto de su vida...—Y dejó todo aquello que pensaba y que había confirmado archivado en su mente —. Bueno, estábamos hablando de cómo me convertí en una profesora, ¿verdad?

—Sí, eso mismo —respondió Lindsey mirando hacia la zona donde se dirigió Axel.

Un problema... El comportamiento de Axel era un gran problema. Había llegado hasta allí para asegurarle más clientes a Ronald, pero, después de la horrenda actuación de su propio hijo, esa larga lista que había realizado mentalmente se había quedado en uno: ese profesor de ajedrez que se alegraría de verlo.

—Lo abandoné por amor...—dijo Charlize. Posó las manos sobre su regazo y se las agarró —. Un día apareció por el teatro en el que trabajaba un nuevo espectador. Este se sentó en primera fila, así que, desde que lo vi, solo tuve ojos para él.

—Qué bonito...—suspiró Lindsey—. Por aquel entonces, sí que había romanticismo.

—No creas. Luego descubrimos que era el nuevo director y que se había sentado en aquel lugar para ir eliminando a las bailarinas que no

llegaban a la altura.

—¿Se enamoró de un hombre así? —espetó asombrada.

—A mí no me echó. Se quedó prendado de mis tetas, que ese día se movieron mejor que nunca —comentó con sarcasmo—. Después de aquella actuación, nos reunimos con él, nos habló de los cambios que había programado y, extrañamente, quiso que yo actuara como vedette principal.

—Trato de favor...—susurró Lindsey.

—¿Acaso no las has utilizado para lograr aquello que deseabas? Porque, si no lo has hecho, has sido demasiado tonta.

—Como le he explicado antes, para mí han sido un problema más que una salvación. No me sirvieron para que Caden se quedara conmigo, y eso que Melinda se quejaba del tamaño tan pequeño que le había otorgado su naturaleza genética —dijo a modo de queja.

—¡Porque no era el hombre adecuado para ti! —le aseguró Charlize—. Pero sí que Shemar era el mío. Por eso no paré de engatusarlo hasta que me pidió que me casara. Después de la boda, retomé mis estudios y me convertí en una profesora de colegio. Allí conocí a Axel, quien, por cierto, era malísimo en narración. Aunque, por lo que he escuchado, ya sabe describirse a la perfección.

—No sé cómo se ha atrevido a intervenir en una conversación privada...—refunfuñó Lindsey mientras se levantaba del asiento y cogía de

nuevo el bote de rímel –. Es un maleducado.

–Por ese motivo solo le daremos un aprobado. No debió olvidar ese adjetivo tan importante –comentó divertida la señora Zheran –. Pero también debes admitir que es un muchacho muy guapo. Si no me equivoco, el más guapo que he visto en mi vida –apuntó aguda.

–Axel es de los hombres que necesitan cerrar la boca durante toda su vida –añadió la joven al tiempo que pintaba las pestañas del otro ojo –. Sólo así mantiene vivo ese encanto.

–¿Sabes que estuvo casado?

–Sí.

–¿Sabes que ella lo dejó porque no quería vivir con un hombre que trabajaría en la funeraria familiar? –insistió.

–La familia Dhal lo llaman tanatorio y no, no sabía el motivo por el que se había divorciado. Aunque no me extraña. Ninguna mujer podría soportar esa vida...–Metió el curvo cepillo en el bote, lo cerró, lo depositó en el maletín, cogió una cajita de polvos, una brocha con mango de bambú y empezó a extenderlo por las mejillas de la anciana.

–¿Pero tú sí que te sientes feliz trabajando ahí, verdad? Eso fue lo que me dijiste al hablar sobre tu antigua depresión: que sólo lograste salir de ella cuando empezaste a trabajar con los Dhal.

–Lo considero un paso más para alcanzar mi sueño –expuso

huidiza. Se apartó de ella, le frotó con un dedo las mejillas y le sonrió—. ¡Terminada! ¡Está usted estupenda!

—¿Me pasas el espejo, por favor?

—Claro. —Lindsey dejó la brocha y la cajita de polvos en el maletín y le ofreció el espejo—. ¿Le gusta?

—Me gustaría más si me hicieras desaparecer esas horrendas arrugas, pero sí, estoy estupenda —comentó devolviéndole el espejo—. ¿Qué sueño es ese, muchacha?

—Convertirme en la maquilladora de las grandes estrellas de Hollywood —desveló.

—En eso no puedo ayudarte, Lindsey. Pero... ¿sabes que siempre he sido una buena casamentera? Donde ponía el ojo, ponía la flecha de Eros —comentó dibujando una enorme sonrisa—. ¿No quieres que te busque un hombre? Seguro que puedo encontrarte...

—No se esfuerce, señora Zheran. No quiero más hombres en mi vida.

—¿Y si yo pudiera encontrarte el hombre que te amará y te respetará el resto de tu vida, me dejarías que te lanzara una flecha de amor?

—Tiene, entonces, mi permiso para hacerlo. Aunque le advierto que es muy difícil lograr una cosa así en estos tiempos. Ya nada es como antes... —le aseguró antes de darle un beso en la frente.

–Eso lo veremos... –susurró Charlize mirando hacia el lugar del salón donde estaba el hijo de los Dhal.

#TanaLove

Para aumentar su furia, el apacible señor Brewster estaba sentado en la otra punta del salón y no podía confirmar que el empleado seguía sus instrucciones. Solo esperaba que no volviera a comérsela con los ojos o le arrancaría de un puñetazo todos los dientes de su boca. Cuando se le pasó la idea de hablar con su antiguo profesor y pedirle que ocuparan una mesa más cercana a ella, la eliminó con rapidez. Ni se había convertido en su maldito perro guardián ni quería que todos pensarán que era un acosador. Sería la segunda vez que lo acusaran de algo tan absurdo y, como decía su madre, era de tontos tropezar dos veces en la misma piedra.

Al recordar qué le sucedió en aquel parking del supermercado se preguntó qué habría pasado con aquella mujer. ¿Moriría a causa de una fuerte gripe? Porque en el momento que permanecieron juntos, la suave lluvia se convirtió en un torrente de agua en el que los ciudadanos de Detroit podían navegar sobre los coches. También recordaba que sus ropas estaban empapadas, que se pegaron a su pequeña figura, que su rostro se parecía al de un mapache tras encontrarse con un hambriento león, y que sus pechos eran grandes. Aunque no tan grandes y llamativos como los de Lindsey.

–¡Me alegro de verte, Axel! –le saludó el señor Brewster cuando

levantó la barbilla y se lo encontró frente a su mesa –. ¿Qué haces aquí? ¿Tus padres han decidido al fin deshacerse del hijo perfecto? –añadió ofreciéndole la mano.

–Aún me soportan, aunque no sé cuánto tiempo seguirán haciéndolo. –Agarró esa mano anciana y se la apretó despacio. Ya no era el profesor de ajedrez que recordaba.

El paso del tiempo no había sido justo con él...

Axel intentó no mostrar en su rostro el fuerte impacto que sufrió al observarlo tan cambiado. Quiso recordar alguna conversación que mantuvieron sus padres sobre el viejo y cariñoso profesor de ajedrez, pero en aquellos tiempos no les prestó atención porque intentaba buscar la mejor forma de salvar su matrimonio. ¿Qué le había ocurrido? ¿Diabetes? ¿Una enfermedad genética? ¿Cáncer? Fuera lo que fuese, apenas quedaban rasgos de aquel joven y seductor profesor, que regresaba a su hogar horas después de finalizar sus clases porque debía atender a todas las madres que pedían tutoría para hablar sobre sus hijos.

–Entonces, ¿qué haces aquí? –insistió mirando a su alrededor. Tomó asiento y luego invitó a Axel.

–Soy el encargado de llevar a la señorita Tucker sana y salva a su hogar. Como habrá oído, mis padres están encantados con tener al fin una empleada tan eficiente. En verdad, la adoran tanto que serían capaces de

matarme si le sucede algo –explicó ajustando sus largas piernas al pequeño espacio que había bajo el tablero de la mesa.

–Pues debes tener mucha paciencia porque no te resultará fácil sacarla de aquí... –manifestó en tono reflexivo –. Ha enamorado al noventa por ciento de los hombres, el diez por ciento restantes sufre alzhéimer, y tiene a todas las mujeres pidiéndole que las maquillen de no sé qué dichosa forma...

–*Pin up girl* –aclaró Axel –. Parece que allá donde va, levanta expectación. No entiendo cómo mis padres han sido tan insensatos de permitir que visite las residencias. Cualquier director inteligente y con algo de visión futura, hablaría con ella para contratarla personalmente. Creo que esta vez han sido demasiado confiados...

–Si no te hubiera conocido de pequeño, te prometo que ahora mismo me habrías congelado la sangre. El tono que has utilizado para hablar sobre ella me ha trasmitido odio, rabia e incluso cierto abuso por tu parte. Como si planearas ponerla sobre tu hombro, llevártela de aquí, meterla en una habitación y aislarla del resto del mundo. Pero ha sido una percepción errónea, ¿verdad? Porque deduzco que sólo deseas cumplir la orden de tu padre y velar por el bienestar de esa joven, ¿estoy en lo cierto?

–Sí. Ya sabe que siempre he sido un defensor de causas perdidas...

«Aunque esa idea estaría genial...», pensó.

Giró despacio la cabeza hacia donde estaba ella, pero una enorme columna pintada de blanco le impedía verla. Lo único que podía observar era la mitad de la silla de ruedas de la señora Zheran. Con lo cual, tenía que confiar en la sensatez de la anciana para que nadie se acercara a Lindsey.

—¿Te apetece una partida de ajedrez o vas a permanecer todo el tiempo con el cuello girado hacia la izquierda? —comentó el señor Brewster—. Puedes hacer feliz a este pobre lobo solitario. Además, tu chica estará a salvo mientras Charlize esté a su lado.

—No es mi chica...—masculló abriendo la caja donde Brewster tenía las piezas del ajedrez.

¿Las tendría allí por si alguna vez alguien se atrevía a jugar con él? ¿O sólo para recordar el mejor momento de su vida?

Una a una, Axel fue colocándolas sobre el tablero. Una vez que todas estaban en su posición, miró a su antiguo maestro, aguantó un lamento al descubrir otros rasgos de aquel espléndido pasado, y le preguntó:

—¿Blancas o negras?

—¿Has perdido la memoria, Axel? ¿No recuerdas cuál era mi color preferido?

Axel sonrió, giró el tablero despacio y le puso las blancas. No, no había olvidado aquellos años, ni aquellos días de lluvia en el que sus

compañeros saltaban en los charcos del patio mientras él aprendía los movimientos de las piezas. Ni tampoco los campeonatos que se celebraron en Monroe, ni los de Carleton, ni los de Raisinville Township. Ni cómo le indicaba con la cabeza que lo dejara solo cuando alguna madre, con vestido corto, deseaba hablar con el buen profesor.

¿Cómo borrar esos años de su mente? ¡Era un campeón! ¡Se comía el mundo! La suerte le acompañaba: buen físico, buen estudiante, triunfador, tenía una novia estupenda, pero... todo eso no era importante. ¿Quién puede ser feliz alejado de las dos personas que le han dado la vida? Él, por lo menos, no. Por eso regresó, por eso quiso ayudar a su padre, por eso Theresa se divorció y por eso no quería saber nada de ninguna mujer... Hasta que llegó el pequeño terremoto vestida de aquella forma y con esa descarada manera de ser, para ponerle su mundo al revés en menos de dos semanas. Sin contar, claro está, con ese secreto que jamás desvelaría...

—¿Empezamos con la *Apertura Londres*? —le preguntó Axel después de confirmar que la silla de ruedas de la señora Zheran seguía en el mismo lugar.

—Por supuesto. ¿Sabes cuáles son los movimientos que debes seguir, verdad? —comentó Brewster cogiendo su primer peón.

—Jamás podré olvidarla. Gracias a esa jugada gané la partida con el que conseguí el torneo de mil novecientos noventa y tres —dijo orgulloso.

Había terminado...

Aunque alargó el tiempo todo lo que pudo al lado de la señora Zheran, ya era hora de regresar a su hogar. Los nervios todavía le acompañaban, al igual que la incertidumbre por averiguar qué ocurriría una vez que los dos se encontraran juntos en el interior del coche.

Después de despedirse de Charlize, caminó despacio, sin prisa, hacia la zona donde se encontraba Axel y ese profesor. Redujo el sonido de sus tacones, a la vez que se maldecía por no haber elegido un calzado menos ruidoso. No paró de andar hasta que observó la gran espalda cubierta con una camiseta negra y esa mata de pelo tan semejante a la de su padre. ¿Debía colocarse junto a la mesa y decirle que ya podían marcharse? Tal vez eso era lo más adecuado, enfrentarse cuanto antes a aquel hombre. Sin embargo, cuando se acercó a ellos, no quiso interrumpirlos. Ambos se hallaban muy concentrados en una partida de ajedrez. ¿No vio en la casa de Axel un trofeo en el que le otorgaron el primer puesto? ¿Aquel hombre fue quien le enseñó a jugar? ¿Por qué Axel se asombró cuando la señora Zheran le informó que el profesor se encontraba en la residencia?

Sin apartar los ojos del gran cuerpo, que cruzaba las largas piernas bajo la mesa de manera imposible, apoyó la espalda sobre una

columna pintada de blanco, agarró el maletín con las dos manos y se quedó allí, en silencio, observando la partida entre el antiguo profesor y el gigante.

–Alfil, a torre –expresó Axel.

Se llevó la mano derecha hacia la cara, después de ejecutar esa jugada, y se acarició la barba muy despacio.

–Caballo a reina –le respondió su contrincante –. ¿No pretenderás ganarme, verdad?

–El alumno puede superar al maestro –dijo él, sin dejar de tocarse la barba.

Lindsey seguía sin mover ni un solo músculo, expectante a la jugada. ¿No sería tan malvado de ganarle? ¿No podía, por una vez, ser un hombre generoso? Aquel profesor, con un aspecto muy demacrado, necesitaba un pequeño aliciente, y ganar a un engreído sería un buen premio.

Axel se reclinó sobre su asiento, miró las fichas colocadas en el tablero, luego al profesor y sonrió.

–¿Pretende ridiculizarme, señor Brewster? –preguntó entornando sus oscuros ojos –. Porque le aseguro que no lo conseguirá.

–¿Yo? ¿Cómo puedes pensar una cosa así? –le respondió como si se sintiera ofendido. Miró a su contrincante y luego hacia ella. Sonrió aún más, se levantó del asiento y movió la mano para que se acercara –. Imagino que usted es la señorita Tucker.

Al escuchar el apellido de Lindsey, Axel se desconcentró, la miró y se levantó tan deprisa que movió las fichas de su lugar.

—No quería interrumpir —comentó ella, caminando hacia la mesa—. Según he oído, el ajedrez es un juego en el que se debe prestar mucha atención para ganar.

—¡Oh, tranquila! ¡Puedo ganarle con los ojos cerrados! —exclamó fanfarrón. —Extendió la mano hacia ella y cuando se la aceptó dijo—: Soy Josh Brewster.

—Lindsey Tucker.

—Un placer conocerla, señorita Tucker.

—Igualmente —respondió, intentando no mirar a Axel.

—¿Quiere hacernos compañía? Le aseguro que no tardaré mucho en vencerle, siempre y cuando este niño coloque de nuevo las fichas en su lugar.

—No quiero molestar...—señaló Lindsey sin moverse.

—No es molestia. Además, aquí la vigilaré para que no le suceda otro altercado como el de antes —aseguró Axel que, tras sus palabras, cogió una silla y se la colocó detrás de ella.

—¿Y bien? —preguntó Brewster una vez que los tres tomaron asiento—. ¿Seguimos?

—No me meta prisa. Quiero estudiar la siguiente jugada. Si

cometo un error, me ganará –le respondió Axel mirando hacia las fichas, procurando centrarse en el siguiente movimiento.

Pero... ¿cómo una tarea tan fácil podía convertirse en algo imposible? Quizá porque ella lo desconcentraba con aquel perfume y con el susurro que hacía al respirar. Se frotó las manos, cogió la única torre negra que le quedaba y calculó la posición más beneficiosa. Si no movía el peón que custodiaba a su rey, tendría un noventa por ciento de posibilidades de ganar.

–¿Cómo ha terminado una joven como tú en un lugar como este?
–le preguntó Brewster a Lindsey.

Buena jugada. Aquel movimiento había sido perfecto. Si no intervenía con rapidez, Axel tendría razón: el alumno superaría al maestro.

–¿Se puede hablar mientras se juega?

–¡No! –contestó con rapidez Axel.

–¡Sí! –dijo Brewster –. No le hagas caso. Este muchacho se toma todo lo que hace muy en serio. ¡Adelante! Cuéntame cómo una joven tan bonita como tú ha llegado hasta Monroe para trabajar con los Dhal.

–¿Quiere decir con eso que mi familia no es buena? –refunfuñó Axel.

–¡Para nada! –señaló divertido Brewster –. Tus padres son un encanto, el único *pero* que veo en ese trabajo eres tú.

Y Lindsey no aguantó la risa que le provocó escuchar aquel comentario hiriente sobre Axel. ¿Todo el mundo opinaba igual que ella? Pues esa fama de insociable se la había ganado él solito... Tomó aire, dejó de sonreír y respondió:

–Le haré un breve resumen porque, según he comprendido, aquí el tiempo es muy importante.

–Puedes extenderla todo lo que desees, ni tengo prisa, ni me voy a mover de aquí y, claro está, no me levantaré hasta que finalice la partida.

–Que será más breve que su historia si seguís desconcentrándome –apuntó Axel malhumorado.

–No le hagas caso. Este muchacho es así desde que...–Brewster juntó los labios al ver que se estaba pasando. No era apropiado hablar sobre la etapa más dura de Axel. Al igual que él, debía superar el pasado para continuar con su futuro. El suyo, asumir dónde había acabado, el del Axel, buscar su lugar en la vida.

–Es bastante sencilla –intervino Lindsey al notar cierto malestar en el hijo de los Dhal –. Trabajé en un salón de belleza, me despedí y, cuando pensaba que no encontraría otro trabajo que me hiciera feliz, leí el anuncio que puso la familia Dhal.

–Pero no sabía cuál era su función –masculló Axel –. Así que está aguantando porque no ha encontrado otra cosa.

–¿Es cierto? –quiso saber Brewster cogiendo la reina para moverla y terminar con la maldita torre de Axel que estaba a punto de hacerle un *jaque*.

–Sí y no –refunfuñó Lindsey cruzándose de brazos. Bien, el tosco, huraño y antipático Axel volvía a la carga –. Es cierto que no sabía que debía maquillar a clientes que ya no respiraban, pero no, no estoy buscando nada porque lo que hago me gusta.

–Hasta que se presente una ocasión mejor –volvió a interceder Axel –. Entonces cogerá su maletita rosa, su gato y nos dirá adiós desde la ventana del autobús.

–¿Eres idiota? –le soltó enojada –. ¿Por qué piensas que me iré?

–Por favor... no discutáis aquí. La partida ha de...

–Porque no eres el tipo de mujer que necesitamos –respondió volviéndose hacia ella. Ese movimiento, algo brusco, hizo que sus piernas, flexionadas bajo la mesa, tocaran las de Lindsey. Axel esperó a que diera un respingo, que saltara hacia atrás y evitara ese contacto, pero ni se inmutó. Le desafiaba, como hacía cada vez que estaban juntos.

–¿Y qué tipo de mujer necesitáis, *Axel*? –le preguntó añadiendo su nombre con tono retintín.

Bien, llegados a ese punto, ¡se acabo el trato cortés!

–Una mujer que no salga corriendo cuando tenga la más mínima

oportunidad. Una mujer que asuma cada momento con entereza y que no lamente vivir en el lugar donde se encuentra mi familia. Una mujer que se sienta feliz al trabajar con muertos –dijo Axel sin apenas respirar.

–Chicos...

–¿Quién te ha dicho a ti que yo no soy feliz? ¿Acaso me lo has preguntado? ¡No, para nada! Lo único que has hecho, en las dos veces que nos hemos visto, ha sido regañarme y apartarme de la gente.

–En la primera ocasión, *Lindsey* –enfaticó con sarcasmo –. Te encontré sobre un muerto en una posición indecente.

–¿Qué hacías? –espetó Brewster con los ojos abiertos.

–Nada. Necesitaba una esponjita para extender el maquillaje del señor Reed y este energúmeno entró en la sala cuando apoyé mi pecho sobre la cara del pobre difunto.

–¿He de escribir en mi testamento que quiero el mismo trato que le has dado al señor Reed?

–¡Brewster! –exclamó enfadado Axel mirando al profesor de mala manera.

–¿Por qué los demás pueden disfrutar y yo no? –comentó como un niño malcriado.

–No fue adecuado –gruñó Axel volviendo la mirada hacia *Lindsey* –. Si en vez de presentarme yo, hubiera aparecido un hijo del

difunto, mis padres habrían tenido un problema.

–¡Sí, claro! ¡Un enorme problema! –apuntó el profesor divertido

–. ¿Cuál fue la segunda?

–Me ordenó ir al crematorio alegando que el señor Dhal me llamaba y... ¡era mentira! –acentuó mirándolo sin pestañear.

–Seyfried no le quitaba los ojos de encima y quise...–Axel se quedó en silencio. ¿Era acertado utilizar la palabra proteger? No, no lo era. Ella podía pensar algo erróneo, o quizá concluir cierta verdad que ni él mismo quería afirmar.

–Quiso apartarme como si tuviera una enfermedad contagiosa –respondió Lindsey enojada.

–Vaya... Eso sí que estuvo mal, Axel. Muy mal...

–Lo estuvo –afirmó ella cruzándose de brazos de nuevo.

–En fin... Como hemos concluido que eres un estúpido y que tu comportamiento con ella ha estado mal, ¿puedes ya mover la siguiente ficha? –le pidió Brewster sin borrar la sonrisa de su rostro al ver que el muchacho se había enfadado tanto que dudaba qué pieza mover.

Tenía que terminar cuanto antes. No podía soportar ni un segundo más a su lado. Ella lo enfurecía, lo enojaba tanto que deseaba golpear el tablero y dar por concluida la partida de esa manera tan brusca. Se reclinó sobre la silla otra vez, cogió su rey y lo dejó sin protección.

–Jaque mate –dijo Brewster aprovechando esa oportunidad, ese movimiento intencionado de su contrincante –. Sigues siendo un aprendiz.

–Sí, no lo dude –comentó mientras se levantaba del asiento –. Pero le aseguro que la próxima vez que juegue con usted, sin interrupciones odiosas, no le resultará tan fácil –añadió extendiendo la mano hacia él.

–Te esperaré con ansia –respondió aceptando esa despedida –. Señorita Tucker, ha sido un placer conocerla. Espero que nos veamos en otra ocasión.

–Si le ofrecen otro empleo mejor, se marchará –expresó Axel antes de que ella pudiera contestar.

–Le prometo que volveré, sin la compañía de este ser tan engreído –declaró antes de darle dos besos.

–Te esperaré –señaló Brewster.

Sus tacones agujereaban las baldosas al pisar. Podía torcerse un tobillo o romper uno de sus tacones, pero le daba igual. Lo único que deseaba era llegar lo antes posible a su hogar y que aquel idiota volviera a esconderse en su habitación hasta que ella se marchara de Monroe.

–¿Dónde tienes el abrigo? –quiso saber Axel una vez que cerró la puerta del salón de recreo.

Al escuchar que la tuteaba, que mantenía ese trato tan cercano, se encogió. Prefería que no lo hiciera, prefería que no estuviera con ella y rezaba

para que Ronald apareciera y la llevara él en su coche, aunque fuera en el fúnebre.

–Lo tiene la recepcionista –le dijo después de suspirar.

–Yo iré a por él, espérame en la puerta –le ordenó.

–Puedo cogerlo...

–No. Yo se lo pediré.

Sin decir nada más, Axel caminó hacia la empleada, le pidió el abrigo y fue a buscarlo con rapidez al perchero. ¿Qué diablos le ocurría? ¿Por qué tenía tanta prisa? Lindsey miró el reloj redondo que había en la pared de recepción y observó que faltaban diez minutos para las seis. Aún era pronto. Le quedaban unos minutos para llegar a la hora acordada y, lo más adecuado, sería despedirse del director y agradecerle lo que había hecho por la familia Dhal. Pero no. Él no pensaba en eso. Su comportamiento *capullo* salía a relucir para destrozar el esfuerzo que sus padres y ella misma habían hecho.

–¿Te lo pones aquí o en el coche? –le preguntó al ofrecérselo –. Mejor en el coche. Aunque no te hará falta porque mantendré encendida la calefacción.

–¿También me dirás cómo debo sentarme? Porque es lo único que te falta por...

No pudo finalizar su queja. Axel la cogió del brazo y la condujo hacia la salida. Le abrió la puerta principal, le hizo bajar los escalones con

tanta rapidez que parecía Cenicienta cuando sonó las doce campanadas, la metió en el coche y, antes de preguntarle si lo próximo que tenía pensado sería encerrarla en una mazmorra, arrancó y salió de allí disparado.

Las mejores cosas de la vida suelen ocurrir cuando no esperamos nada.

(Walter Riso)

¿Lo que había hecho podía considerarse un secuestro? Porque eso aumentaría la lista de horrores que empezó aquella joven tres años atrás en el parking del supermercado. Pero no pudo remediarlo. Al descubrir que faltaban diez minutos para alcanzar la seis y tras discutir nuevamente con Lindsey, no le cabía la menor duda de que ella aceptaría la invitación de Seyfried cuando apareciera por la residencia. De ahí que ese instinto masculino, que empezaba a odiar, le gritara que no debía perder más tiempo.

Axel apartó la mirada de la carretera, en la que aparecería en cualquier momento el Chevrolet del cura, y la dirigió hacia ella. El abrigo descansaba sobre sus rodillas, sus brazos se habían convertido en un escudo frente a su pecho, respiraba como un búfalo resfriado y la punta de sus zapatos repiqueteaban en el suelo. ¿Eran suficientes signos para afirmar que estaba enfadada con él? Tal vez no... Cabía la posibilidad de que sintiera mucho miedo al viajar, de ahí que el día del autobús perdiera los nervios, y de que en ese momento estuviera tan rígida en el asiento.

«¿No eres capaz de ver lo evidente? ¿Tan ciego estás?», se

preguntó mentalmente.

–¿Qué te ha parecido la visita? ¿Has disfrutado? –comentó para eliminar ese silencio tan irritante.

–Hasta que has llegado, todo marchaba estupendamente –le respondió después de girarse hacia él como si se hubiera convertido en *la niña del exorcista*.^[5] Sólo le faltaba insultarle o vomitarle para representar esa escena monstruosa con la mayor veracidad posible.

–Es tarde... Y no quería que...

–¿Es tarde? –gritó –. ¡No es tarde, Axel! Tu padre me dijo que podía quedarme hasta las seis y, con tanta prisa por sacarme de ahí, no me ha dado tiempo ni de despedirme del director de la residencia.

–Mañana le llamaré por teléfono y le pediré disculpas de tu parte –expresó, fijando la mirada en la carretera.

Ya venía. Los faros de otro coche iluminaban las curvas por las que transitaban. Seyfried iba a encontrarse con un nido vacío. Su felicidad, su ego se destruiría cuando le informaran que ella no estaba y que se había marchado con el hijo de los Dhal. Entonces entendería que *no*, significa *no* y nada de *quizás*. Ese pensamiento le hizo sonreír en un momento bastante inoportuno porque Lindsey seguía reprochándole su falta de educación.

–¿Te hace gracia? ¡Pues a mí ninguna! ¿Qué pretendes? ¿Raptarme? Como no he salido huyendo, tal como hicieron las demás al

conocerte, ¿quieres obligarme por las malas a marcharme del tanatorio?

–¿Puedes, por favor, coger lo que hay en el suelo?

–¡¿Qué?! –preguntó abriendo los ojos como platos.

–Lo que hay en el suelo –le señaló con un dedo la punta de sus pies –. Antes de llegar a la residencia, se me cayó algo y no sé qué es.

–¿Y no puedes hacerlo tú? ¿Me has raptado para convertirme en tu puñetera sirvienta? ¿Te drogas, Axel? ¡Porque sólo eso puede explicar que no pienses con claridad! –bramó con más fuerza todavía.

Al deducir que ella no se agacharía en el momento en el que Seyfried se cruzaría con él, alargó la mano derecha hacia el abrigo, se lo quitó y se lo echó por encima.

–¿Pero a qué estás jugando, gilipollas? –tronó Lindsey enojada, asombrada, estupefacta, apartándose el abrigo como si estuviera repleto de chinches.

–¿No tienes frío? Pensé que temblabas de frío y he querido ayudarte –le respondió con tono inocente.

Bien, pese a que se habían cruzado en mitad de la curva, el cura no había reparado en su coche. Estaba tan entusiasmado por llegar a la residencia que fue incapaz de darse cuenta que él conducía en dirección contraria. Había salvado un contratiempo, ahora le tocaba el más duro: enfrentarse a ella después de una actuación tan tonta e inesperada.

—¿Frío? ¡Echo humo por las orejas! —continuó gritando Lindsey—. Por favor, para este maldito coche. Quiero bajarme. En cuanto vea que te alejas, llamaré a tu padre para que me recoja lo antes posible. Te prometo que no le diré que me has raptado ni que has intentado asfixiarme con mi abrigo, ni que...

—No voy a dejarte en ningún lado. Voy a llevarte a casa y no he intentado asfixiarte sino cuidar de tu bienestar —dijo con tranquilidad.

—¡Imbécil! —masculló enroscándose en el asiento como lo haría Rob.

—Lindsey, me gustaría saber si te lo has pasado bien. Sé que para ti no es normal hacer este tipo de visitas... —insistió en averiguar. Pero ella se mantenía en silencio, como si no escuchara sus palabras—. Sigues enfadada, puedo notarlo.

—¡Oh! —exclamó irónica tapando con la mano derecha su boca—. ¿Has tenido que pensar mucho para llegar a esa conclusión?

—Vale, lo entiendo y te pido perdón por todo. Sé que me he comportado como un cretino, pero puedo ofrecerte una buena explicación —intentó decir.

—Sí, ya sé qué explicación va a ser... Mira, ahórrate el aliento, las palabras y ese estúpido arrepentimiento, porque no te servirán de nada. Ya tengo una idea preconcebida de lo que eres y nada ni nadie me hará cambiar

de opinión.

—¿No quieres escuchar mi versión de los hechos? —preguntó mirándola de reojo.

—¿Tu asqueroso comportamiento tiene un por qué? Porque yo no lo creo. Has nacido idiota y morirás idiota —aseveró frunciendo el ceño.

—Me lo merezco. Lo sé. Pero como tenemos veinte minutos de trayecto, quiero defenderme. ¿Te parece bien?

—No.

—Me alegra oír que estás dispuesta a escucharme —declaró divertido—. Así que no te haré esperar.

—¿Puedes acelerar o es que este maldito cacharro no puede ir más rápido?

—Este magnífico vehículo puede correr más de lo que crees, pero no lo haré porque, si miras hacia la esquina de este lado —le señaló con el dedo una pequeña rotura en el cristal—, encontrarás una fractura y esta se extenderá si le hago vibrar.

—¿No has tenido tiempo de arreglarlo? ¿O es que has estado demasiado ocupado espantando a las mujeres que han querido trabajar con tus padres?

—*Jaque mate*, Lindsey —respondió con media sonrisa—. Pero no ha sido esa la razón por la que no he querido arreglarlo. Es un recuerdo de

guerra...

—¿De verdad? —espetó volviéndose hacia él, relajando un poco ese rostro enojado —. Lo siento...

—No de esa guerra, que, por cómo me miras y reduces tu ira, supongo que mis padres te han contado algo sobre mi pasado.

—Eres su único hijo y es lógico que me hablen de ti —apuntó mirando de nuevo hacia la carretera —. Aunque también me han advertido de lo estúpido que te vuelves cuando contratan a otra empleada. Pero se les olvidó comentarme que no sólo utilizas esa lengua afilada para asustarlas, sino que ahora optas por secuestrarlas.

—Bueno, me sigo mereciendo esas palabras tan duras y te pido perdón... otra vez.

—¿Tú pides perdón dos veces? ¡Mientes!

—¿Quieres que siga hablándote de esa grieta o prefieres insultarme durante todo el viaje?

—Lo único que quiero es que me dejes en algún sitio donde pueda recogerme tu padre. Sus conversaciones son más divertidas que las tuyas.

—¿No te intriga averiguar qué me sucedió en tu querida Detroit? Quizás te rías cuando te cuente el enfrentamiento que tuve con una mujer...— dijo con tono misterioso.

—Sea lo que sea, seguro que te lo merecerías —masculló,

cruzándose de brazos de nuevo.

–Tal vez sí o tal vez no... Para saber si tienes razón, he de contarte lo que ocurrió –continuó con esa voz suave y carismática que alteraba aún más a Lindsey –. ¿Quieres escucharme?

–¿Tengo otra opción?

–¿Taparte los oídos, poner música...? –le ofreció.

–Por favor... haga su exposición, Su Señoría –comentó mordaz –.

No deseo hacerle perder su valioso tiempo.

–Gracias, pues empezaré por el principio. –Axel redujo aún más la velocidad, tomó aire y, sin apartar la mirada de la carretera, comenzó –: Ya sabes que estuve casado.

–Sí.

–Y que mi matrimonio terminó en un divorcio.

–Si hubiera finalizado con un asesinato, créeme que te apuntaría con el dedo sin dudarle un segundo –refunfuñó.

Aquel comentario que tenía la intención de herirlo, no lo hizo. Lo que provocó en Axel fue una carcajada. Lindsey se encogió al escucharlo reír de esa forma. Era la primera vez que lo observaba tranquilo, sereno e incluso parecía que le divertía la situación. Aun así, ella no debía bajar la guardia. Conociéndolo como ya lo hacía, en cualquier momento sacaría esa crueldad que ocultaba en ese instante y la sacaría a la luz.

–Theresa y yo nos fuimos juntos hasta Detroit. Mientras ella buscaba un empleo, yo trabajaba en una multinacional. Todo parecía perfecto, pero era una perfección falsa. Mi carácter poco a poco se fue oscureciendo y no había día en el que nuestro hogar permaneciera tranquilo.

–Eso no me sorprende...–apuntó con sarcasmo.

–En una de esas discusiones, me pidió que me marchara, que le diera el tiempo suficiente para reorganizar su vida y averiguar si nuestro matrimonio tenía cabida en esa nueva etapa. Se lo di...Volví con mis padres y esperé a que transcurrieran los tres meses que establecimos. Sin embargo, con el paso de los días entendí que yo no podría ofrecerle la vida que necesitaba, pero tampoco era feliz sin la mujer que amaba. Era doloroso vivir entre dos mundos; por un lado, quería permanecer en mi hogar, al lado de las personas que más amaba y amo, continuar con la funeraria y ser Axel Dhal, el hijo de los Dhal. Pero por otro, quería ser el marido de Theresa, el esposo que podía luchar por hacer feliz a su esposa...– Axel respiró hondo y liberó todo el aire despacio, como si cada molécula de oxígeno arrastrara a su paso su dolor –. ¿Te ha contado mi madre que mis primeros pasos los di en el pasillo de la funeraria? ¿Qué mis primeras palabras las pronuncié mientras mi padre metía un ataúd en el crematorio? Para mí no hay nada malo en el trabajo que ellos realizan, al contrario, me siento orgulloso, muy orgulloso de los dos. ¿Has visto con qué cariño tratan a las personas que acuden a

nosotros, cómo cuidan y respetan a los muertos?

–Ellos no los llaman así –le regañó.

–Lo sé... –le respondió, sonriendo levemente.

Lindsey comenzó a relajarse al escucharlo hablar con aquel tono tan afectivo. Le dolía. Sí. Le dolía hablar de esa parte de su vida y aunque no quería confesárselo, lo entendía. Recordó todo lo que le contaron los Dhal sobre el matrimonio de su hijo. «Había luchado hasta el final». «La quería tanto que hizo todo lo que estuvo a su alcance para salvarlo». Y, por cómo hablaba y esa mirada perdida hacia delante, confirmaba sus palabras.

–¿Por qué no le dijiste, desde el principio, que deseabas continuar con la empresa familiar? Te habrías ahorrado todo ese sufrimiento –preguntó con suavidad.

–Estaba confundido, Lindsey. Tras padecer aquel infierno, lo único que deseaba era vivir fuera de todo lo que significara muerte o destrucción. Pero con el tiempo añoré a la persona que fui, a mis padres e incluso la tranquilidad que siempre me proporcionó mi hogar.

–Bueno, en eso tienes razón. Lo primero que descubrí cuando Ronald aparcó el coche frente a vuestra casa, fue paz, mucha paz –confesó cada vez más relajada.

–Tú sabes cómo es una gran ciudad, cómo se comporta el mundo, el ruido, la actividad...

–De locos –aseguró.

–Esa no era mi vida, pero por Theresa aguanté todo lo que pude.

–Pero no lo fue suficiente para salvar vuestro matrimonio... – reflexionó.

–Después de esos tres meses, en los que vivimos separados, viajé nuevamente a Detroit para preguntarle qué decisión había tomado. –Hizo una leve pausa, continuó con la mirada hacia delante y respiró hondo –. No quiso retomar nuestra relación cuando le expliqué que mi mundo estaba aquí...

–Podría decirte que lo siento, pero creo que tú ya sabías qué respuesta obtendrías después de esa confesión –apuntó con la misma serenidad que él.

– Sí, la sabía. Pero nadie ha de perder la esperanza... incluso yo – terminó la frase mirándola.

–¿Qué ocurrió después? –quiso saber.

–El destino insistió en hacerme comprender que debía regresar lo antes posible...–dijo con una leve sonrisa –. ¿Has visitado alguna vez el supermercado de E & L? Viviendo en Detroit, seguro que lo has hecho.

–Si –afirmó con rotundidad –. ¡Nadie puede perderse sus grandes ofertas!

–En teoría yo no debía estar allí, pero fue todo por casualidad... Había planeado descansar durante la noche y regresar aquí al día siguiente,

pero no podía aguantar ni un sólo minuto más en Detroit después de hablar con Theresa y dejarme claro que lo nuestro había acabado. Así que recogí todo lo que tenía en el hostel y me puse en camino. Mientras conducía, escuché que un taller próximo a ese supermercado ofrecían una rebaja espectacular en neumáticos. No me lo pensé. ¿Qué hombre puede contenerse al oír una oferta tan tentadora?

—¿Y? —preguntó interesada.

— Hablé con el dueño del taller y me advirtió que tardarían un par de horas en atenderme. Regresé al coche, lo aparqué en el parking del supermercado y, mientras transcurría ese tiempo, hablé con mi padre sobre el final de mi matrimonio.

—Entonces, enfadado, saliste y golpeaste el cristal —declaró Lindsey sin parpadear.

—¿No me has escuchado cuando te he dicho que esa grieta me la hizo una mujer? —respondió entornando los ojos.

—¿Qué le hiciste? Porque tuviste que hacerle algo para que te rompiera el cristal. ¿Le trataste con ese cariño tan característico en ti?

—¿Yo? ¡Qué va! Aunque te parezca increíble, no le hice nada. Seguía dentro del coche, informándole a mi padre sobre el retraso de mi llegada y la oferta que había encontrado cuando escuché un tremendo ruido. Al mirar hacia el cristal, vi que estaba roto y que unos trozos de manzana

bajaban por él.

—¿Cómo? —espetó Lindsey abriendo los ojos de par en par. Su pulso se aceleró, las manos empezaron a sudarle y podía sentir el corazón estrangulando su garganta. No. No podía ser. Eso que iba a contarle no era cierto. ¿O sí?

Intentó recordar el momento que ella vivió en aquel supermercado, aquel odioso día. Un hombre, se le acercó un hombre alto, con el cabello oscuro y con la mirada más tenebrosa que había visto jamás. ¿No le dijo que le había roto el cristal con una manzana? ¿No le gritó ella si se trataba de un acosador? Mientras las imágenes de aquel momento aparecían en su mente, como si fuera la secuencia de una película antigua, su rostro perdió el color natural de una persona viva para transformarse en el blanco porcelana de un cadáver.

—¡Eso mismo me pregunté yo! —exclamó Axel—. Salí del coche, busqué al culpable de ese impacto y, cuando vi a una mujer con manzanas en sus manos, supe con certeza que había sido ella. Pero en vez de disculparse por lo que hizo, que es lo único que deseé, me culpó de acosador.

—¿Cómo? —repitió ella, cada vez más estupefacta.

—¡Lo que te digo, Lindsey! —admitió—. Bajo la lluvia, que en ese momento se convirtió en un diluvio, aquella mujer me soltó todo lo que se le pasó por la cabeza y te puedo asegurar que no era nada bueno.

–¿Qué... qué hiciste? –preguntó perturbada –. ¿La denunciaste?

–No... yo no soy así. Pero es cierto que me quedé con el número de su matrícula y merodeé durante unos días por aquel supermercado para encontrarla de nuevo –confesó.

–¿No venías de regreso? ¿No le habías dicho a tu padre que estabas conduciendo? ¿Por qué te quedaste allí? ¿Para averiguar quién era esa mujer? –Atónita. No sólo sentía cierto aturdimiento al saber que ella fue esa mujer, que él era aquel hombre y que, además, había estado buscándola. ¿Qué habría pasado si se hubieran encontrado? ¿Qué habría sucedido si no hubiera vendido el coche?

–Posiblemente...–reflexionó –. Aunque al final ella tuvo razón y me convertí en un acosador –apuntó antes de carcajearse.

–Sigo sin comprender el motivo por el que no lo has arreglado. ¿Tan rencoroso eres? –quiso averiguar. Intentó mantener la calma, pero no lo consiguió. ¿Cómo podía lograr algo así? Si en aquel momento, los dos solos y hablando de ese día, ella le confesaba quién fue aquella mujer, tal vez encontrarían su cadáver sobre el asfalto. O quizá no... porque si la asesinaba, podría meterla en el crematorio y nadie averiguaría dónde se encontraba.

–No ha sido rencor, Lindsey.

–¿Entonces? –insistió volviéndose hacia él para mirarlo a la cara y comprender qué tenía pensado hacerle si descubría la verdad.

–¿Sinceramente? –le preguntó enarcando las oscuras cejas.

–¿Los Dhal no os caracterizáis por la sinceridad? –perseveró.

–Bien, pues sinceramente, he de decirte que, mientras hablaba con mi padre y le explicaba que todo había terminado con Theresa, brotó en mi cabeza la desagradable idea de qué ocurriría si desaparecía del mundo. Entiende que, en aquel momento, me encontraba bastante abatido por la decisión de mi ex y que toda la felicidad que pensé que tendría a su lado, se esfumó. Me quedé solo, sin la posibilidad de volver a amar, porque, seamos francos Lindsey, ¿quién va a casarse con un hombre como yo? Pero gracias al impacto de su manzana sobre el cristal, el Axel imbécil desapareció y regresó el sensato, el que ha sido y será siempre. Así que durante tres días intenté buscarla para darle las gracias por lo que había hecho y para explicarle que no era un acosador.

En ese momento, Lindsey sintió cómo su cuerpo perdía las fuerzas, su corazón dejó de latir y todo a su alrededor se oscureció.

**Nuestra mayor gloria no está en caer
nunca, sino en levantarnos cada vez que caemos.**

(Confucio)

–¡Lindsey! ¡Despierta de una vez!

Escuchó la orden de Axel muy lejana, como si estuviera gritándole a varias millas de distancia. Conmocionada y débil, porque no tenía fuerzas, abrió lentamente los ojos y se lo encontró allí, a su lado, con la cara más pálida que la suya.

–¡Qué susto me has dado! –dijo cogiéndola de la mano para inclinarla de nuevo—. ¿Qué te ha sucedido? ¿Eres diabética? ¿Te ha dado un bajón de azúcar?

¿Bajón de azúcar? ¡No! Eso no fue lo que le pasó. Se había quedado muerta, literalmente, al escucharlo decir que había tenido un pensamiento tan irracional. ¿Él? ¿El hombre que hacía rebotar a las personas que se encontraban cerca cuando caminaba, había pensado una tontería semejante? No, no podía ser verdad. Le estaba mintiendo. Lo que pretendía era mostrarle una imagen ficticia para que sintiera compasión y, cuando bajara la guardia, la atacaría de nuevo.

–¿Quieres que regrese a la residencia para que te atienda un médico? –le preguntó sin apartarse de ella, tomándole el pulso de la muñeca

–. Tienes el corazón acelerado. ¿Has sufrido alguna vez un infarto? ¿Te has desmayado en más ocasiones?

Sí que le había sucedido, cuando Avi le informó que trabajaría en un tanatorio, pero eso no venía a cuento. Lo más sensato era regresar lo antes posible al que ahora era su hogar, encerrarse y meditar con tranquilidad todo lo que había escuchado.

–No, prefiero que me lleves a casa –pidió sin apenas voz.

–¿Estás segura? –insistió –. No me importa volver para...

–No –negó con firmeza.

–Como quieras –dijo antes de cerrar la puerta y caminar hacia el asiento.

Entró, la miró durante unos segundos, conectó el motor y prosiguió el camino. Sin embargo, su cabeza no paraba de pensar en ese desmayo. ¿Se lo habría producido él cuando le habló del momento más difícil de su vida? ¿Tanto le impactó esa confesión? ¿Acaso él no podía dudar sobre su existencia? ¿Tan invencible lo veía? Pues se equivocaba. Era un hombre normal, con un corazón, una cabeza y unas emociones semejantes a las de cualquier ser humano, pese a que su cuerpo no se encontraba en la medida de lo convencional.

Axel mantuvo la mirada fija en la carretera, maldiciéndose por haber hablado más de la cuenta. Desde que se separó de Theresa había sido

un hombre completamente hermético, sin embargo, con ella se comportaba de manera diferente. Necesitaba hablarle, escucharla, reírse de sus comentarios tan agudos y disfrutar de su compañía. Una que, para horror suyo, deseaba que fuera eterna. Pero era consciente de que ese deseo sería imposible de alcanzar. Lindsey se marcharía algún día, más pronto que tarde, y entonces volvería a sufrir. Lo sensato, lo más aceptado era disfrutar del aquí y ahora, eso significaba hacer desaparecer de su bonito rostro la mirada de compasión con la que lo observaba. Tal vez si ella se centraba en contarle algo de su vida, recuperaría el color de la cara, la fuerza y abandonaría esa expresión de tristeza.

—¿Quieres hablarme sobre tu pasado, de lo que hacías antes de llegar aquí? —Rompió otra vez ese silencio irritante que apareció de nuevo entre los dos.

—¿No te han hablado tus padres de mí? —le contestó mirando por la ventana.

Muerto. Él pensó en desaparecer y ella sin querer evitó que siguiera meditando sobre esa tontería. Y la buscó... Pero no para denunciarla por haberle roto el cristal sino para darle las gracias. ¿Sería conveniente confesarle que fue ella? ¿Se lo creería? Si había guardado el secreto durante casi tres años, podía seguir manteniéndolo un poco más. Hasta que se marchara de allí...

Sin embargo, al pensar en alejarse de los Dhal, de ese empleo que ya empezaba a disfrutar, la tristeza se adueñó de ella. Era extraño asumir que le gustaba lo que hacía y que ese sueño, del que habló con la señora Zheran, se hacía cada vez más lejano, casi inexistente. Tenía un hogar, un buen sueldo, un matrimonio que la adoraba y cuidaba como si fueran sus padres y... Axel. Ese hombre que antes de su confesión le pareció el gigante más tenebroso del mundo y que ahora lo veía como un simple mortal.

—Por si no te has dado cuenta, te han protegido desde que has llegado —contestó a su audaz comentario—. Cada vez que he preguntado algo sobre ti, mi madre me ha ordenado que me mantenga alejado y que no te hable —añadió con diversión—. Te prometo que, desde que llegaste, he intentado llamar a tu puerta miles de veces, pero siempre han impedido que lo hiciera. ¿Sabes qué me pidió mi madre la última vez que intenté hablar contigo?

—No.

—¡Me ordenó que le comprara tampones y compresas! ¿Qué, cómo te quedas? Porque yo me quedé sin palabras... —continuó con tono divertido.

—Pero, a pesar de todos sus intentos, has conseguido hablar conmigo...

—Exacto. Tenía que hacerlo —le aseguró.

—¿Por qué? —quiso averiguar girándose hacia él, observándolo sin pestañear.

Aquel hombre, el más grande que había conocido hasta el momento, con ese carácter seco, tosco y maleducado, pensó, durante unos minutos, en desaparecer. ¿No era consciente de lo que sufrirían sus padres? ¿Tenía que añadir a esa larga lista de adjetivos el de egoísta? «La amaba...— recordó las palabras de Avi —. Mucho. Theresa era todo para él. Pensé que lo perderíamos, pero gracias a Dios, sigue con nosotros».

Avi lo sospechó. Ese instinto materno le advirtió que su hijo había corrido peligro y ella hizo que se olvidara de toda esa tontería con una manzana... ¿Por qué visitó aquel día el supermercado? ¿Qué la llevó hasta allí? Ah, sí, salió de su apartamento, porque no pensaba en otra cosa salvo lo que sucedió en su dormitorio meses atrás, se metió en el coche y deseó conducir hasta quedarse sin combustible. Pero no llegó ni a gastar un cuarto del depósito, porque hubo un accidente en la autopista y permaneció en una retención durante algo más de una hora. Parada, escuchando las noticias, miró hacia delante y descubrió un cartel que le informaba de la salida hacia el supermercado, entonces recordó que no tenía mermelada de arándanos ni mantequilla para el desayuno. Puso el intermitente, condujo hasta el parking donde aparcó, se metió en el supermercado y, sin saber por qué, al pasear por el pasillo de la fruta prestó atención a un letrero enorme en el que se

informaba a los clientes de la bajada de precio de las manzanas. Cogió unas cuantas, las metió en el cesto y se las llevó. ¡Manzanas! ¡Ella odiaba las manzanas! Se le pudrieron en casa y tuvo que tirarlas a la basura. Pero ese día no pensaba, no actuaba y...

«¡Por el amor de Dios! ¿Qué diablos me ocurrió aquel día? ¿Por qué las compré?», se preguntó. Y en ese momento se llevó las manos al pecho. Quiso gritar como una loca al recordar quién era la única persona que adoraba las manzanas: su madre. El frutero de metal de la casa donde vivían siempre tenía una docena de ellas porque se las comía a todas horas. Hasta cuando sufría insomnio, se levantaba, se preparaba una tila y devoraba una manzana.

—Sigamos con la confesión de mis pecados...—habló sin eliminar esa media sonrisa que lo hacía aún más atractivo—. ¿Te encuentras bien? ¿No me mientes? ¿Por qué te has llevado las manos al pecho? ¿Tu corazón sigue acelerado?

—Sigue y seguirá, Axel. ¿Crees que me puedo tranquilizar después de escuchar que, por un segundo, quisiste morir? —le preguntó hosca.

—Pero esa muchacha me hizo regresar al mundo de los sensatos —le recordó.

—¿Y si no hubiera aparecido? Me refiero a ella. Si ella no hubiera roto el cristal con la manzana... ¿estarías muerto?

—No soy tan mezquino, Lindsey. No habría hecho nada. Pero sí es cierto que lo pensé...—afirmó mediante un susurro—. El futuro que me espera no augura mucha felicidad. Sé que estaré solo, aunque ya lo tengo asumido. Por eso, mi principal objetivo en la vida es concentrarme en ayudar a mis padres y...

—Y fastidiar a todas las personas que se acercan a ellos —declaró a modo de regañina.

—No fastidio a nadie, mi conducta tiene un motivo. Esa será mi segunda confesión del día, si quieres escucharla...

—¿Cuánto tiempo nos falta para llegar?

—Como he tenido que parar para averiguar qué te ocurría y auxiliarte como el buen samaritano que soy en realidad, aún nos quedan quince minutos —señaló sin mirarla.

—Pues tienes quince minutos para defenderte —manifestó cogiendo su abrigo y cubriéndose con él.

Frío. ¡Ahora sí que tenía frío!

—Entonces no perderé ni un segundo...—apuntó volviendo a sonreír—. ¿Sabías que Theresa vivió durante dos años en la casa donde ahora estás? —Lindsey negó con un suave movimiento de cabeza—. Los mismos que permanecí combatiendo. Pensé que la encontraría feliz, entusiasmada ante mi regreso, pero no fue así. Para ella, esos dos años resultaron tan duros que se

pasó meses y meses encerrada en la casa sin hablar con mis padres...

–Vaya... Eso tuvo que preocuparles y entristecerles mucho...

–Ni te imaginas cuánto. Pero debí suponerlo al dejarla allí. Desde que empezamos la relación, se negó a visitarlos en nuestra casa. Cada vez que planeábamos una reunión, ella buscaba un restaurante lo más alejado posible del tanatorio. No le quedó más remedio que asimilar lo evidente cuando nos casamos, y, como te imaginarás, nunca estaba en casa. Todas las mañanas se arreglaba, cogía el coche y pasaba las horas lejos de nosotros. Debí prever que eso ocurriría y admitir que ese no era su mundo. No todas las personas son tan fuertes para sobrellevar la vida que mis padres decidieron vivir o incluso la que yo...

–Has decidido –apuntó.

–Sí, exacto, la que yo *quiero* vivir –corroboró—. Por eso, cada vez que ha aparecido una nueva empleada, la he estudiado minuciosamente. Todas decían que sí, que era el empleo que esperaban con muchas ganas, pero mentían, solo decían eso por el sueldo que se les ofrecía. Ninguna de las que ha llegado antes que tú, servía para nada.

–Según el criterio de los ojos de quien las ha observado. Pero seguro que habría alguna, antes de mí, que tuviera alguna cualidad para el puesto—comentó con retintín.

Lógicamente, no le había pasado inadvertido ese leve inciso sobre

ella: «Antes que tú». Eso sólo quería decir que, para él, ella era la primera que podía trabajar con sus padres. Entonces... ¿por qué luchaba por alejarla?

Si antes estaba confundida, ahora esa incertidumbre había aumentado a picos altísimos. ¿Qué pretendía? ¿Era consciente de que no actuaba acorde con las palabras que expresaba? Empezaba a dudar de la sensatez de Axel. No entendía por qué en un segundo aparecía un sí y de repente surgía un no: Ahora quiero que te marches... Ahora te protejo del mundo y no quiero que te toque ni que te mire nadie... He decidido que debes abandonarnos... No quiero que lo hagas...

¿Cuál era la opción correcta?

—¿No me crees, verdad? Pues voy a ponerte un ejemplo... —señaló antes de tomar aire—. Hace un par de meses respondió al anuncio una chica, Thas. Mis padres se entusiasmaron al verla tan joven y con tantísima ilusión. Thas hablaba sin parar de lo maravilloso que sería trabajar en el tanatorio, que ella no tenía miedo, que respetaba muchísimo el concepto de la muerte y que, sin duda, era ideal para el puesto. Ese entusiasmo aumentó cuando mi madre le dijo que ganaría mil dólares mensuales. Pero no era la candidata idónea como dijo... Tuvo la oportunidad en tres ocasiones de cambiar. Se le explicó que no los podía maquillar con tanta tenebrosidad, que los familiares querían ver un rostro tranquilo, apacible y no uno que les provocara terror. No escuchó las sugerencias que se le dio... Su último trabajo fue un desastre

o más bien un culto al mundo satánico. Le puso sombra de ojos negra a la pobre difunta y sus nietos gritaron atemorizados cuando se posaron en el cristal. Mi padre tuvo que hacerles una buena rebaja ante el enfado que causó a los familiares. A pesar de todo, ellos seguían pensando que Thas cambiaría con el tiempo. Por supuesto, me vi en la obligación de interceder para que se marchara.

–El principio es muy duro...–volvió a interrumpirle.

–Lo sé...

–Y pienso que no les diste la oportunidad de averiguar si de verdad querían ese trabajo y si al final admitían el cambio que les pedíais –le reprendió.

–No querían hacerlo –afirmó mirándola –. Ellas no deseaban trabajar con nosotros. Sólo estaban ahí por el sueldo y rezaban para que les llegara la oportunidad que soñaban.

–Como piensas que haré yo –apuntilló.

–Tú eres la más peligrosa de todas...–resopló.

–¿Yo? ¿Por qué dices eso? ¿Acaso me he portado mal con tus padres? ¿Han tenido quejas sobre mi trabajo?

–Por eso mismo, Lindsey. Hasta ahora, nadie ha comprendido a mis padres ni ha respetado la vida que eligieron, salvo tú. Has llegado a nuestro mundo como un huracán. No sólo por tu vestimenta tan desenfadada,

sino también por tu carácter. Jamás, en los años que llevan mis padres probando chicas nuevas, han tenido tantas gratificaciones ni se han sentido tan satisfechos. Todos, y recalco, todos los familiares de las dos personas que has maquillado les han felicitado. También tengo que explicarte que ninguna de las empleadas anteriores ha tenido el valor de visitar a esos clientes en las residencias.

—Tus padres me lo pidieron como favor y me pareció una buena idea...—explicó.

Axel notó un doloroso e incómodo nudo en la garganta. Parecía que Lindsey estaba encantada con el trabajo y se sentía feliz al tratar a sus padres, pero eso sólo sería un espejismo, como el que deseó ver en Theresa cuando se casaron. Pasarían los días, como los pasó su ex, y terminaría destruida, como ella.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Porque, según tu padre, todo el mundo necesita saber qué aspecto tendrá el día que dejen de respirar y, si les enseño cómo quedarán, podrán...

—Morir tranquilos —terminó la frase él al percibir que a ella le costaba finalizarla —. Eso se denomina solidaridad. Algo que muy pocas personas tienen. Es un gran punto a tu favor, Lindsey, pero uno muy grande en contra de mis padres.

—No te entiendo... Me hablas del buen trabajo que realizo, de lo satisfechos que han quedado los familiares, de lo felices que están tus padres y no me aclaras el motivo por el que quieres que me marche —refunfuñó—. ¿Sufres de bipolaridad? Porque sólo así puedo justificar tus cambios de comportamiento.

—Hay dos motivos por los que deseo que te vayas —. «Y mil para que te quedes», pensó—. ¿Quieres saberlos?

—¡Adelante! ¡No te reprimas! ¿No has dicho que hoy es tu día de confesión? —apuntó apartándose el abrigo.

Ahora tenía calor, demasiado calor.

—En primer lugar, ellos sufrirán cuando te marches. No sólo porque, después de ti, no encontrarán a otra empleada que pueda superarte, sino porque te adoran, Lindsey. Te quieren tanto que, cuando llegaste, me enviaron a Denver para recoger un pedido que mi padre realizó. Ese viaje debió durar sólo dos días, pero se alargó cinco más.

—Seguro que tenían una buena razón...—les defendió.

—Sí, tú —expuso dibujando de nuevo esa sonrisa que la dejaba hipnotizada—. Como te he dicho antes, han intentado mantenerme apartado de ti y en esa ocasión se les ocurrió encargarse unos nuevos arcones fúnebres, que Dexter no recibiría hasta pasado un plazo de cinco días. Con lo cual, para no escucharme maldecir ni quejarme por ese cambio de planes, me reservaron

una lujosa habitación en el Kimpton Hotel Born.

–No lo sabía...

–Lo supongo –respondió sin borrar esa sonrisa tan seductora –.

Dejando a un lado todas las tretas que ellos han planeado para apartarnos...

–Y que tú has superado –apuntó con sarcasmo.

–He de decirte que te adoran, que te has convertido en la hija que no tuvieron y que han puesto tantas esperanzas en ti que, cuando te vayas, los destruirás –expuso con tono intranquilo.

–¿Quién te dice a ti que quiero marcharme? ¿No has pensado que aquí soy feliz?

–¿Lo eres, Lindsey? ¿Eres feliz trabajando en la funeraria? – preguntó mirándola fijamente.

Directo. Axel también podía ampliar esa lista interminable de adjetivos descriptivos con el de directo. No añadía tonterías a las preguntas, no le hacía falta. Él era de esos hombres del aquí y del ahora. Pero no le preocupaba la forma de hablarle sino lo que iba a responder. Ella misma no estaba segura de si haría lo correcto respondiendo con un *sí* o si era más prudente responderle con un *más o menos*. Era cierto que desde que había llegado se encontraba muy tranquila y observaba el mundo desde otra perspectiva. Hasta disfrutaba más de la vida cada vez que abría los ojos. El único *pero* que había encontrado era mantener la compostura al trabajar, sin

embargo, después de lo ocurrido con el señor Reed, pensaba firmemente que podía lograr cualquier cosa. Además, contaba con la fuerza que le proporcionaba las charlas con Ronald. Él le transmitía tanta serenidad, tanta confianza en sí misma que podía enfrentarse a todos sus miedos.

—Lo sabía —comentó Axel al no contestarle con rapidez. Volvió la mirada hacia la carretera y continuó hablando —: Ese es el segundo punto, Lindsey. No quiero que te sientas en la obligación de quedarte con nosotros. Al principio todo parece magnífico: un buen sueldo, una familia que te respeta, que te adora y que les importas, además de vivir gratis en mi casa... Pero con el tiempo, todo lo que eres, todo lo que muestras a los demás se irá consumiendo y te convertirás en una persona amargada, huraña, tosca.

—Como tú —le recriminó.

—Yo no soy así. He de comportarme de esa forma para proteger a las personas que más quiero en este mundo —se defendió.

—Pero... ¿no podrías dejarme tranquila? Si tienes razón, que dudo que la tengas, yo misma he de averiguar si quiero o no quiero estar aquí. Quizás tarde un año, dos, tres...

—Yo no podría soportarlo —la interrumpió.

—¿Tú? ¿Y tú que tienes que ver en todo esto, Axel? ¿No estabas hablando de tus padres?

—¡Joder, Lindsey! ¿Es que no te has dado cuenta de nada?

–Sí, de la bipolaridad que sufres y que no te han diagnosticado. Porque... ¿cómo puedes explicar el comportamiento que has tenido con el pobre Raymond? ¡Le has gritado que no me toque! ¡Ni que fuera a agujerearme la piel con sus dedos!

–Eso sería un tercer punto y no creo que deba...

–¿Un tercer punto? –tronó –. ¿Ahora existe un tercer punto? ¿Y, en qué diablos consiste ese tercer punto, Axel?

–Creo que el tiempo de charla ha terminado –dijo como evasión –. Estamos llegando.

–¡No saldré de este coche hasta que me digas cuál es ese maldito tercer punto! –gritó pulsando el botón que bajaba los pestillos del coche.

–¿Has visto lo que tengo en la cara? –preguntó sin mirarla mientras paraba el coche.

–No he querido preguntarte por ese moratón porque he supuesto que tu noche de borracheras terminó peor de lo que suponías –respondió observándolo sin pestañear.

–Pues el motivo por el que me enfrasqué en una pelea fuiste tú – aseveró girándose hacia ella para que su rostro confirmara la veracidad de sus palabras.

–¿Yo?

–Sí, tú. No sólo te has convertido en un problema para mis padres

sino para mí también.

—¿Puedes explicarte mejor? Porque ahora mismo estoy un poco confundida —masculló.

—Pues es fácil de explicar, Lindsey. Después del fallecimiento del señor Reed —«De verte desnuda y de masturbarme mientras gritabas mi nombre», pensó —. Quise despejarme de esa conmoción tomándome unas cervezas en un bar. Mientras bebía, escuché a un antiguo compañero del instituto conversando sobre ti y sobre el tamaño que han de tener tus... pechos —resopló —. Enfadado por su falta de respeto, me dirigí hacia él y le pedí que dejara de hablar de esa forma tan grosera sobre la empleada de mis padres. Como era de imaginar, no lo hizo y, de repente, mi puño impactó sobre su rostro.

—¡Dios mío! —exclamó abriendo los ojos de par en par —. ¿Por qué no le dejaste en paz?

—¡¿Por qué?! —gruñó mientras presionaba el botón que abría las puertas. Más brusco de lo que solía ser con su amado y valioso coche, abrió la puerta, miró hacia la ventana de ella, advirtiéndole que su madre corría hacia ellos, volvió a mirar a Lindsey, que seguía con esos bonitos ojos azules abiertos, y afirmó —: Porque soy tan estúpido que caeré de nuevo en un maldito agujero. —Y salió del coche.

—¡Lindsey! ¡Cariño! ¿Estás bien? —preguntó Avi pegando la cara

en el cristal de su ventana. Con los dedos temblorosos, porque estaba deseando averiguar qué había sucedido, abrió la puerta y respiró feliz al ver que a la muchacha no le faltaba ni una sola uña de sus manos.

—Sí, muy bien —dijo sin poder apartar los ojos del hombre que ya se alejaba de su lado.

—Me alegro mucho. Pensé que Axel se comportaría como siempre —alegó ayudándola a salir.

—Aunque le parezca increíble ha sido correcto y educado —explicó saliendo del interior y cogiendo con fuerza su abrigo.

—¿De verdad? ¿No me mientes? Recuerda que soy su madre y que puedo castigarlo cuando se lo merezca... —comentó Avi mirando primero a uno y luego al otro.

—Se lo aseguro.

—Bien, aunque me parece difícil de creer, confiaré en tus palabras. ¿Te apetece cenar con nosotros esta noche? Ronald me ha pedido que le prepare un guiso de carne y seguro que tendré para un plato más. ¿Te he dicho que me encanta cocinar? Bueno, en realidad utilizo la cocina para relajarme. Cuando Axel salió disparado hacia la residencia, me puse tan nerviosa que empecé a hacer pasteles.

—¿Por qué se marchó de esa manera? ¿Había sucedido algo importante?

Lindsey se volvió hacia Axel, quien caminaba hacia su hogar, como si ella no estuviera, como si no existiera.

—¿No te lo ha dicho? —espetó la señora Dhal enarcando sus cejas.

—Hemos hablado de muchas cosas mientras regresábamos, pero de eso estoy segura de que no. —Sin poder apartar los ojos de él observó cómo la miraba y le dirigía una leve sonrisa antes de entrar.

—¿De verdad que no te lo ha dicho? —insistió Avi bastante confundida.

—Se lo prometo.

—Pues se marchó de esa manera tan salvaje cuando le dije que Seyfried iba a recogerte a las seis —declaró con tono enfadado.

Lindsey se quedó petrificada al escucharla. ¿A las seis? ¿No se marcharon a menos diez? ¿Por eso la arrastró por las escaleras? ¿No quería que ella se encontrara con el cura? Pero... ¿por qué había hecho una cosa así? ¿Seyfried no era su amigo?

«Porque soy tan estúpido que volveré a caer en el mismo agujero». Las palabras que él mismo expresó antes de salir del coche regresaron a su mente con tanta fuerza que le hicieron temblar. ¿Intentaba apartarla del cura nuevamente? ¿Acaso...él... sentía...? ¡¿Por ella?!

—¿Lindsey? ¿Nos acompañarás? —insistió la señora Dhal.

—Sí, claro. Acepto la invitación —le respondió sin apartar los ojos

de esa puerta cerrada.

De una pequeña semilla un poderoso tronco puede crecer.

(Esquilo)

–¿Estoy guapa? –le preguntó Lindsey a Rob cuando este se giró al notar su presencia –. No te quedes tan callado, necesito saber qué opinión tienes sobre este cambio de look. ¿No crees que me queda demasiado ancho? –dijo, llevándose las manos hacia la cintura del pantalón de deporte que había decidido ponerse –. ¿He de llevar el pelo así? ¿O mejor así? –insistió, recogíendoselo primero en un moño y luego en una coleta. Al final se decidió por la segunda opción –. ¿Piensas que le resultaré sexy? ¿Le gustará verme con esta pinta tan deportiva? ¿No dices nada? Entonces me tomaré tu silencio como un sí...–comentó cuando el gato se quedó otra vez dormido.

Estaba loca... Sí, más desquiciada que nunca. Se había planteado lograr un imposible y, pese a ser consciente de que no le resultaría fácil sacarle a Axel ni una palabra sobre el motivo por el que se presentó en la residencia, no iba a parar hasta conseguirlo. Necesitaba respuestas a todas las preguntas mentales que habían aparecido en su cabeza. Entre las que se encontraba, en primera posición, ¿por qué no quisiste que Seyfried me recogiera? Luego, cuando ya supiera la razón, que podía imaginárselo, atacaría con las siguientes. ¿Sientes algo por mí? ¿Te parezco atractiva? ¿Por

qué te peleaste en el bar? ¿Tanto te importa que hablen otros hombres del tamaño de mis tetas? ¿No te gustan? ¿Eres celoso?

Sabía de antemano que contaba con un grandísimo *pero* en ese plan... ¿Cómo conseguiría todo eso con sus padres allí? Tal vez Axel se encerraría en su caparazón, como un caracol, y no hablaría hasta que ella se marchara. Sin embargo, ese pequeño contratiempo no la desanimó, al contrario, le dio fuerzas para lograr su propósito porque albergaba la esperanza de que Ronald le ayudara.

¿Por qué tenía la corazonada de que el señor Dhal la ayudaría? Porque él sabía algo. Por eso, durante los días en los que Axel permaneció escondido, no dejaba de mirarla y se mantenía en silencio cuando su hijo era el tema principal de cualquier conversación. Seguramente, en mitad de esos episodios de seminconsciencia que le causaría la borrachera, él comentó algo que Ronald mantenía en secreto. Pero... ¿qué le diría? ¿Le explicaría que se había peleado por culpa de sus tetas? ¿No se le habría ocurrido semejante tontería, verdad? Pese a que la señora Zheran insistió en que el tamaño de sus pechos era beneficioso para ella, seguía defendiendo la postura contraria.

—No te muevas de ahí —le ordenó a Rob antes de caminar hacia la puerta.

Era lo único que podía mandarle y que el gato cumpliría a rajatabla. Desde que Avi le puso aquel colchón de colores, parecía que se

había unido con pegamento a él.

Con una sonrisa de oreja a oreja, se puso el chaquetón y abrió esa pesada lámina de madera oscura. «Obsesión por la madera», recordó mientras cerraba la puerta. ¡Pues claro que tenía obsesión por la madera! ¡Ese era su trabajo! Tronchándose de risa, al recordar la descripción que le ofreció a Avi sobre su hijo, incluyendo la absurda idea de que sería gay, atravesó la calzada, se colocó frente a la entrada del hogar de los Dhal y tocó la puerta.

«Espera un momento...—le aconsejó su mente—. ¿Estás segura de lo que vas a hacer? Porque deberías pensártelo un poco más. Es cierto que tu consolador ha cambiado de nombre, es cierto que sientes una extraña atracción por ese gigante de mirada oscura, es cierto que has notado cómo tu corazón ha latido imparable cuando te ha tocado, cuando te ha hablado o cuando sientes su presencia. Pero... ¿eso significa algo para ti? ¿Qué sucedería si todas esas señales formaran parte de un instinto de supervivencia? ¿No recuerdas qué pasó con Caden? ¿La traición? ¿Cómo odiabas a los hombres? ¿Por qué has cambiado esa opinión? ¿No será que te has ilusionado porque has encontrado al primer hombre que vela por su familia, que es incapaz de abandonarlos y que no puede vivir sin ellos? ¿No crees que el abandono que sufriste por parte de tu padre es el motivo por el que te has encariñado con él? Quizás deberías mantenerte alejada y repasar despacio todos los cambios que has sufrido desde que has llegado.

Posiblemente necesitas algo de tiempo para...»

Y la voz de su cabeza desapareció cuando la puerta se abrió y se encontró al motivo de toda esa confusión.

–Has venido –dijo Axel a modo de saludo.

–He venido –le respondió levantando la barbilla porque, sin sus queridos tacones, la diferencia de altura era abismal. Por el pecho. Ahí es donde ella se quedaba, en el pecho de Axel. Todo lo demás, desaparecía de su visión –. ¿No me quieres aquí? –le preguntó cuando ambas miradas se cruzaron.

No estaba triste, ni enfadado. Lo que expresaba aquella mirada oscura era sorpresa. ¿Estaba sorprendido al verla? ¿Por qué? ¿Pensó que no aparecería, que le tendría miedo?

–Ya te he dicho en el coche qué quiero. Ahora eres tú quien debe averiguar qué desea. –Rudo. Ese comportamiento tan característico en él aparecía de nuevo.

Sin lugar a dudas era un guardián: el de sus padres, el de su propia vida y el de las personas que le importaban, incluyendo sus pechos. ¿Eso podía considerarlo un motivo suficiente para deducir que ella estaba en esa lista de protegidos? ¿O sólo se enfrascó en la pelea porque no quería que, de manera indirecta, ese tema perjudicara a sus padres? Preguntas... Más preguntas nacían en su cabeza y no surgía ninguna respuesta.

–Pues lo que deseo, en este preciso momento, es cenar con un encantador matrimonio que adoro, quiero y que seré incapaz de abandonar porque los considero *mi única familia*, ¿te ha quedado claro, gigante gruñón?

–Siendo así, te dejaré pasar –comentó abriendo la puerta.

–Iba a entrar de todas formas –expresó con orgullo y firmeza mientras pisaba el recibidor de los Dhal.

–Lo sé...–murmuró él antes de volver a cerrar la puerta y quedarse estupefacto al descubrir qué escondía Lindsey bajo su abrigo.

#TanaLove

¿Avi le dijo que cocinaba cuando algo la inquietaba? Pues esa tarde había estado muy, pero que muy inquieta...

Al llegar a la cocina encontró la larga mesa central repleta de platos y de comida: tres tartas con la superficie cubierta de merengue, dos lasañas, una bandeja de puré de patatas, una cacerola enorme con un guiso en su interior y, para terminar, una macedonia de frutas bañadas en almíbar.

–¿Todo eso ha preparado para cenar? –le preguntó al colocarse a su lado.

–¡Lindsey! –exclamó dando un respingo. Sacó del horno las galletas que también había cocinado, las colocó en una fuente de cristal, se quitó los guantes y, tras acercarse a ella, la abrazó.

–Come sólo lo que te apetezca –comentó Ronald que en ese momento entró en la cocina llevando un delantal azul en el que se podía leer *Soy el mejor del mundo*.

–¡No le hagas caso, pequeña! –dijo Avi separándose de Lindsey –. Hay que alimentarse bien para aguantar los fríos que estamos pasando.

–Aquí hace calor –intervino Axel que había caminado detrás de ella sin quitarle la vista de encima.

Increíblemente, Lindsey estaba magnífica. La forma de vestir tan cómoda y su cara sin maquillar lo habían sorprendido tanto que no podía ni hablar. ¿Esa actitud tan cercana e íntima significaba que deseaba integrarse en la familia? ¿Había una posibilidad de que se quedara con ellos?

–Eso es por el horno. Cuando lo apague, regresará el frío –expuso Avi girando el termo selector del asador para que no continuara encendido –. ¿Quieres una? Puedes coger todas las que quieras –le dijo a Lindsey señalando las galletas.

–¡Genial! –exclamó Axel caminado hacia estas. Pero cuando su enorme mano se colocó sobre ellas, su madre le dio un tortazo para que la apartara.

–¡Tú no, ella! –le regañó.

–Ya empezamos con los favoritismos –murmuró Axel con aparente enfado.

Pero no lo estaba, su sonrisa, esa que convertía a Lindsey en piedra, se extendía en su rostro barbudo, haciendo que ella comenzara a hiperventilar.

—¿Un vino? ¿O dos? —intervino Ronald al ver cómo los dos se comían con la mirada. ¿No eran conscientes de la química que desprendían? No, por supuesto que no. Necesitaban ayuda y él se había dispuesto a ofrecérsela.

—A Lindsey ponle una copa, pero ni se te ocurra servirle a Axel. Con lo que bebió el otro día, ha tenido suficiente —refunfuñó Avi, seleccionando la vajilla que había bajo una balda de la mesa y contando cuántos platos debía utilizar.

Ronald, mientras su esposa estaba en aquella posición, que no le permitía observar lo que ocurría entre Axel y Lindsey, le guiñó un ojo a la joven y se giró para buscar una botella de vino.

—¿No te has dado cuenta del moratón que tiene mi hijo en la cara? —le preguntó a ella sin alzarse todavía —. El muy idiota se golpeó en el suelo.

—¿En el suelo? —respondió Lindsey sin apartar la mirada de Axel. Este se encogió de brazos, se apoyó en el fregadero y sonrió.

—¡Borracho! ¿Te lo puedes creer? —persistió levantando en sus manos esos platos seleccionados con meticulosidad.

—Los hombres son impredecibles...—le aseguró Lindsey al tiempo

que le ayudaba con el peso.

–Bueno, tú lo sabrás mejor que nadie. Después de lo que sucedió con tu ex, todos los hombres te han de parecer horriblos—apuntó Avi, mientras miraba hacia la comida y decidía qué pondría primero.

Fuego. Sus mofletes ardían al escucharla hablar sobre esa parte de su vida que no venía a cuento. Pero lo que la dejó sin respiración fue la cara que puso Axel y el brillo de sus ojos. ¡Maldición! ¿Estaba a punto de preguntarle qué le había sucedido? ¿Sería capaz de hacer tal...?

–Siempre somos los culpables de todo. Seguro que su ex —acentuó —, tenía un buen motivo para serlo.

–¿Motivo? —tronó Avi volviéndose hacia su hijo bruscamente —. ¿De verdad piensas que tuvo un buen motivo? ¿No tienes ojos en la cara, Axel? ¿Crees que esta muñequita se mereció sufrir? —Su enfado aumentó tanto que podía apreciarse cierto humo salir por las orejas.

–Si me cuentas qué sucedió, puede que al final decida buscarlo y darle la paliza que alguien debió propiciarle por aquel entonces —aseveró él divertido.

–¿Quién está hablando de paliza y por qué? —preguntó Ronald al aparecer con la botella de vino en la mano.

–Estoy hablando del ex de Lindsey, cariño. Intentaba explicarle a nuestro hijo que ella no se merecía lo que le ocurrió.

–¡Ah, eso! –contestó mirando a los dos –. Me parece bien que lo cuentes, siempre que Lindsey esté de acuerdo en convertirse en el centro de nuestra conversación –añadió antes de sentarse en el lugar más adecuado de la cocina para no perderse ni un sólo detalle de los dos –. ¿Por la mitad o hasta arriba? –le preguntó a la muchacha después de descorchar la botella.

–¿No tiene una copa más grande? Porque mucho me temo que esta se quedará pequeña –le respondió con el rostro tan blanco como la cal.

–No, pero estaré encantado de servirte cada vez que me lo pidas...–señaló guasón.

–¿Qué es lo que ocurrió, *mami*? –intervino Axel, añadiendo el apelativo cariñoso que utilizaba cada vez que quería conseguir algo de Avi.

–¡La engañó! ¡Con esta carita de buena que tiene! –alegó agarrándole la barbilla como si fuera una niña pequeña –. ¡Ese idiota la engañó con su mejor amiga! –añadió volviéndose hacia su hijo. Se limpió las manos en el delantal blanco y prosiguió con la tarea de llenar los cuatro platos –. Pero Dios es generoso y la ha conducido hasta nosotros. Aquí está a salvo de hombres egoístas, imbéciles y que no son capaces de valorar a una buena mujer cuando la tienen delante.

–Salvo Seyfried –apuntó Ronald.

¡Cómo se lo estaba pasando! ¡Aquello no podía ser más divertido!
¿Por qué la vida era tan agradecida con él en aquel momento? ¿Tenía que

pensar que, después de tanta diversión, algo malo sucedería?

–Seyfried es un hombre bondadoso, caritativo, afable, sincero y seguro que será un esposo magnífico –dijo apuntando a Lindsey con el cazo que tenía en la mano–. Cualquier mujer que desee un marido fiel y cariñoso, no lo dejará escapar.

–Está casado con Dios, ¿no lo recuerdas? –Se entrometió Axel que, al escuchar el apellido del cura, se apartó del fregadero y buscó una copa para llenársela de vino.

–¡Es protestante! –exclamó Avi enojada –. Y seguro que no le importará...

–¿Sabes que Axel y él combatieron juntos? –Terció Ronald.

Lindsey conocía la historia porque se la contó cuando apareció en el crematorio, pero por seguir viendo la cara desencajada que presentaba su hijo, se la narraría de nuevo.

–¡Otra tontería que añadir al comportamiento insensato de nuestro querido hijo! –comentó Avi vertiendo en un plato algo de guiso.

–¿Ha hecho muchas? –habló al fin Lindsey. Bueno, si el tema Caden quedaba aparcado, eso la mantendría concentrada y tranquila. Lo importante era averiguar todo aquello que se había planteado.

–¿Con Seyfried? –preguntó Ronald después de tomar un ligero sorbo de vino y chasquear la lengua –. No lo creo. Es un hombre muy

sensato. Como dice mi amada, querida y adorada esposa, es un marido ideal para cualquier mujer.

—Deberías darle una oportunidad —le pidió Avi a Lindsey cuando se giró hacia ella—. Sé que llevas más de tres años sin estar con un hombre, me lo ha dicho Ronald. Así que deberías romper ese periodo de castidad y maleficio que tuviste en Detroit y pensar que aquí, en Monroe, puedes comenzar una nueva vida repleta de diversión y placer.

—¿Más vino, Lindsey? —preguntó Ronald al ver cómo la muchacha se lo acababa de un sorbo, tras la brillante exposición de su esposa.

—Por favor...—le suplicó, dirigiendo la copa hacia él.

Mientras tanto, Axel dejaba de beber para escuchar con atención la declaración de su madre. ¿Lindsey no había estado con ningún hombre desde lo sucedido con su ex? ¿Sería cierto? ¿No tuvo o no quiso estar con nadie? «Ha tenido suficiente con ese consolador... —le explicó una voz maligna y perversa en su cabeza—. Lo mismo que tú has suplantado el cuerpo de una mujer por la mano que soporta la copa».

—Sólo quiero que le des una oportunidad. Te aseguro que, la próxima vez que llame preguntando por ti, correré todo lo que me permitan estas viejas piernas para decírtelo antes de que la noticia se extienda por la casa —añadió Avi cogiendo el primer plato lleno y ofreciéndoselo a su esposo para que lo llevara hasta la mesa del salón.

Pero Ronald no quería perderse el espectáculo. La cosa se estaba poniendo demasiado interesante.

–Esperaré a que sirvas a los demás para que nos retiremos juntos –le dijo cuando depositó ese plato sobre el único espacio libre de la mesa –. No quiero que nuestra invitada piense que soy un mal anfitrión.

–Entonces los rellenaré lo más deprisa que pueda para que no se te enfríe –le aseguró al tiempo que volvía a coger el cazo.

–Tarda lo que quieras, por lo que puedo observar, los únicos que tenemos hambre somos tú y yo –señaló divertido.

–¿No será cierto, verdad? –preguntó, mirando primero a su hijo y luego a Lindsey –. Llevo toda la tarde metida en la cocina y no me gustaría que los platos permanecieran intactos o que la comida se echara a perder.

–Si no hubieras cocinado tanto...–murmuró Axel antes de dar un pequeño trago a su bebida.

–¡Ha sido por tu culpa! ¡Si no hubieras salido de esa forma por la puerta, yo no me habría metido en la cocina!

–¿De qué manera salió? –intervino Ronald nuevamente.

–¡Como un energúmeno! Y no entiendo el por qué. Sólo le dije que Seyfried había llamado para recoger a Lindsey y, de pronto, corrió hacia su coche como si estuviera ardiendo.

–Vaya... ¿por qué te marchaste de esa manera, Axel?

—Porque, según veo, ninguno de los dos sois consecuentes de lo que podía haber ocurrido —aseguró Axel después de beberse todo el vino que le quedaba en el vaso—. Lindsey, mientras trabaje con nosotros, está bajo nuestro cuidado y parece mentira que no pensarais en lo peligrosa que es esa carretera.

—¿Te pareció peligrosa, Lindsey? —le preguntó Avi con aparente temor.

—La verdad es que...

—¡Mucho! —la interrumpió Axel—. Tiene demasiadas curvas y Seyfried nunca reduce la marcha de su Chevrolet, sino que el muy estúpido acelera —explicó mientras se acercaba a su madre y cogía el plato que acababa de rellenar.

—Entonces, la próxima vez que desee llevársela para invitarla a una cerveza, tendrá que prometernos que no conducirá por carreteras con curvas —alegó Ronald suspicaz antes de levantarse, coger su plato y caminar detrás de su hijo.

Enfadado. ¡Estaba muy enfadado! ¿Cómo se les había ocurrido hablar de Seyfried de nuevo? ¿Es que no eran conscientes de que Lindsey podía malinterpretar la conversación? Lo único que pretendía era hablar con ella y pedirle que se marchara...

«Puedes repetirlo mil veces si quieres, pero cuanto más insistas

en esa mentira, con más fuerza brotará la verdad», pensó mientras miraba el lugar que debía ocupar en la mesa: frente a ella. ¿Querían matarlo? ¿No se daban cuenta de lo que hacían? Se moriría. Él volvería a sentirse un cadáver viviente si ponía las esperanzas en Lindsey y ella se marchara en cuanto tuviese la primera ocasión. Era cierto que había aceptado la invitación de su madre, que había aparecido con aquella manera tan entrañable y familiar de vestir, que le había dejado muy claro que adoraba a sus padres y que no se iría, pero eso sólo eran palabras... ¿Qué ocurriría con el paso del tiempo? ¿Qué pasaría cuando a la funeraria llegara una persona que ella adorase? Esa misma tarde había conocido en la residencia a mucha gente, a la que había tratado con cariño porque seguían vivos, sin embargo, ¿cómo afrontaría la llegada de uno de aquellos ancianos metida en un ataúd?

—¿No sabe nada, verdad? —le preguntó cuando los dos se quedaron solos en el salón.

—¿De qué? —preguntó Axel colocando sus grandes manos en el respaldo de la silla en la que se sentaría.

—De lo que sientes, de la pelea que tuviste en el bar, del motivo por el que saliste corriendo en su búsqueda—mencionó.

—No sé de qué me hablas —negó cortante.

Blanco. Su madre había elegido un bonito mantel blanco para cubrir la mesa de madera oscura. Hasta se acordó de colocar las velas que le

obligó a comprar en una de las ocasiones en las que intentó alcanzar la puerta de la casa de Lindsey.

–Eso quiere decir que ni tú mismo sabes lo que quieres – reflexionó Ronald.

–Lo único que quiero es que se vaya lo antes posible de aquí para que no haga más daño –continuó refunfuñando.

–¿Seguro? –insistió Ronald.

–No sé qué respuesta esperabas, pero he de decirte que no deberías continuar en la dirección que te has propuesto. Lindsey, como todas, se marchará cuando alguien le ofrezca una alternativa mejor.

–Seyfried puede darle esa oportunidad y podrá seguir trabajando con nosotros. Pero debes permitirles cierta intimidad...–le chinchó.

–¡Joder con el puto Seyfried de los cojones! –exclamó fuera de sí.

–¡Axel Dhal, en esta casa no se grita esas palabras tan horribles! – le regañó Avi que apareció junto a Lindsey.

#TanaLove

Durante la cena, permaneció en silencio. No tenía ganas de empezar otra discusión sobre el posible futuro de Lindsey ni de escuchar otra vez el apellido del cura. Mientras mantuviera los labios pegados y sólo los abriera para comer, la paz estaba asegurada. Sin embargo, sus oídos captaron con precisión todo lo que hablaron. Lindsey charló sobre su pasado, algo que

no hizo cuando él se lo pidió dentro del coche. Habló sobre su madre, quien resultó que había sido una modelo famosa. Narró sus vivencias con ella, de su adicción a las manzanas y todo lo que padeció cuando ella murió. También se le escapó varias lágrimas cuando les confesó que tuvo que vender lo único que le quedaba de ella: un Ford Thunderbird azul del año noventa y dos. Pero cuando estuvo a punto de preguntarle la matrícula de ese coche, que le resultaba bastante familiar. Su padre intervino para que le contara lo ocurrido con su ex y se le olvidó, por completo, el tema coche. Tras su extensa exposición, dedujo que fue un imbécil que, como bien dijo su madre en la cocina, no había sido capaz de valorarla como se merecía. También descubrió que había padecido tres años autodestruyéndose y que, gracias a Rob, su gato, tenía un motivo por el que levantarse cada mañana. En ese instante entendió la ofensa que sufrió cuando aquel idiota le recriminó el hecho de comprarle un asiento al animal. Lo adoraba muchísimo porque, según ella, era todo lo que tenía en el mundo. Se encontraba tan aparentemente tranquila que les contó sobre los trabajos que había tenido antes de llegar a Monroe y cómo fue despedida de todos por su mal carácter. Toda una vida... Les explicó cómo había sido su vida durante la cena y en ella sólo oyó el nombre de un sólo hombre: Caden.

Y cuando pensaba que ya no tenían más temas de los que hablar, Lindsey les describió su experiencia en la residencia, de lo encantadora que

fue la señora Zheran, del cariño que le había tomado en tan poco tiempo y de las aventuras que esta vivió durante su vida. Axel abrió los ojos como platos, al imaginar que también les relataría sobre qué había hecho cuando Raymond intentó tocarla. Pero no lo hizo, cuando les contó que se atragantó con un sorbo de agua, lo miró, le sonrió y no expuso lo que sucedió después. Por suerte para él, su madre sacó otro tema: El momento en el que contestó al anuncio y el recibimiento que tuvo en la estación por parte de su marido.

—¡Ni te imaginas cuánto! —exclamó Ronald golpeando divertido la mesa—. ¡Todavía lo recuerdo y me muero de la risa!

—Pues a mí no me pareció divertido —intervino Avi mirándola—. Pasé unos días horribles porque no sabía cómo debía abordar el tema. Te oí tan entusiasmada por teléfono que ni me acordé de explicarte a qué nos dedicábamos.

—Debí suponerlo cuando me recogió en la estación de autobuses— expuso ella mirando a Ronald y sin borrar una gran sonrisa de su cara.

—¿Por el coche? ¡Pero si es el que utilizo para no llamar la atención! —exclamó divertido el señor Dhal.

—Por todo —concluyó Lindsey antes de soltar una carcajada. La que Axel describió como magnífica y pegadiza.

—¿Pero no ha sido tan malo, no crees? Es cierto que al principio cuesta asimilar un trabajo tan peculiar, pero con el tiempo te acostumbras y lo

aceptas –añadió Avi levantándose de su asiento para comenzar a recoger la mesa.

–Eso mismo le dije a Axel cuando regresábamos de la residencia –aseguró ella –. Que debió ser más flexible con las anteriores empleadas y no tratarlas de esa forma tan repugnante.

En ese momento, Avi dejó los platos sobre la mesa y Ronald se giró hacia su hijo. ¿Habían hablado? ¿Habían mantenido una conversación y ellos no sabían nada? ¿Cómo se le olvidó comentar un milagro de tal índole? Los dos pensaron que, una vez que se montaron en el coche, Axel no abrió la boca y por eso Lindsey no se había marchado esa misma noche con su gato.

–Ya te expliqué los motivos...–se defendió Axel al ver las miradas iracundas de sus padres.

–Sí, en eso tienes razón, pero no debiste actuar de esa manera –le atacó ella.

–¿Te contó lo que le dijo a la pobre Thas para que se marchara? –accedió a la conversación Ronald.

–No. Axel no entró en ese tipo de detalles, pero es cierto que me explicó que la joven maquillaba a los...clientes con siniestralidad.

–Pues el muy descarado le gritó que olía igual que veinte cuerpos en descomposición –desveló Avi muy enfadada –. ¿Sabes qué hizo la pobre criatura?

Lindsey no respondió, se quedó mirándolo sin pestañear. ¿Era cierto? ¿Le había dicho aquella estupidez? ¿Acaso no era capaz de pensar antes de hablar? Por lo menos a ella no le había dicho una cosa así. Era cierto que le había recriminado que le pusiera el pecho sobre la cara del señor Reed y que la apartó de Seyfried mintiéndole como un bellaco, pero cuando estuvieron solos, en vez de utilizar sus habituales tácticas para eliminar a las empleadas, había sido sincero al contarle el motivo por el que no las quería en el tanatorio. ¿Por qué actuaba con ella de manera diferente? ¿Cabía la posibilidad de que él...como ella...cambiara...?

–Salió corriendo y llorando –declaró la señora Dhal cogiendo de nuevo los platos sucios –. Cuando intentamos hacerla cambiar de opinión, nos dijo que no lo haría, aunque le pagáramos el triple y que, mientras mi hijo estuviera con nosotros, no aparecería salvo muerta.

–Ahora tiene un trabajo mejor. Si no hubiera actuado, no viviría el sueño que buscaba –murmuró Axel levantándose del asiento.

–¡Eso no lo sabes! –le reprendió su madre.

–Bueno, por ahora, Lindsey sigue con nosotros, ¿eso quiere decir que admites, por primera vez desde que llegó, que ella es la ideal para este trabajo? –habló Ronald apoyando los antebrazos en la mesa y mirando a su hijo fijamente.

–Eso tiene que decidirlo ella. Si es lista, se marchará lo antes

posible –apuntó Axel andando hacia la cocina con unos cuantos platos que había recogido de la mesa.

–¿Por qué he de marcharme? ¿Por qué quieres que lo haga? – replicó Lindsey cogiendo la vajilla sucia que sostenía Avi en sus manos y caminando detrás de Axel.

–¿No vas a hacer nada? –le preguntó Avi a su esposo.

–Sí.

–¿El qué? –insistió.

–Quedarme aquí sentado y tú me acompañarás.

–¡No los voy a dejar solos! –exclamó Avi volviéndose hacia su marido –. ¡Se machará como las otras!

–Siéntate y escucha lo que voy a decirte. Seguro que entenderás mi actitud cuando te explique el verdadero motivo por el que tu hijo tiene un moratón en la cara.

El destino mezcla las cartas y nosotros las jugamos.

(Arthur Schopenhauer)

–¿Qué te propones, Axel? –le preguntó cuando ambos entraron en la cocina. Soltó de malas formas los platos que tenía en las manos dentro del fregadero, se apartó de él y se cruzó de brazos—. ¿A qué narices estás jugando?

–Yo no juego, Lindsey. Sólo he dicho lo que sucederá porque quiero que estén preparados emocionalmente para cuando llegue el momento –respondió con mucha calma mientras abría el grifo del agua y cogía un estropajo para ponerse a fregar.

–¿Cuándo sucederá? ¿Según quién? ¿Según tú? –insistió encolerizada perdida –. ¿No he dejado bastante claro que me quedo con vosotros?

–Palabras... palabras... –murmuró—. Las palabras se las lleva el viento...

–¿Palabras? ¿Piensas que estoy fingiendo? ¿Crees de verdad que soy capaz de miraros a la cara y mentiros?

–Tú sabrás si mientes o no. Lo único que sé, es que todas decís que esto es lo mejor que os ha pasado y cuando aparece otra alternativa...

¡Puf, pies para qué os quiero! –contestó sin mirarla. Vertió un buen chorreón de friegaplatos y comenzó con el primero, que sufrió la ira que intentaba no mostrar.

–¿Mi presencia aquí esta noche no te deja clara mi postura? – insistió.

–No. Sólo he visto que mantienes una buena relación con ellos, cosa que no es difícil de lograr porque, como has comprobado, te adoran y harían cualquier cosa por ti –respondió sin dejar de frotar el plato.

–¿Y piensas que yo no los adoro? ¡Son las únicas personas que me han tendido una mano desde que perdí a mi madre! –vociferó con tanta fuerza que le dolió la garganta.

–No es motivo suficiente para que te quedes. Es más, si repasas esa afirmación, ha sonado más a deber que a desear –insistió sin mirarla.

Un cabezota. Otra de las sólidas cualidades de Axel salía a la luz. Estaba tan obsesionado en que ella se marcharía, que no era capaz de comprender la verdad. Se quedaría y no sólo por el sueldo sino porque también le gustaba vivir allí, junto a los Dhal y junto a él. Quizás ese era el problema, que, sin quererlo, entre los dos había nacido algo que ninguno quería ponerle nombre y rehusaban a aceptar. Él, por lo que sufrió con Theresa y ella, por no confiar en los hombres. Sin embargo, la actuación de Axel subrayaba no sólo lo obstinado que era en no caer en el segundo hoyo,

como declaró antes de salir del coche, sino también en la protección hacia sus padres y hacia las personas por la que sentía afecto, entre las que se encontraba ella.

Lo observó en silencio. Su cuerpo estaba tan tenso que, si le golpeaba una pequeña piedra en esa espalda vestida con la camiseta negra, la misma que había llevado a la residencia, esta saldría disparada como una bala. Arrugaba la frente y limpiaba el plato como si quisiera hacerle con el estropajo un agujero en el centro. ¿Tan preocupado estaba por ella? ¿Tanto le importaba su futuro? ¿Si ella se destruía, él también lo haría?

Todas las preguntas que había guardado en su cabeza empezaron a tener respuestas, llegando a una conclusión: lo hacía por ella.

—Me preguntaste si aquí era feliz —empezó a decir aminorando un poco su ira —, y creo que has tenido la respuesta frente a tus ojos. Si no la has visto es porque estás ciego.

—¡Oh, claro! ¡La felicidad! Ahora debería preguntarte qué es para ti la felicidad, porque quizá no estés muy familiarizada con dicho término.

—Sé perfectamente qué significa y te puedo asegurar que lo soy desde que he llegado.

—¿Sí? ¿Tú crees? Y... ¿qué pasará cuando alguna persona con la que hablaste esta tarde, con la que reíste, aparezca metida en un ataúd? ¿Seguirás siendo feliz? ¿Saldrás de esa sala en la que trabajas con una

sonrisa? ¿O no serás capaz ni de atenderla?

—¿Acaso importa lo que me suceda dentro de un tiempo? Te he dicho que al principio es muy duro, pero que poco a poco me iré acostum...

—A mí me importa —la cortó—, y mucho más de lo que debería. No quiero que te sientas desgraciada y que llegue un día en el que no quede nada de la mujer que hoy tengo frente a mí. Te aseguro que con el tiempo perderás esa mirada que deja sin aliento a quien decide observarte, que tu rostro se volverá gris, que dejarás de reír, con lo bonitas y contagiosas que son tus carcajadas, y terminarás encerrada en esa casa durante días, semanas... No voy a convertirme en el maldito espectador de esa destrucción... ¡No quiero vivir eso otra vez!

—Necesitas la ayuda de un psicólogo, Axel, y que ponga remedio cuanto antes a ese problema de bipolaridad. Porque no soy capaz de entender cómo me hablas con tanta ternura y, de repente, ¡regresa el Axel capullo! —refunfuñó Lindsey sin mover ni una pestaña.

—Tengo una personalidad difícil de entender —masculló.

—¿De verdad que no puedes apartar todos esos pensamientos negativos y liberar algo de positivismo o diversión?

—Me divierto mucho, ¿no lo ves? —dijo girando la cara hacia ella y realizando una sonrisa tan forzada que le dolerían las mejillas cuando la eliminara—. Gracias a la vida que he decidido vivir, soy el hombre más

divertido del mundo.

–¿Sabes lo que pienso? –le preguntó descruzándose de brazos.

–No. Porque, como comprenderás, no estoy dentro de tu cabeza – respondió centrándose de nuevo en la tarea de fregar ese plato que si pudiera hablar le gritaría que parara.

–Que has llegado a una conclusión equivocada. Piensas que todas somos Theresa y que, como ella sufrió tanto viviendo aquí, intentas evitar que les suceda a otras personas. Revives con cada empleada lo que padeciste con ella, como si la herida que has intentado cicatrizar se abriera una y otra vez. Por eso las observas, como me dijiste, y buscas sus puntos débiles. Cuando los encuentras, te vuelves obsesivo y no paras de atacarlas hasta que se marchan. Pero así no se resuelve el problema, Axel, porque tus padres, mientras sean los dueños de este tanatorio, acogerán a más empleadas y tu herida, esa que guardas en lo más profundo de tu corazón, nunca cicatrizará. ¿No piensas que ya es hora de zanjar el tema de Theresa y empezar a vivir de una vez? –expuso sin respirar.

Axel dejó ese plato tan brillante y limpio dentro del fregadero, cerró el grifo del agua, se sacudió la espuma que tenía en las manos y se volvió hacia ella muy lentamente.

–¿Los tres años que has pasado destruyéndote... tuviste tiempo para leer algunos libros de autoayuda? Porque si los has traído en esa maleta

que utilizaste para viajar, te recomiendo que los quemes. Ni te sirvieron para salir de ella, ni tampoco para dar buenos consejos –señaló mordaz.

Blanco. Su rostro se quedó tan blanco que podía sentir frío, al no pasar nada de sangre caliente por él. ¿De verdad había escuchado aquellas palabras? ¿Iba a quedarse allí parada sin hacer nada y oyendo tantas tonterías hacia ella? Lindsey aguantó las lágrimas que estaban a punto de brotar de sus ojos, respiró hondo, tragó saliva y le gritó:

–¡Eres un gilipollas!

Cuando avanzó hacia él, porque debía pasar por su lado para marcharse, evitó que la agarrara, que frenara su huida. ¿No es lo que deseaba, que se alejara de ellos? ¡Pues lo había conseguido! Corrió hacia la puerta, sin acordarse de coger el abrigo, la abrió y salió disparada hacia el lugar que había tomado como su nuevo hogar. Todo era falso, todo era erróneo, todo era un producto de su imaginación. Aquel hombre jamás se doblegaría ante la verdad y no se daría por vencido hasta que recogiera sus cosas y regresara a Detroit. Con las manos temblando, con los ojos bañados en lágrimas, Lindsey abrió la puerta de su, por ahora casa, y la cerró con rapidez. Apoyó la espalda sobre esta y lloró.

Axel no sufría de bipolaridad, sino de idiotez y para eso no había remedio...

Cuando regresó a la cocina, porque había corrido hasta la puerta para ver cómo Lindsey se encerraba en la casa, se encontró con sus padres. Los miró durante unos segundos en silencio. Luego regresó al fregadero, abrió el grifo e intentó seguir con lo que abandonó antes de soltar aquellas palabras tan dañinas.

—Vete con ella y no salgas de esa casa hasta que se calme —le ordenó Ronald a su esposa.

Avi, sin parar de llorar, pasó cerca de su hijo sin rozarle, sin mirarle y se marchó.

—¡Vete ahora mismo de aquí! —gritó Ronald una vez que se quedaron solos. Su voz, la que expresó en ese momento, denotó no sólo ira, rencor o enfado sino también agotamiento.

—Ha ocurrido lo que ya se preveía. Lo único que he hecho ha sido acelerar el tiempo —respondió Axel sin parar de frotar un nuevo plato.

—Te he dicho... ¡que te vayas! —tronó, después de acercarse a su hijo y cogerle de un brazo para apartarlo con brusquedad del fregadero.

El plato cayó al suelo, partiéndose en pedazos, y Axel se tambaleó hacia atrás, pero alargó con rapidez las manos al borde del lavaplatos para agarrarse a este y no terminar en el suelo. Una vez que se estabilizó, se quedó mirando a su padre, atónito ante esa reacción tan agresiva e inesperada.

—No es la adecuada para el trabajo —dijo como defensa—. Lo sabes, lo has sabido desde que llegó. Ninguna podrá quedarse aquí eternamente. En cuanto tenga una oportunidad para dejarnos, lo hará.

Y un puño de Ronald impactó sobre la cara de su hijo.

—¡Fuera! ¡Márchate! ¡Vete de esta casa ahora mismo! —continuó ordenándole mientras sus manos impactaban contra el pecho de Axel empujándolo hacia la puerta.

—¿Es que no os dais cuenta de nada? —bramó.

—La única persona que no se da cuenta de nada ¡eres tú!

—¿Yo? ¿Qué cojones estás diciendo?

—¡Maldita sea, Axel! ¿Tan ciego estás que no eres capaz de ver la realidad? ¡Eres tú quien tiene el problema, no ellas! —prosiguió en voz alta—. ¡Tú y sólo tú!

—¿Tan obstinados estáis con Lindsey? ¿Tantas ganas tenéis de que se quede que no vacilas, ni por un sólo segundo, en echarme de vuestra casa?

—¡No debes estar aquí! —gritó empujándolo de nuevo—. ¿No te das cuenta que la única persona que odia la vida que posee eres tú?

—¿Yo? ¡Te equivocas! ¡Esta es mi vida! —replicó endureciendo su gran cuerpo.

—¡No! —chilló nuevamente—. ¡Eres un puto amargado de mierda! Y lo peor de todo es que eres tan miserable que no aceptas la verdad. Has

logrado que todas se marchen porque el que realmente no quiere estar aquí...
¡eres tú!

—He nacido y crecido en este lugar. No tengo otra vida —masculló.

—¡Pero no lo aceptas como tuya!

—¡Sí que la acepto!

—¡No! Si la hubieras aceptado, cuando empezaste la relación con Theresa habrías sacado los huevos necesarios para dejarle bien claro que tu familia, tus padres, no eran unos apestados.

—Pero... ¿qué estás diciendo? ¿Es que no os he ofrecido el respeto y la posición que merecéis?

—¿Cuántas veces nos obligaste a salir de aquí, Axel? ¿Cuántas veces Theresa nos visitó para pasar un rato como el que hemos tenido esta noche con Lindsey? ¿Cuántas? ¡Ninguna! ¿Sabes por qué? Porque tú fuiste el primero en rechazarnos.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Axel apretando sus puños.

—¡Eres un mentiroso y un puñetero cobarde! —Volvió a pegarle en el pecho—. Te alistaste en el ejército porque no eras capaz de asumir lo evidente. Pensaste que, mientras combatías contra los demás, tu lucha interior también se llevaba a cabo. ¡Y te equivocaste! ¡Theresa te necesitaba más que nunca y la abandonaste! ¿Creías que tras tu regreso todo habría cambiado? ¿Que todo se había arreglado? ¡Pues no! ¡Ella se encontró tan sola que no

pudo soportarlo! Porque, aunque te resulte difícil de admitirlo, ella necesitaba a su marido a su lado para afrontar la vida que tú querías darle.

—¡Theresa no soportaba estar aquí!

—¡Porqué tú no estabas! —Otro impacto sobre su tórax —. ¿Sabes por qué tu madre ha resistido esta forma de vivir? ¿Por qué llevamos casi cinco décadas juntos? ¡Porque no la he dejado sola ni un sólo segundo! Cada vez que se derrumbó, cada vez que la escuché llorar, la abracé, la besé, la consolé y le demostré que lo único importante de todo esto éramos nosotros y el amor que siento desde que la vi por primera vez. Pero... ¿qué hiciste tú? ¡Huir como un cobarde!

—No me quieras culpar de eso...—masculló.

—¡Te culpo de todo, Axel! ¡Porque el único responsable de todas las desgracias que ha sufrido esta familia eres tú!

—Ellas no habrían superado...

—¡Todas eran perfectas! ¡Todas tenían la aptitud idónea para superar y afrontar este trabajo! ¡Pero se marcharon por tu culpa! ¡Tú las acosaste hasta que se hundieron tanto que no soportaron vivir ni un minuto más aquí!

—¿Todo esto lo haces por ella? —preguntó, inclinando la barbilla hacia la puerta —. Lindsey es otra de tantas, ¿no te das cuenta? ¡Se machará cuando seáis incapaces de vivir sin su compañía y os hará daño!

–¿Quién ha dicho que se marchará? –gritó con más fuerza –.
¡Lindsey se quedará con nosotros y tú no aparecerás por esta casa hasta que
me muera! ¿Entendido? ¡Fuera de nuestra casa, de nuestras vidas, ahora
mismo!

–¿No lo dirás en serio?

–¿Te parece que estoy hablando en broma? –Y le asestó otro
derechazo.

**Si no existiera el invierno, la primavera
no sería placentera, y si no pasamos por la
adversidad, la prosperidad no sería bienvenida.**

(Anne Bradstreet)

Diez días... Transcurrieron diez días desde aquella noche infernal.

Los Dhal evitaron hablar de Axel o de las ganas de regresar a Detroit para que arreglaran esa discusión familiar. Lindsey no quería ser la culpable de esa ruptura, de ese destrozo y de la pena que observaba en sus ojos. Sin embargo, con el apoyo de ambos seguía en aquella casa, acompañando a Avi al supermercado y comprando las absurdas cosas que encontraba, cuando el carro tropezaba en la estantería que no deseaba. El silencio, habitual en aquel lugar, se hizo tan intenso que se transformó en tenebroso, inquietante y desesperante. Hasta Rob, que siempre dormía en su colchón de colores, pasó, desde aquella noche, las horas sobre la cama, como si intuyera que su dueña lo necesitaba a cada momento.

«Todo debe continuar como siempre». La frase que Ronald le dedicó tras la marcha de Axel, cuando apareció en su casa para consolarla, retumbaba en su cabeza una y otra vez. Nada podría ser como siempre. No

debían apartar de sus vidas a su hijo y esperar a que el dolor desapareciera. O por lo menos ella no iba a dejar que el tiempo pasara.

Como ella fue el principal motivo de aquella discusión, tenía que hallar la manera de arreglarlo. Pero... ¿dónde estaba? ¿Dónde se había metido? ¿Hacia dónde se había dirigido? No sabía a quién preguntar y los Dhal no estaban dispuestos a decir ni una sola palabra sobre él. Continuaron su vida, mientras se encontraban con ella, como si nunca hubieran tenido un hijo.

Lindsey se miró al espejo y se retocó la línea de los ojos. Quizá Seyfried podía ayudarla. Él permaneció a su lado en un tiempo muy duro y cruel para Axel, tal vez hasta lo entendía mejor que sus padres. ¿Cuántas veces habrían estado solos enfrentándose a la muerte? Seguro que, en algún momento, ellos convertirían esa unión, esa amistad en un pilar de confesión y anhelo. Por esa causa, cuando este le llamó para concertar una cita, aceptó la invitación sin pensárselo dos veces. Aprovecharía cualquier instante, cualquier ocasión para hablar sobre Axel y averiguar dónde se había metido.

Se abrochó los botones de su vestido color púrpura, se ató el lazo del pañuelo que había elegido como adorno para su cabello dorado, se echó unas gotas de perfume y salió de la habitación con la esperanza puesta sobre sus hombros.

Necesitaba hablar con él y si para eso tenía que recorrer el mundo

entero sobre sus tacones, lo haría. Por supuesto que, cuando se lo encontrara, no le contaría que desde que se marchó su corazón se había roto, que lloraba por las noches sentada en el sillón junto al fuego, que abrazaba a su gato para sentir cierto apoyo o que su consolador, dos días después de su desaparición, lo había tirado al contenedor de basura metido en una caja de zapatos. Tampoco le hablaría de lo infeliz que se sentía cada vez que salía fuera y no hallaba su coche parado frente a la casa de sus padres, o la de veces que miró hacia la puerta de las residencias que visitó durante esos días, esperando a que se presentara para rescatarla de otro atragantamiento o de las miradas obscenas de los trabajadores. Se guardaría para ella la tristeza que le causó no tenerlo cerca, cuánto lo añoró y que, por desgracia, esos días sin él había confirmado que su corazón se lo había robado un gigante de ojos oscuros.

«Lo único que nunca debes perder son las ganas de lograr todo aquello que te propongas». La frase que habitualmente decía su madre cada vez que asistía a una sesión de fotos, a una entrevista o incluso cuando firmaba un nuevo contrato, apareció en su cabeza un millar de veces durante esos días. Ella ya sabía qué deseaba lograr, lo único que le faltaba era averiguar cómo lo haría y si él, por un extraño casual, sería capaz de responderle y aceptarla.

Mientras se apoyaba en la pared para ajustarse los zapatos, imágenes de Axel pasaban sin tregua. Sus ojos, su sonrisa, la forma de

hablarle, su comportamiento, la pelea en el bar, los roces casuales que habían tenido, sus confesiones, sus regañinas, las miradas, ... ¿Todo eso bastaba para contestarse que le importaba? ¿Que había actuado como un cretino porque deseaba salvarla? No se enfrentó a Theresa y ella se hundió. Tal vez, sólo quizá, intentó protegerla para que no finalizara como ella...

—¡Lindsey! —gritó Avi detrás de la puerta—. ¿Estás ahí?

¿Ya había llegado Seyfried? ¿Por qué no tocaba el timbre? ¿Los Dhal la custodiarían del cura como hicieron con su hijo?

«Cada vez que intentaba acercarme a tu puerta, mis padres aparecían corriendo y gritando que necesitaban mi ayuda. La última vez, mi madre me pidió que le comprara compresas y tampones. ¿Cómo te quedas? Porque yo me quedé sin palabras». ¿No era eso lo que le había dicho en el coche? ¿Cuántas veces intentó llegar hasta ella? ¿Por qué quiso hacerlo? ¿Para echarla? No. Estaba tan obsesionado por averiguar quién había entrado en la vida de sus padres y les hacía tan feliz, que él sólo quería sentir la felicidad que no había tenido en años. Sin embargo... no actuó como debía.

—¿Ha llegado ya? —le preguntó a la señora Dhal tras abrir la puerta.

—¡Oh, pequeña! —exclamó lanzándose hacia ella y abrazándola con fuerza.

—¿Qué sucede? —salió de su boca sin apenas voz—. ¿Axel está

bien?

–Ronald ha salido... Ha tenido que salir... Le han avisado que...

–balbuceó sin dejar de llorar.

–Por favor... ¿puede decirme qué ha ocurrido? ¿Axel está bien? –
repitió.

–Sí, hija, Axel está bien. Pero la señora Zehan... Ella... Su corazón...

«Y... ¿qué pasará cuando alguna persona con la que hablaste esta tarde, con la que reíste, aparezca metida en un ataúd? ¿Seguirás siendo feliz? ¿Saldrás de esa sala en la que trabajas con una sonrisa? ¿O no serás capaz ni de atenderla?», recordó aquel vaticinio que Axel, con crudeza, le dijo aquella noche.

#TanaLove

¡Curvas y más curvas! ¡Lindsey y más Lindsey!

Aceleró la marcha y giró el volante hacia la izquierda un pelín más de lo necesario, por ese motivo se encontró con el coche cruzado en mitad de la carretera. Axel miró hacia delante y golpeó el volante con tanta fuerza que se hizo daño en las manos. ¿Qué diablos le pasaba? ¿Es que no podía regresar de una puñetera vez la persona que fue antes de conocerla? No. Por mucho que lo intentaba, ese Axel gélido, implacable, sensato y

malhumorado no quería aparecer de nuevo.

Desde que salió de su casa, tras el segundo rechazo de su padre, se metió en el coche y se dirigió hacia un hostel, del que no salió salvo para comprar algo de comida. Volvía a esconderse del mundo, a refugiar su corazón mientras escuchaba cómo todo a su alrededor continuaba con el curso de la vida.

Durante ese encierro, llamó varias veces a su madre. Quería asegurarle de que estaba bien, que todo pasaría y que, por ahora, era mejor mantenerse distante. Pero lo que le dejó asombrado fue el tono de voz que usó ella para contestarle. Parecía el típico contestador en el que te explica el horario de trabajo de los empleados. ¡Increíble! ¡Hasta su madre se había puesto a favor de ella! No escuchó, durante esas charlas automáticas, «te echamos de menos, ¿cuándo vas a volver? ¿Te estás alimentando? ¿Quieres que hable con tu padre para calmar esta situación?» ¡Para nada! Su madre sólo contestaba con un *sí*, un *no*, o *a veces*.

Ese distanciamiento, ese encierro y el no tener contacto con nadie, salvo la cajera que le cobraba al pasar la compra, provocó que pasara, durante esos días, por varias etapas emocionales: la de... *odio a Lindsey*, la de... *no me creo que todo haya sucedido por culpa de Lindsey*, la de... *mantener la esperanza de que Lindsey se marchara*, la de... *intentar olvidar a Lindsey* y la última, la más peligrosa, la de... *asumir que echaba de menos a*

Lindsey y que se había equivocado con ella.

Esta etapa le hizo recapacitar no sólo del comportamiento que había tenido hacia las empleadas, sino también de las duras palabras que su padre le soltó la noche de marras: él era el culpable de todo y las obligó a que se fueran porque no era capaz de asumir la vida que él mismo había elegido. Y era cierto... Su padre tenía razón. Desde muy joven intentó alejarse de ellos, de esa vida que habían decidido tener, pero cuando estaba lejos, cada vez que se encontraba en un sitio distante del tanatorio, un fuerte dolor abdominal aparecía y sólo se eliminaba cuando entraba a su hogar y abrazaba a las dos personas que amaba. Le gustaba tanto esa vida que tuvo miedo. Sí, miedo porque el amor y la tranquilidad le resultaban motivos suficientes para no buscar otra cosa, de ahí que pasara una infancia un tanto especial.

Y sobre el tema Theresa... tampoco se equivocó su padre. No tuvo el coraje suficiente para expresarle sus verdaderos pensamientos. Quizá porque, durante toda su niñez, nadie se había dirigido a él salvo para gritarle que era el hijo de un hombre que trabajaba con muertos. Por eso, cuando aquel día, después de un entrenamiento de atletismo, Theresa se acercó a él y le pidió que la acompañara al baile de graduación, perdió el norte. A su lado, idealizó un futuro, en el que sus padres no tenían cabida. Aceptaba sin discutir todas las decisiones que ella tomaba, incluyendo, como bien le había reprochado su padre, el de mantenerse alejado del tanatorio. Se creyó ese

mundo irreal. ¡Sí, hasta él mismo esperaba que aquello sucediera de verdad! Pero no fue así. Una vez que regresaron del viaje de bodas y le pidió a Theresa unos días para encauzar su futuro, su nueva vida, aquella burbuja falsa en la que vivía, se rompió.

–El cordón umbilical ya está eliminado –le dijo Theresa cuando le ofreció el equipaje para que lo colocara en el maletero del coche –. Así que debes actuar como me prometiste. Ahora soy tu esposa, no una simple novia. Cumple lo que me prometiste y formemos una familia en otro lugar.

–Había pensado que, durante un tiempo, podríamos vivir en mi casa y, si nos adaptamos...

–¡No! ¡Eso no es lo que acordamos! ¡Tienes que sacarme de aquí, alejarme de esa miseria en la que creciste! ¡No consentiré que nuestros hijos vivan el horror que has padecido! ¡No quiero verlos crecer rodeado de cadáveres!

–Sabes que he enviado miles de currículums, pero no tengo todavía una respuesta firme. Sólo son propuestas que...

–¡No! ¿Me escuchas? ¡He dicho que no!

Tras pasar la noche durmiendo en el sofá colocado junto a la chimenea de su casa, se levantó y, sin decir una palabra, se alistó en el ejército. Durante las tres semanas que tardaron en llamarlo, vivió un infierno con Theresa. Siempre igual... Ella se levantaba, se arreglaba y desaparecía

hasta que llegaba la noche y, como si estuviera metido en un bucle interminable, lo único que hacían era discutir.

Su padre no se equivocaba. Si desde un principio la hubiera advertido que el futuro que aspiraba sería continuar con la empresa familiar, cada uno habría tomado un camino diferente y se habrían ahorrado una destrucción inevitable.

El sonido de un claxon lo despertó de ese alejamiento que se indujo al repasar aquel tiempo. Levantó la mano en señal de disculpa, se colocó en el lado correcto de la carretera y continuó subiendo aquella montaña.

Había concluido que, para tomar una decisión acertada y salir del nuevo agujero, le vendría bien una partida de ajedrez con un hombre que, pese a haber tenido un centenar de posibilidades de casarse, había decidido no hacerlo.

Pero cuando tomó la última curva y observó la residencia, un ligero escalofrío le alzó el vello de su piel. Axel paró el coche en el aparcamiento, cogió las llaves y salió de él sin presionar el botón de cerrar, como si su instinto le gritara que no tardaría en regresar, pero... ¿por qué?

Según subía las escaleras y más se aproximaba a la entrada, más se aseguraba de que había ocurrido algo. Todo estaba en demasiado silencio y en los jardines no había nadie, pese a que brillaba el sol. Al abrir la puerta, se

topó con un grupo de ancianos vestidos de negro y abrazados. Esquivó aquellos débiles cuerpos y se acercó a la muchacha de recepción. Esta tardó en atenderle más de diez minutos porque no paraba de llorar.

–¿Puedo ver al señor Brewster? –le preguntó después de que ella se limpiara las lágrimas con el cuarto pañuelo de papel.

–El... el... –intentó decir la joven mientras absorbía los mocos de la nariz.

–¿Axel? ¿Qué diablos haces aquí?

Axel, sin poder eliminar ese estado de crispación, se volvió hacia la voz del hombre a quien había ido a buscar.

–Le prometí que jugaríamos otra partida y aquí me tiene, cumpliendo una promesa –respondió extendiendo la mano hacia él para saludarle.

Pero Brewster no aceptó ese saludo. Miró hacia la entrada, donde todos los que conocían a Charlize lloraban su pérdida y luego la fijó en su antiguo alumno que, por alguna razón, no se encontraba en el lugar que debería permanecer.

–¿Estás de broma, verdad? –persistió Brewster atónito –. ¿Por qué has venido? ¿Ha olvidado algo a tu padre y te ha enviado?

–¿Mi padre? ¿Por qué tendría que enviarme hasta aquí?

–¿No lo sabes? –espetó aún más sorprendido.

—¿Qué debería saber? ¿Es que os han visitado esta mañana? ¿La nueva empleada ha venido para captar más clientes? —dijo mordaz.

—¡Ha muerto Charlize! —le anunció al ser consciente de que no tenía ni idea de lo que había ocurrido —. ¿No lo sabías?

—No —le aseguró. Su cuerpo empezó a sufrir ese rigor mortis del que tanto hablaban los médicos. Su rostro... tomó el color de un cadáver. ¿Cómo era posible? ¿Por qué su padre no le llamó para que le ayudara? ¿Quién había ocupado su lugar? ¿Le pediría ayuda al tal Raymond, ese empleado que se mereció los dos puñetazos que él recibió? Pero esas preguntas se quedaron muy lejanas cuando la imagen del rostro de Lindsey apareció sobre ellas —. ¡Joder! —gritó volviéndose hacia la salida —. ¡Joder, maldita puta vida! —exclamó mientras echaba a correr.

—Me lo tomaré como *un no, no lo sabía y nos veremos abajo* — comentó Brewster más asombrado y estupefacto que Axel.

No es que tengamos poco tiempo, es que perdemos mucho.

(Séneca)

Agarró el freno de mano y tiró de él hacia arriba, haciendo que sus ruedas provocaran una gran polvareda al pararse de esa manera tan brusca. Abrió la puerta, sin saber si el motor seguía arrancado o lo había apagado de manera inconsciente, y se dirigió hacia el tanatorio. Cuando llegó, dio un salto, el suficiente para no tocar, con las plantas de sus zapatillas Nike rojas, las escaleras que lo conducían a la puerta principal de la funeraria, tiró de la manivela con fuerza y accedió al interior con la misma frivolidad que sostuvo al asaltar durante la guerra el campo enemigo.

Todo permanecía en silencio. En el más absoluto e incómodo silencio. Axel caminó por el pasillo, mirando a ambos lados de la sala, esperando contemplar, en algún momento, la figura de alguno de sus padres, pero no los encontró allí. ¿Estarían los dos a su lado, arropándola en el momento más duro de su trabajo? Sin poder apartar de su mente el horror que podría estar padeciendo Lindsey, avanzó hasta llegar los tres largos escalones que conducían hacia el altar. Se paró frente a la gran foto de la señora Zheran y agachó la cabeza.

—Ahora puede descansar en paz, Charlize, y dele un beso enorme a su esposo, seguro que la ha echado de menos —le dijo antes de girarse hacia la puerta donde se encontraría Lindsey maquillándola.

Sin dejar de pensar en la pequeña muñequita, como la llamaban sus padres, dio varios pasos, agarró con la mano la manivela y...

—Yo que tú, no entraría ahí.

La advertencia de Seyfried le hizo olvidar su propósito, se volvió sobre sí mismo y se colocó frente al lugar donde el cura se encontraba: en el altar.

—¿Cómo dices? —le preguntó enseñando los dientes, como si fuera el animal más fiero del mundo y el que se preparaba para atacar.

—No quiere que nadie la interrumpa, prefiere hacerlo sola... — continuó hablando mientras se ajustaba la sotana. Se anudó el lazo en la espalda, lo miró y continuó—: Tus padres han aceptado su decisión y han salido hace un momento. Así que, si estuviera en tu lugar, haría lo mismo que ellos y respetaría su deseo.

—¿Respetar su deseo? —repitió pisando el primer peldaño. ¿Desde cuándo tenía el cuerpo tan rígido que un movimiento tan absurdo le causó un dolor tan insoportable?

—¿Sabes qué significa respeto, Axel? —continuó hablando Seyfried con tranquilidad al tiempo que se arreglaba el cabello rubio, encrespado tras

meterse la sotana –. ¿O hace tanto que no utilizas esa palabra que ya no sabes lo que significa?

–Ni se te ocurra sermonearme, Josh –le aconsejó subiendo otro escalón.

–Soy un hombre de Dios y es lo único que hago desde que he encontrado mi destino y mi vocación –prosiguió con calma. Cogió la biblia, la abrió por el pasaje que debía leer para la celebración, dejó entre las páginas un pequeño marcapáginas, la volvió a cerrar y lo miró–: ¿Has encontrado la tuya durante estos días? ¿O necesitas más tiempo?

–Te he dicho que no me sermonees –le advirtió subiendo otro peldaño.

–Sabes que nunca me has dado miedo, por muy alto que seas, puedo pegarte un puñetazo en el estómago y doblarte. No sería la primera vez...–persistió con tranquilidad.

–No soy de los que pegan a un hombre con la sotana puesta, pero te aconsejo que cuides tu lenguaje cuando no la lleves. No te aseguro que pueda respetarte...–masculló.

–¿Sabes? Cuando te encontré en el batallón me pregunté mil veces el motivo por el que un hombre como tú, con la familia que posees y con un futuro tan prometedor, había abandonado todo para luchar en una absurda guerra donde podías terminar muerto.

–¿Y? –preguntó Axel enarcando las cejas.

–Llegué a una conclusión que mantengo desde entonces –aseguró dándose la vuelta para continuar preparando el oficio.

–¿Tengo que arrodillarme como uno de tus feligreses para que me expliques a qué conclusión llegaste? –espetó tosco.

–¿Quieres saberlo? ¿De verdad te interesa la opinión que tengo sobre ti? –espetó girándose hacia aquel hombre que, a pesar de que impresionaba por su enorme tamaño, la parte más importante de su cuerpo, su corazón, era tan pequeño como una célula.

–He aprendido, durante estos días de aislamiento, que la opinión que los demás tienen hacia mí ha de importarme –contestó con sarcasmo.

–Que eras, eres y serás toda tu vida un gilipollas –declaró, como si le hubiera dicho que tenía que coger el paraguas antes de salir porque llovía.

–No eres el único que lo piensa...–masculló, recordando las palabras que Lindsey le gritó esa maldita noche antes de que saliera llorando de la cocina.

–¿Así que hay más personas razonables en este mundo, eh? Me alegro de no ser el único.

–No, no lo eres. Así que siento que no te vanaglories por ocupar el primer puesto –le dijo con desaire.

–¿Pero sabes lo que realmente me saca de mis casillas?

–¡Adelante, no te cortes! ¡Tu Dios y la sotana te protegen... por ahora! –gruñó.

–Que eres un gilipollas con suerte –expuso, utilizando ese tono de voz con el que hablaba a los fieles que acudían todos los domingos a sus misas.

–¿Tú crees? Porque yo no denominaría suerte a todos los problemas a los que debo enfrentarme –aseveró cruzándose de brazos.

–¿A qué le llamas tú problemas, Axel? ¡Mírate! –exclamó extendiendo los brazos a ambos lados, como el Cristo del Corcovado –. ¿Han llegado tus padres a casa tan puestos de coca que no eran capaces de mantenerse en pie? ¿Has pasado hambre? ¿Te has metido dentro de los contenedores de basura para encontrar algo con lo que alimentarte? ¿Tu piel es lisa como la de un bebé o tiene marcas de castigos que no mereciste? ¿Has vagado por las calles rezando para que algún conductor despistado te atropellara? ¡Dime, Axel Dhal! ¿De verdad te ha tratado la vida tan mal?

Axel se quedó mudo. No sabía qué contestar. No se imaginó que Seyfried hubiera pasado tantas calamidades cuando fue un niño...

Entonces recordó un episodio en el barracón donde descansaban. Alguien se burló de las marcas que Josh tenía en su espalda. Hacía una apuesta sobre si eran heridas de balas o quemaduras de cigarrillos. Nadie

participó en el juego porque antes de que terminara aquel soldado su burla, Seyfried lo empujó contra la pared, sacó el cuchillo que guardaba en el bolsillo del pantalón militar y se lo puso en el cuello mientras le advertía que con él no había juegos de ese tipo, que al único que podía participar era *el de hoy mueres* y que sólo debía gritar cuántos minutos quería seguir respirando.

—¿Sabes que la he llamado siete veces mientras estabas fuera? —
La pregunta del cura le hizo volver al presente y el impacto que sufrió al verlo con esa sotana fue descomunal.

—¿A Lindsey? —preguntó aún trastornado por el recuerdo de quién fue y de la persona en la que se había convertido.

—¿A quién si no? Aunque...

—¿Aunque? —insistió.

—Aunque solo ha aceptado a una de esas siete y con una condición. —Seyfried caminó despacio hacia su amigo, con tanta tranquilidad que empezó a desesperarlo. Alzó el mentón, lo justo para que sus ojos, unos verdes y los otros oscuros, quedaran al mismo nivel.

—¿Cuál? —quiso saber con tanta urgencia que, pese a la tristeza que le provocó aquel recuerdo, deseaba agarrarlo del pecho y levantarlo con una sola mano.

—Que habláramos de ti —declaró sin apartar la mirada de su amigo y estudiar los gestos que su rostro realizó al desvelarle que tenía una pequeña

oportunidad con Lindsey.

—¿Por qué? —preguntó con tono más suave y notando cómo la rigidez de su cuerpo desaparecía lentamente.

—No lo sé. Esto te corresponde a ti averiguarlo. Si estás dispuesto a asumir la respuesta —lo instó.

—Y lo voy a hacer —respondió bajando las escaleras con rapidez.

—¿Dhal?

—¿Qué? —le respondió sin mirarlo.

—Si la dejas escapar, estaré ahí para que pueda consolarse sobre mi hombro y, cuando se sienta tan débil y triste, me lanzaré sobre ella para...

No le dio tiempo a terminar. Axel regresó a su lado, le agarró el cuello de la sotana y lo alzó del suelo para que no se perdiera la expresión de su cara.

—Como se te ocurra acercarte a ella, te juro por tu Dios, que yo mismo me encargaré de meterme en un arca, de introducirte en el horno y, mientras escucho tus gritos pidiendo auxilio, me tomaré una cerveza —le amenazó—. No tientes al diablo Seyfried, porque cuando pierde el rumbo, hace lo que le sale de los cojones sin mirar la vestimenta de nadie.

—¡Por fin saliste a la luz! —exclamó divertido el cura—. ¡El diablo ha regresado!

—Y seguirá fuera mientras tenga una buena razón para ello —

sentenció antes de soltarlo y regresar hacia la habitación donde libraría su última guerra: Lindsey.

#TanaLove

Las manos le seguían temblando...

Lindsey se apartó del cuerpo de Charlize, se inclinó hacia delante, como si le doliera la barriga, y volvió a gritar con los labios apretados. Era la cuarta vez que intentaba hacer el delineado en sus párpados que le prometió y no había sido capaz ni de sacar el pincel del eyeliner.

Estaba tan triste, tan dolida y tan desconsolada que no sabía cómo superaría ese momento.

Aunque Avi y Ronald quisieron acompañarla en un momento tan duro, ella les pidió que la dejaran sola para enfrentarse a la situación más difícil de su trabajo, tal como le dijo Axel aquella maldita noche. No se trataba de superar un reto. ¡Ella jamás se tomaría a la señora Zheran como tal! Pero sí era cierto que, para averiguar si podía ser la persona que los Dhal necesitaban, debía asegurarse de que ella lo lograría sin el apoyo de nadie.

Volvió a levantarse, a mirar ese rostro sin vida y... lloró de nuevo.

—¿Por qué me lo ha puesto tan difícil, Charlize? —le preguntó mientras se limpiaba las lágrimas con el anverso de sus manos—. ¿Se ha

compinchado con ese gigante gruñón para hacerme pasar por esto? Es que me extraña mucho que, con la salud que gozaba, su corazón haya decidido pararse. Además... ¿no me prometió que me encontraría a mi hombre ideal? ¡Pues no ha cumplido su promesa! –le dijo como regañina.

–Te prometo que no la he vuelto a ver desde aquella tarde – comentó Axel cuando cerró al entrar –. Y sobre esa promesa de buscarte el hombre ideal... Solo estoy yo.

–¿Qué diablos haces aquí? ¿No estabas escondido? ¿Has venido para confirmar tus palabras? ¿Quieres ver mi destrucción? –preguntó volviéndose hacia él, encarándose contra el hombre que sólo podía aparecer, después de diez días sin dar señales de vida, para aumentar su gran ego al presenciar su derrumbe.

–Merezco esa ira. Merezco que me odies y merezco todo lo malo que me ha ocurrido hasta el día de hoy...

–¿Quieres confundirme, Axel? ¿O es que hoy también es tu día de confesiones? ¿Qué número sería esta? ¿La cinco?

–Lindsey, por favor, he venido para pedirte perdón. En ningún momento quise hacerte tanto daño. Mis palabras salieron de mi boca sin poder frenarlas. Nadie me había hecho sentir...

–¿El qué, Axel? ¿Nadie te había hecho sentir, el qué? –insistió entornando los ojos.

–Miedo...

–¡Oh! ¿Ha escuchado eso, señora Zheran? ¡El gigante tenía miedo! ¿No venció David a Goliat? ¿Eso es lo que quieres decirme, Axel? ¿Que una mujer como yo te ha vencido?

–¡Sí!

–¡Mientes! ¡La única razón por la que has salido de donde diablos estuvieras escondido es para asegurarte de que tenías razón!

–¡No! –gritó dando un paso hacia ella –. ¡Te equivocas!

–No te acerques, Axel, o te juro por mi santa madre que gritaré hasta que aparezcan tus padres y te saquen de aquí por la fuerza–le advirtió.

–Lindsey, por favor, no me apartes de tu lado.

–¿Yo? ¿Apartarte? ¡Has sido tú quien ha decidido mantenerse lejos de mí! ¿Qué ha cambiado durante estos días, Axel? Porque yo sigo siendo la misma de aquella noche... ¿Has visitado a un psicólogo y te ha diagnosticado esa bipolaridad de la que te hablé? O quizás... ¿has tenido tiempo para leer algún puto libro de autoayuda? ¡Maldita sea, Axel Dhal! ¿Qué coño quieres de mí? –Se tapó la cara con las manos y dejó que esas lágrimas, brotadas al principio por la pérdida de Charlize, ahora nacieran por él.

–Los hombres de mi tamaño también pueden sentir miedo y confundirse –le aseguró.

Cuando Lindsey apartó las manos de su cara para replicar aquella afirmación, su rostro topó con un pecho duro, rígido y agitado por la respiración. Despacio, como si fuera una secuencia de una película a cámara lenta, levantó la barbilla y observó aquellos ojos negros como la noche, como la oscuridad causada por la llegada de la muerte. Respiró hondo, intentando mantener a raya esa agitación que le provocaba estar con él. Era una odisea concienciarse que aquel hombre tan insolente, maleducado e incapaz de sentir algo de afecto salvo por sus padres, se había convertido en alguien tan importante para ella. Sin embargo, pese a que sus emociones le gritaban y saltaban felices por esa proximidad, necesitaba apartarlo de su lado cuanto antes. No podía vivir en un continuo vaivén... La palabra autodestrucción había desaparecido de su vocabulario desde que encontró a los Dhal.

—Vete... por favor —le pidió con la voz tan vacía de fuerza, que no se escuchó ni ella misma.

—No puedo irme, Lindsey. Mi sitio está aquí... contigo —le susurró, apartándole con los pulgares esas lágrimas que aún recorrían por sus mejillas —. Dame una oportunidad. Sé que he sido un gilipollas que ha luchado contra lo evidente, pero te aseguro que todo ha quedado atrás y soy una persona distinta.

—¿Qué es para ti lo evidente? —preguntó sin apenas voz.

—Que necesito y que deseo apoyarte... siempre —declaró con un

tono tan meloso, que no parecía él sino una versión mejorada del hombre que se marchó de su casa diez días atrás.

—¿Apoyarme? —respondió confusa.

—A ti, sí. Sólo puedo y podré apoyarte a ti... —le susurró inclinando su rostro hacia el de ella.

Cuando Lindsey intentó apartarse, alejarse de aquel gigante que la observaba con tanta calidez que la hacía temblar, él le agarró de la nuca, la mantuvo inmóvil y le dio un beso tan apasionado, que las piernas temblaron por la debilidad que padecía. Era como si su lengua, al adentrarse en el interior de su boca, absorbiera toda la energía negativa que aguantaba su cuerpo y le dejaba sólo la positiva. Por eso y por muchas cosas más, ella aceptó ese beso y le correspondió con la misma pasión y ansiedad que él.

—Mi muñequita *pin up*...—jadeó tras separar sus labios —. Te juro por mi vida que estaré siempre a tu lado —le declaró con firmeza.

Lindsey, con los ojos cerrados, apoyó la frente en su pecho y lloró emocionada mientras sentía cómo los brazos de Axel la rodeaban para seguir proporcionándole la fuerza que requería en aquel momento.

Se rendía... Sí, el día de su rendición había llegado. Él era el hombre de las cartas de Sabina. Lo supo en el mismo momento en el que Kong dejó de ser un artilugio sin vida para convertirse en un gigante de carácter agrio, y lo afirmó tras él contarle la historia de la manzana. El

destino los había cruzado años atrás, justo cuando ambos habían tocado fondo y, tras años después insistía en unirlos para... siempre. Sin embargo, antes de avanzar en lo que parecía una propuesta de relación, ella tenía que confesarle algo muy importante: quién le rompió el cristal de su coche.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ronald abriendo la puerta de golpe, justo en el segundo que Lindsey había mirado a Axel para desvelarle el secreto.

—He comprendido qué es lo que quiero —le dijo Axel sin dejar de abrazarla.

—¿Estás seguro? ¿Esto no será algo pasajero? —insistió.

—Te prometo que no voy a cambiar de opinión. Quiero que mis hijos crezcan en el mismo lugar que lo hizo su padre, que den sus primeros pasos donde los di yo y que se sientan orgullosos de la sangre que les correrá por las venas. Eso no es pasajero, es un futuro.

—Bien, me alegra escuchar al fin esas palabras, aunque llegan treinta y cinco años tarde —expresó, intentando controlar ese timbre de voz que mostraba la alegría y la satisfacción provocada por la decisión de su hijo —. Vete a casa y ponte el traje, la familia de la señora Zheran no tardará en llegar y tenemos que estar preparados.

—Voy —le dijo Axel dando un paso hacia delante, pero la mano de Lindsey lo frenó. Al mirarla descubrió que ella deseaba algo. ¿Estaría

pensando lo mismo que él? Porque si era cierto, si sus mentes estaban compenetradas, los hijos de los que le habló a su padre llegarían antes de lo previsto. Pero no, Lindsey no podía sucumbir con tanta naturalidad a un deseo semejante porque, si lo hacía, no había duda de que la relación entre ellos superaría a la de sus queridos padres –. ¿Puedes darme un minuto? Quiero que Lindsey termine con la señora Zheran antes de marcharme.

–Tienes cinco –señaló Ronald cerrando la puerta

Cuando escuchó el clic de la cerradura, Axel se volvió hacia Lindsey, la cogió de la cintura y, mientras ella enredaba sus piernas en la cintura, la dirigió hacia la pared más alejada del ataúd sin parar de besarla.

–¿Qué haces? –preguntó Lindsey atónita.

–¿Tú qué crees? –le respondió entre besos y toqueteos.

Aunque resultara siniestro, porque Charlize estaba allí con ellos, Axel toqueteaba su cuerpo como si fuera un médico buscando la zona más dolorida de su paciente.

–Axel... por favor... la señora Zheran... está... tengo que... ¡Oh!

–jadeó al sentir que, mientras le mordía el cuello, una de sus manos subía por la pierna izquierda para alcanzar su tanga.

–Muñequita, ¿Charlize no te prometió encontrar tu hombre ideal?

Pues no creo que se enfade mucho al vernos... Ella ha sido la culpable de que yo aparezca hambriento de ti...–susurró Axel besuqueando sin parar su

garganta, su clavícula, su escote...

–Axel... de verdad... esto no está bien... Además tengo que...

¡Axel! –gritó al sentir cómo un dedo entraba en su interior.

–Relájate... disfruta del momento...–le aconsejó.

–Axel, escúchame por favor, tengo que decirte...

–Tienes que decirme...–le repitió él antes de pasar despacio su lengua por el escote del vestido mientras su dedo se llenaba de la humedad de ella y le facilitaba las entradas y salidas.

–Axel... yo... yo... –intentó decir. Pero fue incapaz de desvelarle el secreto. Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, el deseo y la pasión se despertaron en ella haciéndole olvidar todo lo que tenía guardado en su cabeza.

–Aquí y ahora, Lindsey. Necesito hacerte mía aquí y ahora – insistió con voz ahogada ante la necesidad despertada por ella.

–Aquí y ahora –respondió sin dudar.

La apoyó aún más en la pared, sin dejar de besarla, apartó la mano del interior de Lindsey, se desabrochó el botón del pantalón, se bajó la cremallera y liberó ese miembro que, siempre que permanecía a su lado, se mantenía duro, rígido, preparado. Sin perder tiempo, porque necesitaba, le urgía hacerla suya, la envistió con tanta brutalidad que Lindsey gritó al ser penetrada.

—Aquí y ahora —repitió Axel agarrándola de la cintura, asegurándola aún más a la suya y haciendo que su sexo alcanzara su lejana profundidad.

—Axel... Axel... —gimió ella al notar esas presiones en su interior.

¿Y Kong era el tamaño más grande que tenían en aquella tienda?
¡Pues se quedaba ridículo con lo que Axel escondía bajo sus pantalones!

—Muñequita... muñequita... —jadeó él, sintiendo cómo su cuerpo vibraba de placer, de éxtasis, de energía.

—Necesito...Necesito...—comentó, echando la cabeza hacia atrás para que Axel continuara besándole el cuello, su escote y sentir el aliento caliente acariciando la poca piel que su ropa dejaba al descubierto.

—Lo que me pidas...—sollozó Axel antes de morder, por encima de ese vestido y de esas copas que ocultaban la magnitud de sus senos, primero un pezón y luego otro.

Pero no pudo seguir hablando. El clímax se apoderó de ambos. La sala se llenó de sollozos, de gemidos, de jadeos de placer. Sin dejar de salir y de entrar en su interior, Axel echó la cabeza hacia atrás, agarró con más fuerza las caderas de Lindsey y la encajó con tanto deseo en las suyas que ese roce los unió por y para siempre...

—No me apartaré nunca, Lindsey —le aseguró tras esa unión tan necesitada para ambos —. Siempre estaré aquí, contigo —añadió antes de

besarla.

Una vez que su cuerpo dejó de temblar, cuando los latidos de su corazón lograron establecerse, la bajó tan despacio, con tanta ternura, que apenas se escuchó el ruido de sus tacones tocar el suelo. Axel no dejó de admirarla: su rostro rojo por la pasión, por el deseo de ambos. Su pelo algo alborotado... y sus ojos...

—¿Qué sucede, Lindsey? —le preguntó después de colocar un dedo bajo su barbilla y levantárselo para que lo mirara.

—La manzana...La mujer de la manzana... —intentó decirle.

Sus lágrimas regresaron. Pero como la vez anterior, Axel se las eliminó mediante besos.

—Sé que eras tú, Lindsey. Lo descubrí la noche que discutimos, por eso enloquecí de aquella forma... —le dijo tras apartarse lo suficiente de ella para admirar esa cara preciosa, pese a que las lágrimas habían hecho estragos con el rímel de sus pestañas. Lindsey apretó los labios y abrió los ojos de par en par debido a la sorpresa —. No quise asumirlo en aquel momento. Te juro que cuando hablaste del color de tu coche y de la marca, intenté interceder en la conversación y preguntarte por la matrícula, pero empezaste a hablar sobre tu ex y toda mi atención se centró en odiarle —le confesó dibujando una gran sonrisa —. Pero, ¿sabes a qué conclusión he llegado desde que lo averigüé?

–No...

–A que eres la mujer de mi vida, Lindsey, y que el destino ya me advirtió de eso hace tres años –declaró antes de besarla de nuevo.

Quien se transforma a sí mismo, transforma el mundo.

(Dalai Lama)

–Eso ha sido lo más siniestro que he escuchado en mi vida –le aseguró Sabina mientras extendía el velo beis sobre el rostro de Lindsey.

–¿De verdad? ¿No te parece peor que me case en una funeraria? – Lindsey la miró con atención. No entendía el motivo por el que se enfadaba tanto. Lo que había sucedido con Seyfried no tenía tanta importancia, pero a ella le resultaba horrendo.

–No. Eso es lo más normal cuando vas a vivir y trabajar en una. Pero me parece horroroso, tétrico y bastante cruel que Axel te pidiera matrimonio de esa forma.

–Si lo conocieras un poquito más, te darías cuenta que eso es lo menos siniestro que ha hecho desde que estoy en su vida...–comentó Lindsey sin poder borrar la sonrisa de su rostro al recordar los lugares en los que hicieron el amor. Aunque, sin duda alguna, la primera vez que estuvieron juntos, al lado del cuerpo de la señora Zheron, ocupaba el puesto número uno de ese ranquin.

–¿Y no os mandó a la mierda? Porque, si llego a estar en su lugar, me habría levantado de la mesa y me hubiera puesto a gritar como una loca –

refunfuñó Sabina.

–¿Recuerdas que es un cura? ¡Él no puede hacer esas cosas! Además, él sabía desde el principio que no tendría ninguna posibilidad conmigo. Axel se enamoró de mí desde que nos encontramos en el supermercado...

–Aun así, no entiendo cómo pudo permanecer frente a vosotros, tomarse una copa con tranquilidad y convertirse en testigo de esa pedida de matrimonio. Si el pobre hombre sentía algo por ti... ¡Axel le hizo daño cuando le preguntó si quería casaros!

–Nunca tuvo algo conmigo, Sabina. Además, son amigos, muy amigos y es normal que sea él quien nos case.

–¿Amigos? ¡Pues que Seyfried rece mucho a su Dios para que le salve de los enemigos! –exclamó Sabina poniendo los ojos en blanco.

–Axel es un tanto especial, eso no voy a discutirlo y sé que, desde que Josh bautizó a las niñas, se convirtió en uno más de la familia.

–Claro... y para celebrar su admisión a la familia Dhal, se le ocurrió preparar una cena romántica para tres. ¡No sé cómo pudiste aceptarlo! Sigo en estado de shock desde que me lo has contado –refunfuñó Sabina.

–No le quedó más remedio –intervino Axel, que se había colocado en la puerta para escuchar con atención la conversación entre las dos amigas –. Además de que tenemos dos preciosas niñas, me quiere tanto

como yo la quiero a ella.

—¡Axel! —exclamó Lindsey volviéndose hacia él—. ¿No sabes que da mala suerte ver a la novia antes de que aparezca en la iglesia?

—Recuerda, muñequita, que no vamos a casarnos en una iglesia sino en un tanatorio, el nuestro —declaró caminando hacia su esposa.

—¿Podías llamarlo el tanatorio del amor? Tal vez así no solo celebréis funerales sino también bodas y bautizos —intervino Sabina alejándose de los dos—. Nos vemos ahí fuera, no soporto tanto amor...

—Me plantearé esa visión de futuro —le aseguró Axel antes de abrazar a su futura esposa—. ¿Estás bien?

—¡Perfectamente! —le respondió levantándose de nuevo el velo—. ¿Las niñas?

—Ava y Betty están con mi madre sentadas en el primer banco. Creo que, como tardemos en salir, se quitarán esa diadema que mi madre les ha obligado llevar.

—¿Y tu padre?

—En la puerta, esperando llevar del brazo a la novia más bonita del mundo.

—No deberíamos retrasarnos...

—No deberíamos...—respondió Axel intentando levantarle el vestido.

–¿Qué buscas?

–La liga.

–¿Quieres saber cómo es o el color que tiene?

–Ambas cosas...

–Negra y de encaje –respondió Lindsey cerrando los ojos.

–¿Me dejarás que te la quite con los dientes?

–¿Antes tendrá que casarse, no crees? –preguntó Ronald desde la puerta dando golpecitos con un dedo a la esfera de su reloj.

–Esperaré ese momento con ansiedad...–le susurró Axel a Lindsey antes de darle un rápido beso –. Que no se escape –le dijo a su padre cuando pasó por su lado –, o volverás a perder a tu hijo.

–Tranquilo, si intenta irse, le enviaré a tu madre –dijo divertido.

Una vez que Axel los dejó solos, Lindsey se colocó el velo y extendió su mano hacia Ronald.

–Te debo tanto...–comentó emocionada –. Si no hubieras estado a mi lado desde que llegué, nada de esto hubiera ocurrido.

–¿Quieres hacerme llorar, Lindsey? Porque si ya presento una imagen horrible por lo alto y lo viejo que soy... ¿qué dirán cuando me vean con lágrimas en los ojos?

–Dirán que eres el hombre más tierno, cariñoso e increíble que han conocido –prosiguió emocionada –. Jamás podré agradecerte todo lo que

has hecho por mí.

—Ya me lo has agradecido, pequeña. Me devolviste a mi hijo y me trajiste a dos pequeñas dulzuras.

—¿Tú crees? Porque algunos clientes se quejan del revuelo que forman cuando Seyfried celebra las misas.

—Ya que estamos hablando de Seyfried... —dijo con voz reflexiva.

—¿Qué ocurre con él? —preguntó volviéndose hacia su futuro suegro.

—Tu amiga... ¿tiene novio? ¿No le interesa un cura?

—Ella no cree en Dios —le aseguró mientras salían por la puerta y observaban a los invitados esperándoles frente al edificio enlosado.

—Pues, desde que se han conocido, no han sido capaces de mirar para otro lado —le informó.

—¿Sabina enamorándose de un hombre con sotana blanca? ¡Imposible!

—¿Tú crees? Entonces... ¿por qué Seyfried no está dentro, preparándose para recibir vuestra entrada? ¡Ah, sí! Porque mantiene una conversación con una mujer de pelo rojo. ¿Sabes quién es esa chica, Lindsey? ¿La conoces? ¿Te suena de algo?

Lindsey miró hacia ellos y no pudo contestar. Sabina se movía inquieta mientras hablaba con Seyfried y, en efecto, los ojos del cura

recorrían su cuerpo como si pensara qué aditivo culinario podía extenderle por el cuerpo para comérsela entera.

«Tanatorio del amor». Las palabras que su amiga había utilizado para definir aquel lugar eran perfectas...

Moraleja...

“Antes de que puedas volver a vivir, una parte de ti debe morir. Debes dejar ir lo que podía haber sido, cómo podías haber actuado o lo que podías haber dicho de una manera diferente. Debes aceptar que no puedes cambiar las experiencias pasadas. Cuando finalmente reconoces esa verdad, serás capaz de comprender el auténtico significado del perdón a ti mismo y a los demás. Entonces serás realmente libre y podrás abrazar el futuro”.

(Shannon L. Arder, escritora)

Agradecimientos...

Sólo puedo mostrar mis agradecimientos a vosotros/as, porque habéis sido muy valientes al leerme por primera vez. Tengo fe en que seguiréis dándole una oportunidad a las siguientes que publique, aunque os advierto que con esta he tardado casi un año.

Antes de finalizar quiero hacerte tres preguntas que espero me respondáis cuando escribáis la opinión sobre #TanaLove.

–Primera: ¿Os ha gustado? (Ya os advertí que no tenía mucha erótica)

–Segunda: ¿Por qué crees que la he titulado #TanaLove?

–Tercera: ¿Te has quedado con ganas de saber si Seyfried y Sabina tendrán un romance?

Espero con ansia vuestras opiniones.

Siempre aquí, porque no me voy a ningún lado.

Bethany M. Winter.

¡¡Gracias!!

^[1] Si quieres saber a qué se refería Lindsey, te dejo un link:
https://es.wikipedia.org/wiki/The_Munsters

^[2] Si quieres saber cómo es el cantante al que hace referencia Ronald, aquí tienes un enlace. https://es.wikipedia.org/wiki/Marilyn_Manson

^[3] Quizás alguna vez has evitado este color en tu fondo de armario. Sí, quizás es porque no combinaba con el resto de tu ropa, o también porque da mala suerte. Y la culpa la tiene *Molière*. Resulta que cuando interpretó su obra de teatro *El enfermo imaginario* tuvo fuertes ataques de tos y convulsiones a causa de la tuberculosis. Pocos días después, el dramaturgo falleció. Desde entonces es un color prohibido sobre las tablas. (<http://blog.teatroscanal.com/2014/12/16/el-amarillo-da-mala-suerte-teatro-por-que/>)

^[4] El tío Gilito era el Rico McPato de la familia Donald. El ávaro pato millonario acumulaba hasta el último centavo de una inmensa fortuna sostenida por la racanería y la mezquindad. Además, estaba inspirado en el personaje principal del Cuento de Navidad de Charles Dickens.

^[5] Es una película de terror norteamericana de 1973 basada en una novela homónima del propio Blatty, publicada en 1971. Si quieres saber más... [https://es.wikipedia.org/wiki/El_exorcista_\(pel%C3%ADcula\)](https://es.wikipedia.org/wiki/El_exorcista_(pel%C3%ADcula))